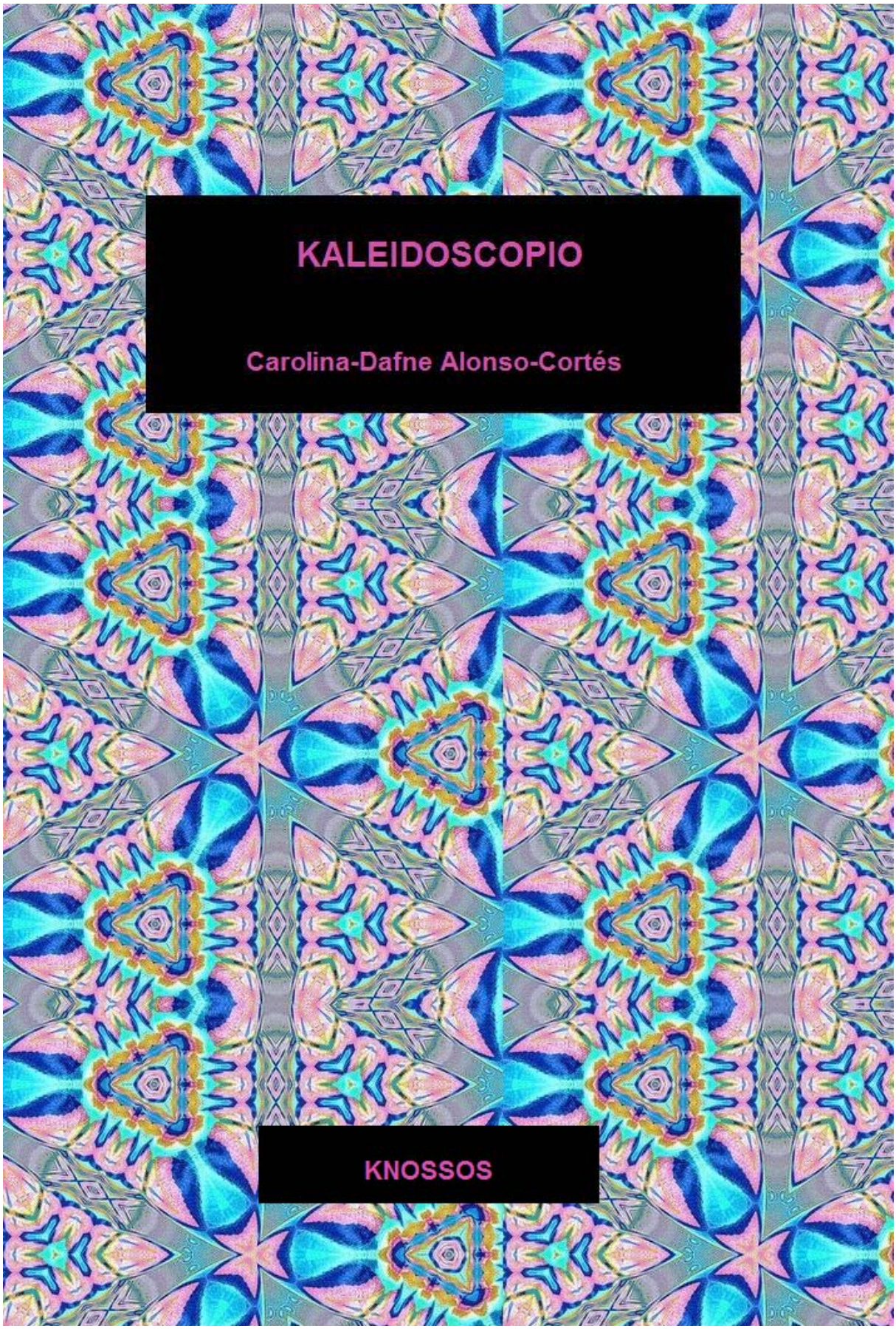
KALEIDOSCOPIO
Carolina-Dafne Alonso-Cortés
KNOSSOS

Carolina-Dafne Alonso-Cortés

KALEIDOSCOPIO

KNOSSOS

Copyright: Carolina-Dafne Alonso-Cortés Román
alonsocac@wanadoo.es
Madrid, KNOSSOS, 2010
www.knossos.es
D.L.M.9917-20010
ISBN-13 978-84-935306-5-5
ISBN-10 84-935306-5-4

...Igualmente una palabra, lanzada al azar en la mente, produce ondas superficiales y profundas, provoca una serie infinita de reacciones en cadena, implicando en su caída sonidos e imágenes, analogías y recuerdos, significados y sueños, en un movimiento que afecta a la experiencia y a la memoria, a la fantasía y al inconsciente, complicándolo el hecho de que la misma mente no asiste pasiva la representación, sino que interviene continuamente para aceptar y rechazar, ligar y censurar, construir y destruir.

La palabra se precipita en todas direcciones, profundiza en el pasado, hace aflorar a la superficie recuerdos sumergidos. Gianni Rodari. - Gramática de la fantasía.

Sigo el tic-tac acompasado del reloj. Quiero adentrarme en mis recuerdos, y un velo espeso parece impedírmelo. Quiero recordar cosas y situaciones, que me digan algo y por lo mismo digan algo a los demás. Amo el silencio, que me permite ahondar en el pasado. Y ese tic-tac rompe el encanto, me une al presente, me ata de este lado, sin dejarme desplegar las alas y remontar el vuelo.

Kaleidoscopio.

(Del gr. bello, imagen, y -*scopio*).

1. m. Tubo ennegrecido interiormente, que encierra dos o tres espejos inclinados y en un extremo dos láminas de vidrio, entre las cuales hay varios objetos de forma irregular, cuyas imágenes se ven multiplicadas simétricamente al ir volteando el tubo, a la vez que se mira por el extremo opuesto.

2. m. Conjunto diverso y cambiante. *Un caleidoscopio de estilos.*

Real Academia Española

Cogemos el tubo de cartón que queda del papel del vater, y necesitamos un trozo de espejo y uno de cristal. Y papelillos de colores. Con unas tijeras cortamos el cristal bajo el agua como si fuera mantequilla, son cosas que nos enseña papá. Nadie sabe explicarme por qué debajo del agua el cristal puede cortarse con las tijeras de costura, como si fuera un simple cartón. Cortamos tres espejos alargados, del tamaño del portaobjetos que papá mete en el microscopio. Luego dos redondeles de cristal, que encajan en el tubo. Enmedio de los dos se meten los papeles de colores, y el kaleidoscopio se queda terminado.

Papelillos brillantes como estrellas, verdes como esmeraldas, rojos como granates, amarillos, violeta y azules, como el agua marina o el zafiro. Formaban estrellas caprichosas, de pronto estaban en redondo como luceras de las catedrales, o se desglosaban derrumbándose en columnas concéntricas. A cada movimiento de rotación cambiaban las formas, sin repetirse nunca, se armaban nuevos prodigios de colores que desaparecían luego, dejando diminutas estrellas esparcidas.

EL NIÑO

La cuna vacía, la cuna con el detente que tenía un corazón rojo con llamas arriba, y un letrero: detente, enemigo, el corazón de Jesús está conmigo. El trozo de fieltro rojo clavado a la cuna por un imperdible.

***

Cuando nació era un niño muy lindo, con ojos claros como todos sus hermanos al nacer, sólo que él los conservó luego así. Hacían obra en la casa y su madre estaba ya fuera de cuenta, pero faltaban los pintores. El niño se portaba bien y no venía, salieron luego los pintores y el matrimonio salió a comer a mediodía a un sitio elegante, para celebrar el término de la obra. La madre se comió un gazpacho carísimo, y quizás a consecuencia de la cuenta, o quizá porque ya los pintores habían terminado, se puso de parto. Al volver a la casa estaba subida en la escalera colgando una cortina, y notó algo húmedo entre las piernas. Estoy rompiendo aguas, dijo.

***

Estaba con su ataque de eclampsia, daba botes en la cama con un pez y tenía el pelo pegado a la frente por el sudor, tenía las mejillas muy rojas y las sienes ardiendo, le dábamos fricciones de alcohol en el vientre y en las piernecitas.

***

El bebé se relamía con el carminativo, que debía de saber a anís a juzgar por su olor. Poco después el cuerpecillo se conmovía, en una eructo pavoroso.

***

Aserrín aserrán, apoyaba la frente en las rodillas de su madre y se quedaba quieto, tratando de saber por el contacto de los dedos cuántos le había apoyado su madre encima de la espalda. Siempre se equivocaba de número, y así una y otra vez.

***

Le habían dicho que los hombres lobo salían al campo en el plenilunio. Por eso miraba con miedo la luna grande, redonda y amarilla.

***

Era mi color azul, y el tuyo era el rosa. ¿Te acuerdas?.

***

Mis padres tienen problemas con los hijos, porque tienen el errehache al revés. Yo, como soy la primera, no sufrí nada. Tampoco sufrió mi hermana que es la segunda, pero el tercero se murió.

***

Mi hermana ha sido lista desde que nació. Nadie la ha enseñado a leer, pero un día nos ha salido leyendo el periódico, y tenía tres años. Juega al ajedrez, y sabe unos juegos con la baraja la mar de difíciles y complicados. A mí, que soy mayor, me explican muchas veces esos juegos y se me olvidan enseguida. Ella los recuerda siempre, y las gentes se quedan con la boca abierta. En el colegio siempre comprende las cosas antes que las demás.

***

Antón, no pierdas el son, porque en la Alameda dicen que hay un hombrón con un capuchón a los niños lleva. Y en el capuchón que era negro había dos agujeros redondos, y detrás los ojos como carbones encendidos.

***

Su hermana llorando sacaba la lengua, que tenía larga y estrecha. Sacaba la punta de la lengua y buscaba la lágrima, la recogía y la chupaba, y volvía a sacar la lengua para recoger la siguiente.

***

Mi hermano tuvo una ictericia muy fuerte y se puso amarillo, y a la más pequeña le han hecho transfusiones de sangre en la cabeza para que no se muera. Le sacan toda la sangre y se la meten nueva, de un amigo de mi padre.

***

Eras tan delgadito que todos los pantalones se te caían, y cuando te quedaban bien de anchos te estaban cortos. Seguías usando gafas y las rompías cada cierto tiempo, y había que hacerte gafas nuevas. Una vez se te clavaron en la frente.

***

Se quedaba petrificado, las manitas en los bolsillos del delantal a rayas con cuello de piqué, con los ojos muy abiertos aunque no tanto como el búho disecado. Bú-bú, musitaba con una especie de temor religioso. Estaba quieto, junto a la puerta del comedor, y el bicho parecía dominarlo todo desde el aparador, con sus alas abiertas como si fuera a echarse a volar. Tenía el pico abierto y aguzado, las garras fuertes, pero lo peor eran los ojos de color naranja, los ojos fijos de cristal, que parecían quererlo taladrar con la mirada.

***

Era pequeño y tenía gorda la cabeza. Le tiró al suelo y le pateó la barriga, que también tenía gorda, una y otra vez.

***

Estuvo llorando, y luego se hizo dormido mientras su madre lo miraba, y cerraba

los ojos y procuraba respirar como las personas dormidas. Luego se quedó dormido de verdad.

***

Después hubo que operarte de fimosis. Los primeros días los pasaste mal, porque te dolía tu pitito. Pero aquello no dejó secuela: siempre ha sido un niño extrovertido y alegre.

***

Duermo en la cama grande con mi prima y le doy pellizcos por la noche. Es una niña buena, pero no le gusta que yo la pellizque. Dicen que soy rebelde y revoltosa. Además, que soy mal educada. Mi prima se ríe de mí, porque al dedo gordo del pie lo llamo el porrúo.

***

Mi niña va a Madrid en un caballito gris, me coge en las rodillas y me gusta saltar en sus piernas, y me hago la ilusión de que voy a Madrid de veras. Primero al paso, despacito, luego al trote y al final al galope, y boto encima de las rodillas de mi padre, y los dos nos morimos de risa.

***

Siempre me he mordido las uñas, desde que recuerdo. Mi madre me regaña, pero yo me las sigo mordiendo, aunque me ponga acíbar en ellas. Es una cosa que sabe muy amarga, pero la abuela viene detrás y me lava las manos, porque le da lástima de mí.

***

Era cosa perdida de lo de las uñas. Me hacía sangre muchas veces, tiraba con los dientes y las rasgaba hasta la mitad, luego me dolían los dedos y los chupaba y había una comezón de seguir tirando, de arreglar aquello de alguna forma con los dientes.

***

Tiraba con los dientes de los padrastros, de modo que los dedos se habían convertido en una pura llaga. Y como le dolían los chupaba de continuo, los mordisqueaba para ver de mitigar el dolor, y era como si junto a las uñas llevara carbones encendidos.

***

Le gusta comerse los mocos porque están saladillos.

***

Se metía el dedo en la nariz, miraba a los lados por si alguien le estaba viendo, sacaba aquello con los dedos y le daba vueltas y vueltas, hasta formar la minúscula albondiguilla. La metía en la boca y la masticaba los dientes, y disfrutaba de su sabor salado.

***

Soplaba con fuerza, y la pompa se inflaba y se inflaba bajo su nariz, con irisaciones de cuello de pichón.

***

También se chupaba el dedo, después de haberlo metido en la oreja. El dedo sabía amargo y estaba bueno.

***

Un día empezó a olerle la nariz como si se estuviera pudriendo. Se le había inflamado y cada vez le olía peor. Y se habría podrido de veras si no le sacan el trozo de anea del asiento de la silla.

***

Sopla dentro de la taza, está tan caliente este café. Entonces el vaho inunda los cristales de las gafas y le quita la visión. Luego, poco a poco, el vaho se esfuma.

***

El elefante era amigo de los niños, ellos le daban cacahuetes y monedas, él pasaba las monedas al guarda y sabía muy bien cuantos cacahuetes le correspondían a cambio, y si el guarda menguaba la ración, el elefante insistía dándole suavemente con la trompa, hasta que recibía su ración entera de cacahuetes.

***

Los chochos son amarillitos y están metidos en un lebrillo con agua. Si te fijas tienen una parte blanquecina y abierta, como un ojalillo con bordes blanqueados. La mujer que los vende es vieja y está siempre vestida de negro. Aguarda sentada en un escalón contra la verja de la Alameda, tiene la cara arrugada, y los dientes se le salen de la boca cerrada. Por eso un día me confundí y le pedí una peseta de dientes.

***

El cielo está azul ahora, tiene aromas de jara y espliego.

***

El celofán se pegaba a las barras de anís y había que chupar y chupar, salía el papel reblandecido y pringoso y había que sacudir la mano para soltarlo.

***

Las chufas estaban a remojo y se habían puesto gruesas y turgentes, y al morderlas chascaban y tenían un sabor muy dulce.

***

Hizo de paje del rey negro, era tan morenita y tenía el pelito rizado, así que no hubo siquiera que ahumarle la cara con el tapón de corcho quemado.

***

Hacía de Casperle, que era el demonio. Le han hecho un traje muy gracioso, de raso negro con un rabo muy largo. El rabo lo han rellenado y está tieso y duro

***

Del pellejo de un ratónico se hizo la pelliza un gático, y el tontico se reíriba al verse

tan guarripático.

***

No había más que un gallo, tenía una roja cresta muy altanera. Me parecía antipático y poco sociable, yo gozaba asustándolo y haciéndolo correr por el sendero del jardín.

***

El traje de sheriff tiene cartuchera y pistolas, y zahones para montar a caballo. Y una estrella plateada y brillante donde dice sheriff y las dos pistolas, y él lo mira todo con los ojos muy abiertos, porque andan malos los tiempos y su padre no lo puede comprar.

***

Mamá ha pedido una chaqueta en una tienda y la ha llevado a casa. Es una chaqueta muy bonita azul marino, con un escudo en la manga. Me han hecho fotos con esa chaqueta, y luego mi madre la ha devuelto.

***

Mi madre es bajita pero le luce mucho el arreglo. Desde por la mañana se pone los pendientes de brillantes, las sortijas y las pulseras. Porque a mi padre le parece mal que ande sin arreglar por la casa. Es muy difícil que a mi padre le guste un vestido, a todo le saca faltas. A todo lo que se hacen los demás, como si él solo tuviera buen gusto, aunque yo no creo que tenga tan buen gusto como él cree. Más bien, creo que mi madre tiene mejor gusto que él.

***

Se volcó el hornillo, se prendió el alcohol, y ella quería apagarlo con las manos. Luego le arrancaron la piel con unas pinzas, y dolía mucho. Llevaba las manos vendadas, y le quedaron unas manchas de color de rosa.

***

Su madre les daba a cada uno una cucharada de cacao en polvo cuando se habían acostado en la cama. Estaba dulce y les gustaba que se lo diera por las noches, cuando estaban metidos en sus camas, pero una vez se lo dio por sorpresa y él casi se ahoga. No sabía lo que le daba y respiró, todo aquel polvo fino y marrón. Creyó que se ahogaba sin remedio, y estuvo tosiendo un buen rato.

***

Tenían un rompecabezas de tacos pequeños, con las letras del alfabeto. Era de su hermano pequeño, pero también jugaba él. El médico lo vio con el rompecabezas. ¿Es que todavía no saber leer?, le dijo, y él se quedó avergonzado.

***

Los primeros cuadernos de palotes tenían unos pequeños recuadros, y allí había que pintar el palote, luego no eran más que dos rayas paralelas y había que unirlas con el palote, luego era una raya sola que servía de guía, y al final no había raya y había que pintar a palo seco los palotes. Aquello no resultaba fácil. Al principio salían derechos, luego se iban tumbando poco a poco y se retorcían, a derecha e izquierda.

***

Eran unos garabatos tan graciosos, que se llamaban letras. Eran grandes y estaban sueltas, pocas en cada página, podías juntarlas de dos en dos, o de tres en tres, y algunas veces querían decir algo conocido, como pan, o sal.

***

A veces, los domingos, la niñera la llevaba a la cárcel, un edificio de ladrillos grande y destartalado. Decía que iba a visitar a su primo y le llevaba tabaco, cruzaban descampados y andaban mucho hasta llegar, y ella aguardaba fuera a la niñera, y cuando salía parecía que le hubiera cambiado la cara.

***

La cocinera se llama Paca y está medio loca. Está separada del marido, vive con su madre y tiene un niño y una niña. Se ríe a carcajadas y roba lo que quiere para llevárselo a su casa. Hace mucha comida, y como mi madre le ha dicho que se lleve lo que sobre, hace más comida cada vez. Su hijo es flaco, muy feo y muy raro. Pero es muy gracioso. Canta lo de don Facundo que se fue por el mundo, su padre y su madre fueron a buscarle. Lo encontraron en una taberna borracho perdío sin poder hablar. Al mismo tiempo que canta hace morisquetas y pone los ojos en blanco.

***

Mi tía tiene un pelo rubio y suave, un poco como pelusa. Tiene la nariz arremangada, y la dentadura postiza. Siempre lleva del brazo un bolso, y del otro brazo lleva a su marido bajito. Los dos sonríen mucho. Mi tía me llama nena, y yo creo que ella juega conmigo como si fuera una muñeca.

***

En el zaguán con postigo, Frasquita estuvo hablando con su novio que era capitán. El gabinete estaba a la derecha y había un poyete para subirse a la ventana, que no era ventana sino un cierro saledizo sobre la acera de la calle. Había cortinas de malla amarilla, con pájaros recortados en negro. Eran golondrinas, pero a mí me parecían iguales que los grajos del puente nuevo. Si los miraba fijo me parecía que se movían, que iban a echar a volar.

***

San José bendito, por qué te quemaste, viendo que eran gachas por qué no soplaste.

***

En el portal de Belén había un nido de ratones, y al patriarca José le habían roído los calzones.

***

Abrieron la portezuela y allí estaban los dos cachorros leonados. Alguien los introdujo por la abertura que dejaba el cristal, y estaban mojados. Quizá los habían bañado en el mar, muy cercano, para que soportaran el calor del automóvil. Sacaron a los perros y estuvieron buscando a alguien que quisiera llevárselos. Una niña que pasaba con su abuelo se quedó con uno. El otro lo llevaron a casa, y le pusieron de

nombre Gol.

***

Cuando teníamos once años, tu madre se quedó embarazada. Tuvo un niño muy gracioso, pero el niño murió con pocos meses. No parecíamos darnos cuenta de nada, y delante de tu madre cantábamos la canción del niño muerto:

Ya lo llevan ya lo llevan, por aquí lo vi pasar, en la frente una corona y en las manos una cruz. Ya lo llevan enterrar, ya sus ojos se cerraron a la luz.

***

¿Dónde está aquel niño que a jugar venía, chiquitito y bonito, el que yo quería?...

***

No recuerda cuando empezó a tener asma, decía su padre que la padeció desde pequeño, desde que tuvo la tos ferina. Pero sí recuerda que ya en el colegio no podía entrar en la capilla, por causa del humo de las velas.

***

Me costaba trabajo subir. Había tantos muchachos abajo, y una cola para entrar, y yo aguardando, conservando la angustia en el pecho como una culebra que se retorcía.

***

Prefería no tomar la medicina, porque al rato de haberla tomado sentía un temblorcillo en las manos y en todo el cuerpo, y hasta los dientes le castañeteaban. Le daba una angustia que hubiera preferido ahogarse antes de tomar la medicina aquella. El ataque más fuerte le dio siendo ya un poco mayor. Su madre había echado un desinfectante las camas, y no se dieron cuenta de eso, y cuando se sintió enfermo se acostó. Se sintió tan mal que rogó que lo sacaran de allí, y lo llevaran a cualquier sitio. Llamaron a un taxista que hacía el servicio de noche. Para bajar al taxi no pudo vestirse ni peinarse, tan débil se encontraba. Salió en pijama, con una bata encima, y llevaba los labios amoratados. Cuando el taxi salía de la ciudad, se empezó a pasar el ahogo. Y en plena carretera pudo dejar el automóvil y subir una cuesta corriendo, siempre en pijama.

***

Me ha traído la abuela por el asma, y en el colegio de las Esclavas me preparo a la primera comunión.

***

Era un libro grueso, con la historia de todas las literaturas del mundo; tenía una letra más grande y otra mucho más pequeña, que saltaban siempre.

***

Era curioso pensar que era su abuelo, y no de aquélla ni de la otra. Quizá estuviera predestinada, quizá no fue casualidad que el asma la hiciera sufrir desde la cuna. Si no, no hubiera venido a vivir con el abuelo a un clima mucho más seco. Quizá, nunca la hubiera consumido la nostalgia, ni la hubiera acosado la melancolía.

***

Antón Pirulero, cada cual que aprenda su juego, y había que besar a una vieja o llamar a un timbre, o andar por la calle con los ojos cerrados.

***

Pasaban gran parte del día en la azotea; era una azotea grande que ocupaba toda la parte alta de la casa. Había allí dos habitaciones con ventanas a la calle. Una era la carbonera. En la otra metieron la cuna de su hermano, cuando su hermano murió. Era el primero de sus hermanos varones y tan sólo vivió doce días. Al doceavo día se murió desangrado por el ombligo, mientras abuela lo tenía en brazos. Dijeron que era un niño muy bonito, y que se había descuidado la comadrona.

***

Tenían una casa grande, enmedio del campo, donde vivían y donde su padre pasaba la consulta. La casa tenía verjas altas, y había una foto del niño a su pie, pequeño como un ratón.

***

Mi madre tiene fotos suyas donde está muy guapo. En una está vestido de tuno, con una capa con cintas. En otra tiene una capa castellana con vueltas de terciopelo. En ésta se le nota muy bien un lunar que tiene en la mejilla.

***

Mi padre tiene las piernas un poco torcidas, pero con los pantalones no se le nota nada. Tiene en un labio una pequeña cicatriz, de cuando tuvo que escapar de la cárcel. No es que hubiera hecho nada malo, y en realidad sólo estuvo unas horas allí. Es que en un jaleo lo metieron con otros en la cárcel. Pero él era muy joven y no se había casado todavía. Saltó un cerrojo, y un tornillo le dio en el labio y le dejó una señal muy pequeña.

***

Mi padre es un hombre guapo. Siempre lo ha sido, lo era antes y lo sigue siendo todavía, aunque ya tiene canas en el pelo. No ha engordado nada y, según dice, pesa lo mismo que a los dieciocho años.

***

Como mi padre es guapo, a veces van chicas por verlo a la consulta. Eso lo sabemos por la enfermera, porque mi padre es un hombre muy serio. Tiene una dentadura muy bonita y un perfil un poco aguileño. Hizo su tesis doctoral sobre un mosquito. Solamente se había conocido en Europa otro mosquito de la misma clase que éste que descubrió mi padre. Por eso salió en el periódico del pueblo.

***

A mi padre le gustan las corbatas de color rojo oscuro. Se da mucho fijador en el pelo, porque tiene mucho, y mi madre dice que con tanta pasta el pelo le huele mal. El fijador es una cosa verde y babosa que está metida en un frasco de cuello ancho. Luego, todos los peines los deja llenos de fijador. Por eso, mi madre usa siempre un peine para ella sola. Un día le he oído decir en la consulta que el sarampión es una cosa

muy mala para las personas mayores.

***

Mi padre decía ser ateo. Yo no sabía qué era aquello, y cuando luego me dijeron que iban al infierno me daba pena mirar a mi padre, lo estaba viendo ya dentro una caldera grande, y con los demonios que lo pinchaban.

***

Mi padre me deja mirar. Pongo un ojo en la lente del microscopio, y lo mueve despacio y empiezo a ver cosillas medio transparentes, de un color violeta o verde claro. Tienen formas raras y extraordinarias, y se mueven en el cristal. Él también lo mira tiempo y tiempo, en el despacho medio a oscuras, y la luz en el microscopio. Tiene un lápiz en la mano y empieza a poner rayitas y aspas en un papel.

***

Mi padre no sale mucha la calle con los amigos, casi siempre está en la consulta o en casa, y a media mañana le llevan vaso de leche porque luego viene muy tarde a comer y le da el hambre dolorosa. No bebe, ni fuma, ni gasta en el cine ni en el teatro. Por eso siempre dice que él gasta bien poco, todo lo más en algún café de cuando en cuando.

***

Él nunca se alteraba, no les pegaba nunca, no lo había hecho con su hermano, y con él una sola vez, por el asunto de las tijeras. Entonces lo abofeteó en las mejillas, brutalmente, una y otra vez.

***

Mi padre ponía la lupa frente al sol, hacía incidir los rayos en el brazo de la hamaca, arriba en la azotea, y aguardaba. Se alzaba una fina columna de humo, cuando el fuego prendía en la madera dejando un punto oscuro. Así, punto a punto, podías escribir en la madera la palabra Dafne.

***

Siempre le pedía lo que había quedado del bloque de recetas después de haber arrancado las hojas, tiras de papel sujetas en su mitad con una grapa. Él le dibujaba boxeadores formados de palitos y la cabeza una bolita pequeña.

***

Pero claro, en casa hay muchos gastos porque están la cocinera, y la niñera, y la cuerpo de casa, y una costurera para repasar, y otra para hacer ropa nueva, y la mujer que se lleva la ropa para lavarla y hace la colada con ceniza, y una enfermera por lo menos, y a veces dos, y hasta tres. Mi padre cobra mucho a la gente rica, y nada a los pobres. Por eso los clientes pobres lo quieren, y los ricos también aunque les cobre, porque a algunos los ha salvado de una muerte cierta.

***

Mi madre tiene un pie muy pequeño, por eso siempre le vienen bien los zapatos de las rebajas. Yo soy muy revoltosa, y por eso mi madre suele darme azotes, por lo

menos una vez al día. Pero a mí no me importa eso. En cambio, a mi hermana no le pega nunca, porque no se lo merece.

***

Es que mi madre es nerviosa, y como yo también lo soy, por eso dice mi padre que mi madre no me resiste. En cambio mi padre es tranquilo, como mi hermana. Nunca se enfada por nada, ni nos pega. Suele leer el periódico durante las comidas, y mi madre protesta por eso, sobre todo porque con el periódico no ve las cosas malas que hacemos. " ¿Ves lo que hace esta niña? A ver si le dices algo". Él aparta el periódico y me dice: Niña, formalidad. Por eso dice la abuela que tenemos falta de padre.

***

El día que mamá quiso irse de casa, le preguntó a mi hermana: ¿con quién quieres quedarte? Ella dijo que con mi padre. Entonces me preguntó a mí, segura de que yo iba a decir una cosa distinta, y yo le contesté: con papá. Entonces se puso a llorar, y se fue de todos modos. Pero llegar a la parada del autobús vio que se había ido, y tuvo que volverse a casa.

***

En uno de sus viajes, papá le ha traído a mamá una tela para un vestido. Es de rayas marrones y amarillas, y ahora que le han hecho el vestido parece una avispa con él. También tiene un traje de chaqueta blanco. Se peina con un rulito alrededor de la cabeza, igual que pintan a San Antonio. Como no tiene mucho pelo, dentro del rulito se mete un relleno. Cuando está nerviosa, mi madre se muerde la lengua. Mi hermana, de verla, ha terminado mordiéndose la lengua también.

***

La criada de los vecinos estaba furiosa, las de mi casa lo contaron. Había entrado por la tarde en el cuarto de sus señoritos y no era normal que esa hora hicieran lo que estaban haciendo, y menos con la puerta abierta, estando los niños en casa. Lo menos que podían hacer era cerrar la puerta.

***

Era una azotaina cada día, era algo así como un ritual, que no fallaba nunca. Como si ninguna de las dos nos quedáramos tranquilas sin ella, mi madre sin dármela y yo sin recibirla.

***

Por eso mi padre no deja que me den café, porque yo soy nerviosa. Yo tengo que tomarme la leche blanca, sólo con azúcar, y en cambio mi hermana se la toma con café. Por eso siempre hay dos vasos para el desayuno o la merienda, uno con la leche blanca y otro con leche oscura, y yo sé siempre que el blanco es el mío. Me parece natural que sea así, y nunca me da por beberme el de mi hermana.

***

No aguantaba la nata y tenían que darle la leche colada, porque si tropezaba uno de sus trozos resbaladizos podía morirse de asco. Si la nata se formaba en la superficie porque la leche estuviera muy caliente, entonces él la tocaba con la punta de los dedos

y la telilla se pegaba a ellos, la sacudía en el plato y se bebía la leche.

***

Porque éramos angurriosas las dos guardábamos los caramelos aunque hacíamos que los estábamos comiendo, y cuando la otra, menos cauta, se los había comido todos, entonces los sacábamos y se los mostrábamos, y hacíamos burla.

***

Cojo en la mano el huevo duro, lo pelo con cuidado, despego la clara y me la como, y me gusta sostener la bola amarilla en la mano, como el niño Jesús de Praga a la derecha en la iglesia.

***

Pelaba la yema cocida del huevo, presionando y rasgando la clara. Luego sostenía aquella bola amarilla en la mano abierta, igual que lo hacía con la bola del mundo el niño Jesús de Praga que estaba en la iglesia del pueblo.

***

Tomaba el huevo crudo, le abría dos agujeritos uno en cada extremo con un alfiler, y luego empezaba a chupar por uno de los dos agujeros. Me daba mucho asco, porque aquello que salía parecían mocos.

***

Hurgaba en la fresquera, una alacena pequeña tras la ventana, tenía una tela metálica, estaban las croquetas que habían sobrado, las frituras de huevo, y un cestillo con el perejil y los ajos.

***

Me gustaban sobre todo las pastillas de café y leche, tan blandas que se deshacían enseguida en la boca. Tan sólo quedaba un diminuto corazón endurecido.

***

Había caramelos enormes, en rodajas, y otros como perras gordas o chicas. También los había diminutos, y cada uno reproducía y repetía un modelo de flor. Eran como trozos cortados de una barra, y tenían pétalos de colores, y en el centro un corazón de distinto color. Por fuera tenían una corteza blanda y dulce.

***

Las almendras garrapiñadas con pellas de azúcar, las metían en unas cajitas blancas de cartón y eran el orgullo del pueblo.

***

Algunos días, mi tía me daba orejones para el almuerzo. Parecían orejas retorcidas, rosadas, llevaba un puñado dentro de mi cartera y los sacaba uno a uno en la clase de gramática, o en la de religión, los metía a escondidas en la boca y tenían un sabor tan agridulce.

***

Estábamos a pique de rompernos los dientes con las peladillas, casi todas estaban dulces, pero de cuando en cuando tropezabas también con una almendra amarga.

***

Los alfajores que tenían un extraño sabor, una forma cilíndrica y un color marrón que no sugería nada bueno. Eran los dulces típicos, y venían envueltos en papeles rojos, azules o verdes, de celofán.

***

Le gustaba el sabor de la granadina, pero sobre todo su color. La luz se derretía dentro con reflejos rosados, cuando en el vaso incidía un rayo de sol.

***

Las ratoneras tenían un agujero redondo en la madera, y un muelle de alambre. Se pinchaba el queso en una punta, de forma que cuando el ratón metía la cabeza y tiraba, se quedaba enganchado por el cuello.

***

Miraba tiempo y tiempo a los albañiles, sin cansarse, tomaban masa con una paleta y la lanzaban, encima colocaban un ladrillo y lo aplastaban, hasta que salía un churrete de la masa. Y así una vez y otra. De cuando en cuando usaban la plomada, ponían el hilo paralelo al tabique, y así estaban seguros de no torcerse. También usaban el nivel, un taco de madera con una burbuja que no se estaba quieta.

***

Antes mi tío era maître del hotel, y me acuerdo muy bien aunque yo era muy pequeña. Estaba muy elegante con su traje negro, tan pequeñito y con su corbata negra de pajarita. Cuando le tocaba salir, mi tía y yo íbamos a buscarlo. Entrábamos por la puerta de atrás, por donde estaba la cocina, y él tenía allí unos burritos muy graciosos de trapo, con unas alforjas llenas de pequeñas naranjas. Me regaló un burrito, y las naranjas chiquitas de trapo tenían el mismo color que las naturales, y las alforjas eran muy graciosas.

***

Ahora tiene tabletas de chocolatinas de Gibraltar. Están unidas unas a otras, y rellenas de una crema muy buena. La crema tiene colores suaves: amarillo, rosa y verde claro, que es la que sabe a menta. También tiene caramelos ingleses, que son como pastillas metidas en un tubito de papel. Todo eso me lo dan, por eso son los tíos que yo más quiero. Siempre estoy soñando con estar con ellos, y en cuanto llega el domingo me planto en su casa, y siempre me están regalando algo. Son agradables y simpáticos los dos.

***

Me da vergüenza ir con mi tío por la calle, porque va siempre cantando ópera a voces y la gente se queda mirando, aunque ya lo conocen. Me da tanta vergüenza que me voy corriendo para alante, o para atrás, o me cruzo de acera para que la gente no sepa que voy con él. Pero es muy bueno conmigo, como mi tía.

***

Había ciertas palabras que le escuché tantas veces. Estar aperreada era una de ellas, y luego la de oído tan poco que se ha quedado para mí en etiqueta de su recuerdo.

***

No sé si he perdido la voz por el no uso, o se conserva ahí todavía.

***

Cuando dejó su casa y se fue a vivir con su abuelo, era su padre quien le compraba los zapatos de colegio, y los calcetines de sport que tenían rombos de colores, y las telas de los uniformes, y la de los abrigos para que se los hiciera la modista. Su padre iba a verla de cuando en cuando a casa del abuelo. Iba a verlos a los dos, pero estaba poco tiempo, a lo sumo dos días, porque era médico de corazón y se le podían morir los enfermos. Por eso, nunca se tomaba vacaciones. A mí me daba mucha pena cuando se marchaba y me dejaba allí.

***

La señora del hotel tenía una hija. No sé por qué, yo me imaginaba historias entre mi padre y la señora del hotel.

***

El brazo de mi padre se le sale de vez en cuando; eso le pasa desde una vez que se tiró al agua desde el trampolín, y cayó de una mala postura. Luego se le sale a cada paso, cada vez lo tienen que llevar al hospital para que se lo metan. Al final creo que ha aprendido a metérselo solo.

***

Sabía lo que era un fiscal, seguramente nada bueno. El que yo conocía era adusto, sonreía poco, y como por compromiso. Además, pensaba mal de todo el mundo. Nos acariciaba el pelo, pero era una caricia que no nos gustaba. Y era porque sus ojos no sonreían.

***

Su tío había sido muy severo, y casi le daba miedo hablarle entonces. Él lo miraba distraídamente, le decía una cosa amable, como de pasada. Pero el niño no creía que lo dijese de corazón. Era tan severo que hasta su propio padre le tenía miedo, y le mentía por eso. Como era fiscal, decía que todos eran culpables mientras no se demostrara lo contrario. Una vez regañaron muy fuerte su padre y él, y el abuelo amenazó con desheredarlo. Entonces se le bajaron los humos. Lugo, con los años, empezó a cambiar hasta convertirse en una persona atenta. Cuando decía algo agradable, se notaba que lo decía de verdad.

***

La mesa del comedor era de madera pesada y maciza. Cuatro listones gruesos se encontraban en el centro, bajo el tablero, y allí le gustaba sentarse. Había cuatro huecos bajo las cuatro esquinas de la mesa, y era un sitio bueno para esconderlo todo. Corría alrededor de la mesa persiguiendo a su hermana, para meterle un dedo en un ojo. Al mismo tiempo decía: cachunda calero, calero cachunda. La hermana huía, horrorizada

***

Miraba las ascuas acurrucada bajo la camilla, sentía el calor sofocante en las mejillas, y en las narices el tufo del brasero de orujo.

***

Tenía varias fobias raras, una era contra la cocacola. También contra ciertas películas o canciones, La madona de las siete lunas, Los ojos verdes. Era una especie de rechazo por motivos morales. Yo había cantado la canción muchas veces, y me parecía muy bonita. No sabía lo que era una mancebía, ni lo supe en muchos años. Ni sabía por qué un hombre le daba dinero a una mujer para un vestido, ni por qué ella lo consideraba cumplido. Por una noche fresquita de mayo que había pasado con él.

***

Tomábamos vino en las comidas, desde el más viejo que eras tú hasta el más pequeño. Era un vino clarete de la tierra y te servías medio vasito de cristal, de aquéllos que tenían estrellitas talladas.

***

El anís de aquella botella era dulce, y dentro había una rama de cristal. No sé cómo habrían metido la rama, era un palito fino y se había recubierto de cristales blancos, y si un trocito se desprendía sabía como el anís, pero mucho más dulce.

***

No lo dejaba estudiar charlando, y él tenía que sacar las oposiciones, y yo no lo dejaba, charla por aquí, charla por allá. Hasta que se hartó y me persiguió con una vara. Ven acá, te voy a dar una paliza, pero yo hallé el balcón abierto y sin pensarlo dos veces salté al jardín. Fue así como al saltar me crujió la rodilla, me crujió al caer entre las matas y salí corriendo mientras él se quedaba arriba, blandiendo la vara y sin atreverse a saltar por el balcón. Aquello fue en semana Santa, y al año siguiente por semana Santa todavía me chascaba la rodilla.

***

Decía que era Riquete el del copete y con los dedos se echaba los pelos para arriba, tenía el pelo escaso y muy negro, yo lo sorprendía muchas veces mirándose de reojo en un espejo cualquiera, y en el de marco dorado del comedor, y arreglándose el pelo en las entradas, demasiado pronunciadas ya para su gusto.

***

La carotina, lo decía en el libro, era lo que daba a las zanahorias aquel fresco y limpio color anaranjado.

***

Arrancaba los tallos arriñonados de la coliflor, crujían entre los dientes, tenían un sabor fuerte y fresco. Así tiene más vitaminas, le había dicho su padre. Siempre que no cojas unas fiebres tifoideas.

***

Hacía gestos groseros con la mano, acompañados de sonidos soeces. Disfrutaba

con estas cosas, ante la consternación de sus familiares, tan finos.

***

Mi tío de leche era daltónico, me hizo gracia cuando lo supe. Y nunca entendí del todo si es que confundía el rojo y el verde, porque los veía iguales, o es que los trabucaba, o si es que en realidad no los veía. Por eso tuvo que dedicarse a la talla en madera, y por eso en mi casa siempre había pequeñas arquetas con cabezas de guerrero, y una diminuta jamuga que se abría y se cerraba como las de verdad.

***

Quién le iba a decir que sería la última vez, que dos días después o tres a lo sumo moriría en aquella forma misteriosa y horrible. Luego él pensaría en todas aquellas cosas, en el altar iluminado y en los cantos y el incienso, sin saber que, sólo días después, alguien daría la trágica noticia.

***

La noche estaba fría y caminábamos deprisa, nos acompañabas aquel año, como todos, habíamos comulgado y te vi desde arriba cuando avanzabas a comulgar, pasaste bajo el púlpito que te quedaba demasiado bajo y te vi golpearte en la frente, te detuviste y te tocaste la frente con la mano. Luego yo te perdí de vista.

***

Entraba en la iglesia con cuidado en no hacer crujir la tarima, y enmedio estaba el túmulo con los crespones negros. Había un grueso cirio a cada lado, como si hubiera un muerto de verdad. Las luces de las velas tiritaban entonces con el aire.

***

Se asomaba al pozo y escupía, y se rompía por un momento la imagen del cielo, hablaba fuerte con una voz profunda y el eco devolvía la voz. Luego había que cubrir el pozo con la tapa redonda de metal, pintada de colorado. Al ponerla en su sitio un sonido como una campanada quedaba temblando allá abajo.

***

En la azotea hay macetones y en uno hay un níspero. Aunque es un arbolito pequeño da frutos, y los frutos son amarillos y dulces, y tienen pipas grandes y gemelas, marrones y muy suaves y brillantes. También hay una planta que huele muy bien y se llama madreselva. Hay un poyete en la azotea, y desde ahí se salta al tejado. Me paso la vida en el tejado, es lo que más me gusta, pasar de casa en casa por los tejados, y asomarme por los cristales rotos de las monteras.

***

No podía ver la calle, porque estaban en medio los tejados. Junto al lavadero había una ventanita sobre el tejado, y la puerta era hueca y metálica, y dentro se metían las avispas. Le parecía que el suelo se ladeaba y que se caería al patio sin remedio. Se metían en el lavadero, entre trapos como colgaduras, apretaban el grifo de bronce para que no goteara. Dentro metían almohadones y cojines, como si viajaran en palanquín.

***

Miraba desde arriba el rectángulo verde-hierba de la mesa de billar, las diminutas bolas blancas o rojas, y las calvas de los hombres desde arriba. Yo los veía desde la montera del tejado, donde había saltado a través de mi azotea. Los señores llevaban todos unas varas largas que habían cogido de junto a la pared, y de cuando en cuando les frotaban la punta con algo en un movimiento circular. Luego pegaban en las bolas, como niños pequeños.

***

La azotea tiene una balaustrada de cemento, calado formando rosetones. Está encalada de blanco. Un día, mi hermana me empujó y caí rodando por las escaleras. Me dolía mucho el hombro, y cuando mi padre me miró por los rayos vio que me había roto la clavícula. Mi hermana también se ha roto la clavícula, cuando era muy pequeña. La estaban bañando en una palangana, se cayó la palangana y ella se rompió la clavícula. Su maestra se ha dado cuenta de que mira los dibujos de un modo raro. Resulta que es que sólo mira con un ojo. Le han puesto gafas, pero ella sigue mirando sólo con un ojo: es que tiene un ojo vago.

***

Desde el balcón veía la espadaña de la iglesia, y el cielo azul detrás.

***

Iban las parrandas pidiendo el aguinaldo, desde la casa se oían las zambombas y las panderetas. El grupo se detenía en la acera, tocando y bailando, y pasaban el sombrero de pastor para recoger las monedas.

***

Se encontraba muy solo en la casa y echaba de menos a su hermano. Dormía en un cuarto a la entrada, junto a la caldera de la calefacción. Tenía una ventana pequeña al jardín, por donde trepaba la hiedra. Como el muro era muy espeso, el ventanuco iba en disminución. El cristal se cerraba con una aldabilla de hierro. Su cama era una cama turca y estaba al pie. Le gustaba que le diera el sol que entraba por el ventanillo, se le saltaban las lágrimas cuando se iba. El sol era su amigo.

***

Me parecían algo valioso las bolas de marfil cuarteado y oscuro, que había encontrado en el cuarto del desván, tocaba la lisa superficie con la yema de los dedos.

***

Le gustaba mirar aquellas puertas de noche, cuando no había luz en la casa y sí en la calle, y a través de los balcones bajos entraba el resplandor de las farolas en la calle. Entonces la luz se estrellaba en los cristales, en miles de puntos luminosos e iridiscentes, unos más brillantes y otros menos. Parecían joyas y piedras preciosas, y nunca podría olvidar el estallido luminoso que lo dejaba atónito en la oscuridad, mirando el cristal y sin poder apartar la vista de allí. Luego, de repente, se encendía una luz dentro de la casa, y desaparecía aquella cascada de fuego, como si algo maravilloso y de otro mundo se hubiera esfumado de pronto, dejándolo vacío. Entonces alguien lo miraba, con sorpresa: ¿Qué hacías ahí, con la luz apagada?

***

Había un cuartucho bajo las escaleras del desván. Tenía baldas en las paredes, y en las baldas cajas de zapatos. También estaban las cajas de betún y los cepillos, dabas la luz y se encendía una pobre bombilla.

***

En el entresuelo había un cajón lleno de novelas y de libros de cuentos. Las novelas eran de Nick Carter y de Búffalo Bill, y tenían pastas de colores y grabados en negro.

***

Siempre había golondrinas en el tejado, o macetas en el jardín, o un pozo misterioso en el centro del patio, pero no le gustaba tampoco aficionarse a las cosas, porque tendría que dejarlas pronto. Confundía las caras y los nombres, que nunca se aprendía del todo. Le parecía reconocer una cara, que había conocido en otra parte en realidad. O recordar un nombre, pero no, eran lugares tan distantes. Miraba trazar signos en la pizarra, callaba si le preguntaban, pero no le preguntaban apenas porque era la nueva, y porque nunca sabía nada.

***

En su cuarto había un mueble con cajones y puertecillas. Le gustaba hacer como si los cajones eran habitaciones, y los pequeños muebles de papel fueran muebles de verdad.

***

Dejábamos apagada la luz del patio, y así a través del cristal esmerilado de la cancela podíamos ver cómo Herminia y su novio se besaban en el zaguán.

***

En invierno la enredadera no era más que una maraña grisácea. Quedaba al descubierto la escalera, y los maderos pintados de verde, en el cuchitril bajo el hueco. Allí se guardaban los aperos. En invierno el agua del grifo se quedaba helada. Cada gota se helaba, surgiendo una larga estalactita que llegaba al cubo. La tierra estaba endurecida. Los gatos se escurrían, entre las hojas perennes del boj y del evónivo. Las dos higueras se quedaban peladas y las ramas más altas se deshilachaban por encima del tejado, hacia la calle. El gallinero estaba caliente, por el calor de las gallinas, que se acurrucaban allí y ponían sus huevos. Alguna se subía en un palo, y otras se adormecían en un rincón.

***

Bajamos a la finca de mi tío. Mi tío ha comprado la finca, y luego ha descubierto allí mismo baños romanos y baños árabes. Los baños romanos son como albercas pequeñas, unas junto a otras, y están frente al puente. Ahora están secas, y nos metemos dentro para andar por el fondo.

***

Los baños árabes están bajo tierra. Mi tío ha hecho un agujero en la tierra y ha visto que aquello se hundía, y daba a una habitación grande con arcos. Son los baños árabes, que tienen arcos muy bonitos, como los que vienen en los libros.

***

También hay un pozo en esa finca, y es como los de las mil y una noches, porque se baja al fondo por una escalerilla. Miras hacia arriba y ves el redondel del pozo y arriba el cielo. Es como los cuentos. El tío ha encontrado muchas cosas romanas. Los albañiles le avisan cuando encuentran algo, él se lo paga y lo pone en su museo. El pueblo entero está lleno de cosas de los romanos, y él la reúne todas. Hay cosas graciosas en el museo, y lo más bonito es un toro pequeño, del tamaño de un perro. Le faltan los cuernos. También hay ollas sin asa, y otras partidas por la mitad. Hay monedas muy pesadas y viejas, que están verdes como de haber estado enterradas mucho tiempo. Luego, el tío ha empezado a tener piedras de colores en el museo, pero eso es otra cosa.

***

Desde el pueblo a la finca de los tíos hay que bajar un camino muy empinado que da vueltas. Hay piedras gruesas, donde resbalamos. Pasamos delante de la casa del Rey Moro, que es una casa grande con jardín sobre el Tajo, con los muebles antiguos de madera oscura. Desde fuera no se ven los muebles, claro está, ni el jardín que cae al otro lado, pero yo los he visto y por eso lo sé.

***

Hay que seguir bajando, con cuidado de no resbalar. Las casas a los lados son todas antiguas y bonitas. Son de gente que vive la ciudad, esta gente es más elegante que la del mercadillo, que es donde vive la abuela. Ahí, casi todos son condes y marqueses, y tienen casas con rejas muy bonitas y complicadas, y patios sevillanos que se ven desde fuera. Muchas tienen los suelos de mármol blanco. En los patios hay tiestos colgados de cadenillas doradas, y de ahí cuelgan las esparragueras como de gasa verde claro. En las puertas hay aldabones de bronce, grandes y brillantes, y unos clavos muy grandes y brillantes también.

***

En la plazoleta hay un palacio con fachada de piedra, que me deja tonta de bonito que es. Tiene figurillas de hombres desnudos, que se tapan con las manos para no enseñar nada.

***

Bajando te encuentras con el sillón del moro. Es un arco de piedra con un sillón a un lado, donde dicen que se sentaba el rey moro para mirar sus tierras. Pero ahora no hay rey moro, y sí muchas cargadas de personas encima del asiento, y en el suelo, un lado, y en el rincón. Aquello huele a mierda desde lejos.

***

Bajando, puedes cruzar un puente que lleva a la fuente de los ocho caños. Es un puente que hicieron los moros. En la fuente siempre hay mujeres cogiendo agua con los cántaros.

***

Pero si dejas a un lado el puente sin cruzarlo y sigue bajando, puedes llegar a la finca de mis tíos. El camino se estrecha entonces. Un día había un perro muerto al

borde del camino. Despedía tan mal olor que no puedo olvidarlo. Había moscas, y también hormigas, y bichos de todas clases. El perro ha estado oliendo muchos días, hasta que se ha vaciado del todo y sólo quedan la piel y los huesos. Pero el olor ha tardo en marcharse de allí.

***

Notaba la punzada en el costado y tenía que detenerse, casi sin respirar, algo así como si un puñal lo estuviera atravesando y se quedaba quieto, hasta que el espasmo doloroso lo soltaba. Después caminaba, durante un rato, con cuidado de respirar despacio para que el dolor no volviera.

***

Me gusta también pasear por la calle de la Bola. Hay una tienda con dos faroles en forma de balón rojo a la puerta, donde venden todo a 0,95. Hay también otros cines al aire libre, pero ninguno me gusta tanto como el que instalan en la plaza de toros.

***

Atravesaba la calle principal, se metía por la calleja estrecha y ya estaba otra vez la plaza del mercado. Era un edificio de hierro que olía a pescado y a verduras podridas. Enfrente estaba la juguetería, y en el escaparate muchos juguetes pequeños. Al otro lado estaba, como siempre, el hombre picado de viruelas. Hoy tenía la voz tan ronca como si estuviera rota. Había terminado ya las cuchillas, las plumas y los lapiceros, y las pastillas de eucalipto para la tos. Había otros charlatanes, pero ninguno como él. Escuchándolo con la boca abierta se me iba el santo al cielo.

***

Me gusta asomarme al Tajo desde las rejas panzudas. Abajo hay casas muy pequeñas, y unos ríos como hilos de plata con cascadas pequeñas de espumas. Las personas parecen hormigas. Se ha caído un sillón de mimbre de una casa, ha caído dando saltos de una roca en otra, y cada vez que chocaba daba otro salto hasta llegar abajo.

***

Se oía el zurriar del aire en el abismo, los grajos cruzaban con largos vuelos negros, cobijándose entre las rocas, abajo el río diminuto espumejeaba, y había un murmullo continuo que parecía conmover los cimientos de la tierra.

***

Algunos días llegamos jugando hasta el cementerio, y entramos dentro. Es muy bonito aquello, con unos nichos en el muro todos iguales, con fotografías de los que se ha muerto, algunas muy antiguas, y unos floreros pequeñitos y fijos donde las flores han quedado secas hace mucho tiempo. También son bonitas las losas, con las cruces blancas, y se juega muy bien al escondite allí.

***

También me llevan al cine por la noche. Es un cine al aire libre que dan en la plaza de toros. Hace frío ahí por las noches, aunque sea en pleno verano, pero es muy bonito ver el cine con las estrellas encima. Desde las casas siempre se oye hablar a los artistas

y la música de las películas. Una señora se estaba muriendo, se oía la música de la película, y todos protestaban por eso.

***

Siempre las papeletas de las rifas, y venderlas en las terrazas de los cafés a los gruesos caballeros de chaqueta blanca y puro en los labios, nos miraban un instante entre el humo y de decían que no con la cabeza, sin sonreír.

***

Te he dicho que en la callejuela estaba la serrería, pasábamos por allí muchas veces y lo que más llamaba la atención era el olor, a pinos y a madera fresca. Los hombres portaban los maderos aserrados, y los dejaban caer a lo largo de la acera, interceptando el paso. El suelo estaba siempre lleno de virutas rizadas.

***

Comprábamos en los puestos varillas de madroños, unas bolitas ásperas y rojas, o rosadas o de un verde claro. Iban cinco o seis pinchadas en un palito fino, y tenían un agradable sabor.

***

Comprábamos bengalas de colores, las vendían frente a la casa de las primas junto con diminutas llave de hierro, bombitas que estallaban si las lanzabas al suelo, y eran un puñadito de pólvora envuelta en un trocito de papel de seda. Las bengalas lucían con bonitos colores.

***

Pulsábamos el timbre o dábamos la vuelta a la palomilla del timbre, salíamos corriendo para escondernos en un zaguán cercano, la puerta se abría y no se oía nada, o una voz destemplada. Aguardábamos escondidas, muertas de risa, y al mismo tiempo nos golpeaba el corazón en el pecho.

***

El confitero era calvo y gordo y se llamaba Conde, vendía bizcotelas para la merienda y cucuruchos de hojaldre rellenos de una crema amarilla. Vendía también caramelos de menta, y los comprábamos para cuando a la abuela le daba la tos.

***

Me gusta, en la Alameda, meterme entre los macizos que forman laberintos de caminillos: andamos en cuclillas para que las otras no nos vean. Los macizos están formados de boj, y también unas ramas blandas como de ciprés, y no tienen agujas sino unas bolas muy duras y graciosas.

***

Había un reloj de sol en el parque, entre las rojas crestas de gallo. Tenía un vástago de hierro, donde se posaban las palomas zurriando. La fina sombra se desplazaba lenta, lenta, y marcaba una hora que nunca supe leer.

***

Los de la maestranza eran los dueños de la plaza de toros y podían entrar y salir a su antojo, entraban sin pagar a las corridas, vivían en la ciudad en unas casas grandes con portalones grandes y clavos gruesos y relucientes en las puertas, con zaguanes de mármol y cancelas de hierro, y dentro patios muy bonitos y en penumbra, con maceteros de bronce y macetas de pilistras. Los balcones eran panzudos y tenían rejas caprichosas, sobre la calle empedrada de cantos brillantes y redondos.

***

Se cobijaban en el alero de aquel tejado precisamente, era una casa de varios pisos y la acera estaba siempre llena de cagadas de golondrina. Pero no la acera de la casa siguiente, ni de la anterior, que también tenía aleros en sus tejados, sino sólo en ésta, solamente bajo los aleros de esta casa se cobijaban las golondrinas.

***

Se podían ver los graderíos, no de toda la plaza, pero de una gran parte. Se veía el tejado oscuro como una rosca enorme, los palcos con la gente dentro, y sólo una parte de la arena amarilla. Se oían las voces de la plaza como un bramido sordo.

***

A mitad de corrida, el toro trató de saltar. Se quedó enganchado en la barrera, y las tablas manchadas de sangre. Mi tío me dijo: El próximo acudirá a la querencia. Yo no lo entendí. El próximo toro, nada más salir, trató de saltar la barrera por el mismo sitio.

***

Aborrecía las tierras áridas de Castilla, recordaba siempre las montañas y las cordilleras azules. Y los abismos a ambos lados de la carretera, y las cimas remontando las masas de nubes.

***

La feria de sudario estaba a la entrada del convento de monjas, al otro al lado del Campo Grande. Allí decían que estaba el verdadero sudario de nuestro Señor. Había puestos de aceitunas gordas y de cortezas de tocino, y piringüingüis, caracolillos negros. Había cacharritos de barro pintados de colores, y la pintura se pegaba a los dedos por el sudor.

***

Era como en el laberinto, entrabas fácilmente pero luego no podías salir, confundías en los espejos el espacio y podías darte de narices en el cristal, te parecía encontrar la salida y estabas en el mismo sitio de antes.

***

El faquir era un hombre flaco todo lleno de huesos. Tenía un turbante en la cabeza, y estaba tumbado en una cama llena de pinchos. Era increíble aquello, como cuando a Popeye lo asaban a flechazos y él ni se enteraba. Todo aquello no casaba con la idea que yo tenía de la realidad.

***

Una bruma lechosa se extendía sobre el río, entre las copas de los árboles, y parecía correr, y se colaba en las calles. Y así, cuando salía por las mañanas apena veía la fachada de la casa de enfrente. Menos la torre de la catedral. Allí las aceras estaban llenas de escupitajos, sería por el frío. Había que andar con cuidado, siempre mirando al suelo. Podías pisar uno y resbalar, y aquello se pegaba al zapato, y sabe Dios...

***

Siempre fui a atolondrada, digo yo, porque nunca me hice preguntas vitales como eso de por qué estoy aquí y esas cosas, y me conformaba con comerme el azúcar de los azucareros y robar las yemas de la despensa, y con leer las novelas de Búffalo Bill que estaban abajo en el entresuelo, metidas en un cajón. Y comerme los higos y sentarme en la rama más alta de la higuera, cuando ya se acercaba el verano, y colgar trapajos del árbol y flecos de seda, y poner cojines floreados, y leer la vida de Genoveva de Brabante y de Rosa de Tanenburgo.

***

Los peces lo miraban detrás de los cristales iluminados, langostas que movían con pereza sus antenas, estrellas de mar que apenas se movían. Anguilas del cuerpo interminable y negro, y medusas pegadas al fondo de arena. Había caballitos de mar casi transparentes, que se balanceaban sujetos al extremo de su cola.

***

Subieron a lo alto del monte, era el día de la Virgen del Carmen y desde allí veían la costa y el puerto, los pueblos costeros y las playas. Había una procesión de pequeños barcos que seguían a uno mayor, que llevaba a la Virgen. Ellos miraban con curiosidad abajo, a la playa, por si veían a las mujeres vendiendo sardinas con la falda arremangada por encima de las pantorrillas. Estuvieron mirando todo mucho tiempo y bajaron por donde había subido, a campo través. Las afueras de la ciudad le parecieron feas y sucias, con las tuberías y el fuego de los hornos. Todo allí estaba renegrido. Un día en la ciudad, que era grandota, subieron y bajaron escaleras metálicas para tomar un tren. Había una calle muy ancha y al final un monumento, y puentes, y transbordadores. Pasaron veinte días arriando la bandera al anochecer, y cantando letras patrióticas a todas horas.

***

Almonedas con cachivaches amontonados, hacer piruetas entre una habitación y otra, armarios viejos con lunas en las puertas y mesas con tablero de hule, y entre tanto chisme repugnante un inútil encontrabas un sillón pretérito y tallado, con asiento de cuero y policromía de águila bicéfala.

***

Le gustaban los pelos de las cejas, pegaba un tirón y sacaba varios juntos. A veces era más gustoso arrancarlos uno a uno, y masticarlos así. Lo mismo solía hacer con otros pelos. Metía la mano debajo del calzón, y ¡zas!, arrancaba un pelo o un manojo de pelos. Por un lado terminaban en una punta fina, y por otro en una bolita. Se los iba comiendo, masticando, y la lengua quedaba llena de aquellos pelillos pequeños, que también se metían entre los dientes.

***

También los bedeles me habían dicho que lo conocieron bajando las escaleras en bicicleta, en el instituto. Iba vestido de militar, y con el sable al cinto.

***

Era una sopa helada, inclinabas el plato y la sopa se escurría, en una pieza, con la cuchara podías cortarla como si fuera un requesón.

***

Las gaitas tenían largos flecos de seda con los colores de la bandera nacional.

***

Bajaba la escalera hasta el elegante comedor decorado con muebles antiguos, hasta la mesa que ya ocupaban ellos, entre otras mesas ocupadas a su vez por familias extranjeras con sus hijos, unos niños rubios tan acostumbrados al hotel de los cuatro tenedores que no les hacía sensación. En cambio los suyos mirarían estupefactos la ceremonia del servicio, el movimiento pendular con el que un camarero impecable trasladaría los alimentos desde una pequeña bandeja ubicada en el carro de servicio, hasta el plato de cada uno.

***

No ocuparon la casa que había soñado, pero sí un apartamento en el hotel. Tenía pocos muebles, nada más que los necesarios, pero claros y agradables a la vista. El salón era grande, con puertas a la terraza. No podían salir a la terraza, estaba siempre llena de un polvillo de carbón.

***

La piel de zorro tenía la cara casi entera y terminaba en punta, el cuerpo era suave y de color canela, y la cola gruesa y cilíndrica. Tenía en lugar de dientes una pinza plateada, y su madre se lo enroscaba en el cuello.

***

Era la más pequeña del corro, me dejaban enmedio y sonreían, todas me hablaban y se ocupaban de mí, porque era la alumna más pequeña del colegio.

***

La cuestión era dar con el punto de humedad, me daba jabón en las manos y soplaba, se hinchaba una gruesa pompa entre mis dedos y soplaba, la luz bailaba en la superficie de la pompa en todo los colores del iris y seguía soplando, y las imágenes se estiraban, el cuadrilátero de luz de la ventana o el punto de luz de la bombilla, hasta que aquello se estiraba tanto que la pompa se reventaba, con una lluvia de minúsculas gotas de jabón.

***

El hotel Miramar era un hotel muy bonito. Allí estaban primeros los soldados Regulares, y luego lo han arreglado y dan fiestas muy lujosas a donde van mis padres alguna vez. Es un hotel muy grande con torrecillas y tejados verdes. He estado una vez ahí, en un patio moruno con columnas. Detrás está la playa, que está muy sucia y huele

muy mal. La gente es muy pobre, y dicen que estamos en el año del hambre. Comemos batatas y pan de higos, sobre todo.

***

Usaban ambas gran libertad de lenguaje. Aunque la más alta era más guapa, y todos los muchachos la miraban, nunca fue orgullosa. Le parecía tan natural que la admiraran como el respirar. Nunca se jactaba, y no tomaba a nadie en serio. Por el contrario, con sus admiradores era cruel.

***

Sus padres jugaban con un grupo de amigos. A veces perdían, había que guardar silencio en la casa para no incomodarlos. Detrás de su casa había una extensión con árboles, que no podía llamarse jardín. Pero durante un cierto tiempo la hierba crecía tanto que podían esconderse debajo. Desde la galería se veía la torre de la catedral.

***

En las paredes de su casa había fotografías de todos sus hermanos y de ella. Salía muy bien en las fotos, con su peinado en trenzas y la tez bronceada.

***

Seguía el reguero de cagarrutas menudas sobre el adoquinado, sueltas o formando racimos. Le explicaron la historia de los rebaños, de la de mesta y los caminos reales, y que después de tantos años los pastores trashumantes no habían perdido sus derechos. Seguían usando los mismos caminos, aunque se hubieran quedado en el centro de la capital. Dejaban su tarjeta de visita, aquel reguero de cagarrutas.

***

Parecía que aquellos pájaros negros iban echar a volar en la calle San Carlos, y sin posarse en los balcones ni en los aleros iban a embocar el abismo, graznando bajo el puente.

***

Vieron un bullicio a lo lejos y había varios coches parados, y algunos miraban y habían cubierto algo con una manta en la carretera. No quiso verlo, y volvió la vista a otro lado. Parecía que hubieran cubierto a una persona, era una persona porque le asomaban los pies, y era un hombre porque asomaban las bocas de los pantalones, y era de campo, porque asomaban las zapatillas. No quiso mirar pero el niño miraba todo el tiempo, sin perder detalle. "Hay tripas de la carretera, -dijo-, están todas las tripas ahí". No quiso mirar y volvió la vista hacia otro lado, mientras se le revolvían las tripas a ella.

***

Cuando llegaba después del verano me iba a lo primero a la cocina, abría la vieja puerta de cristales con contraventana, me asomaba la galería de la cocina y miraba al jardín, apoyada en la barandilla de hierro.

***

Tenía caballos mi tío en la Dehesa de la Sierra. Algunos eran de montar y en la

sierra se cebaban los cerdos. Estuve allí una vez, dentro de aquella plazoleta cerrada.

***

En realidad, yo no supe cómo eran aquellas montañas hasta que no volví por allí muchos años después, y quise saber verdaderamente cómo eran, para poder contarlo. De pequeño, sólo recordaba que durante las tormentas parecían retemblar. Como si los truenos surgieran del fondo de la tierra, de muy dentro de aquellas moles grises jaspeadas de blanco.

***

Se habían agrupado en torno a la hoguera, y la neblina se extendía debajo de los árboles. Eran tres hombres con boinas y bufandas, y despedían nubes de vapor. Se frotaban las manos y hablaban acaloradamente, y mientras la hoguera chisporroteaba. La llama se alzaba y lamía la niebla. El cielo estaba gris, y hacia oriente había una luminosidad rosada. Pasó junto a la hoguera, los tres pares de ojos se alzaron y la miraron. Los saludó con un gesto rápido, y tres voces contestaron al unísono. Luego se alejó.

***

El río del Molino es muy bonito, parece un río de cuento de hadas.

***

No era una finca grande, pero sí fértil, porque estaba a orillas de un canal. Tenían allí un perro muy grande y fiero, que había agredido a un hombre en el camino, dejándolo medio muerto. En la huerta tenían árboles con acerolas, unas manzanas pequeñas como guindas, y también coloradas. Tenían un sabor aromático y peculiar, en otoño podían encontrarse en las fruterías, junto a los cajones de naranjas y castañas. No las había visto nunca, hasta que llegó a esta ciudad.

***

Había tantas moras en el gran moral que no daban abasto a comerlas. Le daba miedo subir al moral, resbalar y caer, porque las ramas eran tan altas que remontaban los tejados de las casas. Pero algunos gateaban como monos, y es porque no habían hecho otra cosa desde que nacieron.

***

Pensaba en la circuncisión de los alcornoques, desnudos de la cintura para abajo, con sus partes al aire. Las ramas finas no servían para el descorche que empezaba ahí, de cintura para abajo, y quedaban sus partes vergonzantes expuestas a la curiosidad, daban ganas de cubrirlos con ramas de hojarasca, a fin de proteger sus vergüenzas.

***

Siempre había lagartijas en torno a la luz. Aguardaban quietas, aplastadas sobre el muro blanco, ajenas al parecer a cualquier ruido y movimiento, acechando su presa. Otras veces se colaban en los cuartos por las ventanas, y entonces eran los gritos y aspavientos.

***

Había arañas gordas y peludas, de andar torpe y aspecto achaparrado, y otras con el cuerpo no más grande que un grano de anís, y las patas largas y delgadas como hilos. Corrían tanto que no podía seguirlas con la vista. Había otras pequeñas y grises que tejían sus telas, y se descolgaban de un hilo, aguardando a la presa.

***

Construimos un balancín que pendía de una rama en la plazoleta, entre la casa de los molineros y la de mi tía, en el sitio que en tiempos había ocupado un jardín. Ahora estaba lleno de matojos y de flores de malva. Habíamos atado dos cuerdas a una tablilla, y luego a la rama del árbol más gruesa. Allí, sobre el tronco, habíamos clavado un murciélago para obligarlo a fumar.

***

Colgaron un columpio bajo los árboles, frente a la casa de los molineros. Clavaron las alas de un murciélago en el tronco, el animal se debatía inútilmente y aprovechaban para meterle la fuerza en la boca un cigarro, del que daba grandes chupadas.

***

La cometa subía, alejándose sobre la playa, cada vez más alta y más lejos. El aire la mecía y su cola garabateaba, multicolor. Tiraba del hilo, plantado en la arena con los pequeños pies desnudos, y el sol arrancaba en su pelo reflejos dorados.

***

El bar tenía una galería de cristales sobre el valle. Desde el bar se pasaba a la huerta, cerca del arroyo, donde estaban los árboles frutales y una hierba húmeda, y plantas de malva con flores rosadas, o de un grana encendido.

***

Dejaba un lado los sacos arrumbados, seguía entre una nube plateada de polvillo de harina y el ruido nos acompañaba siempre, hacía estremecerse los cimientos de la casa y del molino. Pasaban los molineros llenos de polvo blanco, envueltos en aquel olor que jamás he podido olvidar.

***

Podía ser un jarrillo de porcelana blanca, desconchado en los bordes por donde asomaba el metal negro, o un lebrillo de barro vidriado amarillo-verdoso, con verrugas en el barniz.

***

La romana estaba colgada por una cadena del techo. Es una barra larga por donde resbala una pesa grande. Está en el matadero, y allí pesan de todo, y también nos pesamos nosotros colgados de una cuerda. Sabes tu peso cuando la barra se pone horizontal.

***

Le gustaban las historias de bandoleros, de los antiguos y también de los modernos. Algunos habían muerto hacía poco, y uno se había matado cortándose las venas. Detrás de alguna de las rocas podía aparecer uno de ellos, y daba miedo y al

mismo tiempo emoción el pasar por allí.

***

Metías el filo del cuchillo por la hendedura del piñón, y la cáscara se dividía en dos. Había piñones en la feria de sudario y en los puestos del Campillo, era el fruto oficial de la ciudad.

***

Era muy pequeño cuando lo dejaron interno en el colegio, y lloraba mucho. Los niños se burlaban, y él lloraba aún más. Por fin su madre se lo llevó con ella el extranjero, y allí fue al Liceo con otros niños. Más tarde sabía escribir en francés, pero en su propia lengua hacía faltas de ortografía. Le estuvieron enseñando geografía para que hiciera el ingreso, y el profesor vio que tenía una memoria prodigiosa

***

Siendo muy pequeña me hicieron ya de la coral. Siempre canté en la voz más alta. Ensayábamos durante los recreos, en el salón de actos, subidas a un estrado muy alto, acompañadas por un viejo piano. Ensayábamos una y otra vez, hasta que podíamos cantar aquello dormidas. Recuerdo todas las piezas, y podría ponerme a cantarlas aquí mismo.

***

Eran las encargadas de desasnarme, aunque imagino que la obligación de hacerlo tampoco les quitaba el sueño.

***

Luego, en la escuela, la profesora era más seria y siempre te decía que no hacías nada. Te había cambiado de sitio, estabas delante de ella, pero seguías sin hacer nada más que borratajos en el papel. Sólo cuando llegaron los Reyes magos y yo le regalé una máquina de cortar chorizo en lonchas, la señorita cambió. Desde entonces se mostró más amable. Pero seguías sin hacer nada, sólo jugando en las horas de clase.

***

Tomaba el puntero, aquella vara larga, iba señalando en el mapa los mares y las cordilleras, de pronto se volvía y preguntaba por sorpresa.

***

Lo difícil era sacar punta con cuchilla, rodeabas el lápiz primero con un corte en forma de corona y había que empezar a desbastarlo, con cuidado de no romper la punta una y otra vez, y de cargarse el lápiz nuevo.

***

Unidad, decena, centena, unidad de mil, y luego decena de mil, hasta unidad de mil de millón, y mucho más.

***

Lo tiraron al mar, lo tiraron al mar con un palo metido en el culo. Pobre señor, pobre señor, no se lo pudo sacar.

***

Próximo al colegio había un edificio que llamábamos las cuadras. Se llegaba a él por un camino en el monte. Era un chalet grande, parecido a todo los de la zona, y allí se impartían clases a los niños pobres de los alrededores. No recuerdo haber estado allí muchas veces, lo sumo una o dos, y a los niños del colegio se nos imponía como castigo por nuestro mal comportamiento el ir a las cuadras con los niños pobres.

***

Me pareció un libro divertido, con aquel hombre de la gorra que contaba fantasías todo el tiempo, que cazaba leones con la imaginación, y cultivaba un pequeño baobab en una maceta del jardín.

***

El cielo se extendía, plomizo, por encima del patio de recreo, habían encendido la luz en las aulas y desde abajo veíamos los globos blancos, pendiendo de los techos.

***

El vaho salía de las narices y subía, desaparecía un momento y pronto una nube de vaho sustituía a la primera, estaba sentada en un banco del jardín, yo sola enmedio del jardín, hacía frío y la tierra se cubría de escarcha.

***

De noche en el dormitorio encendían cerillas, era divertido encender una a una, aguardar con ella la mano hasta que acaba consumiéndose y amenazaba con quemar la punta de los dedos, se sujetaba con las uñas y luego la soltabas con violencia, porque que te habías quemado las yemas.

***

De nuevo encerrarse entre paredes de cristales con armarios adosados, con macetas de esparragueras, viendo los techos de las aulas contiguas, los globos blancos pendiendo de los hechos. Un nuevo concurso escolar y él allí, rodeado de pupitres vacíos, teniendo al otro lado el recinto del patio donde gritaban sus compañeros.

***

En las paredes figuras recortadas en chapa de madera, pintadas de colores y clavadas en los tabiques. Niños holandeses entre molinos de viento, golondrinas en los hilos del telégrafo.

***

Había pájaros recortados en madera, clavados en lo más alto sobre hilos simulados de telégrafo. Tenían los picos rojos y el plumaje blanco y negro, y las patitas amarillas.

***

Salir al claustro, pisar las piedrecillas y los huesos formando dibujos, detenerse junto a la imagen del santo, mirar su cara pálida y brillante, sus hábitos oscuros y los zapatos desgastados de tanto pasar y repasar las manos tantas generaciones de alumnas, oír el chasquido de una puerta, ver la silueta de una monja que camina con

la cabeza baja, sonríe al pasar y sube deprisa las escaleras.

***

Rascaba con la punta del zapato aquellos huesecillos que siempre había visto allí. Aunque me parecía que eran huesos nunca había preguntado si lo eran. Formaban hileras haciendo dibujos entre los cantos planos y apretados, y junto al gris de las piedrecillas los huesos de taba eran de un tono marfileño.

***

Recalaba en casa de sus padres como un extraño. En realidad no pertenecía aquí ni allá, ni a ninguna parte.

***

Le resultaba extraño moverse por los espaciosos corredores, cruzarse con los frailes con su sotana negra y con los muchachos, algunos tan grandes como el fraile, y otros mucho más altos. Ya había visto otro colegio de jesuitas, y los dos eran parecidos, con los claustros alrededor de un bonito patio con plantas. La sala de espera tenía columnas y muebles aviejados. Los chicos caminaban en filas.

***

En el piso de arriba estaban la capilla y el cine. En la capilla había una imagen grande de la Virgen, con corona de estrellas, y casi todos los chicos tenían la misma imagen en pequeño, porque la vendían muy barata en el colegio. Tenía una cara bonita y rosas alrededor de la cabeza, y las manos juntas. La corona de estrellas doradas iba pinchada con dos clavos detrás de la cabeza. En los pasillos había fotografías de los alumnos, desde la inauguración del colegio. Había fotos del siglo pasado y se habían quedado amarillas, y los muchachos llevaban chalinas y el pelo pegado con fijador.

***

El hombre era joven, de cara rosada y cabellos como de lino. Llevaba siempre gafas oscuras y caminaba vacilando, y sus cejas y sus pestañas eran blancas también. Lo veía a menudo cuando iba corriendo porque llegaba tarde al colegio. Luego me dijeron que era albino, y que la luz le dañaba los ojos.

***

Era un ser hierático, con los ojos claros de un color indefinido, parecido al del acero. Los muchachos no lo sabían, porque nunca lo miraban de frente. Tenía las mejillas sonrosadas, no con un rosado de sol o de aire, sino de pequeñas venillas. Cruzaba las manos en ademán abacial. Lo veían muy pocas veces, sólo los días de gala, cuando llevaban uniforme y los zapatos bien lustrados. Entonces el mejor del colegio se acercaba, inclinaba la cabeza y empezaba a recitar. Luego dos pequeños, muy repeinados, se acercaban y en una bandeja le ofrecían el regalo a que habían contribuido todos los alumnos del colegio. Él sonreía apenas y daba las gracias, acariciaba el pelo a los pequeños con sus manos alargadas.

***

El ecónomo era un fraile grueso, de tez aceitunada, que caminaba con dificultad y siempre al compás del ruido que hacía el manojo de llaves. Tenía unos ojos negros

y agudos, y unas grandes cejas.

***

Cuando era un bebé trabajó ya de ángel con alas de plata, y se puso la corona con la estrella del revés. Más tarde hizo de narrador en una fábula escenificada. Al rey de los animales le habían organizado un concierto, y aquello no terminaba nada bien. En Navidad lo vestían de pastor con una zamarra, y más tarde de profeta. Luego ya nunca dejó de actuar. Al principio cantaba en la coral con todos, luego fue haciendo algún solo, de primer solista. Cuando salía al escenario, sin haber empezado, había un murmullo de aprobación.

***

Nunca me aprendí los papeles, siempre los llevaba con alfileres, y así salía ello. Las pequeñas me querían mucho y me miraban con la boca abierta. -No se va a lograr, -decía una bruja odiosa. -Tantas cosas buenas en una persona, no puede lograrse. -Vaya usted a la mierda, vieja gorda -decía yo en voz baja.

***

En esta he hecho de ángel, me han puesto una túnica verde claro y me han hecho las alas en casa. Para hacer las alas ha habido que pegar papel de plata en una cartulina. Llevaba una corona de lo mismo, con una estrella que tenía que ir por delante, pero con las prisas yo salí con la estrella hacia atrás.

***

Fue la primera vez que hizo el ridículo en una función de teatro, luego lo haría muchas veces más. En realidad, casi todas las veces que salía a hacer una función de teatro. Es porque era indisciplinada, y no se doblegaba a los ensayos.

***

Olía a orines, las mesas eran viejas y el hule de los tableros estaba roto. No había adornos y sí suciedad, y sobre todo el olor a orines que se colaba por todos lados.

***

Había cucarachas de todas clases, pero sobre todo de las rubias y alargadas que subían majestuosamente por las paredes. No he visto tantas cucarachas juntas, ni creo que las vea. Los tabiques se oscurecían con ellas, y eran ligeras y agitaban sus largas antenas. Las había gruesas y enormes, y estaban las crías que corrían veloces y eran casi invisibles.

***

Daba igual aquel colegio que cualquier otro, tantos había recorrido que ni siquiera lo recordaba. No podía contarlos con los dedos, colegios de monjas y escuelas del pueblo, el alemán en lo alto de una colina, nuevos colegios de monjas y en cada uno las monjas llevaban un hábito distinto, tenían costumbres distintas, y ella llevaba un uniforme distinto. Había que conocer nuevas compañeras, pero no por mucho tiempo. Por eso había decidido no hacer amistad con ninguna. No sabía nada, ni se preocupaba por eso.

***

De nuevo el otoño, aquella lluvia pertinaz y el uniforme, de nuevo el rotular libros y cuadernos, ojear los textos sin estrenar, forrarlos con papel azul añil y pegarles etiquetas blancas, con una greca azul.

***

Mi padre me dejaba en el tren y yo viajaba sola, iba sola en primera clase si se exceptúan unos señores de pelo blanco que siempre viajaban con pase. Había unos pañitos con las letras de la Renfe. Curioseaba un poco, y luego dormía toda la noche.

***

Hay una cosa que me da rabia: tarareo continuamente dentro de mí, sin que los otros se den cuenta, pero eso me molesta. Además me invento unas palabras raras, unas terminaciones raras para las palabras, y todo el tiempo las tengo dando vueltas dentro de mi cabeza, lo que me molesta mucho. No sé cómo librarme de eso, lo veo imposible.

***

A veces digo palabrotas en voz baja, pero es cuando me pegan o cuando estoy enfadada. Digo para mis adentros todo lo que sé que no se puede decir, palabras que oigo a los hombres por la calle, y también a los chiquillos golfos. Había dos chiquillos dando vueltas, como jugando al corro, llevaban cogida en la mano la cosa alargada que a los chicos le sirve para hacer pis, y al mismo tiempo iban cantando: llévame a la pichina, pero sin abusar.

***

Entrábamos cada curso en el aula, con la sensación de sentirnos más importantes que el año pasado. Mirábamos por encima del hombro a las que ocupaban el sitio que nosotras habíamos dejado.

***

Centelleaba el sol sobre los cristales más altos, con un resplandor rosado. Debajo estaban las copas de los árboles, y los ruidos de la ciudad.

***

Tenías muy buen oído y una voz potente para tu edad. Hacíais pinturas, las pegabais en unas cartulinas oscuras y las poníais de adorno en la pared. Aquella clase había sido una cochera, y ahora era un aula llena de niños y de murales de colores. La señorita Jacinta era la profesora que tanto te quería, se fue de las monjitas porque ingresó en una orden distinta. Pero tú todavía la recuerdas.

***

Era un tormento tener que aprenderse las cosas de memoria, pero si llegaba a aprenderlas no se me olvidaban nunca, como en el caso de los concilios o de los hijos de Jacob.

***

Aprenderse el acusativo, nada que ver con acusar, y el dativo nada que ver con dar, y el ablativo nada con hablar. Todas las palabras en columnitas, labrador agrícola,

y ager agricultor. Era una cosa nueva y, a ratos, bastante divertida.

***

Tampoco me sabía las conjunciones y todo eran castigos. A última hora andaba preguntando y leyéndolo todo deprisa, y aún así algunas veces podía salir del apuro. Las historias de conquistadores, además de ser verdad, eran mucho más divertidas.

***

El laboratorio daba al patio con columnas de ladrillos, allí donde salían a recreo los días de lluvia. Por otro lado estaba el patio principal, el de los antepechos esculpidos formando un encaje de piedra.

***

¿Estás estudiando, bonito de mierda?

***

Frotaba la barra de ebonita contra la tela áspera del hábito, y atraía con ella la bolita blanca que pendía de un hilo. La barra la desplazaba o la atraía.

***

La balanza tenía un juego de pesas diminutas, eran de bronce metidas en un taco de madera. Cada cual ocupaba el hueco apropiado a su forma y tamaño. Las había tan pequeñas como medio guisante, y había que sacarlas con la uña. Para apreciar décimas de gramo había plaquitas de metal como lentejuelas.

***

Mezclábamos azufre, salitre y carbón, retrocedíamos un poco y ella aplicaba una cerilla, estallaba la mezcla y se alzaba una columna de humo, y abríamos la puerta para que no picaran los ojos.

***

El metro era la diezmillonésima parte del meridiano terrestre, o sea la parte comprendida entre el polo y el ecuador. También era una barra de platino iridiado que se conserva en el museo de pesas y medidas de París.

***

Mientras las otras atendían ella se escondía tras el pupitre, y con unas tijeras de punta fina iba desbastando la barra de tiza del encerado, hasta lograr el busto de una muchacha con unas largas trenzas.

***

Alzas la tapa del pupitre, cuentas los días que faltan para el domingo, miras dentro la barahúnda de libros y cuadernos, abres el paquete del almuerzo y ves lo de siempre, higos de cuello de dama. Coges un higo y lo masticas, escondido tras de la tapa del pupitre.

***

Había estado untando el balón de badana con grasa de caballo, y desde aquel día

sus ropas y sus cosas olían igual que el balón.

***

Llegaba con retraso a todas partes, era sintomático: cuando llegaba, la excursión ya había salido, estaban todos esperándome con cara de perro, llegaba tarde a las filas y la capilla, y al recreo. Yo no sabía cómo mis compañeras podían terminarlo todo en tan poco tiempo. Yo tardaba en hallar lo que buscaba, luego tenía que volver porque me había olvidado de la boina, o de los guantes. Nunca lograba estar donde debía

*** .

El miércoles era un día sin gracia. El jueves salíamos a las cinco y media, antes de merendar, y el viernes había misa por la mañana y desayunábamos en el recreo de las once. Con eso habíamos perdido media mañana de clase. El sábado teníamos las notas, pero era víspera del domingo.

***

Había en el pupitre meriendas atrasadas y trozos de pan duro, libros sin forrar y toda clase de cajas, y dentro de la tapa abatible fotos de artistas clavadas con chinchetas. Había un calendario hecho a mano con los festivos en rojo, donde tachaba una fecha cada día.

***

Los lunes recordaba de pronto que tenía que haber estudiado, haber hecho todos aquellos deberes, y había que rogar angustiada, y con un gesto de fastidio la compañera me pasaba un cuaderno. A toda prisa trataba de copiar aquello para cubrir el expediente.

***

El ciego sol se estrella en las duras aristas de las rocas. Veía una niña asomada a la ventana, y abajo el Cid con doce de los suyos. El ciego sol, la sed y la fatiga por la terrible estepa castellana.

***

Nunca supe si el umbral estaba arriba y el dintel abajo, o al contrario. Siempre lo decía al revés.

***

Cirros, cúmulos, estratos y limbos, los estudiaba en geografía pero no lograba distinguirlos arriba, en el cielo. Nubes pequeñas y aborregadas, que presagiaban lluvia. Otras estiradas como gasas rojizas, y otras espesas y densas, cargadas de lluvia. Según decía el libro había otras altísimas, en las capas superiores de la atmósfera. Nunca conseguiría distinguirlas.

***

Pasaba despacio las hojas del Atlas, primero eran estrellas diminutas en un cielo azul y unas curvas extrañas que no comprendía, luego estaban la lluvia, el rayo, el ciclón. Luego venían varios mapas de España, empezando por el mapa de los montes y ríos, y luego todo lo demás.

***

Con el compás trazaba círculos concéntricos, rosetones y margaritas. Luego, con lápices de colores, rellenaba los huecos formando grecas caprichosas. Todos sus cuadernos estaban llenos de dibujos geométricos, iluminados a todo color.

***

Había dos mellizos y dos hermanos de Extremadura, y un chino, y una capilla donde decían misa por las mañanas. Había un muchacho que no estudiaba, y que había sufrido un accidente de automóvil. Tenía su propio dinero y se había trasladado a la residencia. En su cuarto se reunían todos los días de fiesta, y jugaban al parchís. Dominaban las dobles barreras, y acorralaban fichas indefensas. Habían hecho un verdadero arte del juego del parchís. Lo suspendieron en las oposiciones, pero algo ganó: había aprendido a jugar al parchís.

***

Nos hablaban del comunismo como de las fuerzas desatadas del averno: puños crispados, gritos y mujeres desgreñadas acudían a la imaginación al conjuro de esta palabra. Luego lo vimos como un castigo justo de Dios a la humanidad, pero siempre como una cosa mala. Nunca como una suerte de justicia social.

***

Nos llevaron a ver la fábrica de azúcar. Nos fueron mostrando las fases de su producción y vimos la melaza, un líquido oscuro con un fuerte olor; luego el azúcar sin refinar, todavía amarilla, y por fin los terrones blancos, y un azúcar refinada en forma de pilón. Estuvimos abriendo grifos de alcohol, nos lavamos las manos en él, y al final nos regalaron a todas aquellos gruesos terrones.

***

Estaba yo en clase cuando entró la hermana de la portería, dijeron mi nombre y a continuación que me había nacido una hermana. Yo tenía entonces once años y me puse muy contenta, y todas se alegraron conmigo.

***

Aquellas tablillas todo alrededor de la iglesia, tenían unos números romanos que habíamos aprendido a leer en ingreso. Tenían un pequeño tejadillo, y abajo una escena del víacrucis que yo no podía distinguir, acaso necesitaba gafas aunque nadie me lo hubiera dicho.

***

Era de plata con las vinagreras de cristal, al menos así lo parecía por el ruido que hacían las pequeñas jarrillas transparentes, una con agua y otra con vino. El sacerdote viejo, temblándole el pulso, las volcaba en el cáliz y al chocar con él producían un fino tintineo. Las volvía a dejar en el recipiente de plata, y empezaba a manipular ahora los finos paños de batista, bordeados de encaje. Enjugaba los vasos con un movimiento circular, se limpiaba los dedos con ellos, y también los labios.

***

Había visto algunos muertos ya, el cura viejito que había dirigido la novena durante

muchos años desde el púlpito, era un muerto pequeño y consumido alumbrado con cirios, y había una fila larga de niñas que entraban y se santiguaban deprisa, sin atreverse a mirar la caja. La segunda fue su tía monja, una anciana a quien visitaban los domingos, nunca le vio la cara porque estaba oculta por los velos, las rejas de púas y las cortinas. La habían metido en una caja de pino blanco, en el coro al lado de la capilla, y había doble rejas, unas pinchudas, pero aún así pudo ver por una vez su tez blanca como una azucena, y las manos delgadas sobre los pliegues del hábito. El humo de las velas se levantaba en volutas y se oían murmullos, y arrastrar de pisadas en la tarima de la iglesia.

***

Estaba subido en un estrado y lleva un solideo encima de la cabeza. Los niños pasaban uno a uno y él le decía algo, les daba un cachete en la cara, luego bajaban entre la multitud y se perdían en ella.

***

Le sujetaron el brazo al cuerpo con vendas y apenas podía moverse, se acostaba encima de una almohada a lo largo, y cuando le quitaron aquello tenía el brazo en carnes vivas.

***

Me obligaron a oler amoníaco, me había comido toda la fruta de las jarras hasta hartarme y ahora tenía que trabajar en la función, tenía una borrachera que me iba durmiendo encima de los pupitres. La monja me miró con desprecio, y yo apenas si pude disculparme. Y todo por comerme las frutas de las jarras, y ahora tenía que salir en la función y ni siquiera podía tenerme de pie. Por eso trajeron un trapo con amoníaco y me lo dieron a oler.

***

Me gustaba ver todos los ojos fijos, al otro lado de las candilejas. Entonces, me sentía feliz.

***

Siempre el chirriar del telón, del grueso cilindro que enroscaba la cuerda, accionábamos la palanca y la lona subía a trompicones, los personajes quietos en el escenario como si se hubieran pasmado, y cuanto más quietos mejor, hasta que terminara de subir el telón. Pero el telón se atascaba algunas veces, y lo malo no es que no subiera, sino que tampoco quería bajar.

***

Era la apoteosis final, salían cogidos de la mano cantando aquello del ideal que los haría soñar, sonaban los aplausos y el telón bajaba y volvía a subir.

***

Un día me invitó a merendar, era su santo y había muchos invitados, y unas copas con un aspecto muy bonito. Era algo marrón con un cucurucho de merengue encima. Empecé a beber y aquello no se conmovía, volcaba la copa y lo mismo.

***

Un día me invitase a merendar, era tu santo y había muchos invitados, y unas copas con un aspecto tan bonito. Tenían un contenido marrón y encima flotaba, o parecía que flotaba, una capa de merengue, y había guindas encima que se sostenían milagrosamente. Tomé la copa y fui a beber, y aquello no se conmovía. Porque no era líquido sino sólido, era un dulce de castañas que habías hecho tú misma para obsequiarnos y sentía las miradas fijas, y no sé lo que dije, la cara me ardía y tú me mirabas, riendo. No sé lo que dije, lo he olvidado como dicen que se olvidan las cosas que nos causan un trauma. Eras mayor que yo y saliste del colegio. Te llevaron luego a otro colegio en otra ciudad, donde iban tus parientes distinguidas, y luego te vi muy poco ya, me dijeron que tenía nuevas amistades, y luego que había muerto, y cómo.

***

Éramos uña y carne, jugábamos en los recreos y yo aguantaba los empujones que me dabas en lo de civiles y ladrones. De la noche a la mañana dejamos de hablarnos, y ni nos saludábamos siquiera. Nunca más volvimos a casa juntas, tuvieron que pasar dos años, tuve que pasar un curso fuera y a mi vuelta me reí de lo que había pasado. Pero tenías otras amigas, habías dejado el bachillerato y hacías cultura general. Las cosas ya no fueron las mismas.

***

Pasó una noche horrible, y menos mal que no llegó a tomarse el purgante. Seguía el dolor al día siguiente, que era domingo, y además con el más importante partido de fútbol de la temporada. El río estaba tan helado que podía pasarse por encima. Después que la operaron soñaba todo el tiempo con ríos, y que estaba nadando en un lago pero no podía beber el agua. Tan sólo le mojaban los labios con una algodoncito. Vinieron las visitas y con lo que decían la hacían reír, y era como si le abrieran las entrañas. Cuando se puso en pie creyó que el vientre se le caía hasta los pies. Tenía que sujetarlo con la mano.

***

Fuiste tú quien se ocupó de mí aquel día. Yo sentía frío, muchísimo frío, tanto que no se me aliviaba con el cerro de capas que me echabas encima, y que habías cogido los percheros. Fuiste muy bueno conmigo, tanto como pueda llegar a ser un compañero con otro.

***

Siempre que los mayores hablaban de una afeminado, aguzaba el oído. Los oía en son de burla, y había algo que lo paralizaba. Lo mismo le ocurría con el tema de los locos.

***

Los domingos se aburrían de muerte, comían una empanada con una salchicha y se lo pasaban saltando la acequia o tocando la campanilla de la puerta.

***

Cuando salían de excursión compraban plátanos de chocolate rellenos de crema. La crema podía ser amarilla o verde claro, según que supiera a vainilla o menta. Se comía primero la corteza, chupando con cuidado, y al final le quedaba la crema que

moldeaba con los dedos, hasta formar una bola. Cuando comía bombones de licor les daba un mordisco pequeño, sentía el chocolate y la pequeña costra endurecida del azúcar, y por el agujero bebía el licor a pequeños sorbos. Al final engullía el bombón ya vacío, y la costra endurecida del azúcar crujía entre los dientes. En cuanto a las yemas, despegaba con la lengua la corteza blanca y dulce, y cuando no quedaba más que una bola amarilla se la metía de una vez en la boca.

***

La niña era muy bonita y muy alta, y extremadamente delgada. Tenía largas trenzas, era alemana y se llamaba Eva Kutche. Tenía una piel casi transparente, sus ojos eran de un azul muy pálido, y su sonrisa muy dulce. Entró más tarde en el colegio de monjas, y le dijeron que se había convertido y había hecho la primera comunión. Físicamente, no había cambiado apenas nada.

***

Yo te iba a buscar y me aguardabas en la calle. Me esperabas jugando con los otros chicos, y con aquel que era anormal. Luego cogíamos el autobús en la parada, y nos veníamos a casa. Más tarde pasaste al colegio, con los mayores, y seguiste sin hacer nada. Todos me daban quejas de ti. No sabías hacer cuentas y tu letra era pésima. Pero eras un niño muy bonito, siempre delgado, y con los ojos claros aunque un poco torcidos.

***

Se agarraba de la manga de su chaqueta azul marino y tiraba, rabioso, ambos tirados en el suelo, cuando al fin se levantaron el otro tenía la chaqueta rasgada y estaba furioso. Tienes que marcharte de aquí, le decía, no puedo aguantarte porque eres una fiera.

***

9 de julio, se ha incendiado la casa de los scouts.

***

Eran uña y carne, decían las demás. Ahora no se hablaban, ni siquiera se miraban. Se evitaban en las filas y en el aula, y una tenía sus amigas y otra las suyas. La más alta reía a carcajadas, les daba golpes en la espalda, como antes hacía con ella. Pero ella miraba hacia otro lado, jugaban a distintos juegos, y procuraban evitarse a la salida del colegio.

***

Había gentes enmedio del patio de columnas, sentadas en sillas de tijera. Habían hecho un escenario con tablas, y para subir una escalerilla de madera. Había muchas niñas arriba, todas trabajaban en la función, sin decoraciones ni nada. Al final tiraron caramelos, intentó alcanzar alguno entre el barullo de brazos y piernas. No cogió ningún caramelo, alguien la empujó y cayó del estrado, berreando. Llorando a gritos y llamando a su mamá.

***

Le parecía estar navegando por las nubes, de tan ligero.

***

No acababa de creérmelo, veía mi nombre allí pero no lo creía, aunque estuviera el último y me nombraran como de pasada.

***

Por fin recogieron las notas y estaban aprobados, él con calificación de notable. Se fueron al cine para celebrarlo. Tomaron una platea, aunque ya eran hombres hechos y derechos pensaron en comprar polvos de picapica y echarlos desde arriba. No encontraron los polvos, o quizá no se molestaron en buscarlos, y al día siguiente vieron en los periódicos que se había detenido a una banda de golfos por echar polvos picapica en un cine.

***

Ni siquiera había abierto el libro de griego, así que cuando llegué al examen aquello del aoristo me sonaba a chino.

***

Siempre perteneció a la coral y trabajaba en las funciones del colegio. En los últimos cursos, solía hacer los papeles principales en zarzuelas y operetas. Ensayaban durante horas en la tribuna, con la capilla vacía, y el hueco recogía sus voces. Repetían una y otra vez las frases hasta que la sabían bien. Ensayaban cada voz por separado, y al final las unían.

***

En realidad era un niño redicho, que los frailes presentaban a los concursos literarios. Podía escribir en prosa o en verso, aunque lo suyo era la prosa. De manera que ganó varios concursos, porque además acudía a su padre que era un erudito famoso. No lo ayudaba en el trabajo, pero le daba libros y material. De forma que ganó varios premios, y ya se iba haciendo conocido en el ambiente literario escolar. Luego estuvo mucho tiempo sin escribir nada. Le habían torcido la vocación y tenía que dedicarse a las fórmulas matemáticas.

***

Había que aprender el rubidio, cesio, plata y oro y todo los monovalentes, porque ella se plantaba mirándote tras el cristal de sus gafas como si te taladrara, y empezaba a disparar preguntas como tiros. Entonces, a mí se me olvidaba todo como si me pasaran una esponja por la pizarra del pensamiento.

***

En las clases de filosofía todos reían y charlaban, el fraile daba con el puño en el tablero de la mesa, luego con la regla, pero era igual. Todo el mundo seguía charlando y riendo. Él empezaba a temblar, le temblaban la voz y las aletas de la nariz, y por fin temblaba todo, con una voz entrecortada. Y nadie atendía y todos alborotaban, el uno hacía que tropezaba y caía, en el pasillo entre pupitres. Y allí no era posible tropezar y caer, porque el suelo era completamente liso. Él temblaba más y más, como un azogado, hasta que salía del aula cerrando de golpe la puerta.

***

Lo volvió a encontrar en años sucesivos. Ambos formaban en los equipos respectivos, y con motivo del concurso anual lo veía allí, blanco y rubicundo y el cabello rizoso.

***

La estilográfica negra Kaweco, que le echaban los Reyes cada año, tan bonita y brillante y con punto de oro que escribía muy suave, no le llegaba nunca al mes de febrero porque la perdía antes.

***

Aquella mañana lloró. Lloró ante la mirada de sus tías, atónitas, y ni siquiera quería mirar aquel cuento de Aladino, ni ninguna de aquellas porquerías. Sólo la pluma Kaweco gruesa y negra, con el punto de oro de dieciocho quilates. Aunque Dios sabía lo poco que iba a durarle la pluma, la perdería en un suspiro como hacía con todo.

***

JARDÍN

Eran tan brillante las cerezas, tenían un rojo tan bonito, tenían los rabitos para arriba y si tirabas de un rabito verde sacabas por lo menos dos docenas de cerezas.

***

En el pinar arrancábamos trozos de roña, que era la corteza de los árboles. Con una navajilla nos entreteníamos en tallar pequeñas figuras, y era fácil porque la madera estaba blanda. Todo lo manchábamos con aquel polvillo colorado que se desprendía, y ya en casa Jesusa me mandaba al jardín para que rematara mi obra.

***

El animalucho avanzaba dejando un reguero de babas, y era oscuro y blando, su cuerpo terminaba en una especie de cola pero sin forma definida, podría alargarse o encogerse con un pequeño espasmo. Se detenía y luego proseguía, siempre dejando una baba brillante.

***

Había algunas matas de azucenas, algunas pero pocas. Las cogía con cuidado de no deshojarlas, y hacía ramos para la Virgen. Eran como las de la vara de san José.

***

Metía un palito en el agujero de las cochinillas, y ellas huían, pero era sólo un momento porque se enroscaban sobre sí mismas, en una bola dura donde no había ni rastro de patas. Podía voltear aquellas pelotitas con el palillo, y cuando más hurgaba más se endurecían y cerraban las cochinillas. Como si no hubieran sido bichos, sino alguna semilla de planta. Por mucho que hurgara en ellas con el palito.

***

Había desenterrado sin querer la cosa aquella que se retorcía, acaso la había partido en dos con la azadilla, y me daba tanto asco verla retorcerse.

***

Cerca del corral de las gallinas hay plantas de malvas. Antes yo paseaba por el sendero, con una malva en la boca como en la canción. Llevaba una vara en la mano y golpeaba los lados del camino. Soñaba que era una cosa grande. La casa de los hortelanos tiene cocina de paja, y allí se sientan todos al calor. Puedes sentarte encima del poyete, que está caliente. Todos hablan en castellano pronunciando mucho las eses.

***

Se detenía a veces junto al vivero forestal, había que esperar mientras él entraba en casa del guarda, salían los dos y el guarda gesticulando, desaparecían en el bosquecillo cercano, y cuando aparecían de nuevo llevaban ambos unos haces de largas varillas apoyadas al hombro. Las sujetaban en el coche. Mi padre tenía ya los hoyos preparados, plantaba el árbol y lo rellenaba con tierra, y ponía cañas alrededor para que no se los comieran las cabras.

***

Guardaban la cañita con disimulo, chupaban los frutos hasta dejar el hueso y luego, con ayuda de la caña, los lanzaban con todas sus ganas, como balines. Cuando te daban en la cara, parecía que te hubiera pinchado un alfiler.

***

Era un ventanuco con tela metálica, pero se había desclavado y saltaban los gatos, y dentro había cajones con polvos de un olor muy fuerte, y bidones, y él no creía que fueran cosas explosivas pero de todas formas ya no había remedio. De cuando en cuando se abría el portalón y unos hombres cargaban los bidones o descargaban botes plateados, y los gatos huían por las alambreras rotas, a agazaparse en el jardín junto a las higueras, a aguardar que se fuera toda aquella gente y poder volver entre los cajones de polvos.

***

Primero eran unas matas pequeñas, luego alargaron sus vástagos por la fachada, sus ramas de púas, y los tonos morados destacaron sobre la cal. Cada vez las ramas eran más recias. Las había de un tono morado, y otras eran de un rojo vivo. El lugar donde se hundían sus raíces empezó a abombarse, arrancando las losas coloradas. Pueden sufrir los cimientos y la fachada, dijo él. Cortaron los troncos y las ventanas quedaron nuevamente desnudas, y en el suelo ramas, y había que andar con cuidado porque estaban llenas de pinchos.

***

Eran dátiles ásperos, venían pegados a la varilla fina y estaban duros, quizá por no ser su tiempo o por la mala calidad de la palmera. Las hojas del árbol, gráciles sobre el tronco, remontaban el tejado. Abajo estaban los jazmines y las azulinas, las macetas de fucsias y los claveles menudos.

***

Capullos duros y apretados, algunos todavía verdes, y en otros comenzaban a apuntar los colores de la rosa.

***

Las pequeñas flores moradas se habían quedado un poco mustias, y los pétalos de los rosales cubrían los paseíllos del jardín, como en una doméstica procesión del corpus.

***

Había sembrado macizos de alhelíes, varillas blancas y fragantes. Trazó paseíllos, y estaban naciendo bancales de margaritas. Plantó los pinos del vivero forestal, y se

marcó la linde con cupresos. Los heliantos eran margaritas enormes con pétalos blancos y el corazón de oro. Se plantaron eucaliptos en el bancal de abajo, junto al pozo, por debajo de la carretera. Pero éstos se los comieron las cabras, a pesar de los cercos de cañas. Había geranios en las laderas, y también uñas de gato.

***

PINTURA

No puedo medir mis resultados, creo que nadie en sus cabales puede pretender hacerlo, aunque todo es posible. Tan sólo, tengo que tratar de poner los medios, de utilizar al máximo todas mis posibilidades y nada más, pensaba yo en aquel entonces.

***

Estaba dotada para el arte, cualquier clase de arte, porque el arte no es un solo río sino toda una cuenca donde fluyen todos los ramales.

***

De niña su ilusión era empezar un cuaderno, lo hacía con cuidado, subrayando los títulos en rojo, con una letra muy cuidada, le encantaba estampar la palabra dictado y en el fondo se proponía conservarlo tan pulcro. Pero a las dos páginas venían los tachones, y era de nuevo un cuaderno como otro cualquiera.

***

Copiaba los enanos de Blancanieves y a la misma Blancanieves, y a las ardillas y cervatillos, y a los pájaros del bosque. Copió a la bruja y al leñador, del álbum de cromos que se compraban en sobrecitos, cuatro cromos en cada sobre, y se pegaban en los recuadros numerados del álbum.

***

No me gustaban las cabalgatas y aquellas zarandajas, prefería estar en casa dibujando. Copiaba los grabados del Blanco y negro con los lápices de colores.

***

La purpurina venía en papelillos, la había plateada o dorada pero me gustaba más de oro. Cogía un pincelito y un tarro de goma, y mezclaba la goma con los polvos dorados. Entonces, con la punta del pincel bordeaba la letra mayúscula, daba pequeños toques en los mantos pintados a acuarela, sobre el papel amarillo que imitaba pergamino.

***

Me regalaron por entonces aquel libro de arte, un libro muy bonito aunque no tuviera láminas en color. Pero estaba lleno de fotografías, todas de la catedral de Chartres. Había cristaleras preciosas y santos de piedra, y yo pasaba las hojas despacio, sintiendo el satinado de papel bajo las yemas de mis dedos.

***

Era una arcilla roja y suave, las manos moldeaban la figura y la figura cambiaba

de forma, era el trozo de arcilla quien guiaba la mano, no la mano quien lo trabajaba.

***

Empezó a copiar en aquel lienzo el trozo grande de cecina parecido a un trozo de jamón, aunque más barato, y aquellos pimientos colorados de curvas suculentas, y los brillos que daba con pintura blanca. La jarra de loza vidriada en amarillo, con el asa amarilla y el borde donde el vidriado se oscurecía, adquiría tonalidad de caramelo en las gotas como verrugas. Y un trozo de pan que estaba duro porque siempre era el mismo, y el vaso de grueso cristal, mediado de un vino oscuro. El vaso corto y ancho con aristas de luz, todo sobre un fondo de terciopelo rojo con pliegues.

***

Enmedio del estudio estaba el búcaro con flores, alrededor los caballetes y delante las chicas que estudiaban pintura. Todas tenían batas manchadas, toda sostenían la paleta en la mano, y un pincel en la otra, y miraban atentamente el modelo. En el ramo había lilas azules, y el cacharro de loza era gris. Mi bata era de color de rosa, un vestido de verano que no usaba ya.

***

Era cerámica vidriada con reflejos parecidos al oro, y tonos cobrizos.

***

Dos cariátides hacían guardia a los lados de la puerta. Arquitrabes, cornisas, arquivoltas...

***

Estaban las figuras blancas de yeso y las dibujábamos a carboncillo, sobre papel de estraza. El suave escorzo y los mórbidos trazos de su anatomía. Sostenía el disco con la mano derecha, y parecía fuera lanzarlo de un momento a otro. Había una venus de carnes lisas y senos pequeños, ombligo firme y caderas redondas, y el fauno de rasgos innobles. Estaba el niño de la espina sentado, inclinado sobre un pie, y el niño de la oca, rechoncho y regordete. Había cabezas de varones y matronas, con bucles y mantos plegados. A través de las ventanas altas, el sol alumbraba un movedizo polvillo de oro.

***

Carboncillos gruesos o finos, unos lisos y otros corcovados, los venden en paquetes y los usan para trasladar al papel las figuras de yeso. Luego fijan el carboncillo soplando por un tubo acodado, con un líquido pegajoso y volátil con olor a alcohol.

***

Quería estudiar arquitectura, me gustaba estudiar aquello porque él estaba estudiando aquello, y también porque me gustaba dibujar.

***

Extendía en la paleta las pinturas, empezando por el blanco y después amarillo, diversos ocres y el bermellón, el carmín y los verdes y azules, y el negro de humo. A poco se mezclaban, se hacían sucios y agrisados.

***

El bermellón era el color más divertido, tenía el tono de los tejados nuevos, y al lado estaba el amarillo cadmio, y al otro lado el carmín.

***

Sostenía los pinceles trabados en los dedos de la mano izquierda, los más gruesos me servían para rellenar los fondos con la pintura aguada, los había redondos y otros planos y algunos muy finos, para dibujar las siluetas. A veces, con la espátula, extendía los pegotes de pintura.

***

Pintaba los fondos disueltos con aguarrás, y mezclaba los colores en la paleta. Luego trazaba contornos, luces y sombras, estábamos varias mirando el modelo con las batas manchadas de pintura, todas absortas en el trabajo sin preocuparnos de las demás.

***

Le gustaban los colores, una sensibilidad especial se los hacía percibir frescos y vivos. Quizá era una cuestión de visión, o el secreto estaba dentro de la cabeza. Bien fuera un racimo de lilas o un ramo de claveles, ella lo veía de distinta manera. Las manzanas lucían colores radiantes, y el cristal verde oscuro de la botella era más que un cristal verde oscuro.

***

De pie junto al caballete, frente al modelo, su interpretación era siempre distinta. Había quien mimaba el dibujo, despreciando el color. Pero la sed de colores de ella nunca estaba saciada. Quizá una sensibilidad infantil, amante de oropeles y lentejuelas. Quizá un gusto primitivo, parecido al de los indígenas que cambian metales preciosos por abalorios multicolores. El gusto del niño que juega con los botones, que los aparta en montoncitos según sean rojos, verdes o azules. Le sucedía con los tonos del anochecer, con las flores en los jardines.

***

Para que no se marchitaran las flores las cogíamos muy frescas, echábamos en el agua una pastilla de aspirina y pintábamos, muchas horas seguidas, para que en dos o tres sesiones el cuadro estuviera terminado y las flores no se pusieran mustias.

***

Lo había visto muchas veces al pasar, pero no lo había pisado nunca. Era un callejón de casas viejas, los miradores desvencijados tenían los cristales rotos o caídos. El callejón se estrechaba más y más, hasta llegar a la tapia. Llevaba en la mano el cuadernillo y el lápiz, miraba hacia arriba, hacia las viejas galerías que cerraban la vista del cielo, y a los desvencijados aleros. Le parecía entonces no estar en un mundo real, sino en uno de aquellos escenarios de los cuentos infantiles, donde hay niños huérfanos a quienes todo golpean, y zapateros remendones que un día tienen que remendar el chapín de una princesa.

***

Los recorrí todos, desde la tienda con lámparas de cristal de roca, colgando del techo, hasta el sótano húmedo que olía a orines de gato. Todo lo recorrí. Tenía una vista especial para descubrir algo bueno entre tanta morralla. Enseguida avistaba la línea fina de una pata, o un penacho tallado y sobredorado luego, aunque el oro estuviera tapado por la mugre.

***

El arte no tiene nada que ver con la fama, eso lo supe desde un principio. De modo que, ¿valía la pena luchar tanto?

***

ADIÓS, BERTA.

Se llama Berta, como su madre, como la madre de su madre. Su padre se llamaba Pascual.

***

De soltero, mi padre era un hombre muy guapo. Tenía los ojos negros, era alto y delgado, con la tez morena. Tenía un bigotillo recortado, y una soberbia dentadura que mostraba casi continuamente, sonriendo.

***

El baile estaba a las afueras del pueblo, junto a la Alameda. Había soldados muy guapos, y eran tantos que bailaban hasta con las más feas. Los había muy altos y rubios, con los ojos claros y el pelo dorado.

***

Su tía bailó muchas veces con él, y le gustaba mucho. Debía de ser un hombre corrido, seguramente había tenido muchas novias antes. Pero se casó con su tía.

***

Nunca había relacionado el flujo menstrual con el acto del matrimonio. Había para no creérselo, con veinte años y sin saber nada de eso. Y fijó una fecha cualquiera, y hablando con una amiga le dijo: mala suerte, la boda va a coincidir con el período. La amiga abrió unos ojos como platos. ¿Pero cómo puede ser eso? ¿Es que nadie te lo he dicho nada? Nadie me ha dicho nada, te lo juro, pero es que yo tampoco lo he preguntado. Tuvo que cambiar la fecha, y menos mal que no se habían hecho las participaciones. Tuvo que dar explicaciones a la familia del novio, y hasta al novio con mucha vergüenza.

***

Y mira por cuanto tuvo que ser aquella primera noche, o a lo sumo la segunda, porque no volvió a ver el período. Luego estuvo sin verlo todo el tiempo, porque paría y criaba, criaba y paría.

***

Ella iba de blanco, como no había monedas de oro para las arras cogieron de a peseta, y las frotaron con sidol hasta que estuvieron resplandecientes. Eran las arras de la novia.

***

No recordaba su primera noche, sí que se volcó una botella en el camisón de raso blanco. Al día siguiente, todo se había borrado de su mente.

***

Tenía sus dudas acerca de sus sentimientos de maternidad, nunca había sido muy tierna con los niños. Llegar a querer algo engurruñado que salía de ti, se atormentaba con remordimientos precoces. Luego, la cosa pareció funcionar. Quitaba las cacas como nadie, no olvidaba la hora de los biberones casi nunca, y se daba una maña especial para provocar el eructo de la criatura. Colocaba el caucho en la cuna, debajo de las sábanas y del muletón. Era de color rosa y muy tierno, y tenía agujeritos en las esquinas, para atarlo a las patas de la cuna.

***

El lugar de una cama compraron dos somieres, con ruedas en las patas, y unos colchones de noventa centímetros. Entonces sí que empezó a dormir bien, cosa que nunca había hecho, porque pasaba las noches agarrada al larguero como las gallinas. Si no se agarraba, rodaba como una croqueta hacia el centro. Y no era lo peor, sino en cuanto él la tocaba ya lo tenía encima, estando lejos no se le ocurrían las malas ideas. A veces él alargaba la mano y tanteaba el aire, buscando algo donde agarrarse, pero no encontraba nada. Y así se fueron bandeando.

***

Me agachaba con las manos hacia atrás entre las piernas, era una cosa tan pequeña. Luego mi padre sujetaba mis manos y tiraba, y así yo daba la voltereta y me quedaba de pie en el suelo, plantada y riéndome, con el corazón golpeando en el pecho.

***

Me asombraba que mi padre fuera tan joven, y presumía entre mis amigas porque era guapo y bien plantado, aunque en el fondo le tuviera respeto. Él me compró aquel muñeco que era como una bola, redondo y panzudo, y ya podías tumbarlo cuantas veces quisieras que siempre volvía a ponerse en pie.

***

Siempre fui una niña grande y tranquila. Me gustaba leer, y a los diez años ya había leído más que muchas personas mayores. A los doce escribía versos de negros y de gitanos.

***

Tenía un hermano un poco mayor. Su hermana, en cambio, era algo más pequeña, y otra más pequeña todavía. Iban a la Alameda, jugaban en el zaguán, frente a las cristaleras donde estaban grabadas con esmeril las iniciales de su padre. O en el patio sevillano, o en el comedor, o en la cocina. A veces, en el piso de arriba donde estaba en el cuarto de baño y los dormitorios. El dormitorio de sus padres era el más grande, y daba a la calle.

***

Su madre murió de parto, y dejó de repoblar el mundo. Tuvo un dolor muy fuerte a un lado del muslo, justo donde tenía la variz que había ido creciendo y creciendo con

cada embarazo. Empezó casi por nada, y ella pensó que le habían atado las piernas demasiado fuerte cuando el parto. Pero luego se hizo más largo y más agudo, hasta que Dios se la llevó a su gloria con los treinta recién cumplidos.

***

Hasta entonces, yo estaba en externa en el colegio. Un día y otro salía a la una menos cuarto y atravesaba la plaza mayor, me detenía en la esquina para ver y oír al charlatán picado de viruelas, escuchar su voz rota y destemplada y ver cómo ofrecía las cajitas redondas llenas de pastillas de eucaliptos, luego vendía lápices y cuchillas de afeitar, y tantas cosas. Mientras, la mujer aguardaba sentada en su silla, con un pañuelo negro tapándole los ojos, ciñéndole las sienes y el cabello negro y grasiento.

***

Una verja muy alta cerraba la entrada del colegio, y terminaba en puntas de lanza. Dentro, estaban las grandes escaleras de piedra caliza.

***

Siempre la elegían para las funciones, primero en papeles secundarios, luego en el principal, iba adquiriendo fama entre las alumnas y las familias de las alumnas. De todos era ya conocida. Era algo aceptado por todos, se acostumbraba a recibir los homenajes con una indiferencia cordial.

***

Casi todas las monjas francesas eran altas y tenían una larga nariz y gran prestancia, aunque las había también rechonchas y coloraditas. Las altas parecían vivir en otro mundo, siempre me parecieron un poco atontadas.

***

Nos daban bonos en el recreo, eran unos papelillos alargados que arrancaban de un talonario. Los había de distintos colores, según los méritos de cada cual, según fuera de larga la frase que soltaras en francés. La monja caminaba lentamente rodeando la tapia, con el cuadernillo en la mano, todas queríamos hablar al mismo tiempo y la monja repartía los bonos, sin saber a quién.

***

Estábamos ateridas, la tierra del suelo endurecida por el hielo y había que acercarse a los cestos de mimbre, tomar un panecillo no demasiado tierno y después una naranja, pelarla con los dedos insensibles por el frío, hincar las uñas la que las tenía en la piel suave y rugosa y arrancar uno a uno trozos anaranjados. Tirábamos las mondas en las papeleras de alambre rizado, pintadas de verde, y el jugo nos resbalaba por la mano, los gajos eran apretados y había que hincar el pulgar para separarlos, y eran rojizos por el fruto injerto.

***

Me iniciaron en aquel juego que desconocía, y ante el que sentía en un principio una legítima aversión. Pero me convencieron, hasta hacerme vencer mis reservas morales y religiosas. El juego de los novios se fue convirtiendo en una costumbre, cada vez más frecuentada.

***

Nos reuníamos a solas en casa, cuando mi padre y mis hermanos habían salido. El dormitorio tenía cortinas azules. Cuando llevábamos a cabo estos juegos no éramos conscientes de cometer ningún pecado.

***

Si esto es el juego de los novios, será porque ellos juegan a eso, ¿Verdad? Tu hermana mayor, la que va a casarse, hará las mismas cosas con su novio.

***

Quizá después, se desprecien por haberse inducido a estos juegos. Se producirán asco, pensarán que alguien ha abusado de su inocencia. No querrán verse entre sí, y evitarán hacerlo. Entonces no era más que la curiosidad, el juego.

***

Recuerdo la expresión de su cara, y no me gusta. Su cara era redonda, y toda ella tendía a la obesidad. Ahora es obesa. Siempre me ha dado un poco de asco.

***

Hicimos una excursión, con ella y con sus hermanos mayores. Estuvimos en la finca por donde pasa un río. Me emborracharon y me metieron en un saco grande. Casi perdí el conocimiento, y entonces me encontré dentro de un saco atado. Nunca lo podré olvidar.

***

Pronto llegaría el verano. Nos darían las notas en el patio rodeado de claustros, tendríamos vacaciones, y se organizaría la desbandada de todos los años.

***

Yo regresaría a casa de mi padre con mi uniforme de verano, me quitaría la blusa de seda blanca que se había ensuciado por el cuello, también la falda azul marino tableada, cambiaría los zapatos marrones por sandalias, y me pondría el vestido de flores del año pasado. Notaría en los brazos el frío de la vieja casa.

***

Aquel cura era delgado y alto, y parecía tímido porque cada vez que me veía se ponía rojo hasta las orejas. Ya cuando me veía desde lejos. Hablaba con él de mi hermano, y él lo apreciaba mucho y lo entrenaba para que nadara. El niño hacía largos en la piscina, y mientras él lo cronometraba con un reloj.

***

Supe que había dejado el convento, y no me extrañó. ¿Porqué se ponía colorado cada vez que me veía?

***

Por fin saqué fuerzas para visitar aquella casa, subí las escaleras con un cierto temor. Llamé al timbre, me abrieron la puerta, y me hicieron pasar.

***

NIÑA ANDALUZA

Había azulejos por todas partes, en los zaguanes en penumbra, en los corredores con percheros de espejos, en las escaleras interiores con pasamanos de madera pulida, en los patios con monteras o toldos azules, y hasta en los comedores y en las cocinas. Eran azulejos con relieve, en tonos de verde, amarillo y azul. Me gustaba tocarlos en verano porque estaban fríos, y porque al pasar la yema de los dedos notaba los pequeños bordes que formaba el dibujo.

***

Había un nombre que no podías mentar, porque la gente miraba a uno y otro lado con temor. Esto no pasaba con la gente culta, pero sí con algunos del pueblo. Mi tía decía que aquello era superstición. Cuando nombrabas a la bicha, algunos hacían deprisa el signo de la Cruz.

***

Había que estar pelando los chícharos, en otros lados se llamaban guisantes como arriba en Castilla en casa del abuelo, pero aquí no eran guisantes sino chícharos. Pero era lo mismo, porque también aquí aprovechábamos para comerlos al mismo tiempo, estaban tan tiernos y verdes, de modo que al final se quedaban reducidos a casi nada.

***

Ya estaba, fue entonces cuando escondiéndose de los mayores se enseñaban sus cosas unos a otros, las llegaban a tocar incluso, ahí estaba el pecado mortal. Porque, ¿qué era el pecado mortal? Pero ahora, ¿donde estaba el pecado? y tenía que estar, por algo somos todos pecadores. ¿O es que él no iba a ser como los otros? Había que pensar, examinarlo todo, las críticas y las mentiras, el hablar en la iglesia, ahí podía estar el pecado.

***

Por eso, cuando el frailecillo marrón vino al pueblo, todos acudieron a una para recibir el escapulario. Ahí es nada, todos los pecados perdonados por llevarlo, todas las indulgencias ganadas, de diez años o de cien o de mil, por llevar colgado un trocito de paño marrón, que picaba en el cuerpo, un trocito en el pecho y otro en la espalda, unidos por dos cordoncitos que acababan poniéndose oscuros, pero que valía la pena llevar porque nos liberaba del purgatorio, y con un poco de suerte, sin morías el sábado, te llevaba derecho al cielo.

***

NIÑA MODERNA

Dama, dama, de alta cuna y baja cama, esposa de su señor y amante de un vividor... Me parecía una dama elegante, siempre tan erguida, con la nariz un poquito aguileña, con un sombrero ajustado a la cabeza, y sujeto con un alfiler de gruesas perlas...

***

Le hizo los muebles del dormitorio un carpintero que trabajaba en el granero de la casa antigua. Estuvo viendo cómo los hacía, cómo dibujaba un armario en pequeño y luego lo hacía en grande. Le hicieron una colcha de organdí amarillo, con unas mechas de lana gruesa en rosa y azul pálido.

***

Me atiborraba de novelas policiacas, gastaba en ellas todo mi dinero y me encerraba en el retrete, me metía en mi cuarto con aquellos libros de pastas amarillas, vivía de tal forma las historias que no me atrevía a andar sola por los pasillos de la casa. Por eso mamá las cogió y las quemó, y yo no me consolaba de su pérdida.

***

Me gustaba ensartar las cuentas de madera, cilíndricas o esféricas, teñidas en colores muy bonitos y con un agujero en el centro, para que en la clase párvulos las pudiéramos hilar fácilmente.

***

Soñaba que el ascensor subía sin detenerse, llegaba al último piso y seguía subiendo a través del tejado, sostenido por véte a saber que cables misteriosos. Recorría las azoteas conmigo dentro, enfilaba las calles y descendía a los patios de las casas, y me parecía un medio de transporte natural.

***

Me dejabas el amargor del desencanto, tanto tiempo fuera y ahora te llamaba por teléfono y después de unas pocas palabras me decías: "¿Querías algo más?"

***

MÉDICO

Conoció a mi padre cuando era muy joven, casi una niña. Mi padre era médico ya. Se conocieron en la feria de un pueblo, reflejados en el espejo de un bar. Desde entonces empezaron escribirse, y ella ya no pensaba en otra cosa. Empezó a ponerse triste y adelgazar, no quería comer. Todos decían que era porque estaba enamorada, pero luego mi padre vio que había pasado una tuberculosis sin darse cuenta. Era por lo del nódulo calcificado, grande como una almendra.

***

Por fin mi madre tuvo dieciocho años y pudo casarse. Mi padre no creía en nada, desde que murió su hermano por hinchar un balón, y no quería confesar mi comulgar. Bueno, no pasó nada porque el cura aquel era muy moderno para su época, y dijo que hiciera lo que quisiera. Así que se casó por la iglesia, pero sin confesar ni comulgar.

***

Cuando acabó la carrera de medicina contrajo matrimonio con una muchacha de buena familia, adornada de muchas virtudes. Tuvieron tres hijos aunque, como solía ocurrir entonces, otros muchos embarazos no llegaron a colmo. Sobrevivieron dos hijos y una chica, y uno de los varones murió joven.

***

Hay un retrato que él mismo copió: un retrato malo de su bisabuelo, donde aparece con la toga y la muceta amarilla de médico, el birrete amarillo sobre la mesa, y en la mano una pluma con palillero de madera. En el retrato aparece rosado y apacible, siendo así que era en realidad cetrino y colérico.

***

Mi padre heredó la vocación de médico de su abuelo, y muchas de sus cualidades como profesional. En realidad no llegó a tratarlo mucho, aunque sí lo hizo su hermano mayor.

***

Papá hablaba de bacilos, repetía siempre que el jabón era el mejor sistema para combatirlos. Al parecer se enquistaban y aguantaban así tiempo y tiempo, resistían incluso el alcohol, pero no el jabón.

***

Se lavaba las manos todo el tiempo, porque todos los que iban a la consulta

estaban enfermos de pulmón. También quería que todos nos laváramos las manos.

***

Guardaba en el laboratorio el frasco de tintura de yodo, un frasco pequeño con tapón de corcho, y como el resto de los frascos con una etiqueta blanca con reborde azul. Allí decía, en letra que no entendía más que él, *tintura de yodo*.

***

Una plataforma redonda para meter los tubos en el laboratorio, tenía una pequeña manivela y la mano de imprimía un giro rápido, volteaban los tubos y se alzaban con la fuerza centrífuga. Estaban llenos de sangre roja o de orina amarilla y se perdían de vista de tan rápidos, deteniéndose luego poco a poco.

***

Tenía alineados los tubos del líquido amarillo, en unos casos transparente y en otros turbio, otros con un líquido espeso de color rojo oscuro, cada cual tenía su etiqueta y estaban de pie en el porta-tubos de madera, horadado de agujeros.

***

Introducía la pipeta en un líquido de color oscuro que era sangre, o amarillo que era orina, o en uno blancuzco que era algo peor. Absorbía con cuidado, y de allí lo llevaba al portaobjetos. Alguna vez se le iba la chupada demasiado arriba, y se enjuagaba la boca con alcohol.

***

Había teñido las preparaciones, trazaba signos en un papel al tiempo que observaba el microscopio. Ella admiraba las láminas, que reproducían en mayor tamaño aquellos extraños seres transparentes, que él coloreaba con acuarelas en colores suaves. Los colores venían en una caja negra y alargada, con los rótulos en alemán. Le llamaba la atención un violeta muy vivo, y un azul verdoso que se llamaba Prussichblau. En la tapadera abombada hacía él las mezclas, y tomaba la pintura con un pincel tan fino que no tendría más allá de doce pelos.

***

Entraba de puntillas, daba un vistazo al fanal del microscopio, sobre un fieltro verde, grueso y circular, rematado de piquillos cortados. Al lado, la máquina de escribir Underwood. Las fichas con unos pequeños pulmones impresos, todos iguales, donde su padre dibuja sombras rayadas con la pluma, distintas para cada persona que va a la consulta. En el cajón está la plegadera, que es una espada de Toledo muy fina y aguda. Y papelillos para comprobar los distintos grados de acidez, en otro cajón un paquete de cigarrillos *pall-mall* que nunca se gasta, porque su padre no fuma nunca. Y una taladradora, llena de papelillos como confetis, y prospectos de medicinas de todas clases.

***

Allí en el horizonte, donde la oscuridad confunde el cielo con el mar, donde el brillo de las trahiñas como gusanos de luz atrae al pescado menudo...

***

Íbamos en la piragua la venezolana injerta en yanqui y yo, vimos algo flotando y ella se echó a reír. Parecía un globo deshinchado y largo. Ella dijo: "¿No sabes para lo que es eso? Es para que no vengan los babys"

***

Era un bicho tan negro y tan largo, se movía con lentitud y se escurría bajo las piedras, lo mirábamos hipnotizadas al otro lado del cristal lleno de agua. Por más que mi madre nos llevara al "acuarium", siempre nos parecía nuevo.

***

La casa hacía chaflán sobre la calle principal, desde arriba se veía la calle con sus cafés y sus heladerías, las tiendas de regalos y el bazar del fumador. Al otro lado de la plaza estaba el puerto, y de cuando en cuando sonaban las sirenas.

***

Atravesábamos el puerto, junto a los barcos mercantes, sujetos al muelle con gruesas cadenas. El suelo estaba lleno de aceite y polvillo de harina y pasábamos junto a las grúas, y a los barcos panzones y descoloridos.

***

El Tajo de la Soga siempre se llamó así, una hondonada un tanto tenebrosa, quizá por el nombre que le dieron.

***

La sierra bermeja tenía un tono rojizo de hierro oxidado. Detrás se habían quedado las rocas grises jaspeadas de blanco, y al otro lado estaba el mar. Un mar pequeño, como de andar por casa, pero que en tiempos antiguos había sido la cuna de la civilización.

***

Su abuelo se quedó huérfano de chico. Por entonces era corriente que los serranos se dedicarán al contrabando, y él cargaba el borrico con tocino y embutidos, y marchaba a venderlos en La Línea de la Concepción. Acompañaba en sus viajes a los hombres que comerciaban con el tabaco en Gibraltar, y era posible, aunque no lo contara, que sus alforjas no hicieran la vuelta de vacío. En cada curva del camino se jugaban la vida, esquivando siempre a la Benemérita.

***

La abuela al parecer pertenecía a un clan familiar más distinguido en el pueblo, aunque también pobre. No se conservaban retratos de ella, porque no era amiga de las fotografías, pero era una mujer alta y blanca, bien plantada, con pómulos salientes, la frente ancha y el cabello más bien escaso.

***

El espíritu de trabajo de su abuelo hizo que pronto se acrecentara su hacienda. Llegó un momento en que su fábrica de embutidos era la más prestigiosa de la región, y empezó a adquirir fincas y tierras. También empezó a ganarse enemigos, entre los cuales el peor era un primo suyo. Envió a sus hijos a colegios de la capital, colegios de frailes y de monjas.

***

Al parecer era un hombre duro, y al mismo tiempo muy cordial. Los hijos tenían que besarlo cada vez que lo encontraban por la calle, y si no lo hacían se lo tomaba muy a mal. En la mesa guardaban todos una gran compostura, y nunca hablaron dos al mismo tiempo. Le gustaba la caza, y mostraba trofeos situados en los anaqueles de su despacho.

***

Era severo con sus hijos varones, y encargaba a los frailes que les pegaran cada vez que hiciera falta, sin saber que los frailes no aguardaban su venia para hacerlo, con lo que las palizas se multiplicaban.

***

Cuando llegó el Movimiento Nacional, fue internado en un hospital por causa de su tensión, muy alta. Sangraba continuamente por la nariz, y se temía un accidente circulatorio. Allí lo mandó a buscar su primo, y varios hombres lo llevaron. No volvieron a saber de él, pensaron en un traslado, pero alguien dijo mucho más tarde que había presenciado cómo lo quemaban en la sierra. En efecto, encontraron allí los gemelos de su camisa. Llevaron a enterrar lo poco que quedaba, al cementerio del pueblo.

***

Ahí sucede una anécdota curiosa: había oído decir a su madre que la abuela encaneció en pocos meses. Luego tuvo una versión muy distinta de los hechos, y es que al parecer la abuela se teñía el pelo, pues lo tenía blanco desde muy joven. Cuando enviudó dejó de hacerlo, y su cabello volvió a ser blanco en pocos meses. Lo supo cuando acababa de escribir la primera versión de su libro, y no quiso cambiarlo. Al fin y al cabo, aquélla había sido su creencia durante toda su vida.

***

De los seis hijos que tuvieron sus abuelos, la más díscola fue la primera. Llegó a quererla mucho, aunque no era su madrina. Ella también lo quería. Murió de cáncer, cosa común en la familia. El segundo estudió con los frailes y luego se hizo médico. Las otras hermanas pasaron al colegio del Monte, uno de los mejores de toda Andalucía. El hijo más joven se hizo veterinario.

***

En cuanto a su madre, fue de pequeña una niña revoltosa. Le gustaba escaparse en la sierra, y saltar de un lado a otro las tenebrosa grietas sin fondo. Perseguía la punta del arco iris, para orinarse en ella y volverse varón. Ayudaba a las pequeñas vendedoras amigas a vender en los pueblos, lo que le costó más de una paliza. Tenía gracia para cantar y bailar, y el ingeniero suizo que dirigía las obras del pantano se encariñó con ella y le regaló un espejo de plata que todavía conservaba. La costurera le enseñaba a la niña canciones picantes, que ella cantaba inocentemente, causando la risa de todos. Cantaba y zapateaba "La tarántula", subida encima de una mesa.

***

A su madre no le gustaba estudiar; su hermana menor, interna como ella, le hacía observaciones continuamente, pero ella sólo quería hacer bonitas labores, y también

jugar al tenis. Cuando conoció al que sería su marido, no tenía más que quince años y quedó tan enamorada que se negaba a comer. Se conocieron en un pueblo de la Sierra, durante una feria donde la llevó su padre, y donde él había acudido con un amigo, también médico. Por entonces ejercía la medicina en un hermoso pueblo de la comarca. Se vieron a través de un gran espejo del café, y empezó una relación que acabaría en boda. Ella aguardaba continuamente las cartas de su novio, y las monjas del colegio la dejaban recibirlas. Empezó a adelgazar, no a causa del gran amor que sentía, sino seguramente por una leve lesión pulmonar que, al parecer, (según diagnosticó su marido, después de muchos años, sometiéndola a la pantalla de los rayos X) sufrió por entonces y que se curó espontáneamente, y salió del colegio para casarse.

***

Su padre era por entonces alcalde del pueblo. La familia era religiosa, pero no así el futuro novio. No practicaba ni recibía los sacramentos, y se negó a confesar y a comulgar. Le regaló a la novia una bonita pulsera de brillantes por la pedida. Tuvieron suerte con el cura del pueblo, un hombre joven y liberal, quien le eximió de los sacramentos previos al matrimonio.

***

Aquel cura ayudó a los republicanos durante la guerra, e incluso se ocultó en la sierra con ellos. Más tarde salió para el exilio. En el pueblo le llamaban el "Cura mocito".

***

Se celebró la boda. La novia, como era costumbre, llevaba un hermoso ajuar. Encargaron las sábanas a un equipo de bordadoras, y el padre alcalde, que no era tacaño, empalideció cuando le pasaron la cuenta. Conservaba el juego en un cajón, lo ponía de cuando en cuando pero era tan trabajoso de planchar. Estaba cuajado de un filtiré fino como tela de araña. Por una esquina lo habían empezado a mordisquear los ratones.

***

Su madre fue siempre una mujer menuda y nerviosa, aunque de un sentido común no vulgar. Siempre estuvo muy enamorada de su marido, a quien consideraba de una casta superior. Cuando se casó era muy joven, y cuando tuvo el primer hijo no había cumplido los veinte años. Él ejerció en varios pueblos, cuando la lucha antipalúdica. Llegó a conocer al dedillo toda clase de mosquitos, y su tesis doctoral versó sobre un ejemplar muy raro desconocido aquí, y del que sólo se había hallado otro espécimen en Europa.

***

Fue destinado por Sanidad a la capital, y estando allí nació su primer hijo. Vivían en una casa de aspecto modesto, aunque en la zona universitaria. Entonces quedaba en las afueras, y la joven madre llevaba al bebé en su cochecito a pasear por los alrededores. El panorama era soberbio, con las montañas nevadas al fondo, abajo la masa de arbolado y la Ciudad Universitaria. Por entonces la capital era una ciudad tranquila. Ellos estaban orgullosos de que su primer hijo hubiera nacido tan cerca de la universidad. Lo bautizaron en una iglesia que fue quemada después, durante el Movimiento, y destruidos los archivos.

***

El joven médico se marchó a Italia con una beca, y la esposa se fue mientras tanto con su familia política. Pasó el tiempo en una pequeña casa de campo que poseían, en una zona donde todo el que se preciara tenía entonces una pequeña o gran casa de campo. Conservan fotos del viaje del padre, un hombre joven y guapo, y también la foto que al niño le hicieron en la bonita casa de recreo de sus abuelos. Era pequeño y gordo y posaba en bañador, con uno de sus tíos más jóvenes tomándolo de la mano regordeta.

***

Más tarde se trasladaron a un pueblo de Andalucía. Allí nació el segundo hermano, pero él tenía apenas dos años y no recuerda nada. Su primer recuerdo es el de un niño rosado, pataleando dentro de una cuna. Al lado estaba el padre de su madre, a quien matarían poco después.

***

En fin, la madre era una mujer sencilla, sin más aspiración que su marido y sus hijos. En tiempos tuvieron bastante servidumbre, pero ella recordaba la época con verdadero horror, dedicada siempre a abrir alacenas y cerrarlas con las llaves que llevaba colgadas del cinturón, como una verdadera extraña en su propia casa. En la zona destinada al servicio apenas osaba entrar. Y cuando lo hacía, la cocinera no le ponía buena cara.

***

Tuvieron una niñera que adoraba el hermano segundo. El padre tenía un muchacho que hacía las veces de recadero, y que limpiaba el laboratorio. Lo llamaban el limpia-tubos, y contaba a los niños historias fantásticas. Relataba como propias cacerías de leones en África, y ellos lo escuchaban atónitos, sentados en el poyete de la ventana del laboratorio.

***

Fue allí donde su madre se quemó las manos. Quiso cocer un huevo en el hornillo de alcohol, se derramó el hornillo y el alcohol se volcó, y ella quiso apagarlo con las manos. Alguien acudió y sofocó el fuego con una manta de lana, pero ya era tarde, y las quemaduras eran profundas. Afortunadamente, se evitó que el fuego se extendiera por el laboratorio, con consecuencias imprevisibles.

***

Por causa de la cocinera, la madre casi nunca entró en la cocina. Había una costurera en la casa, y una niñera. Pese a todo no era una mujer que saliera mucho, porque el marido estaba continuamente ocupado en la consulta. Ella atendía a unos y a otros, andaba con las llaves de acá para allá, y lo dirigía todo.

***

La recuerda cuando era muy pequeño, con un kimono de seda negra bordado, con grandes rosas en varios tonos. Lo anudaba la cintura con una banda de la misma tela. Su madre tampoco era caprichosa para vestir, siempre supeditada a los gustos del marido, que era muy exigente. Nunca le conoció muchas amigas; estaba completamente

dedicada a su familia. Era una mujer de genio, aunque de buen carácter. A los varones los azotaba casi a diario, cosa que el padre no hacía. En cambio a la única niña no le pegaba nunca, sencillamente porque no lo merecía. La niña tomaba café en la leche, y los varones leche sola, porque el padre médico había desterrado el café de su alimentación.

***

Cuando fueron un poco mayores, la madre los llevaba al cine los jueves por la tarde. Le gustaba el cine y a su padre no, y aguardaban en las colas porque las entradas no eran numeradas casi nunca. Salían de la primera sesión, merendaban en una confitería y se metían en otro cine por la tarde. Los domingos por la mañana iban a veces a la matiné en un cine antiguo que luego desapareció. Daban películas de dibujos, festivales de Popeye, en la taquilla recogían la figura del marinero recortada en cartulina. Además, con cada entrada, daban una peana para colocar la figura erguida.

***

Más adelante fueron los dos solos al cine, y entonces el local era menos elegante que los otros, y estaba en un barrio. Allí, junto a la cola, había un puesto de chucherías donde compraban regaliz de palo, chufas y caramelos de miel, y otras cosas.

***

La madre siempre estuvo un poco cohibida ante su marido. Ella era sencilla, y para colmo las vecinas de la casa eran orgullosas y sofisticadas. Quizá ella sufría por eso. Los llevaron al colegio mejor, que era donde iban los otros niños de la casa. Pero la madre nunca se curó de su cortedad.

***

Más tarde, cuando marcharon al extranjero, ella fue muy desgraciada. Añoraba su casa y su tierra, y llegó a pensar en el suicidio, que sólo impidió la profundidad de sus ideas religiosas. Se llevó a una antigua sirvienta muy fiel, y con eso se sintió mejor.

***

No le gustaba el campo, y hubiera vivido siempre en la capital. Cuando todos los hijos se marcharon, y el marido se jubiló, repartían su tiempo entre la ciudad y el campo. En un principio el acuerdo fue de estar seis meses en cada lugar, pero él le fue recortando el tiempo de tal forma que apenas pasaban dos meses de invierno en la ciudad. Últimamente, ella parecía más conforme con su suerte. A veces se quedaba, mientras él volvía al campo. Veía mal, y tuvo que operarse de cataratas, y ponerse unas lentillas especiales. Seguía tan aseada y ordenada como siempre, salía bien vestida, y le preocupaba que se le cayera el pelo demasiado. Eso era una cosa de familia, también a su madre se le caía.

***

El marido de su única hija la adoraba, ella era su paño de lágrimas.

***

Había heredado de su madre una hermosa finca en la sierra. En un principio no pensó en venderla, pero más tarde recibieron una oferta que les pareció ventajosa y

cedieron. Luego el dinero se había devaluado, pero el que recibieron por la finca, junto con la jubilación del marido y su pequeño capital, hacía que pudieran mirar con cierta serenidad el porvenir.

***

Adoptaron a una perrita recién nacida. Fue a raíz de que un vehículo atropellara a su hermoso perro dálmata. (El entierro, de noche en la playa, fue para los dos un verdadero duelo). Luego se lamentaba de haberse hecho cargo de la perra, aunque era tan cariñosa y sólo le faltaba hablar. Pero no los admitían en los hoteles, y tuvieron que dejar de viajar. El animal le daba cuidados y la esclavizaba, pero lo compensaba todo con su inteligencia y su cariño. Últimamente, la perra se estaba quedando ciega. No descartaban la posibilidad de operarla, incluso de adaptarle una lentillas para perro.

***

-No nos admitirán en los hoteles, tendremos que dejar de viajar.

***

-La perra nos da cuidados y nos esclaviza, pero lo compensa con su inteligencia y su cariño -decía él machaconamente.

-Además, últimamente se está quedando ciega.

-No descarto la posibilidad de operarla, de adaptarle unas lentillas para perro -agregaba él, y seguía la lectura atenta del periódico.

***

Él se deja la barba a temporadas, y otras sólo bigote. Cuando se cortó las dos cosas lo vi tan raro que me pareció con cara de culo. Tenía la cara lisa y redonda, y de color de rosa. Una vez los amigos le cortaron el bigote y se lo comieron todos con las natillas. En las fiestas del pueblo echan a andar comiendo y bebiendo por la carretera, hasta que van cayendo uno por uno. Le llaman el baile del culebro. Es muy ganso, y eso a pesar de que es juez.

***

AMIGOS

Las ventanas del comedor daban a la parte interior, hacia el monte, donde estaban las canchas y los patios de recreo. No comíamos bien allí. Los frailes hacían la matanza y comíamos cerdo, de primer plato ponían a veces lentejas, y las lentejas tenían bichos que quitábamos con cuidado, dejándolos a un lado en el plato. Había un chico de pueblo, a que sus padres enviaban cajones con toda clase de embutidos. Eran tiempos de escasez, todavía se notaban los efectos de la posguerra.

***

Desde un principio ensayamos las funciones de teatro, y recuerdo la primera Navidad, con los fríos del invierno, cuando actuamos en el teatro principal. Mi madre protestaba, porque el traje lo costeábamos nosotros, y aquello iba a salir demasiado caro. Mi hermano pequeño también iba al colegio, y trabajaba en la función.

***

Oh, querido, al llegar ese punto me cuesta trabajo seguir. Yo, poco dado a la sensibilidad y a la melancolía, siento que mi mano se detiene y que me salta el corazón. Yo conocía muy pocas cosas tuyas, te había tratado poco tiempo, y no habías llegado a formar una parte inalienable mi vida. Pero aquel día, el día de la función de teatro, el día del estreno, todo cambió. Yo hacía de Kronos, el dios del tiempo, y amigo de la hora. Hice mal el papel, lo olvidé, me quedé parado, y creo recordar que fue el único fallo en toda la representación. "El tiempo es oro, hora", recuerdo que decía en mi papel.

***

A ella la encontré en una escalera estrecha. Llevaba una túnica blanca, y el pelo ceñido con unas gruesa trenza, y estaba preciosa. Su colegio había representado algunos números de Peer Gyn, y ella tomaba parte en la muerte de Ace. Todo su vestido era de gasa blanca.

***

La había visto antes, en una ceremonia de su colegio. Era en la capilla y llevaba un velo de organdí, atado con una cinta. Parecía incómoda, porque la cinta se resbalaba. Siempre me gustaron las chicas con largas y gruesas trenzas, y tu hermana era una de ellas.

***

Creo recordar que, según me dijiste, ella te había preguntado algo acerca de mí. Todavía me parece estallar de gozo, cuando pienso que ella empezó a demostrarme su interés. Sería ya la primavera de aquel año. Vivíais es en una calle con árboles, en el

piso más alto de un edificio sencillo. Erais una familia muy numerosa, y tu padre, por otra parte de familia noble, con su profesión no debía estar muy sobrado de dinero. La primera vez que había visto yo unas literas, fue en tu casa: unas literas, creo yo, parecidas a las de los cuarteles. De barras cilíndricas de hierro, pintadas de color azul. A pesar de vuestra penuria económica, teníais una mujer en la casa, simpática y andaluza, a quien llamabais "señorita".

***

A la salida del colegio, por la tarde, yo a veces iba a tu casa (de pronto he pensado que quizá no te gusten estos recuerdos, quizá te duelan, incluso que ofendan. Me parece querrías ver enterrado todo esto, lo más probable, que te parece una profanación por mi parte que yo te hable de ello ahora. Por otro lado, no sé cuál será tu estado de ánimo, y ni siquiera si me recordarás todavía). Este verano pasado llegué a pensar que ni siquiera me reconocías, como si yo no hubiera sido nadie para ti. ¿Será eso posible? O como si los años, con su temible labor de exterminio, hubieran agostado en mí todo lo que amaste.

***

De todas formas voy a seguir. Yo iba a tu casa. Con tu padre simpaticé enseguida, me pareció desde siempre un hombre sencillo y muy cordial. Él me tomó afecto, y verdadera simpatía. Tu madre era otra cosa. Muy eficiente, creo que soportaba una gran carga sus espaldas. Muchas tardes, cuando llegaba a la plaza el coche de nuestro colegio, tu hermana y sus amigas estaban allí. Ella entonces ponía la excusa de ir a ver a vuestra tía, y yo la acompañaba.

***

Pero pobre amigo mío, yo siempre tan egoísta, no te hablo más que de mí. Siempre ha sido igual, siempre he sido absorbente, y creo que en el fondo completamente egoísta. Es por lo que, muchas veces, me ha remordido la conciencia pensando si, en la amistad tuya y mía, que por tu parte fue sincera y entregada, no hubo por la mía mucho de egoísmo. Me fío tan poco de mi propia manera de ser, que siempre recelo de mis buenas intenciones.

***

Tú estabas enamorado, me hablabas de ella, también soñabas con ella, y ella te correspondía. Ahora me doy cuenta de que, por una dignidad muy a tono con aquel tiempo, ambas se mostraban muy dignas. No dejaban traslucir sus sentimientos, más de lo preciso para alimentar el amor, o la pasión, del otro. A veces he pensado (y vuelvo a hablar de mí) ¿Cómo serían sus sentimientos por mí? Ella hablaba de mí a sus amigas, comentaba sus cosas con ellas, y lo nuestro era del dominio público. Y ahora me pregunto: ¿Puede haberme olvidado del todo? Creo que fui algo en su vida, si no estoy equivocado, ya que aquélla era la edad en que las impresiones se graban con más fuerza. ¿Es posible que ella me haya olvidado del todo? Esto es algo que nunca llegaré a saber.

***

Tú me hablabas de tu amor, y yo a ti del mío. Quizá debería esforzarme en recordar, antes de seguir escribiendo. La memoria nos juega malas pasadas, aún en las

cosas más entrañables. Quiero fijar unos hitos, y a partir de ellos tejer la historia

***

Luego nos vimos pocas veces, y siempre deprisa. En los primeros tiempos yo carecía de control de mí mismo, estaba nervioso y sin seguridad. Luego, las cosas han cambiado. Creo que este verano último se demostró. Soy capaz de encararme con cualquier circunstancia que antes no hubiera sobrepasado. Por algo tenemos que pagar el tributo de la madurez.

***

A ti, tan apasionado, nunca te oí hablar con amor de nadie que no fuera ella.

***

Vi la noticia de su boda en los periódicos. Mejor dicho, vi la de su compromiso primero. Se habló de un novio que ella había tenido, y que acababa de morir. Éste era inglés, había venido a España, la había conocido y se había enamorado. Era un hombre muy rico. Después de tantos años, me hizo una extraña impresión encontrarme con el recuerdo de ella cara a cara. Luego vino la boda, celebrada en Inglaterra, y vi las fotografías, y que apenas había cambiado desde entonces. Creo que sentí emoción al verla. Él era un hombre rubio muy alto, un tanto hierático. Muchas veces, después, he cavilado en cómo serían sus vidas. He oído rumores de desavenencias, y comentarios acerca de la vida privada de él. En cuanto a ella, me he preguntado: ¿le será fiel? Y me he inclinado a creer que no. Hasta he llegado a pensar que sólo los hijos y las conveniencias sociales los obligaban a permanecer unidos.

***

A él lo conozco por fotografías, este verano me pareció reconocerlo en un hombre muy alto, vestido de oscuro, que estaba en un grupo con otros extranjeros.

***

Desde mi partida nos escribimos muchas veces, una o dos por semana. Según me dijiste, a tu madre le gustaban mis cartas y te las pedía. Disfrutaba leyéndolas. Es seguro que habrás destruido las mías, y pienso qué cosa fantástica hubiera sido ahora para mí poderlas recuperar. Hubieran sido un reflejo completo de mi mentalidad de entonces, que de ninguna otra forma podré hoy reconstruir. Eres la persona a quien más cartas he escrito en mi vida.

***

Luego llegó el verano. Yo conocí a otras chicas, coqueteé con ellas, y todo te lo contaba a ti. Al mismo tiempo me decías que ella salía con otros y yo, por un mecanismo de defensa quizá (nunca he podido amar a una mujer que no me correspondiera), dejaba de quererla.

***

Habían pasado dos años, aquel verano en que fui una tarde a merendar con vosotros a la finca. Estábamos sentados ella y yo, a solas en el jardín, y ella parecía sentirse a gusto (de nuevo acudes a mí, de nuevo me pregunto si ella recordará todo esto, o ni siquiera recordará que existo). Me contó que su novio se estaba muriendo de

cáncer (curioso destino, y trágico. Quizá, pensando en novelista, los hados la reservaban). Le habían dado poco tiempo de vida, y ya no deseaba verlo ni hablar con él. Le dije que lo hiciera, que le escribiera por lo menos. Es curioso, los dos sentados allí, hablando de otro hombre, yo su confidente, y por otra parte llenos de serenidad, llenos de amistad... Creo que era la tarde era dulce, que nos sentíamos en paz, y bien porque estábamos juntos. ¡Qué extraño destino el nuestro! No sé si la situación se dará habitualmente entre dos personas. Y pienso: ¿Qué sentiría ella por mí? De todas formas, hay algo que creo que sentía: era aprecio, y hasta quizá un poco de cariño y de admiración.

***

Era un broche en forma de hoja de madera. Por detrás, con un objeto punzante, yo había grabado sus iniciales y las mías. No sé qué sería del broche, seguramente lo perdió, o acaso lo quemó.

***

Entre todos hacíamos crucigramas, y ella se admiraba de las cosas que yo sabía. El hecho de ser mayor, creo que me comunicaba una cierta aureola de dignidad. Mis poesías eran ya entonces muy comentadas, y ella me dijo un día: "Parece que te gusta el vino", porque en una de ellas cantaba las excelencias de una buena bodega.

***

Estuve a verte, poco antes de que dejaras la Academia (por decirlo de algún modo poco hiriente). Pero estoy convencido de que entonces no sabías todavía lo que harías. Me recibiste con tu uniforme, y nos vimos poco tiempo. En nuestras entrevistas, siempre, eras el más seguro, llevabas la voz cantante. Eso era entonces, ¿sabes? Yo he cambiado mucho. Este verano, me parece, las fuerzas estaban ya niveladas. Tengo que confesar que yo jugaba con ventaja, que "os había llevado a mi terreno". Yo estaba advertido, los desprevenidos fuisteis vosotros.

***

Muchos días aguardo la llegada de tu carta, después de haber leído mi libro. Ya me parece que se va demorando demasiado, por lo que empiezo a dudar que lo hayas recibido. ¿Qué impresión causará en ti, si es que causa alguna? Me gustaría recibir una carta larga, con muchos comentarios, que me demuestre que has leído y releído mi obra, y que te ha impresionado. No sé si reconocerás algunas cosas mías en ella. He querido como un hechicero, "taladrarla con mis agujas", y así someterla a un maleficio.

***

A ella la vi una o dos veces después. Una fue en una iglesia, a la salida de una misa. Creo que no nos saludamos siquiera. Durante unos años se había convertido en una obsesión para mí, y no podía apartarla de mi mente, sobre todo cuando yo pisaba los escenarios en que habíamos convivido. Trataba desesperadamente de librarme de esta idea fija, y no conseguía más que enredarme en ella más y más. Tan sólo la literatura me libró de esta esclavitud, como de tantas otras que he ido padeciendo a lo largo de mi vida.

***

La casa era de estilo andaluz puro. Las paredes estaban blanqueadas, y los tejados eran rojos. Había un vestíbulo del que arrancaban unas escaleras dobles. En el vestíbulo había librerías, con algunos antiguos volúmenes en pergamino. Abajo estaba el salón con el piano de cola; las ventanas bajas y enrejadas daban al jardín. Un jardín un tanto descuidado, donde había tres altos árboles muy juntos. Arriba, los dormitorios estaban escuetamente amueblados y eran muy grandes. Los cuartos de baño eran grandes y antiguos. La escalera llegaba hasta una buhardilla donde nunca subí. Había una piscina, no muy grande, que de cuando en cuanto vaciabais y limpiabais. En el jardín había un cenador con asientos de metal.

***

VIEJO

Sus nietos lo llamaron siempre el "Tato", y a su mujer la "Lala". Yo sabía que sentía aversión por la vocación de su hijo, ya que era enemigo de los versos, y muy amante de la ciencia. Tampoco llegó a gustarle nunca la mujer que había elegido, quizá por celos naturales de padre.

***

El final de ambos fue romántico: ella llevaba enferma muchos meses, y él la atendía. Ambos tenían 85 años. Él enfermó de colitis y murió en pocos días, y a las pocas horas ella murió también. No llegó a conocer el fallecimiento de su esposo, aunque quizá lo presintió.

***

Cuando ellos murieron, la finca empezó a decaer. Pasó en herencia, por partes iguales, al varón sobreviviente y a su hermana. Ella se confió por completo en él, no muy amigo de los negocios, y con pocas aptitudes para ellos. Se limitó a mantener todo aquello como Dios le dio a entender, y la finca dejó de ser una hacienda espléndida para convertirse en un hermoso lugar de veraneo. Él se hizo cargo de la casa que llevaba anejo el molino, y su hermana ocupó un edificio más pequeño, cercano al río, al otro lado de la plaza en un lugar que llamaban la cascajera. Por allí, el agua saltaba por encima de unas gruesas piedras redondas.

***

Uno de sus clientes fue un famoso escritor de la época. Existe en la casa una foto dedicada por él, una carta en que dice enviar unas gallinas por Navidad. Al parecer el escritor no era en absoluto lo que se llama un buen pagador, y con estos subterfugios iba dando de lado a las cuentas del médico.

***

Nunca ocuparon la casa de sus padres, cerca de la iglesia románica, en una hermosa plaza cercana a la catedral. La torre enhiesta de la iglesia proyectaba allí su sombra, sobre la plazoleta empedrada, sobre los edificios dotados de un aire de respetable vejez.

***

Guarda todavía los libros que pertenecieron al bisabuelo. Son viejos volúmenes que comprenden la ciencia médica de su tiempo. Hay también obras curiosas sobre la historia de la medicina, todos cuidadosamente encuadernados en piel jaspeada, con los cantos rojos o verdes con epígrafes dorados. Tienen páginas amarillentas y las letras

de imprenta resultan anticuadas. Algunos tienen antiguos grabados de anatomía. Los tiene guardados en la torre, en un armario con puertas de cristal. Domina sus posesiones en la costa, por encima de las laderas de pizarra.

***

Tengo entendido que formó allí una colonia casi tan numerosa como un pueblo. La finca era espléndida, con árboles frutales, una hermosa huerta cerca del río y grandes campos de trigo, viñas y un canal que atravesaba las tierras, eras, palomares, y una importante concentración de edificios entre los que se hallaba un molino, adosado a la vivienda principal, y a un canal tan recto como una flecha. Las casas eran sencillas, pero bien construidas, por lo que pervivirán sin grandes daños. Al menos, yo así lo creo -decía él, mientras prendía la servilleta del cuello de su camisa, sobre la corbata.

***

La casa del molino era grande, de muros lisos. En la planta baja estaba el molino junto al cauce. Había siempre muchos sacos, y un polvillo blanco lo inundaba todo y se metía por las narices. Los molineros llevaban monos blancos, y tenían el pelo blanco del polvillo. Un ruido continuo hacia temblar los cimientos de la casa. Del zaguán partían las escaleras de madera, hasta el cuarto de servicio que estaba la primera planta. Más arriba estaba la vivienda, sencilla pero agradable. Las habitaciones daban a la plazoleta o detrás, al cauce, sobre los trigales. En el cuarto de estar estaban las novelas de Dumas. De allí se pasaba un cuarto grande con dos alcobas, una era el despacho del abuelo y otra su dormitorio. El balcón se abría sobre la era.

***

En tiempos hubo truchas allí, el abuelo las había pescado. Ahora sólo había miel, una miel espesa y blanca. También había pichones en el palomar, para que el demonio no me coja la mentira. La Jesu era un artista guisándolos. En cambio, las acerolas que nos mandaban eran de la Ribera.

***

Las tenadas de adobes estaban derruidas. De alguna quedaba poco más que los cimientos. En tiempos se guardaban allí las ovejas, y ahora jugábamos al escondite, saltando los muretes. Cerca del río, medio hundidas también, estaban las antiguas casas de los pastores.

***

El aire mecía las pequeñas hojas suavemente, y parecían de plata. Abajo corría el agua con un temblor de insectos. Había juncos en las márgenes, y arriba en el cielo unas pequeñas nubes avanzaban despacio. Luego vi que habían cortado los árboles para venderlos. Aquello entristeció el abuelo, porque acostumbraba a pasear entre ellos. Llevaba el pañuelo de seda blanca al cuello y un fino bastón, y allí había pensado y soñado muchas veces.

***

La joven pareja estaba muy enamorada. Él se lo había contado muchas veces, sentados ambos ante la mesa de faldillas, en las tardes de invierno. El padre se oponía al noviazgo, y también a que su hijo hiciera versos. Él solía detenerse frente a la casa

de su novia, que se asomaba al mirador. Cuando ella salía, lo hacía acompañada de una anciana señora, antigua amiga de la familia, que había venido a menos. Por las fotos que le enseñó, la muchacha debía ser frágil de salud, y menuda de cuerpo. Todos la recordaban como una mujer virtuosa. Tenía el corazón delicado, y sus diez embarazos acabaron con su poca fortaleza. Cada vez que un hijo nacía, tomaban un ama para él. Y como los nacimientos eran seguidos, se daba el caso de que hubiera tres amas en la casa. Se guisaban grandes cantidades de comida, y para el cocido se utilizaba un espinazo de cerdo, con toda su carne adherida.

***

El hijo mayor aparecía de tiempo en tiempo con una brazada de periódicos bajo el brazo, y su ceño adusto no correspondía a sus palabras amables. Parecía alerta siempre para sorprender un error, hacer una ligera y al mismo tiempo dura advertencia.

***

El segundo de los varones había sido muy inteligente, y desequilibrado hasta caer en la locura. Estudió dos carreras, una de ellas matemáticas. Estuvo recluido por trastornos mentales. Su muerte acaeció en forma trágica. Durante la ocupación de Madrid por las izquierdas tuvo una fuerte discusión con los milicianos, y en consecuencia fue encarcelado en la Modelo. Luego, trasladaron a los presos de Madrid, pero no llegaron muy lejos porque los fusilaron a todos en Paracuellos del Jarama.

***

Otro de los hermanos murió con catorce años. Estuvo hinchando un balón con la boca, lo que debió provocarle algún accidente vascular, ya que murió en 24 horas.

***

La hija de catorce años creció, y tuvo un novio también. Y también éste contrajo una grave enfermedad, en vísperas de la boda. Ella siguió entonces dedicada al cuidado de su familia, y luego se casó muy tarde, quizá para lograr una cierta independencia económica. Su padre no era espléndido, por otro lado. Había sido muy hermosa y todavía lo era, a pesar de la edad. Al parecer, fue desgraciada desde el primer día de su boda. Otras hermanas estudiaron carreras universitarias, y todas se casaron.

***

Ocuparon varias casas en el transcurso de su vida. Al padre lo nombraron finalmente Director, y pasaron a ocupar una vivienda en el edificio. Él la había conocido desde fuera, y le asombraba que una familia hubiera ocupado una casa tan grande, con docenas de ventanas. En la casa, el padre ocupaba un despacho en el lugar más alejado, con lo que estaba libre de cualquier molestia o ruido. Enfrente tenían un cuartel, y siempre había soldados de guardia a la puerta. Cuando alguna de las hijas se vestía en su cuarto, mandaba a las demás que miraran a Capitanía. Con ello, la frase quedó como algo inmutable a través de los tiempos.

***

Cuando yo fui a su casa, estaba próximo a los setenta años. En los primeros tiempos, todavía daba clases en el Instituto. Estaba poco tiempo en casa. Luego llegó la jubilación y hubo pasteles en la fiesta, bandejas con muchos pasteles y yemas, y

copas de un vino dorado. Hubo muchas visitas. Luego solía ir al casino a diario, después de comer, y a ver alguna película, y volvía a casa merendar. Tú estabas ya con la bandeja preparada.

***

Siempre a la misma hora oía entrar la llave en la cerradura, la oía girar y el chirriar de la puerta, y luego un golpe al cerrarse. Se quitaba el sombrero y el abrigo, y dejaba ambas cosas sobre el perchero. Se aproximaba un momento a la gran caldera donde chisporroteaban las brasas, colocaba ambas manos cerca y las frotaba una contra otra. Mientras, la cocinera lo había oído entrar y acudía con las zapatillas. Él había entrado en el despacho, y en la primera silla se sentaba y se cambiaba el calzado. Ella aguardaba silenciosa, mirándolo, tomaba las botas que se había quitado y se las llevaba para lustrarlas.

***

Trabajaba con la pluma-fuente de color negro, la tomaba suavemente la mano, como si sólo la apoyara, y la dejaba resbalar en la cuartilla, como si no hubiera sido él, sino la pluma misma quien se hubiera deslizado sobre el papel.

***

Empaquetaba los libros con cuidado, plegaba el papel sobrante y los ataba con un bramante fino, todo ello con mucho cuidado.

***

Tenía una mesa muy grande con muchos cajones, y encima un reloj muy bonito, siempre metido en su estuche. Sonaba como cristal cuando daba la hora. Las paredes estaban llenas de libros, y las tablas de madera se combaban bajo su peso. Tenía un fichero lleno de anotaciones, sobre una mesa pequeña y baja.

***

El abuelo guardaba siempre el bonito reloj en su estuche de piel, encima de la mesa del despacho. Él le daba cuerda, el reloj no se paraba nunca y sus campanadas eran como el cristal.

***

El reloj del comedor, en cambio, atrasaba cinco minutos todos los días. Colgaba de la pared, dentro de su caja alfonsina. Arrimaba una silla y abría la portezuela de cristal, y tras haber consultado la hora en el reloj de bolsillo adelantaba los cinco minutos. Hacía girar varias veces la pequeña llave en los dos orificios, el de la hora y el de las campanadas. Luego cerraba, se bajaba de la silla y la colocaba en su sitio.

***

Almorzaba una raja de merluza, pero no entera, porque entre lo que se quedaba pegado a la espina y a las raspas, y entre lo que se pegaba a la piel, aquello se quedaba en nada. La trucha era asalmonada y ocupaba toda la fuente. Tenía la carne de color rosa oscuro, y todos decían que no habían comido ninguna así.

***

Oía crepitar la caldera, me acercaba con cuidado de no quemarme, apoyaba allí el trasero cubierto por el paño de la bata azul marino. Veía en la pared los reflejos de las llamas, a través de la trampilla. Sobre el perchero que llamábamos el *burro* había una bufanda blanca de seda, y sobre el terciopelo rojo claveteado de bronce estaba el sombrero del abuelo.

***

Su cama era alta, rematada con piñas, y sobre el somier acolchado de la cama habían puesto otros dos colchones de lana guateada, y por eso resultaba tan alta. La colcha era de damasco rojo. Había un escritorio junto a la ventana, y en la ventana visillos blancos y moteados. Al otro lado tenía un lavabo con agua corriente y espejo, y una repisa de cristal.

***

En el salón las sillas alfonsinas tenían el respaldo erguido y unas columnillas a los lados, y un copete. Eran sillas sin gracia. Eran negras, tapizadas de damasco amarillo, y hacían juego con el sofá que era un mamotreto, y con dos sillones igualmente feos, y allí recibían a las visitas, sentados en las sedas un poco ajadas de la tapicería.

***

Tenía muchos amigos. A uno lo llamaban Mr. Chips y venía a casa muchas veces, aunque nadie lo soportaba. Traía un bastón y un sombrero, y era un hombre seco, como de pergamino. Jugaba al ajedrez y era suspicaz, y hasta se empeñó en decir una vez que yo lo había llamado majadero. Ni por asomo lo hubiera hecho, aparte de que yo desconocía la palabra. Pero no hubo forma de convencerlo, pese a todas mis protestas de inocencia.

***

El médico amigo lo visitaba una vez a la semana, siempre en el mismo día, siempre a la misma hora llamaba al timbre con meticulosa exactitud, él lo recibía en la penumbra del despacho, y algunas veces el médico me visitaba en mi cuarto, porque me había agarrado las anginas de todos los meses. Él me mandaba pediluvios y al menos, decía la tía, era una forma de que yo me lavara los pies.

***

Él mismo era un árbol añoso, tan enjuto, con un color aceitunado, y unas manos secas que parecían talladas en bronce.

***

La casa silenciosa, con dobles cristales siempre cerrados y las persianas caídas, que protegían del ruido de la calle. Subían por la cuesta empinada los camiones como mastodontes asmáticos, pero dentro el tiempo se detenía, no había día ni noche con las persianas caídas, así no alcanzaba la melancolía del crepúsculo. Ni el cansancio de ver que el día se terminaba porque era siempre la misma hora en el reloj parado del salón.

***

Entraba en la penumbra del gran despacho, no encendía la luz porque, aunque él no hubiera llegado todavía, podía llamar su atención si acaso estaba llegando y miraba

desde la calle. Por eso me acercaba donde solían estar las revistas antiguas encuadernadas en gruesos tomos, tanteaba entre ellas, y como ya las conocía de tantas veces, sacaba un volumen y corría los otros en el hueco, para que no se notara la falta. Me iba a mi cuarto con la presa, me cerraba por dentro y empezaba repasar las hojas llenas de bonitos grabados en color. Algunos me los sabía de memoria, cogía la hoja de afeitar y los rebanaba hábilmente, y así crecía la colección de mis estampas, que acababan pegadas adornando carpetas. Luego devolvía las revistas a su sitio.

***

Me contaba que la Esgueva había pasado por allí. Era un río hembra, y ahora lo habían desviado. Pero de cuando en cuando se cobraba su precio, y se inundaba los cimientos de las casas. Y cuando había crecidas, la Esgueva tiraba por donde quería.

***

Horas y horas haciendo crucigramas, conociendo los vericuetos de las palabras, barajando significados sin cansarse. Pronto se llenaban de palabras todos aquellos cuadernillos, y había que salir a comprar otros o aguardar a la próxima semana, para seguir rellenando palabras.

***

POESÍA ES MIRAR CON LOS OJOS DE NIÑO. (Alguien busca toda su vida una inscripción, y es esto lo que encuentra, al borde de la muerte).

***

Ajimez-ajonjolí-alambrera.

***

Caballeros Acarnienses dan la Paz a Lisistrata, En las Nubes hay Avispas y en la Junta Pluto manda. A las fiestas de Deméter van las Aves y las Ranas.

***

Siempre me gustó la palabra Amaranto, aunque no supiera que era nombre de flor. El abuelo había escrito una obra de teatro con ese nombre. Guardaba la foto de una mujer muy guapa, en hábito de monja, que le había estrenado la obra. Era una actriz famosa, y todos decían que era la amante del rey. Por eso la palabra Amaranto tenía para mí un perfume de obscenidad, y quedé sorprendida cuando supe que se trataba del nombre de una flor.

***

Que yo no quiero quererte y quiero que tú me quieras.

***

La vida, vaya un símil chabacano, es una inmensa rifa por sorteo donde todo nacido, guapo o feo, hace el triste papel de lote humano.

***

Yo le puse las inyecciones y no tranquilizaba ver aquel cuero endurecido, los miembros descarnados, las nalgas hundidas, y había que dar un golpe seco con la

aguja, y el cuero se hundía como el de un tambor.

***

En la caja de hojalata los clichés se habían puesto rojizos, estaban enroscados unos en otros y tenían desdibujadas señoras con sombreros raros, hombres con levita y con bastón. Estaban sujetos con una goma, en la caja de las fotografías. Nadie sabía quién era el hombre de la levita, ni la señora del sombrero.

***

Lo habían amortajado y estaba tan quieto, con las manos cruzadas y el cuerpo tan largo, había claveles junto a su cabeza y también en ramos, junto a la caja. Y coronas de flores apoyadas en la pared.

***

Habían arrancado los pesados llamadores, los portones estaban cerrados y tenían letreros soeces escritos con tiza. Nadie había entrado allí desde hacía tiempo, nadie había subido al piso superior, sólo los vagabundos que abrieron un boquete por la trasera de la casa.

***

Aún conservo los papeles manchados de orines y excrementos, las cuartillas foliadas con letra del abuelo, y el recorte de un periódico antiguo que hablaba de la primera Gran Guerra.

***

Contempló por última vez los aleros con las tejas desprendidas y a punto de caer. Otras se habían caído, dejando calvas en el tejado. Sobre las escaleras de ladrillos se habían derrumbado las arcadas de hierro, que sostuvieran la enredadera velo de novia, las barandas estaban desprendidas, caídas hacia el jardín.

***

Y, no obstante, aún siento tu mano acariciar mi frente.

***

Él lo sabe y estoy contenta, porque se habrá alegrado de ello, y eso es importante.

***

La carcoma estaba arruinando la casa. De noche se oía el roer en el marco de las puertas, y parecía que toda la casa se les fuera a caer encima. Ojalá no se estuvieran comiendo los entramados del tejado, aquello no podía terminar bien. Habría que cambiar las puertas, era como una maldición. Los muebles mejores acababan comidos de carcoma, y había que meterles con la jeringuilla aquel líquido corrosivo, uno a uno por todos los agujeros redondos y pequeños.

***

Los canalones están desprendidos en la fachada, y así cuando llueve caen chorros de agua del tejado, y forman cascadas en la acera.

***

Para calentarse había un chubeski de hierro negro con una parrilla, y una puertecilla en la panza redonda, y un tubo negro de latón que atravesaba el tabique y salía al patio por la cocina, a través del muro espeso. La cocina era de carbón muy antigua, con el poyete de baldosas partidas. La ventana era pequeña, y daba a un patio donde picoteaban las gallinas.

***

Atrás del todo hay una cuadra, con el suelo de piedras redondas. Hace mucho tiempo que no paran animales ahí. Frente está el retrete, un agujero de loza en el suelo. Hay que ponerse con un pie a cada lado. Con un cubo echan el agua que sacan de la bañera. En la pared hay un clavo, y colgados trozos cuadrados de papel de periódico. Al orinar, los orines salpican los zapatos y las piernas.

***

Me gusta subir las escaleras del granero, y columpiarme en el columpio de cuerdas. Dando impulso, llego muy arriba. También me gusta ver la bicicleta del tío, es grande y brillante. A veces salto y me meto en el carbón.

***

Había dos alcobas italianas en un comedor destartalado, aquello no se ventilaba bien y siempre olía a cuerpos y a cerrado. En la cómoda antigua había ropa sucia junta con la limpia, toda revuelta. La tarima estaba fregada y sin alfombras, y no recuerda que hubiera ningún cuadro en la pared.

***

Jugábamos a las tinieblas, las tinieblas de la noche aquí no están, que están en el cielo. En el cuarto de baño había dos clase de papeles, el rollo de papel para su tío y otros eran papeles de periódicos cortados, formando cuadrados que unían con un cordel y que colgaban de una alcayata en la pared. Sólo el padre usaba el papel del rollo, porque habían venido a menos.

***

El chubeski negro crepitaba, con su tubo oscuro y retorcido que salía por un agujero en la pared. Atravesaba la habitación de atrás y salía por la cocina, hacia el muro del patio.

***

Cogías el calorín de cobre y lo metías en la cama del abuelo, después de haberlo tenido enchufado en la pared. Calculabas el tiempo que tardaría en tomarse la medicina, entrar en el baño a orinar, y estabas pendiente para sacar el calorín y dejarlo a un lado, junto a la cama. Arreglabas el embozo y salías con el calorín en la mano.

***

El bacín de barro no lo había visto nunca sino allí, de barro vidriado debajo de la cama del abuelo, alto y estrecho en forma de cilindro. Con un reborde saliente y dos asas. Más que una cosa útil parecía un recuerdo.

***

Lleva calzones largos ceñidos a las piernas. Son calzoncillos gruesos de punto y los usa debajo de los pantalones, y por la noche se acuesta con ellos.

***

Usaba zapatillas de paño a cuadros, con una lengüeta, con el contrafuerte aplastado porque siempre lo aplastaba con el pie, chap chap, andando con las zapatillas en chancletas por la casa. Tenían tanta personalidad las zapatillas, que le parecía verlo a él cuando las veía.

***

Aquel hombre sujetaba con los dedos una tras otra las aletas de la nariz, soplaba sucesivamente por uno y otro conducto, expulsando dos chorros de mocos blancuzcos, cogía con la punta de los dedos los que colgaban todavía de la nariz, y los lanzaba con fuerza sobre los baldosines de la acera. Luego metía la mano en el cacharro de las chufas.

***

Le daba asco que él escupiera en el pañuelo y se guardara en el bolsillo los gargajos. Había oído decir que bisabuelo, como medida de higiene, soplaba los mocos y los tiraba al suelo. Eran cosas que hacían los bisabuelos de entonces.

***

Chupaba la médula tierna y sabrosa hasta que quedaba sólo el canuto, como una flauta, sin el tuétano.

***

Todos los viejos han sido jóvenes, y todo lo jóvenes con suerte llegarán a viejos. Los jóvenes son siempre rebeldes y critican a los viejos. Quieren ser independientes, revisarlo todo, porque en sus manos todo será mejor. Están llenos de buena voluntad, es la sociedad de los adultos quien crea las aberraciones. ¿Qué hará la juventud cuando, a su vez, lleve las riendas de la sociedad?

***

Era una verdadera clerofobia, siempre metiéndose con los curas y con la iglesia, sin perder ocasión.

***

Tenía una culebra que andaba suelta por la casa y se comía a los ratones. Además, he oído que se desayunaba con una copa de coñac para matar el gusanillo. La abuela era arisca, como yo, y no le gustaba que la besara en público.

***

Echaba una pizca de bicarbonato en el vaso con zumo de limón, el líquido espumejeaba, subía y se desbordaba del vaso anegando la mesa.

***

Ponía con cuidado el papelillo de fumar en la máquina Victoria, el picadillo de

tabaco en su sitio, miraba si había agua en el depósito, tiraba del asa y daba gusto ver cómo, sin el menor esfuerzo, salía un cigarro tan redondo.

***

Un militar de alta graduación fue asesinado no lejos de mi casa.

***

El gramófono era un maletín oscuro, con un agujero por donde entraba la manivela, que cuando no se usaba se dejaba encajada en unos ganchos metálicos. Los discos eran pesados y gruesos, uno contaba la historia de un payaso que había perdido al hijo, y tenía que seguir haciendo reír. Y había uno de un torero, y Granada de Albéniz. Como eran pocos los ponía una y otra vez, y daba de cuando en cuando a la manivela para que no se muriera la voz.

***

Tenía una novia que era dependienta de una tienda. Tenía unas trenzas muy largas, luego se cortó las trenzas y mi tío la dejó por eso.

***

Lo contó la señora Lucía, en el taller usaban todos el mismo retrete y era un hueco en el piso, la orina salpicaba y se habían llenado todas de ladillas.

***

Ser juez tenía que ser una cosa muy seria. No obstante hacían concursos de culos, se metían detrás de una cortina y lo enseñaban, y alguien tenía que adivinar de quién era el trasero. Le gustaba mucho comer, y tenía muchos banquetes. Lo invitaban a toda las bodas. Mi tía guisaba muy bien, carnes y dulces y pescados, pero él era quien se metía en la cocina con un delantal. Nunca comían la misma cosa dos veces seguidas.

***

Alguien dijo que olía a carburo, era un olor como a humo o algo que se quemaba, pero era a carburo. Era un olor muy peculiar.

***

Era bajito y llevaba un abrigo raído imitando astracán, parecía un pequeño muñeco a quién hubieran disfrazado de profesor. Explicaba siempre lo mismo, porque no podía imponer silencio en sus clases. Nadie lo oyó nunca pasa de la lección primera.

***

Buenos días, muertecitos de la próxima guerra.

***

Dejaron aquello lleno de esquelas mortuorias, cartas impresas y dobladas, con una greca negra. Algunas parecían tener mucho tiempo. También había recordatorios con imágenes de Cristos sangrantes. Eran de color sepia y estaban esparcidos por el suelo. Los dejó el matrimonio regordete que me había atiborrado de galletas María. El hombre murió de pulmonía, y la abuela mandó quemar todo aquello. Me parece estar viendo las

esquelas, en un papel labrado y con las bandas negras. El nombre del difunto y una negra Cruz.

***

Pensaban que robaba el café, vaya a saber para qué quería la pobre vieja el café. Quizá para dárselo a la portera que era su protegida, pero no creo que ella se robara el café, sino que usaba la achicoria que tenía en la despensa para darle más color al café.

***

Dijeron que robaba el café, que lo robaba para dárselo a la portera que era su protegida. Él pensó que no estaba bien pensar eso de la pobre vieja. Le habían encontrado en la despensa un paquete de achicoria y dijeron: roba el café para dárselo a la portera, mezcla la achicoria con el café. Ella dijo que mezclaba un poco de achicoria para darle color, que había que mezclar siempre un poco de achicoria con el café.

***

Él dijo: "Tú has robado las plumas". Y el niño dijo: "No he robado las plumas". "Pues si no las has robado, las habrá robado la doncella". "¿Por qué dices que la doncella habrá robado las plumas? Yo no lo creo. ¿Para qué las iba robar?" "Pues alguien ha tenido que robarlas. Todo el mundo es culpable mientras no se demuestre lo contrario". Él no había robado las plumas, ni creía que la doncella las hubiera robado tampoco. Un día aparecieron las plumas, estaban en su cajón. Miradlo, que callado se lo tenía. Él tan callado, y todos allí pensando en ladrones.

***

Le dijo que lo desheredaba, entonces el otro consintió en ceder para que vendiera la finca. Él había ofrecido un dinero, y vino el comprador y ofreció más, y decidieron venderle la finca al comprador. Pero dijo que él no firmaba la escritura, porque aquello era poco dinero. Así que tuvo que amenazar con desheredarlo, y él agachó la cabeza y firmó.

***

El viejo tomó su atadijo, cogió el sendero que zigzagueaba, arrastraba las alpargatas y canturreaba una canción. Al llegar a lo alto de la loma desapareció, siempre con el atadijo a la espalda.

***

En Cuaresma no sonaban las campanillas, sino las carracas, rompían el silencio con un sonido de viejo acatarrado, y anunciaban la Cuaresma. También las vendían en el Sudario, una tablilla de madera sobre una rueda de madera dentada.

***

Allí había lagunas llenas de mosquitos y sanguijuelas. No había nacido todavía, sus padres eran recién casados. Tenían un amigo muy peludo, cuando se bañaba en la laguna los pelos del cuerpo flotaban en la superficie.

***

Era una solanera a mediodía, el sol por encima de la plazoleta como una ducha de fuego, sobre las callejas y los tejados y el enrejado de los balcones, una luz tan hiriente que no podían abrirse los ojos, y la sesera hirviendo dentro de la cabeza.

***

La línea recta entre el sol y la sombra, a un lado la penumbra y al otro la canícula del mediodía.

***

Pinchaban los jazmines en una hoja de chumbera, con una biznaga. Vendían biznagas por las mesas de los bares, y las mujeres se las ponían en el pelo.

***

Llevaba la ropa oscura, sin forma, tenía el pelo revuelto y la cara renegrida. Agitaba las manos todo el tiempo, y de vez en vez se pasaba los dedos cuadrados por el bigote oscuro, como si se enjugara el sudor, como si le gustase tocarse aquellos pocos pelos oscuros y lacios que le nacían bajo la nariz.

***

Después de la guerra había que cuidar tanto la ropa, y comer batatas a todas horas. Luego pasó la guerra, pero seguíamos en crisis.

***

No tenías trabajo y tu padre nos pasaba dinero, tampoco teníamos gastos, puesto que todos estaban cubiertos en aquella casa, sobre la que ya se cernía el desastre económico.

***

Los soldados nacionales ocupaban el antiguo casino, en la planta baja. Tenían cerros de novelas, y entraban y salían todo el tiempo. Les habían prohibido hablar con ellos, porque tenían piojos. "Tu padre sí que tiene piojos como gambas". Arriba estaba la consulta, con el laboratorio y la sala de espera, el despacho y la sala de rayos. En un cajón su padre guardaba dos pistolas, una de ellas con cachas de nácar. A ella la encerraban en el cuarto oscuro de revelar radiografías. Y decía palabrotas por lo bajo, a la luz de la bombilla colorada. En el laboratorio había frascos con líquidos azules y rojos. Otros eran transparentes, y todos lo frascos tenían unos tapones grandes de corcho, y etiquetas blancas con una letra que no se entendía.

***

Los legionarios llevaban un loro y también un monito pequeño, miraban el desfile desde la ventana. Todo el mundo se asomaba a los balcones, y todo el mundo parecía muy contento.

***

Era un cura joven que había llegado al pueblo. Lo llamaban el cura mocito, porque era muy joven. Además era muy moderno. Cuando la guerra ha estado en la sierra con los rojos y ha salvado muchas vidas, sin distinguir de color, y cuando ha acabado la guerra ha tenido que irse, huyendo de los nacionales.

***

Hay un señorito en el pueblo que enseña su pistola en el casino, con las muescas que hace cada día, una por cada muerto. Lo dice delante de todo el mundo, presumiendo.

***

Gracias a su trabajo, un sueldo regular y un trabajo estable, habían podido disfrutar de un cierto bienestar.

***

El palillero plateado estaba siempre sobre la mesa del despachito de la abuela. No sé si era de plata de verdad, pero estaba hueco, y me rascaba las orejas con él. Luego lo chupaba, y estaba amargo.

***

Sacó las galletas del aparador, "la galleta campesina hecha con harina integral". En la cocina alargada se preparó un café. Tuvo que subirse en la banqueta para abrir el gas, y encendió el hornillo con el prendedor de chispa. La cocina de acero inoxidable relucía. Sacó del armario un cacillo de porcelana con flores, echó un poco de agua del grifo y la puso a calentar. Cuando se calentaba volcó un chorro de la leche condensada en el vaso. Con una cucharilla volcó un poco de Nescafé. El agua estaba ardiendo, cerró el hornillo y volcó el agua en el vaso, sobre la leche y el Nescafé.

***

Sacó una galleta de la caja de cartón amarilla, y la mojó en el líquido abrasador. El café estaba demasiado dulce.

***

Te regalan unas anguilas muy bonitas, enroscadas dentro de una caja de cartón. Están sobre un pañito de papel piqueteado y tienen unos ojos grandes de cristal pinchados con los alambres. Son redondos y planos y miran muy fijos. Hay frutas escarchadas y anises de colores incrustados en la anguila, y una mariposa de azúcar que no sabe a azúcar, sino a yeso pintado.

***

Estaban las cotufas, "tubérculos de la raíz de la aguaturna", como dicen los diccionarios; en un lebrillo con agua, hinchadas y turgentes, de cuando en cuando aquel hombre metía la mano en el lebrillo y la revolvía. Antes se había estado limpiando los mocos.

***

Él tenía una mesa de madera encerada, que pasó a ser mía cuando se fue la primera vez. No recuerdo dónde se fue, pero era una mesa fuerte con las patas torneadas, y tenía un cajón con una bola de madera como tirador. La bola se salía cada vez que tirabas de ella, siempre estaba rodando por el cuarto. Encima de la mesa él solía tener muchos papeles, antes de irse la primera vez. Luego se fue y yo quedé dueña de su mesa, metí mis cosas en el cajón, y procuraba no deja nada encima porque a los gatos les había dado por orinarse allí, desde el tejado y a través de la alambrada,

y a veces se me olvidaba cerrar la ventana y me ponían perdida la mesa.

***

Dibujaba frente a la ventana, no la que daba al mar, sino al otro lado, a la montaña. Oyó las detonaciones, miró arriba y vio a un hombre que se despeñaba por la ladera. Otro hombre corría detrás, y un guardia civil disparaba desde arriba. El primero alcanzó las cañas del arroyo, y el que iba detrás cayó de bruces, dando una voltereta. Lo montaron en un burro y lo llevaron a casa de unos vecinos. Tenía la rodilla deshecha y sangraba a través del pantalón. Era un hombre de edad, cetrino, con el pelo canoso. Luego lo llevaron al cuartelillo, pero el compañero no apareció. Al parecer, les habían dado el alto arriba. No era más que un reconocimiento protocolario. Ellos, condicionados por alguna circunstancia secreta, habían echado a correr. Nada hubiera sucedido si los hombres se detienen.

***

Fueron dos disparos secos, dos detonaciones que me hicieron mirar hacia allá, y vi a los dos hombres que se dejaban caer por la cuesta.

***

No oí ningún disparo, pero sí las sirenas de la policía. Al salir, el portero me dijo que habían matado a un hombre a tiros allí mismo, en la acera. Al pasar no vi nada, más que el agua con que habían lavado la sangre.

***

Era un lindo reloj de bolsillo con su caja de oro finamente labrada. Dentro de la esfera, unos ángeles golpeaban una campana con diminutos mazos, produciendo un sonido de duendes.

***

Mi tío tiene un álbum con firmas de gente importante. Se ha dedicado a escribir a todo el mundo, la gente más famosa del mundo, y les manda un cartel de las ferias, hecho en seda de color azul celeste. La gente le contesta, y tiene cartas de todos los artistas de Hollywood, del presidente de la China comunista y de la otra, del duque de Edimburgo y su mujer, del presidente de los Estados Unidos y hasta de Franco, que no escribe autógrafos a nadie. Algunas cartas ya empiezan a ponerse amarillas.

***

Tiene unos pies muy feos, con unos dedos largos y llenos de callos. Le gusta enseñármelos, y si me descuido me los pasa por la cara. A uno de sus pies lo llama Juan y al otro Luis. Un día estaba malo en la cama, jugando con una pistola. Primero estuvo mirando por dentro del cañón, y al momento la volvió hacia otro lado, la pistola se le disparó y le encajó un tiro en un pie. No sé si fue en Luis o en Juan, pero casi se le mete el tiro por el ojo.

***

Arrimaba al fuego el tubo de cristal hasta que estaba blando, le alisaba los bordes y lo acodaba, ponía la goma del chupete en el brazo más corto y de esa forma el crío bebía tranquilamente en el vaso.

***

Llevaba mondadientes en todo los bolsillos, en los trajes, en los abrigos y en las batas de casa. También los había en el cajón de la mesilla y los del despacho, usados o sin usar.

***

Eras un poco besucón, la verdad es que siempre tenía que estar huyendo de ti. Hay que ver, quién me iba a decir lo que vendría. También te gustaba darme azotes en el culo, pero todo sin malicia y sin mala intención.

***

Estaban dibujados los apaches y los sioux, el aguerrido coronel Cody alias Búffalo Bill, y a una guapa señorita rubia la habían capturado los indios.

***

NEURA

Pide al cielo que le mande una señal, que le muestre claramente el camino.

***

Luchas silenciosas las del espíritu. En un instante, sin ninguna señal aparente, tomar una decisión que marque una vida. Y, ¿qué fuerzas o razones inclinarán a la balanza de un lado o de otro? Fuerzas que al propio sujeto pasan desapercibidas, quizá no a un observador versado en psicología. Pensaba que había una providencia benéfica actuando siempre, sobre los seres y sobre las cosas.

***

Veía claro. Había superado la prueba, y daba gracias a Dios por ello. Estaba seguro de su vocación. Y de que todo lo que le estorbara no era más que una tentación. Y hasta ahora era la mayor tentación que había sufrido. Había estado al borde, a punto de caer, aunque quizá estuviera equivocado, quizá el peligro existiera sólo en su imaginación, y en realidad estuvo muy lejos de él.

***

A pocas fechas de sus primeras notas terminó las evaluaciones, las envió, y seguía haciendo la carrera. Había cambiado nuevamente de opinión, aunque todavía lo asaltaran las dudas. No había abandonado su novela, aunque tampoco trabajaba mucho en ella. Seguía leyendo alguna cosa, novela y ensayo, y confiaba en poder seguir escribiendo. Aunque a veces no pudiera evitar una cierta desazón. Se había hecho un plan de trabajo para los años próximos, y esperaba poder cumplirlo.

***

Pedía al cielo que el libro que iba a publicarse fuera bueno, pero temía que no lo fuese. Tenía en su descargo el haberle dedicado tres largos años, y el haber hecho diversas versiones, hasta que no le quedara más que destruirlo.

***

Estaba en la cama, no se encontraba bien, tenía dolor de cabeza y escalofríos. Solía sucederle en Navidad, y así fue durante años. Las pruebas del libro estaban listas, según le habían dicho, para la próxima semana. Podría enviarlo a sus amigos, y a todo el que lo hubiera alentado con sus opiniones y su prestigio.

***

¿No era increíble? Se veía ahora, como su personaje, escribiendo un diario. El contraste entre la bondad y la maldad de una misma persona. Llevaba cabo un acto casi

humillante en su favor, y cuando lo juzgaba digno de admiración y aprecio, venía el comentario lacerante: "¿Los has visto? parecen dos enamorados. Y... siendo tan... digamos afeminado.” Mientras lo decía, la sangre se retiraba de sus venas. ¿Cómo podía lanzarse a sangre fría semejante acusación?

***

¿Por qué, en su niñez, siempre había una canción bailando en su cabeza? Entonces y después, sus pasos por la calle, sus más ocultos pensamientos iban subrayados por una canción. Como si algo se hubiera pasado de rosca dentro, en el complicado mecanismo de las neuronas. Espantaba las melodías como a moscas, pero volvían una y otra vez, como los moscardones que en noviembre están a punto de morir, y vuelven una vez y otra con torpeza, sólo que con esto no valía el manotazo y a otra cosa.

***

Le gustaba oír su propia voz en la iglesia. La ahuecaba, y era como si le salieran ojos en el cogote al que estaba delante, y al lado le daban en el codo y le decían: más bajo. Pero no hacía caso, seguía ahuecando su voz que sobresalía entre todas.

***

No habían hecho obra todavía, para pasar a un dormitorio había que atravesar los demás. Luego harían un largo pasillo. La habitación del fondo tenía un gran armario ropero con espejo. Había una mesa que era de su tío, y estaba siempre llena de libros. Un día tosió, y vio que había un poco de sangre en el pañuelo. Creyó que estaba tuberculoso. Se miró en aquel espejo, diciéndose: "Aviado estás, acuérdate de lo de hoy". No volvió a ver sangre después. Una puerta de cristales comunicaba los dormitorios. La puerta de cristales se quedó siempre allí.

***

Poco después de haber hecho su primera comunión, surgió el tema tan espinoso de sus "faltas de modestia". Según decían los amigos, las faltas eran lícitas mientras no pasaran de tres. Había creído la teoría a pies juntillas, y la llevaba a la práctica. Cada tres veces, se confesaba de haber faltado a la modestia. La cosa quedaba así, y nunca se le pidieron mayores explicaciones. Más tarde, evitaba cualquier acto de ese tipo, pensando que se vería obligado a confesarlo.

***

Por entonces se les apremiaba a confesarse todas las semanas. Fuera en el colegio o en cualquier otra iglesia, él recibía el Sacramento con respeto. Debe confesar que hoy ignora en absoluto las normas de la Iglesia con respecto a él. Han cambiado tanto las cosas, y él está tan desconectado... Cierto es que, en aquel entonces, se confesaba todas las semanas, y sus confesiones eran siempre las mismas: había mentido, o tenido pereza, o dejado de rezar sus oraciones... Luego, más tarde, empezó a simultanear la confesión con la dirección del alma.

***

Nadie lo obligó a asistir interno, él mismo escogió hacerlo. Andaba empeñado en su vocación religiosa, y lo tomó como una especie de sustitutivo.

***

Hubo un sacerdote que le hizo concebir una idea distinta de lo que era la confesión. Según él, tratar de evitar todos los pecados era algo así como querer tapar cuatro agujeros con tres tapones: siempre había alguno al descubierto. De modo que no habría que confesar las faltas, sino las ocasiones en que, pudiendo haber obrado bien, no se había hecho. Pasaba entonces una época de crisis, estaba angustiado y triste, y eso le ayudó. Contribuyó a formarle una idea positiva y alegre de la virtud. Aquel confesor fue un ser entregado, y si en algo no acertó no fue por desidia ni por falta de buena voluntad.

***

Tiene los ojos negros y dicen que es pacífica, y tuerce un ojo cuando le hacen fotografías. Es muy lista y también muy tranquila.

***

Le decían que cantara, carraspeaba un momento y estaban todos los ojos fijos. Siempre le pedían que cantara lo mismo.

***

Tenías la voz cálida, más baja en tono que la mía, me decías que no había que cantar a voces como yo. Eran voces tan distintas, y creo que se complementaban. La tuya tan humana y la mía tan espiritual. Fuiste tú quien me enseñó aquella canción, y la otra y la de más allá. Te sabías las canciones al piano, y yo era el tormento de propios y extraños cuando me sentaba al piano y aporreaba lo único que sabía. Atronaba la enfermería con aquellos acordes monótonos, y cantaba al mismo tiempo a voces.

***

Tenía siempre una canción colgada de los labios. Hiciera lo que hiciera había un soniquete dando vueltas en su cabeza, como una piedrecilla dentro de un sonajero. Luego se juntaron algunas ideas, que debían haberse redondeado ya por el roce con la calavera. Pero allí seguían, dando vueltas.

***

En los viajes cantaban siempre, hacían recuento de canciones conocidas. Todas lo hacían, hasta quedarse roncas. Algunas marcaron en su vida toda una época.

***

La redacción lo sacaba de apuros, subiéndole la nota global. Las matemáticas nunca fueron su fuerte. Guardaba las redacciones en cuadernos, pero su madre se encargó de destruirlos. Siempre le ponían buenas notas. Recuerda un ejercicio sobre el Polo, con un amanecer enmedio del frío y del silencio. Se presentaba a los concursos interescolares, tuvo un segundo premio en poesía, y un primero en ensayo. No realizaba los trabajos fácilmente, le costaba muchísimo. Luego fue siempre así, nada de inspiración, sólo la constante tarea.

***

Era un anochecer en la Antártida, las luces eran suaves y la blancura lo inundaba todo. El sol dejaba un chafarrinón rosado, y sólo el viento a ráfagas quebraba el silencio.

***

Lo hizo en un cuaderno del colegio, estaba formado de capítulos cortos, y todo entero no ocupaba sino unas páginas del cuaderno. Lo hizo junto con un amigo, que también escribía bien. Era la historia de un niño que deja a su familia para marcharse con el circo. Cuando dejó el colegio, el amigo se quedó con el cuaderno. Cuando volvió, después de varios años, lo primero que hizo fue llamarlo para pedírselo, pero él ya no lo tenía, ni siquiera lo recordaba.

***

Llegó con su título recién estrenado de bachiller, y él lo recibió sonriendo, diciéndole que desde ahora podría recibir el tratamiento de don.

***

Puedo decir, sin temor a equivocarme, que eres la persona que más influencia, fatídica influencia, has ejercido en mi vida. Y no por tu culpa, sino por las circunstancias de tu vida, y de rechazo de la mía.

***

Tengo una foto, de pocos meses, en la que aparezco contigo. Yo era una niña regordeta y tranquila. Creo que llevaba un bañador, tú también llevabas bañador, uno de aquellos de punto con tirantes que usaban los hombres por los años treinta. Estás agachado junto a mí, sonriendo, tienes cogida una de mis manitas en la tuya. Estábamos en el jardín frente a la casa. Además de ser mi tío, eras mi padrino. Eras guapo, con una musculatura suave que conservarías hasta tus últimos años, que no fueron muchos (33 años, la edad del tópico, la edad de Jesucristo, otro muerto prematuro).

***

Nunca me preocuparon los dementes, me parecía algo tan natural que los hubiera. Los consideraba cosa de risa, ya que nunca ninguno de ellos me había tocado de cerca, como cosa propia. Sólo había oído historias sobre ellos, que casi siempre me hacían mucha gracia.

***

Rama de neurosis, por la cual no podía sufrir que alguien pronunciara aquel nombre sin sufrir un violento rubor. Parecía que los otros intuyeran su debilidad, al parecer últimamente lo nombraban más, y lo miraban fijamente, sin motivo. Así que dejaba la mesa ante la extrañeza de todos, o cambiaba súbitamente de conversación, o simulaba que se había atragantado con el vino. Se disculpaba porque tenía que salir con mucha prisa para algo inexcusable, siempre acosado por el temor de que alguien pronunciara aquel nombre. Y era una cosa idiota, porque la persona en realidad no le decía nada, no significaba nada en absoluto más que el temor, que se alzaba como una bandera.

***

Existe demasiada tensión, pero no la que marca el aparatito. Es otra que no puede medirse. No hay una causa orgánica, le dicen, pero su temperamento es sensitivo, no hay causa fisiológica y ha de tomar pastillas para dormir. Y una de las otras cuando

acuda el dolor. Debe revisar la graduación de las gafas, y adecuar las condiciones de trabajo (buena luz, silencio). Poner los medios para que no se agrave, no se haga crónico, porque está dentro de lo posible que suceda.

***

Apunta las palabras que le sugieren cosas, y cuando tiene una fila larga, tiene que escribir algo sobre todas aquellas palabras. Unas son difíciles y otra fáciles, y provocan en su memoria una cascada de imágenes. Al mismo tiempo, va tachando palabras en la lista.

***

Si quiero escribir de veras no debo omitir lo más mínimo, ni de los hechos ni de las personas, ni de mis sentimientos más íntimos. No pensar en que se publicarán. Yo me siento ante un confesionario, a oscuras, y al otro lado hay... ¿qué hay al otro lado?

***

Desde muy joven tuve una gran preferencia por las novelas policiacas. Es más creo que eran las únicas que me han interesado. Ni que decir tiene que Ágatha Christie ocupó para mí el primer lugar, aunque también me encantaba, por ejemplo, Edgar Wallace, de quien "El arquero verde" hizo mis delicias en aquel tiempo.

***

Cuando jovencita intervine en un concurso radiofónico, el radioenigma policiaco, adivinando la solución de un problema, por lo que recibí como premio un par de entradas para el cine. También llegué a componer por mi parte algunos de aquellos radioenigmas. Leí las novelas de Harry Stephen Keeller, "Noches de ladrones", "Noches de Sing-Sing", "Las gafas del señor Cagliostro" y otras, que me apasionaron. Eran unos libros encuadernados en tela gris.

***

Más tarde traté de escribir una novela policiaca, y dejé luego transcurrir mucho tiempo sin escribir nada más. Después de "Núñez de Arce" tenía el plan de trazar una "Anatomía de Agatha Christie", un estudio referido a sus obras, y con este fin consulté bibliografía en varios lugares, comprendido el Instituto Británico. Lo que me asombraba era que un personaje como éste no tuviera un estudio serio referido a sus novelas, por otra parte con un éxito inigualable en el mundo.

***

Luego empecé otra novela: "Juegos del equinoccio de septiembre", que me absorbió de tal forma que abandoné mi idea. Aquella novela me llevó varios años, y al final volví a mi antigua añoranza por lo policiaco.

***

Ya sabía escribir una novela, cosa que antes no sucedía, y por ello la tentación de hacer una policía ahora era más grande. Pero nuevos intereses y apreciaciones se interpusieron de nuevo. No obstante, en mi próximo libro, "Encrucijada del parque", no estaba ausente la idea en la intriga, de un cierto tinte criminal.

***

Por fin acabé la "Encrucijada", y ya parecía dispuesta a dedicarme al género, habiendo reunido libros apropiados al caso, y volviendo a leer algunas novelas de Agatha Christie, ahora tomando notas. Volví al Instituto británico. Y luego, de la noche a la mañana, y sin saber cómo (en realidad sí que lo sé, fue tomando la sauna cuando acudió a mi mente la frase: "A veces, todavía, acudes a mis sueños"), héte aquí que me encuentro escribiendo una memorias que, según creo, no han de interesar a nadie...

***

Cuando se conocieron, él tenía cierta fama como poeta. En realidad se conocieron por una trampa de él. Se había presentado a un concurso al que no tenía derecho a acceder a causa de su edad. Fue la hermana quien presentó el trabajo, y él quien lo ganó. Yo aquello no lo sabía entonces.

***

Sus aficiones literarias se vinieron abajo, ahogadas por el dudoso prestigio de él. Entonces ella se dedicó a la pintura. Siempre trató de alentarlo, pero, aun con una gran disposición natural, su afición dejaba mucho que desear.

***

Cuando nació su primera hija pasó en la cama unos días, y su antigua afición pareció renacer. Necesitaba dinero, y ella pensó en escribir alguna de esas novelas populares, que se escriben deprisa y se cobran bien.

***

Escribirían varias novelas un tiempo, alternándose en los capítulos, sin un plan prefijado, y si uno lo hubiera tenido el otro lo habría echado abajo en cada capítulo. Fue un interesante sistema.

***

Todavía conservo los originales, que quizá utilice alguna vez. Es fascinante: coger los antiguos e ingenuos textos, y transformarlos con la experiencia de ahora.

***

Quizá su vocación soterrada buscó así un cauce de salida, la que había sido una comparsa se convirtió en una pieza principal, marcó la pauta y tomó la delantera.

***

Terminada la ceremonia de la boda, con sus enojosas circunstancias, salieron de viaje. Pasarían la noche en un parador de la Sierra. La impaciencia y el ardor eran tan grandes, que quería inducirlo a tocarla, sin contar con la presencia del chófer. Él no hacía caso de sus insinuaciones, y ella se enojaba por ello. Al mirar los precios de la puerta del hotel, sintió escalofríos. El dinero del viaje se iría como la espuma, si se quedaban varios días allí.

***

Empezó pronto a perder el cabello, y aquello lo preocupaba mucho. Quería mucho a su hermana menor, aunque le reprochaba siempre su falta de orden. Él, por el contrario, era sumamente ordenado (tan sólo, al parecer, no logró poner orden en su

cabeza). En Navidad él armaba el nacimiento: desenterraba las bombillas que yacían en el fondo de un cajón, y era asombroso para ella cómo las unía en el cable, ayudándose con la cinta adhesiva. Levantaba montañas, y ponía las bombillas en los sitios clave: dentro de la gruta, frente al río, o a un grupo de pastores, simulando una hoguera. Tapaba la bombilla con un papel celofán rojo. Le daba dinero de cuando en cuando, era el único dinero que ella recibía. Le compraba figuras de barro, para el nacimiento; a las figuras se les rompía la cabeza, muchas estaban descabezadas. Le regaló una pequeña máquina de hacer fotos, de baquelita negra.

***

Ella presumía de tío, y las amigas la envidiaban. Lo que más le gustaba era encontrarlo en casa cuando volvía. Él le decía que estaba muy guapa con aquel vestido de cuadritos azules. Pero la amenazaba con apoderarse de todo lo que dejara por medio, tirado. Un día la niña salió en bicicleta y tardó en volver: estuvieron ella y una prima en un pueblo cercano, en casa de un amigo. El padre de la prima le rompió a la vuelta un bastón en cabeza, y su tío la persiguió a ella para darle una paliza. Ella se encerró en el cuarto de baño con ventana a la plaza. Estuvo golpeando la puerta pero no salió, y cuando salió ya había amainado la tormenta.

***

Tienes los pies fríos, la luz se refleja la mesa blanca, importunándote, un perro ladra fuera ahora mismo, han abierto la puerta un número incontable de veces. ¿Cómo se puede trabajar así? Tú, verdaderamente, no puedes.

***

Tengo los pies fríos, no puedo trabajar con los pies fríos, y luego tantas interrupciones, y la pastilla no parece haber servido para nada. A primera hora del día padeció una auténtica verborrea. Pero ahora que lo necesitaba, adolece de todo lo contrario. Todo son interrupciones y ruidos, trabaja con la inquietud de verse interrumpido a cada paso. Todo el mundo parece exigirle, y todos se extrañan de que pueda tener alguna exigencia.

***

Teniendo en cuenta que el primer cuento lo escribió a los once años, teniendo en cuenta que sus redacciones se leían en alto en la clase, teniendo en cuenta que ganaba concursos interescolares, que tenía aptitud para el dibujo y la pintura, sensibilidad para la música, ¿valdría para eso? Sin contar con su habilidad para el bricolaje, saber armar un reloj o apañar una cañería que se sale, y no contando para ello más que con tijeras y esparadrapo.

***

Ahora le parece imposible cómo pudo pensar aquello de dedicarse a la novela policíaca, valiente idea. Ni a analizar Agatha Christie y sacar una lista de sus muertos con la forma de matarlos, bien con veneno o por medio de una cerbatana india, cómo poseyendo un cúmulo tal de experiencias pudo pensar que las había agotado en un libro pequeño, por muy denso de fuera, que en verdad sí lo era. Consideraba todo esto como un milagro, porque lo mismo podía no haber sucedido. Haberse dedicado por vida a trazar esquemas sobre Agatha Christie, sus detectives y sus viejas chifladas, y ahora...

***

Quizá algún día, cuando ya tenga calma y más perspectivas que hoy y, ¿por qué no?, cuando se haya hecho un nombre como escritor y (no hay nada imposible, dicen, bajo el sol), tratará de hacer historia de la publicación de sus libros. No es probable que sirva de ayuda a los que empiezan, porque cada caso es distinto. Quizá por complacerse en bucear en el pasado, por una cierta voluptuosidad en los obstáculos. Pero cada libro precisaría de otro libro para contar sus vicisitudes.

***

Era un prodigio el amor de Dios por él, y admirable la providencia con que Jesús guiaba sus pasos. Porque Dios Padre estaba lejano, pero a Jesús lo tenía cerca, tanto que a veces casi hubiera podido tocarlo. Lo notaba como algo físico, como un flúido que lo rodeara y él estuviera inmerso en un medio caliente y acogedor.

***

Salió a la calle, saludó al portero de también salía, pensó que le debía los gastos de la casa del mes, hizo la vista gorda, cruzó la calle sorteando vehículos, y apenas tuvo que aguardar para coger el autobús. En pocos minutos se encontró en su destino. Se trataba de un mal comienzo, ya que el paseo matinal lo tonificaba. Pero había salido de casa demasiado tarde, eran unos pocos minutos, pero los suficientes. Fue uno de los primeros en llegar, empezó el trabajo pesado y monótono.

***

Llenar páginas, se decía, llenar cuadernos, y cuando tenga los ladrillos tratar entonces de armar el edificio. ¿Qué diferencia hay entre un texto bueno y otro pésimo? ¡Si él lo supiera! Cuestión de ritmo, de sintaxis, quién lo sabe. ¿Qué termómetro podría marcar semejante escurridiza temperatura?

***

Estudiaba los sistemas de los triunfadores, sus dificultades, a fin de sobrellevar las suyas propias. Eran verdaderos compañeros en su camino, y con su ayuda trataba de escalar el penoso sendero de la literatura.

***

Siempre que habla mucho, se arrepiente luego. Le gusta estar solo, con su mundo interior, se lleva tan bien consigo mismo. Quizá sea narcisista, enamorado de sus propios pensamientos. Fuera, las cosas le ofrecen pocos atractivos. No tiene más amigos de los libros. Toda compañía le resulta incómoda, y más aquélla que es necesario cultivar. La obra fructifica en el silencio, se dice. Pero a veces duda si no debiera prestar más interés a las relaciones públicas, en su provecho. Duda poco tiempo: ve la futilidad de las relaciones, que no hacen más que mermar el tiempo del escritor. ¿Que no logra hacerse notorio? Tampoco de otra forma lo lograría, y así al menos posee un mundo propio. Quisiera no verse obligado a trabajar, poder dedicarse a escribir, a viajar y a ver cine, que le gusta tanto. Pero en el fondo es optimista, seguramente esto que tiene que hacer hoy está trabajando en su favor. Desearía alguna actividad que lo relacionara con el pueblo y con las gentes, a fin de renovar la visión que tiene de las personas y la vida.

***

Ha leído muchos libros, todos los que han caído en sus manos. Puede decir sin jactancia que conoce la teoría de la novela, lo que ha tratado de mostrar en la práctica. Por ello sus libros pueden resultar difíciles para el lector no habituado. Tanto que, saciado su apetito de novedad, se va curando poco a poco, y trata de escribir en forma más sencilla, no exenta de sabiduría.

***

Cualquier frase puede desterrar en él una duda, abrirle un camino de luz. Hay libros francamente buenos para las horas bajas, y que incitan a seguir adelante. En resumen, piensa que ha logrado, sin mucho gasto y sin mucho volumen, reunir una de las bibliotecas mejores para un escritor que comienza, como es él.

***

Y ahora que han pasado muchos años, y que ha leído tantas cosas, se da cuenta de que aquello eran fantasías eróticas de carácter sádico. Siempre aparecía sangre allí, se infringía daño a la persona imaginada, siempre en sus órganos sexuales, y siempre eran de su mismo sexo, quizá porque el sexo contrario no lo conocía. Iban guardando turno para ser atormentadas, y eran casi siempre las mismas.

***

Pasas de todo, tienes tus propias ideas y tratar de vivir con arreglo a ellas. Le das tan poca importancia a la política que no le das ninguna, te has trazado un camino, dices por ahí meto la cabeza y la metes aunque te rompas los cuernos, como sea.

***

Pero luego considera las fantasías desastrosas, no hay que dejar el mínimo resquicio para su penetración. Llenan de ideas equivocadas, y preparan el veneno de las desilusiones. Son el mayor enemigo para el escritor que comienza, porque ablandan el ánimo y toman el lugar del verdadero esfuerzo. Debe eludirlas, aunque le cueste titánicos esfuerzos.

***

Puede decir, con verdadera satisfacción, que aunque en sus primeros tiempos ese tipo de fantasías llegaba a trastornarlo, ha logrado superarlas de una manera satisfactoria.

***

Tentaciones de desesperanza. Hay que ser ciego, o terco como una mula, y ¿para qué seguir? Matar el tiempo y distraerse, el que pueda distraerse y matar el tiempo. Lo verdaderamente asombroso e inaudito es que siga adelante.

***

"Ustedes los críticos tienen en sus manos una fuerza enorme a la hora de apoyar la obra de autor, y no resulta corriente, por lo que es más de agradecer, el que se ocupen de autores completamente desconocidos del público. Como mi caso es éste, quiero hacerle patente mi agradecimiento, sobre todo por la profundidad con que ha sabido calar en el libro, y haberse identificado con mis intenciones."

***

Pudiera parecer paradójico que siga escribiendo, pese a sus pocos ánimos. El ambiente literario que lo rodea, en ese tiempo y en ese país, no es algo que pueda espolear a un escritor. Más bien, el escribir es cosa de locos rematados: tratar de abrir brecha por sus propios medios, y con las únicas armas del trabajo. Bien es verdad que existen pocos genios ahora, quizá ninguno, pero es que tampoco está seguro de considerarse un genio.

***

Trabaja con independencia, no forma parte de capillitas, es rechazado por los editores pero además reniega de ellos. Es que no se fía. Lo sostiene una fe inquebrantable, y aún así cree en el fondo que no llegará a ninguna parte. El éxito está formado por una serie circunstancias que le dan la espalda. Es un hombre mayor, demasiado mayor, que empieza a estar demasiado cansado. Sólo una fuerza superior lo hará seguir en la brecha, y quién sabe si esa fuerza le será favorable.

***

Mientras, lee biografías, diarios y memorias, autobiografías en que autores famosos explican sus dificultades. Pero ellos son famosos, ese porcentaje pequeñísimo entre los fracasados. Les ha tocado la lotería de la fama, y son tan poco numerosos como aquéllos a quienes les toca el gordo de Navidad. Él no conoce a nadie, si no es por los periódicos o la televisión.

***

No obstante sigue adelante, como el ciego que camina sin saber dónde va. ¿Será alguna vez recompensado su esfuerzo? Seguirá, aunque esté convencido de lo contrario.

***

Llega el aldabonazo negro, dentro de una visión de flores o del mar bajo la luna, llega de súbito el aldabonazo negro. Todo se detiene, la música se detiene, la brisa del mar se detiene, porque las personas miran de reojo, cuchichean y sonríen, la flor se marchita y la brisa gime, las personas forman grupos y maquinan, miran de soslayo con un rencor profundo.

***

Es lo bastante inteligente para no hablar en serio; no muchos llegan a eso.

***

Va a hacer siete años que empezó a escribir, y se cumplirán los catorce, si es que vive.

***

El acierto artístico es algo que se transmite a otros, y que va precedido de una larga masturbación.

***

Quizá él no sea diplomático pero es sincero, y siente las cosas de sus amigos

como suyas.

***

Quisiera creer que no ha hecho más que empezar. Que el afán de crear alarga la juventud hasta límites inusuales. Que todo el mundo, en bien de su metabolismo, debería emprender una acción creadora: amueblar una casa, tratar de hallar una nueva fuente de energía.

***

Además, había descubierto otra aplicación para los taponcitos. Por la noche la cama, cuando sus compañeros de fonda estaban oyendo la televisión, abría el cajón de la mesa de noche, sacaba dos bolitas en las que ya se advertía un sospechoso tono amarillento, se las encajaba en los oídos y podía dormir, lo malo es que después no escuchaba el despertador, y la luz exterior lo despertaba, daba un salto y sabía al mirar el reloj que llegaría tarde a su trabajo.

***

ELOGIO DE LA AGONÍA. LOS CUATRO LIBROS CÚBICOS.

***

Su primera huelga fue algo excitante, y por otra parte muy aburrido. Quiso ponerse frente a frente a su alma desnuda, sin ambages, y preguntarse el sentido de todo aquello. En el acto quedó muy confortado. Tuvo la seguridad de estar haciendo algo bueno, que formaba parte de una recién nacida sociedad, y que debía seguir adelante, porque estaba haciendo algo importante ahora. Las horas de oficina transcurrían en el aburrimiento.

***

Se había comprado un libro, una autobiografía, un volumen grueso y llamativo que de ninguna forma quería ocultar a los ojos de nadie. No quería usar ninguno del centro, no se consideraba con derecho a ello, y temía la reconvención del director.

***

Le habían regalado este libro el día de su cumpleaños. En realidad, él mismo lo compró y se lo dio a ellos para que lo envolvieran en papel de regalo y se lo ofrecieran, ante el aplauso de todos, a la hora de la comida.

***

Las horas se estiraban, siempre resultaba demasiado violento estar sentado cerca del director, que se mostraba tensamente adusto cada vez que pasaba, durante siete horas seguidas. Pero él estaba convencido en el fondo de estar cumpliendo con su deber.

***

Para ser digno de su favor has de ser limpio, como el cristal, y abnegado como el acero -se decía, alzando la cabeza con los ojos cerrados.

***

En la diaria visita que hacía la iglesia quiso ponerse frente a frente a su alma desnuda, y también frente al Señor, sin ambages, y preguntarle a Él qué pensaba de su actitud y de la huelga. Cosa curiosa, en el acto quedó muy confortado.

***

Había llegado el momento de elegir entre dos caminos, que le habían parecido compatibles pero que no lo eran. ¿Por qué eligió el estudio de la carrera de Letras? Creyó que con ella sus conocimientos sobre Literatura seria más profundos, que llegaría abarcar de una forma metódica las disciplinas que estudiara en forma autodidacta. Pero había comenzado el estudio de las asignaturas y estaba decepcionado: una serie de materias sin interés, que hay que memorizar, y al mismo tiempo el esfuerzo del estudio minando la afición por el cultivo artístico de la Literatura.

***

Por otra parte, se decía, en el campo artístico es tan difícil descubrir el filón, hacer algo personal, y después abrirse camino con la obra ya hecha. Dificultades económicas, y otras. Y está el interés profesional de conseguir un título universitario, no quedarse estancado, alcanzar más altos estadios en la profesión sin sentirse frustrado... Aunque ello lleve tiempo, demasiado tiempo, los mejores años de la vida.

***

Pero el arte puede ser humo, una pérdida de tiempo y energías. ¿Cómo actuar? Pedirá al cielo que mande una señal, que muestre claramente el camino, y mientras presentará la evaluación que está casi completa, para después arrinconar los libros de texto. ¿Quién sabe? Quizá pueda hacerlo todo compatible.

***

Tiene que ser un libro del que se considere orgulloso, que aporte algo a la Literatura, superior a los que se exhiben en los escaparates, sean nacionales o extranjeros. Por eso tiene que acumular material, sin prisa, procurando trabajar con ilusión, pero trabajando de todos modos.

***

De lo que le interesa no ha hecho, prácticamente, nada. Entre conversaciones y desgaste de energía. Luego más conversaciones, más desgaste, y ojear entre medias una novela malísima de Pío Baroja, y una buenísima de Dashiel Hammet. Al llegar a casa la comida, llamada de su madre, y un gran cansancio. Echarse, porque no se tienen fuerza para nada, y hojear el periódico. Llegan los compañeros uno a uno. ¿Qué puede hacer? Ha pensado en escribir por las tardes, pero, ¿dónde? Podría remediar la situación si hablara menos, si consiguiera por las tardes una cierta tranquilidad. Tiene que sacar tres horas de lectura como mínimo, y tres horas de trabajo. Ponerse a la máquina en cuanto llegue a casa. Para no cansarse tanto, no hablar tanto por las mañanas, ni perder la fuerza por la boca. ¡Idiota! Procurar una cierta relajación, por lo menos durante dos horas.

***

No ha leído más de treinta páginas. Le parece complicadísimo, un verdadero

rompecabezas. Su marido ha leído más, y lo identifica con...

***

Esta presente obra no desea argumentar dicha cuestión, pero nosotros haremos notar de pasada... (La historia de misterio como forma).

***

Si quiere escribir de veras sus memorias no debe omitir lo más mínimo, ni de los hechos ni de las personas, ni de sus sentimientos más íntimos. No pensar que se publicarán. Él se sienta ante un confesionario, y al otro lado hay... ¿qué hay al otro lado?

***

Es una pareja. Él, es el jefe en un despacho; la esposa ha perdido un hijo, está al borde de la neurastenia; ella comienza a sospechar de su marido, respecto a su subordinada. Ella se va a trabajar con él; conoce a la joven y sus gracias, y se enamora de ella. Al final, la joven va a dejar su trabajo, aunque lo necesite, a fin de evitar que la situación se haga más grave. Abandonada la ciudad, no sabe lo que hará en el futuro.

***

Temperamento sensitivo, demasiadas tensiones, demasiado trabajo. No existe causa fisiológica. Tomar una pastilla para dormir, y una de las otras cuando acuda el dolor. Revisar la graduación de las gafas, y tratar de adecuar las condiciones de trabajo (buena luz, silencio). Poner los medios para que no se agrave ni se haga crónico.

***

Trazar una historia en forma de cubos de un rompecabezas; cada cubo, en cada cara, contendría una parte de la historia, y el orden que siguieran los cubos sería el orden que siguiera la historia. Podría inventarse un juego así. Las caras en distintos colores.

***

¿Es acaso está loco? No importa, todo el que ha conseguido algo importante se lo ha tenido que proponer en un momento de locura.

***

El escritor es muy vulnerable.

***

LA LITERATURA HUMANIZA, AUNQUE EN OCASIONES HAYA LLEGADO A PENSAR LO CONTRARIO. NO DEBÍA CRISPARSE, NI TRATAR DE SER MEJOR DE LO QUE ERA, NO DEBÍA COMPARARSE CON OTROS, SINO SER ÉL MISMO. NO TENER MIEDO, NI DUDAS. BUSCAR, TRATAR DE HALLAR LO MEJOR. Y PENSAR QUE TRIUNFARÍA, POR ENCIMA DE TODO Y DE TODOS.

***

El día 23 de diciembre iba a hacer seis años que empezó a escribir, que partió de la nada. Se había formado desde entonces una biblioteca especializada, y había hecho algunas cosas. Había empezado a escribir aquellas notas, intermitentemente, a la una

de la madrugada, y eran las tres (había sonado la hora en el reloj de cuco). Había sacado un paquete de patatas fritas y una garrafa de vino dulce; se comía las patatas, mientras iba bebiendo tragos de la garrafa.

***

MARÍA HA ESCOGIDO LA MEJOR PARTE, DE LA QUE NUNCA SERÁ PRIVADA. SE SENTÍA COMO UNA NOVIA EN SU NOCHE DE BODAS. SENTÍA COMO UNA OLA SUBIENDO DENTRO, AHOGÁNDOLA, INUNDÁNDOLA DE ALEGRÍA Y LLENANDO SUS OJOS DE LÁGRIMAS. HABÍA SIDO ESCOGIDA ENTRE MIL, Y LAS NACIONES LA LLAMARÍAN BIENAVENTURADA.

***

Con un bachiller, una persona tenía formación suficiente para ponerse a escribir; sin que ni su imaginación ni su mente hubieran sido deformadas.

***

En realidad no quería hablar de sí mismo, puesto que lo había hecho en demasía. Sino, por el contrario, trazar la saga de una familia que extiende sus brazos como un gran árbol. Relatos distintos que nacían de muy diversas fuentes, y que se unían en un punto que era su vida, que a su vez daría quizás lugar a otras vidas que vinieran después.

***

Eso que trataba de hacer era un coñazo.

***

Era el día siguiente, estaba tan contento como si se hubiera quitado unas botas que le apretaban demasiado.

***

Tenía que ampliar sus estanterías para libros; con tantas actividades juntas no había más remedio que llevar un orden riguroso.

***

Escribe a las cuatro de la tarde. Se encuentra mejor. No está cansado, pese a que ha trabajado mucho por la mañana. Quisiera tomar apuntes durante toda la tarde. Se despertó con dolor de cabeza, que le duró poco. No había levantado cabeza luego en todo el tiempo. Parecía que fueran a arreglar el mundo, en su oficina.

***

Demasiadas cosas que entender, demasiadas que memorizar... Se sentía defraudado. Creía que no volvería a mandar ninguna otra evaluación. Temía que ello perjudicara a su capacidad creativa, y quería impedirlo.

***

Temía que algunos personajes en su novela dieran lugar a tergiversaciones. No sabía si el libro lo haría sufrir, aunque no creía que le importara. Le apasionaba la lucha. Peor hubiera sido que el libro pasara desapercibido, eso no podría soportarlo. Había

considerado el cambio de nombre de cada personaje, y había estado a punto de hacerlo. ¿Podría traerle complicaciones también? Porque la gente era mal pensada, y con lengua de víbora.

***

Era bueno escribir un diario, escribir cada día sin pretender que lo que se hace tenga algún valor. Era curioso. Las páginas recién escritas de su diario le recordaban al personaje de su libro.

***

El diario de Diana no había sido escrito entonces, sino ahora, y no lo escribió una tal Diana, sino ella. Se había dejado apresar por el personaje, hasta llegar a sentirse Diana, la de entonces y la de ahora.

***

Creía que debía empezar unas memorias de verdad. Aunque le pareciera que en sus libros había apurado todos sus recuerdos, pensaba a veces que no era así, y que había aún filones inexplorados. Podría hacerlos aflorar, a poco que se lo propusiera. Pero estaba la falta de tiempo. Aunque posiblemente le fuera beneficiosa la obligación de trabajar, de seguir una disciplina. Desearía no tener que hacerlo, pero si fuera así quizá lo sentiría. Quizás el hastío se apoderara de él.

***

10 de mayo. Hoy, que el libro estaba terminado y en la calle, el miedo lo hacía temblar. Todo lo relacionado con el libro lo hería como ninguna otra cosa. Le habían enviado ejemplares, y la faja era endeble y raquítica, y se llenaba de angustia por haber claudicado en una cosa así. Le espantaba la idea de que el libro resultara demasiado caro, de que no se vendiera, y ello lo llenaba de desazón. Y no tenía motivo, porque en el peor de los casos llegaría a los últimos rincones del mundo. Se sentía desnudo, con la sensibilidad a flor de piel.

***

La única solución para una persona como él era tener el tiempo ocupado hasta el agobio. No dejar un resquicio por donde las ideas parásitas se pudieran filtrar.

***

Ir dejando pasar el tiempo, para que lo presente se convirtiera en pasado, y por lo mismo en materia novelesca. Sus notas, sus ideas sobre el escribir y la novela, quizá pudieran ser originales, geniales quizá.

***

VA A HACER UN LIBRO DE MIL PÁGINAS, LE IMPORTA POCO SI ALGUIEN SE LO PUBLICA O NO. ÉL LO PUBLICARÁ SI NO LO HACE NADIE Y SERÁ GRANDIOSO, AUNQUE NADIE LO COMPRENDA. DENTRO ESTARÁ LO QUE HA DESECHADO DE OTROS LIBROS, SUS RECUERDOS EN FORMA CAÓTICA, CON UNA BELLEZA SALVAJE.

***

Luego habrá otros libros, abandonará éste, o mejor, lo dejará reposar como un tesoro, aguardando que llegue su hora. Alabado sea Dios, se siente dueño de un tesoro.

***

Llenar todos estos cuadernos con ideas originales, súbitas, inconexas, y cuando haya llenado cuatro, cinco cuadernos, tomando el material desechado rehacerlo y juntarlo todo, y así elaborar una obra gigante.

***

EL ESCRITOR RECIBE LA SUERTE DE UNA FORMA SORPRENDENTE: HABÍA PRESTADO A UN AMIGO LAS ÚLTIMAS 1000 PESETAS QUE TENÍA, Y EL OTRO SE LAS DEVUELVE POR CORREO EN LOTERÍA. LE FASTIDIA NO RECIBIR EL DINERO, LA GUARDA EN UN CAJÓN Y SE OLVIDA DE LA LOTERÍA. AL CABO DE UN TIEMPO LO ESTÁN BUSCANDO PARA DECIRLE QUE LE HA TOCADO EL PREMIO GORDO DE NAVIDAD. AL AMIGO NO LE HA TOCADO NADA. (ÉL ES MANIÁTICO, SOLTERO Y PUNTILLOSO)

***

O PIENSA QUE LE VA A TOCAR LA LOTERÍA, TIENE PUESTAS SUS ESPERANZAS EN ELLA Y NO LE TOCA. PERO LE DAN UN PREMIO DE NOVELA.

***

ESTÁ ESCRIBIENDO LA HISTORIA DE PASOS LARGOS Y LE CONCEDEN UN IMPORTANTE PREMIO LITERARIO.

***

Alguien sueña que le va a tocar la lotería, y se mete en grandes gastos. Luego no le toca.

***

Encabezar: "Poesía es ver las cosas con ojos de niño".

***

Tafetán. Ataúd. Atmósfera. Autobiografía. Avemaría. Axila. Ayuno. Ayer. Azahar. Azaleas. Azul de cobalto. De Prusia. De ultramar. Turquí. Arrugas. Arrebol. Balaustre. Hidromiel.

***

La primera fiesta del PCE. -Asesinato del guarda. -Lo del cerdo. Bidet del colegio. -Por qué temía su abuelo suicidarse (era una persona conocida). -Ideas de su padre acerca del suicidio y de los homosexuales. -Relación con las personas que le han escrito cartas y tarjetas. -Qué piensa del Opus Dei. -Cantaban en los viajes (hacerlo todo en párrafos cortos, con vida, sin pretender hilar nada de esto). -Su desconfianza en él, motivos y circunstancias. -Su preferencia por escribir y leer novelas policiacas. -Presenció el accidente en la Puerta del Sol (donantes de sangre). -El 25 de noviembre en la plaza de Oriente.

***

ELOGIO DE LA AGONÍA. SI NO OS HICIÉRAIS COMO NIÑOS. Jesús.

***

Lo ha leído de un tirón. Le ha gustado el personaje de..., dice que es exactamente él. Piensa que... es un personaje real. No ha entendido bien la escena de...

***

Salía de aquellas sesiones vencido, pálido y ojeroso como tras una orgía, con los miembros ingrávidos como si no tropezara el suelo. Sentía la cabeza hueca y le zumbaban los oídos.

***

Las palabras son como la capa superficial del agua profunda. Wittgenstein.

***

Hay libros que forman hitos en su vida. De muy joven, sus sentimientos eran en su mayoría religiosos. Disfrutaba con el librillo de pastas negras, y pasaba horas gozosas en la iglesia meditando con él. Dio a su primera juventud una razón de ser. Ahora no sabe qué sería de aquel libro, ni si lo regaló, y como no recuerda su título, ha llegado a darlo por perdido.

***

Sufrió más tarde crisis religiosas y psicológicas. Se hallaba perdido, angustiado, y recobró en parte la tranquilidad en unas revistas de Acción católica. Era una revista de corte moderno para los tiempos que corrían, y le proporcionaban datos gozosos dentro de la crisis que sufría. Leía la Introducción a la vida devota, de San Francisco de Sales. Pensó en hacer una adaptación moderna de este libro, que contenía ideas útiles en todo tiempo, pero con estilo afectado y pasado de moda. El libro fue como un vademécum, y contribuyó a formar en él una religión abierta. Siempre, incluso en asambleas públicas, tomó partido por este libro escrito en el siglo XVII, pero tan actual en la mayoría de sus capítulos.

***

Luego se suscribió a una revista, que en sus primeros números era realmente valiosa. Estaba redactada y compuesta en forma atractiva, pero fue degenerando de tal manera que dejó de comprarla.

***

En sus primeros tiempos de escritor empezó a comprar la Estafeta literaria. Recordaba cuando su padre recibía la revista, que no era más que una mala hoja en papel de periódico, con titulares en rojo. Tenía todos los números desde entonces, y allí aprendió muchas cosas, se puso en contacto con los premios y conoció a los autores contemporáneos.

***

Por eso era alentador que un hombre semejante hubiera escrito un libro como aquel, que alguien hubiera alzado una voz sincera ante tanto convencionalismo, que hubiera pronunciado lo que bullía en su conciencia y él no hubiera sabido nunca

pronunciar. Y era admirable que un hombre así, que llevaba en los hombros el peso de los años, se atreviera a salvar el escollo insalvable de la censura de su Orden. Por ello, sería maldito de los suyos. Pero no le importaría, porque tenía que expresar su verdad, por encima de todo. Por eso él amaba aquel libro, lo devoraba con ansia, lo comentaba con los amigos, y supo entonces de la incomprensión, el fanatismo religioso y de clase, cuando supo que aquel hombre valiente se había convertido en un proscrito.

***

Y están igual que en un principio, él ganando demasiado poco, y ni siquiera el poco lo tiene seguro. Toda su vida la ha pasado perdiendo empleos, y tomando otros provisionales y precarios. Cuando todos parecían nadar en la abundancia, no les llegaban los ingresos ni para pagar los colegios. Sacaron a los niños del colegio porque debían varios meses y no había forma de poderlos pagar. La insultaba y amenazaba, como si proyectara en ella su fracaso, y cuando nació el más pequeño él perdió nuevamente su empleo. Pidieron un empréstito, y ni siquiera podían pagar los plazos y los réditos.

***

Tan extensa perorata había hecho sudar al juez. Extrajo cuidadosamente del bolsillo de su pantalón un pañuelo impoluto, deshizo sus pliegues sin prisa y con la mano derecha lo pasó por la frente, mientras que con la izquierda se apoyaba en el brazo del sillón. Sus oyentes parecían un tanto adormecidos. En el hogar, las llamas crujían con un alegre chisporroteo.

***

Alguna vez haría una lista de los empleos que tuvo, y que perdió. Pero tendría que ejercitar demasiado la memoria, y aún así olvidaría alguno. El cine fue uno de los pocos vicios que tuvo, y de un tiempo a esta parte no veía ninguno. Se hacía el propósito de ir sola, pero no lo cumplía. En los aniversarios llevaba un postre para la comida y nada más, y ella apenas lo probaba. De modo que se había cerrado en sí misma, como en una torre de marfil.

***

Entonces era la depresión, el sentir el vacío bajo los pies, el preguntarse si de veras una misma no era una mera sombra, si no te miraban los otros como a algo raro, y que no estabas en el manicomio de milagro.

***

El rostro tenía un tono cárdeno, los ojos estaban hundidos en la hinchazón y él yacía sobre la cama, alguien lo había cubierto con la colcha de damasco rojo. Aquello fue el principio del final, como el gong que suena dando paso a la tragedia.

***

Andaba ya en el último ejercicio cuando ocurrió. Tenía agotadas las fuerzas y los nervios a flor de piel. Estuvo explicando a los compañeros la mecánica del expediente, bien fuera traslado o toma de posesión, o una excedencia. Les mostró los papeles que llevaba meticulosamente ordenados en carpetas, y aunque no habían oído siquiera hablar de semejante cosa trató de hacerles ver las ideas fundamentales. Al día siguiente

llevó a cabo el ejercicio con toda exactitud. Más tarde comprobó con estupor en las listas que su nota era más baja que las de sus compañeros.

***

También aquí la calle estaba cortada. Había unas cuerdas tendidas, y varios guardias interceptando el paso. No pudo ver más que la fachada destrozada, y los daños habían alcanzado al parecer el edificio de la esquina. Todos, al pasar, miraban la calle, pero nadie franqueaba la barrera.

***

Entraba del frío aquel lugar caliente y las gafas se le llenaban de vaho, y durante unos segundos andaba como a ciegas.

***

Solían ocupar un lugar en el piso bajo, cerca de la barra del bar. Por ser sábado, no había acudido al gimnasio. De haber sido así, hubieran tenido que oír la explosión. Al día siguiente, domingo, le faltó tiempo para visitar el lugar. Estaba acordonado por la policía. Compró todos los periódicos que pudo, recortó todo lo referente al hecho y guardó los recortes.

***

Era esquizofrenia, la más grave enfermedad mental. Era algo así como una duplicación de la conciencia. En cuanto a ser o no enfermedad hereditaria, nunca lo tuvo muy claro.

***

Durante uno de sus ataques de locura, dio en decir que la esposa de su hermano era su mujer, y que la hija era su hija. Persiguió a la mujer por la casa con un cuchillo de cocina, y ella pudo encerrarse con la niña el retrete. La noticia de su muerte les llegó a todos en plena guerra.

***

El embalse se extendía sus pies como acero pavonado. Un poco más allá el muro de la presa sostenía la masa verdosa, que pugnaba por saltarlo. En el centro, un gran remolino engullía las pequeña ramas y los troncos desgajados, rompiendo apenas con su fuerza la estabilidad de la superficie.

***

De todas formas, no he abandonado el macabro propósito de averiguar la verdad sobre tu muerte, aunque no vea fácil la forma de hacerlo. Pero sería positivo saber si tantos años de angustia han sido justificados, si en realidad fuiste tú mismo quien eligió la muerte, o si la recibiste de manos de otro. Quizá no haya ningún medio, después de tantos años, cuando los huesos estarán ya pelados y no quedarán ni tus cenizas.

***

Ordenar tu exhumación para resolver el misterio, buscar un médico que certifique si las vértebras de tu cuello están rotas o si por el contrario quedan balas junto a tu esqueleto. Aunque lo más seguro es que hubieran procedido a extraértelas en aquel

hospital. De todas formas, vivirá acosado por la angustia mientras no pueda de desvelar misterio.

***

Todo empezó con la muerte de él. Cuando se enteró de que su fin estaba próximo, cuando tuvo que estar aguardando para trasladarse, y que cuando llegaron ya había muerto. Poco después le propusieron que diera una charla acerca de él, porque parecía el más idóneo. Pero no se consideraba capaz, ni tenía costumbre de dar conferencias, ni un hábito de trabajo intelectual sostenido. Por eso, otro se encargó del asunto. Todos pensaron que lo haría bien, y así fue. Recibió una carta pidiendo unos datos, y no debió ser muy explícito. Padecía una fuerte gripe, complicada con afta. Tenía la boca con llagas, y mucha calentura, y pasó la Navidad en la cama. La víspera de año nuevo le pidieron nuevos datos. Y por la noche, cuando los otros cenaban, tomó unas hojas de papel (unas hojas donde alguien había apuntado la puesta de las gallinas), y empezó a anotar algunas anécdotas.

***

Estaba rendido, le costó mucho no dormirse durante la película, porque además del gran esfuerzo de los últimos días había dado de manos a boca con la injusticia.

***

Pero también había otra versión que contaba la gente del pueblo, porque un hombrecillo del pueblo dijo haber viajado en el mismo tren, y vio cómo la policía había intentado detenerle, él se le resistió y no dudaron en aplicarle la ley de fugas. Según aquel hombre, lo hirieron gravemente. Fue por lo que, según supo luego, había muerto en el hospital, y no en el sanatorio psiquiátrico. No se mató él mismo, sino que a tiros acabaron con él. Por eso al día siguiente estaba en la caja, amortajado, cuando sus parientes acudieron a verlo. Y difícilmente hubiera podido saberse entonces si había muerto colgado o lo habían matado a tiros.

***

Algo parecido a un aquelarre, a un coro de brujas desdentadas y harapientas que hinchan sus jorobas y juntan las jetas en un círculo venenoso, que lanzan conjuros agostando la hierba y que incendian los árboles, llenando el paraje de humo y haciendo espumejear las aguas de los ríos. Vierten un sol rojo y sangrante en el agua de las cascadas, y hunden luego bajo cenizas el paisaje, en un anochecer de muerte.

***

BIBLIOTECARIA

Parece que me voy quedando un poco calva, pronto me asomarán los malos pensamientos. Es cuestión de herencia, luego habrá que resignarse.

***

Le dijo que estaba guapa con aquel traje de chaqueta, a pequeños cuadros blancos y en dos tonos de azul. La tela no le había costado cara y era de doble ancho. El vestido era sencillo, de hechura sastre, pero le sentaba bien y se veía elegante con él. Le dijo que estaba guapa con aquel vestido. Era semana Santa y lo estrenó en domingo, porque el que no estrena no tiene manos. Estrenó un bolso en forma de bombonera, con un espejo redondo en la tapa. Usaba zapatos de medio tacón, y medias de cristal de contrabando que se había puesto con guantes para que no se engancharan. Le habían costado a 125 pesetas un par.

***

Lo del abrigo granate fue peor. Era una tela suave y fina y un color tan bonito, y lo bonita que le quedó la hechura, un ojo de la cara le costó. También lo estrenó en domingo. Pero entonces llovía, y había empezado a salir con un muchacho, y él sacó un paraguas grande de tela negra. El paraguas teñía, y el abrigo se llenó de chafarrinones negros de arriba a abajo. No hubo forma de quitarlos, ni siquiera en la limpieza en seco. Una sola vez se puso aquel abrigo tan bonito, de un color como de vino Burdeos. De modo que hubo que teñirlo de azul...

***

¿Qué ser extraño eras tú? A los quince años y ya escéptico, incrédulo, de vuelta de muchas cosas. Eras novio de mi amiga, pero ya demostrabas interés por mí. Tu recuerdo va unido al del olor de una cierta colonia. Decías que querías ser químico, y todo era porque querías dedicarte a hacer colonia. Cuando tu padre, que la venía haciendo de siempre, no creo que tuviera muchos conocimientos de química.

***

Ven por aquí, dijeron ellas. Se quedó extrañada, pero las siguió. Pero qué es lo que queréis, si puede saberse. Tú ven. La apartaron a un lado y ella la llevaron al lado opuesto. Eran ladinas, y yo no me enteraba de nada. Pero vi que él estaba a mi lado, en lugar de seguir a la otra como hubiera sido lo normal. Pero no la siguió a ella, sino a mí. Entonces empezaron las risas.

***

Estábamos sentados en un balcón del Tajo, y me diste un trozo roto del arco de

tu violín. Yo lo guardé como una reliquia. Éramos dos niños, pero las malas lenguas decían que tenías experiencia. Que sabías lo que había que hacer para encargar un niño, y también que habías tenido catorce novias, y yo hacía la número quince.

***

A mí todo aquello no me importaba nada, pero luego me fui por unos días y recibí una carta donde me llamabas tu "noviecita del corazón". ¿Quién eras tú para llamarme así? Vaya un tipo cursi, y además presuntuoso. Luego empecé a ponerte de sinvergüenza, y dijiste que me ibas a llevar al juzgado.

***

Y eso que no eras feo, pero eran más guapas tus dos hermanas. Una rubia y delgada, como un hada de cuento, y otra morena y muy graciosa. Yo me fui y él se quedó allí, fabricando colonia.

***

Aquel muchacho estaba enfermo, al parecer, aunque nunca supe muy bien la enfermedad que tenía. Sé que se escribía con ella y le mandaba bonitos dibujos, y cuadritos pintados al óleo. Le mandó aquellos pañitos sedosos, pintados con pájaros distintos, con una clase de pintura dura y gruesa. Eran pájaros muy bonitos. Los paños estaban bordeadas de vainicas. Yo sé muy bien que ella recibía con emoción sus regalos, creo saber que se trataba de un muchacho muy joven, que estaba enfermo y seguramente recluido en algún lugar, y que ella también le mandaba cartas y versos.

***

También hay que ponerse el velo, y calcetines. Las mujeres no pueden entrar sin sus medias. A veces vamos a misa a Santa María la Mayor. Es la iglesia más bonita, porque es grande como una catedral, y porque además está en el centro del barrio, cerca del colegio de los salesianos, que es un edificio grande de ladrillo rojo con una verja. Para ir a Santa María la Mayor hay que ir por la calle principal, y luego meterse por unas callejuelas estrechas, y empedradas. Me gusta mucho esa iglesia, con sus grandes confesionarios y el altar con unas columnas doradas y retorcidas. Ahí nos tiene que confirmar el obispo. Ponen a los niños en fila y van subiendo un estrado, y cuando están arriba el obispo les da un cachete en la cara y vuelven a bajar.

***

Fue una muchacha precoz, y cuando sus compañeras no habían empezado a vivir, ella tenía una larga vida sentimental. Alguno de estos amores la marcarían para toda la vida.

***

Pasaba una mala época: se debatía en escrúpulos religiosos, y a él le pasaba lo mismo. En un principio fueron mutuos confidentes.

***

Sentía ternura por él y también amistad, pero no amor.

***

Cuando abandonó la idea de su vocación religiosa (él ya había abandonado la suya), alguien se lo advirtió: él no te conviene, busca alguien con más estabilidad emocional.

***

No quiso engañarlo desde un principio: no estaba enamorada de él. Él dijo que era igual, que eso vendría con el tiempo.

Pasó momentos muy tristes. No era aquello a lo que estaba acostumbrada. Había amado con pasión, y a él no lo quería. Aquellas dudas y vacilaciones provocaron en ella una seria crisis psicológica, que venía anunciándose ya, pero que hechos ajenos desencadenaron.

***

En realidad fuiste mi tabla de salvación, lo que me ayudó en el marasmo de mi angustia.

***

Juntos conocieron las primeras sensaciones físicas, que ella desconocía por completo.

***

Pasaban en el parque los fríos días de invierno, ella con las manos ateridas entre las suyas, juntos en un banco dándose calor. Nadie la besó antes que él. La besó muchas veces, en los ojos y en las sienes, y en los labios y en la boca. Las horas se hacía minutos, y los minutos no contaban.

***

Recorrías mis manos con tus dedos y nuestras manos jugaban durante horas. Caminamos juntos durante muchos años. Quizá en el fondo yo sintiera añoranza, pero no lo notaba.

***

Yo te hacía versos, y tú me los pedías, y los que más te gustaban eran los que no te escribía. Los que te recitaba al oído, lleno de pasión. Había momentos de desesperación entre nosotros. La impaciencia nos abrasaba. Fuimos siempre castos, de eso me enorgulleceré toda la vida.

***

Casi siempre eras tú quien resistía, es verdad, mis solicitaciones continuas. Pero cuando estabas dispuesta a abandonarte, era yo quien reaccionaba, sin llegar a traspasar la frontera.

***

Pasamos horas felices. Hacíamos planes, dibujábamos casas, contábamos los hijos. Nos enfadábamos a veces y nos contentábamos de nuevo.

***

Sus relaciones se han enfriado, casi siempre por motivos económicos.

***

Te culpo a ti, tal vez a tu temperamento, tal vez a tus padres que no supieron educarte adecuadamente, hacerte valorar el trabajo, el dinero y el ahorro. En esos temas eras completamente ignorante, ya que nunca tuviste que afrontarlos.

***

Alguien se orinó en la clase, o algo más, y ni siquiera sé si fui yo misma. Es posible que fuera yo, que me orinara de risa, aunque tampoco estoy segura.

***

Caminaban en fila india con las manos atrás, con faldas a rayas rojas y blancas, con blusas blancas de percal, con largas trenzas unas, y otras con cabellos cortos y ensortijados. Dejaban a un lado los jardines con rosas agostadas, rodeaban el vasto edificio y contemplaban a lo lejos los montes pelados y oscuros, el cielo gris amenazador.

***

Montañas nevadas, banderas al viento, el alma tranquila yo sabré vencer.

***

Nubes plomizas se cernían, amenazando lluvia. En el atardecer el aire era fresco. Al final se reunían bajo el mástil donde ondeaba la bandera, cantaban y entonces la bandera, a pequeños tirones, comenzaba a bajar.

***

El colegio de las esclavas está en una plaza de la Ciudad. Es una plaza muy tranquila, como todo lo de ahí. Hay dos puertas, una para el colegio y otra para la iglesia. En la iglesia está la Virgen de la Paz, que es la patrona del pueblo. Allí cantamos: "Todos tenemos un afán en este día lleno de placer, que la Virgen de la Paz recoja en manto la plegaria fiel", o algo así por el estilo.

***

En el colegio hay un patio grande. Dicen que no sé nada, que estoy despistada, que no sé las cuentas, ni la geografía ni nada. Tampoco las oraciones para cuando haga la primera comunión. Se deben creer que soy tonta. A mí no me gusta estar en clase, y estoy deseando que llegue el domingo para bajar la finca de mis tíos.

***

Mi tía me quiere mucho, y me hace regalos muy bonitos. Yo también la quiero, y me divierto con ella. Mi tía es más alta que mi tío, que es bajito y también italiano. Mi tía me ha contado su historia muchas veces. Ha sido muy rebelde siempre, y hacía lo contrario de lo que le mandaban. Al tío lo conoció cuando estaba tumbado debajo de un coche, arreglándolo. Estaba cantando ópera, y lo hacía muy bien, y sigue cantando muy bien.

***

Cogía el método de piano y subía a las celdas. Ella no era como las otras, no quería ser como las otras, ni moverse a golpes de palmada, y por eso daba clases de

música y de pintura, y de todas las clases que se podían dar en el colegio, y que a sus padres les costaban un ojo de la cara. En la azotea estaban las celdas para los pianos. Daba vueltas a las banquetas, para subirlas y bajarlas a voluntad. A veces el asiento se salía y rodaba. Luego se sentaba ante el piano. Leía los signos negros con dificultad, trasladándolos al piano. Se pasaba horas enteras con una línea. Pero mientras estaba sola en aquella celda, frente al resplandor de la azotea, oyendo en otras celdas a otras compañeras que también daban clase de piano, pero que tocaban de corrido. Yo no he nacido para esto, se decía, tendré que pasar años y años así.

***

La profesora de pintura era alta y rara, con un extraño acento, como si hubiera sido inglesa, aunque no lo era. Copiaban postales con las pinturas recién estrenadas: barcas con velas amarillas, paisaje de otoño, y otra con ciervos en una montaña. Los ciervos tenían grandes cornamentas, y al fondo del paisaje había cordilleras nevadas.

***

Llegó un momento en que notó que le estaban saliendo pelillos en los sobacos. Parecían estar enfermos, era muy finos como una pelusilla blanca, y cuando tiraba de ellos se los arrancaba sin esfuerzo. Era como si estuvieran podridos por el sudor.

***

Cuando se hacía una herida, bien en los pies o en las rodillas, sobre todo en los pies, en la cicatriz se formaba un trocito de carne abultada, de color rosa. Era corriente que se hiciera heridas en los pies, al correr se golpeaba con sus propios zapatos en las canillas; y como aquello sucedía una y otra vez, se arrancaba la postilla vieja y aquello sangraba otra vez, y también tenía cicatrices en el empeine, donde le rozaban las sandalias, y era allí donde salía el bulto rosado. Aquello debió preocupar a su madre, que se lo contó a su abuela, y entre las dos le estuvieron mirando los bultos, como quien mira el principio de un cáncer.

***

También estuvieron mirando el culito de delante, aunque ella no se dejaba. Es porque le estaban creciendo a los lados unos trozos de carne que ya empezaban a colgar. Era una carne fea y amoratada, y crecía y crecía. Su abuela miró aquello, y dijo que es que iba a desarrollar enseguida.

***

Varias cosas la preocupaban: aquellos pelillos en el sobaco como pelusas, los bultos en los pies, y aquellos trocitos de carne que le estaban creciendo delante.

***

Estaba en la salita, zurciendo los calcetines. Había colocado al pie de la ventana a la silla baja y el cestillo, y apoyaba la labor en la mesita. Maruja tenía el semblante grave. "Quiero decirte algo", le dijo. "Adelante". Entonces fue cuando le contó que había pensado irse. Su actitud era tensa, y se le notaba que se estaba conteniendo para no llorar. La madre adoptó una actitud de dureza. “¿Se lo digo yo a papá, o se lo dices tú? ¿Sabes que con esto vas a matar a tu padre y a tu abuelo? Pero como sé que no te importa, adelante". "Yo no quisiera dejar de hablaros. No quiero ser como esas que se

marchan de casa y no se hablan con su familia". "¿Por qué vamos a dejar de hablarnos? No veo el motivo". Maruja parecía conmovida. Pero con qué frialdad había preparado todo aquello. Sus amigas estaban avisadas: La habían ayudado a hacer el equipaje. El equipaje lo tenía ahora repartido entre sus casas. "¿Cuándo piensas irte?" "Mañana. He encontrado un trabajo". "¿Un trabajo? No será en la barra de un bar". Ella pareció acusar el golpe. "No es en la barra de un bar, sino en una oficina de turismo". "No creas que me vas a quitar el sueño ni una sola noche. Pero a tu padre lo matarás, te lo aseguro".

***

Conservaba una extraña calma, de tal forma se había hecho a los golpes ya. La vida la había endurecido, era una defensa del espíritu.

***

Esa chica nunca había parecido encontrarse a gusto en casa. Era muy cerrada en sí misma.

***

Pero no con sus amigas. Y sembraba entre sus hermanos el malestar y la rebeldía.

***

Ahora, después de unos meses, Amparo parece haberse curado de su influencia, entonces fue la que más la acusó. Tenía un carácter dócil y abierto, y se estaba torciendo.

***

Una especie de mimetismo.

***

Aquella noche, Carmen durmió como las demás. En cambio el disgusto de Felipe amenazó su vida, estoy segura. No he visto a nadie más deprimido, parecía una alma en pena, un muerto en vida.

***

Al día siguiente era jueves. Él debió llamar a Berta, en el pueblo, y ella se presentó a buscarla. Pero no consiguió que se fuera con ella.

***

Cuando fue a despedirse de sus hermanos, la escena era como para derretir las piedras.

***

Su padre había terminado el bachiller y había elegido la carrera militar. Bajaba en bicicleta las grandes escaleras divididas del instituto, armado con su sable. Los bedeles lo veían bajar, y lo comentaban todavía cuando, siendo viejos, lo encontraban a él en las clases de pintura. Luego se cansó de llevar el sable al cinto y cambió las armas por la medicina. El abuelo no le puso obstáculos, con tal de que no perdiera curso, y aprobara todas las asignaturas.

***

Era un muchacho guapo, y tocaba la bandurria en la tuna. Tenía un retrato con la capa española y las cintas, y una gola en el cuello. Sus facciones eran hermosas, le contó alguna vez que en un viaje a Portugal uno de los compañeros había roto un cristal del tren, en una pelea. El revisor les exigió que lo pagaran, y aquello suponía varios miles de "reis", lo que les hizo palidecer. Luego resultó que el gasto no era tanto, a causa del cambio con nuestra moneda.

***

La madre es su padre murió joven, antes de los cuarenta años, de una enfermedad de corazón. También debió influir el desgaste que le infringió su numerosa descendencia. Cuando murió, el hijo mayor no tenía más de veinte años, y la más pequeña poco más de dos. Se hizo cargo de la familia una hija de catorce, que dejó sus estudios. Lo hizo hasta muchos años después, cuando se casó con un médico mucho mayor.

***

Después de un verano de, no digamos obesidad, pero sí una cierta redondez, aquel verano significó para ella un cambio radical como forma de vida. Se acostumbró a la frugalidad, lo que en ella suponía un mérito, ya que su principal placer y vicio había sido siempre una buena merienda. Merendaba en Manila o en El Corte Inglés, a base de sandwiches de tres pisos, de los que llaman habaneros, y que llevan huevo, mayonesa, bacón, queso y mostaza, y algunas cosas más. Lo pasaba a fuerza de coca cola, y entonces se sentía feliz.

***

Pero a partir del verano sus costumbres habían cambiado, y no sin sufrimientos por su parte. Observaba ahora en la alimentación una escrupulosidad casi religiosa: de mañana un vaso de leche aguada, endulzada con sacarina, con algo de café. Como mucho una tostada o algo de bollería. A mediodía se guisaba un filete a la plancha sin sal, una ensalada y algo de fruta. Luego, una taza de café cargado. Por la noche tomaba merluza a la plancha, con un chorro de limón. De postre, una o dos piezas de fruta.

***

De esta forma había logrado recuperar su peso ideal, e incluso rebajarlo un poco. Empezaba a gustar el sabor puro de los alimentos sin salar, y no notaba sed aunque no bebiera. Una cucharada de agarol le mantenía la actividad de vientre, la liberaba de toxinas peligrosas y, una vez habiendo evacuado, se sentía como si flotara.

***

Acudía caminando a su trabajo, y tenía la suerte de poder hacerlo atravesando el parque. Era delicioso cruzarlo temprano, por las mañanas, y cada estación le mostraba sus especiales y atrayentes características. El aire era puro allí, y caminando nunca sentía frío.

***

A las ocho de la tarde lo dejaba todo para acudir a un gimnasio, donde hacía gimnasia activa y se ayudaba con los aparatos. Disfrutaba del masaje de cintas

vibradoras y rodillos, usaba la bicicleta eléctrica y la sauna. Le gustaba caliente y húmeda, porque la relajaba. Luego, incluso en pleno invierno, tomaba una ducha fría.

***

Pasábamos allí la mañana cuando nos fumábamos el colegio, escondidos por si fuera a pasar alguien conocido y lo contara en casa. Enmedio de la pérgola estaba la fuente de los cisnes, donde se organizaban bailes en las ferias. Cerraban entonces con unas vallas de quita y pon, arreglaban mesas y un estrado para la orquesta. Cuando no había feria ni baile, las parejas de novios se sentaban por allí. Había bancos bajo las pérgolas y cruzaban el puentecillo, y entraban en los Países Bajos, que eran más espesos, y así podían besarse mejor.

***

Eran tomas con inversiones de color que le parecieron muy bellas. Un algo dentro de unos labios rojos y brillantes, todo tan idiota. Cualquier novelucha de las que vendían en los puestos al alcance de todos sugerían mucho más. El público debía ser algo ingenuo, al parecer. Para terminar, una jovencita se masturbaba con una pelota de béisbol. Así que se hartó, se levantó y se fue. Estuvo hablando al portero de lo aburrido que era todo aquello. Cuando estuvo en la calle ni siquiera se acordaba de lo que había visto, tan inocuo le resultaba. Había roto el tabú, y el resultado era decepcionante. Se dio cuenta de que cualquier fantasía era mucho más poderosa que la lisa realidad.

***

Llevaba tanto tiempo deseando que aquel hombre extraño pero tan buen artista le hiciera un retrato. Pasaba un año y otro junto al local donde estaba el estudio, y siempre había una niña rubia con ojos azules, una muchacha de ojos verdes, o un hombre barbudo. Demoraba la partida, viendo cómo aquella mano pequeña y segura hurgaba dentro de las barras de pastel, escogía una y daba un toque largo, o imperceptible. Soltaba la barrita aquélla y elegía otra, con los ojos entornados, y surgía una cara idéntica al modelo, y un trazo ponía brillo en los ojos, y miraba a un año tras otro la escena soñando ocupar el asiento del modelo, ante el hombre de fisonomía extraña con manos y mirada de mago. Que observaba con ojos entornados, elegía como al descuido una barrita de color y daba un trazo imperceptible en el papel.

***

Le gustaba llegar en septiembre, porque eran las ferias en el campo grande y en las casetas tocaban aquello que tanto le gustaba, lo de mira mi pecho tatuado con ese nombre de mujer. La criada se reía porque decía que los andaluces eran fuleros, y que decían malas puñalás te den. Iban revistas conocidas, Celia Gámez y Juanita Reina, y lo sabía por los periódicos y las carteleras, porque nunca lo llevaron a verlas.

***

El primer día le dieron un libro en la academia de idiomas, y le dijeron que tenía que comprarlo. El libro tenía pastas rojas y le gustó, y se lo llevó a casa. No andaban bien de dinero, y su madre le regañó por haberlo cogido, y eso que no había tenido más remedio. Estaba junto a la ventana, la madre lloraba porque no podía permitirse ese gasto, y también lo regañaba al mismo tiempo. Gemía y se retorcía las manos, y le decía que debía devolver aquel libro, porque no podían pagarlo.

***

Conoció una mujer que hacía hermosas labores de ganchillo, le encargó una colcha en color crudo con una greca y rosetones.

***

Pintó los botones azules con florecillas de todos los colores. Así estaban mucho más bonitos.

***

Pronto conoció a sus nuevos compañeros. Lo enviaron a la sala de investigadores, aunque en el tiempo en que estuvo allí no conoció a ninguno, ya que solían llegar en verano. Le dieron un lugar junto a la ventana, entre muros espesos, y carpetas con hojas de servicio de los soldados de Orán. En los descansos bajaban al pueblo a tomar café. Sus compañeros llevaban allí años y todo el mundo los conocía.

***

Iban y venían en coche, atravesaban el paisaje abrumado de nieve, todos los días a la misma hora, hacia el castillo. Terminado el trabajo, desde el castillo hasta la capital. Las mujeres hacían labor en el autobús. Caía la nieve, y el río estaba helado junto a los bosquecillos de álamos. El chófer bebía, ellas lo sabían y mataban el miedo con el ganchillo. Eran unas artistas del crochet.

***

Por dentro tenía un espejo grande donde podías mirarte de cuerpo entero. No creo que tuviera miedo de muchas cosas más.

***

El templete tenía escaleras de piedra para subir, jugaban arriba donde no había nada ni nadie, pero en la planta baja habían puesto una sala de fiestas. Ya había patos en el parque y algunos cisnes, y también una jaula redonda con palomas y gallinas de Guinea. Llevaba unas medias de sport de un azul tan feo que lo había bautizado de "azul Valladolid".

***

Se conocían hacía muchos años y trabajaban juntos. Los dos eran solteros. El coche los dejaba en el mismo sitio, no los separaba más que una manzana pero nunca fueron juntos a sus casas: cada cual tomaba su camino, diferente. Así llevaban treinta años, quizá por el temor de provocar habladurías. Se despedían cortésmente en la parada, hasta el día siguiente.

***

Después que me estuviste cubriendo con todas aquellas capas, que no lograban mitigar mis escalofríos, me subieron a la enfermería, una habitación muy grande y destartalada. Allí estuve durante horas, amodorrado en una butaca, tapado con mantas, inconsciente a ratos y tiritando, mientras los compañeros hablaban de ella. Luego vinieron de casa a buscarme, pasé inconsciente toda aquella noche desvariando, hablando de ella.

***

El traje blanco de comunión llevaba un viso de tela almidonada. La abuela lo había mandado planchar en la calle, era de tira antigua bordada mano. Llevaba un pasacintas con una cinta blanca de seda.

***

La mandó hacer un horrible vestido de felpa con rayas, que ella detestaba. La felpa tenía rayas blancas, negras y rojas.

***

Le hubiera gustado tener un hermano mayor, y envidiaba a las amigas que lo tenían. Para ellas, todo parecía ser mucho más fácil. Tenían todos los chicos que querían, porque sus hermanos los llevaban a casa. Siempre echó mucho en falta el tener un hermano mayor.

***

Su primer confesor era el primero de la izquierda. Él acudía a decirle sus pecados. Un día le preguntó si él era tonto, y desde entonces no volvió.

***

Con motivo de la publicación de su primer libro, volvió a ponerse en contacto con él y su amistad se reanudó, no sin una cierta melancolía por parte de ambos. También le envió sus libros y él le contestó, animándole a que siguiera escribiendo.

***

Jesús. Arcadio. Luis Torga. José Carlos. El Flaco. Paco Vega. Aurelio. Papi. Catalán. Juanjo. José Ramón. Juan Antonio. El duque.

***

En el conservatorio de música hemos hecho una función de teatro por Navidad. Es la segunda que hago, porque fue la primera con las monjitas.

***

Necesitaba personalizar su amor naciente, y el muchacho era para eso tan bueno como cualquier otro. Leía sus poesías, y hasta las aprendía de memoria. Lo veía por la calle con otros, y era un buen motivo de conversación con sus amigas. Su amiga lo llamaba poeta arruinado.

***

El colegio alemán es muy bonito, al fondo de un paseo muy frondoso con grandes chalés y jardines. Es una casa con tejadillo verde. Todos los profesores son alemanes, como el director. En mi clase hay chicos y chicas y a mí, que tengo siete años, me gustan algunos chicos. Uno se llama Guillermo y otro Joaquín. Son los primeros chicos que me han gustado.

***

El kindergarten en está separado de la casa, es donde tienen a los niños pequeños. Mi hermana tiene suerte, porque está ahí. Es una casita dentro del jardín, en

entre juguetes preciosos que me maravillan. Hay plastelinas y cuentas de madera de forma cuadrada, para que los niños las ensarten por el agujero. Hacen unos enanos muy graciosos con barbas de algodón y un cucurucho colorado. Luego los cuelgan de un hilito.

***

Llevaba las fotos de mi padre al colegio y presumía con ellas, no diciendo que aquel era mi padre, sino como si era un muchacho amigo mío. La que más me gustaba era la de la capa con cintas.

***

En un viaje mi padre no sabía hacerme las coletas, y me las hizo la señora del hotel.

***

Vieron una de Ava Gardner, con ciertas escenas violentas, como aquella en que el impotente no puede consumar su matrimonio. Las amigas se daban en el codo, menudo papelón.

***

Su tía hacía cuentas todo el tiempo. Después de comer se echaba la siesta, pero en vez de dormir se sentaba en la cama y hacía cuentas. En su cuarto tenía muebles claros. Era buena ama de casa, y se administra bien. De lo que el tío le daba sacaba para vestirse ella, pero haciendo muchos números. Ella había sido muy guapa, y le duraba todavía.

***

Los veranos jugaba al tenis a las tres de la tarde, y también los inviernos. Tenía un frasco grande con zumo de limón. Tenía fuerza en los saques, casi tanta fuerza como un hombre, y un músculo grande en el brazo derecho. Jugaba siempre con un hombre muy agradable que tenía unas hijas muy guapas. Estaba separado de su mujer que era también muy guapa, según había oído, y que era un hombre amable y encantador.

***

Reuníamos cromos de la película de Blancanieves. Dibujaba los enanos en cartón, los recortaba y coloreaba. Pintó a los enanos y a los animales en todas las posturas. Su tío echaba pestes, porque según él estaba echando a perder sus aptitudes. Cuando tuvo bastantes los clavó en la pared, y no se cansaba de mirarlos tiempo y tiempo, por la mañana en la cama.

***

Blancanieves tenía el pelo negro como ala de cuervo, la tez blanca como la nieve las mejillas rojas como la sangre. Así decía el cuento, y así quise pintarla. Llevaba una blusa blanca y una falda roja, y un jubón negro con las mangas acuchilladas. El cervatillo tenía lunares en el lomo.

***

La cocinera era muy maliciosa. Cantaba canciones y se reía, lástima gallina

blanca, que tu madre se comió, pa tener una cigüeña, malas puñalás te den.

***

También cantaba lo de los mosquitos. Cuando se reía enseñaba las muelas de oro. Su novio se llamaba Pepe y era mucho más joven, y tenía la boca como un chocho. El novio era también muy malicioso. Hablaba con ella desde abajo, y también se acostaba con ella en mi propia casa. Pero eso lo supimos después.

***

De camino a casa se cruzaban con alumnos de los jesuitas. Había uno muy alto y moreno, con los ojos achinados. A falta de otra cosa, ella urdió la historia de un amigo, que tenía un fondo de verdad. Incluso le buscó apellidos hasta la tercera generación.

***

Había sombrero de dos clases. A mí me compraron el mejor, de fieltro bueno que duraba más. Los otros eran de un fieltro acartonado que se llenaba de agujeros. El tuyo era un verdadero colador, y aposté a que no pasabas por la calle con el sombrero puesto. Pero ganaste, porque cuando el grupo de chicos se acercó no te quitaste el sombrero. Llevabas el ala desprendida, y caída sobre la cara, y la copa encima de la cabeza. Desde aquel día te admiré mucho más.

***

Salían de excursión con los tíos, a pie o en bicicleta. La hermana mayor de la amiga dibujaban Maripepas, y las coloreaba con acuarelas. Copiaba postales, y daban ganas de pintar Maripepas como las de ella.

***

Llegué a hacerme una especialista. Las dibujaba, y hoy, después de veinte años o más, puedo hacerlo, unas sonriendo, otra serias o con cara de susto, siempre con el mismo pelo ahuecado y con vestidos de distinto color. Aunque no se dibujaba el cuerpo, sólo la cara y parte del busto, y se rellenaban los álbumes de dibujo, cada Maripepa en una hoja, y proliferaban como hongos.

***

Yo nunca había visto un cilicio de aquéllos, pero según decían eran unos alambres trenzados con pinchos, que se ataban con una cinta a la cintura. Decían que las monjas lo llevaban en Cuaresma, por eso tendrían entonces cara de perro. Me gustaría tener uno, o poder verlo siquiera, pero todo el mundo hablaba de cilicios y en realidad nadie los había visto.

***

Daba primero el cuarto y empezaba zona el címbalo, sonaba desde las tres y cuarto hasta la media, ininterrumpidamente. Servía para llamar a los canónigos a coro, y a mí para saber que tenía que haber salido ya de casa, que luego. Porque la entrada era la media en punto, y el colegio estaba retirado, y echaría los bofes corriendo por el camino. Para a lo mejor no llegar, y que me cerraran la puerta en las narices.

***

Entraban por bajo de las escaleras, y había una monja mirando el reloj y aguardando junto a la verja, llegaban acaloradas con la boina en la mano para que no saliera volando, y el abrigo desabrochado, y se desataban los zapatos al correr. Porque había que llegar pronto, íbamos con el bocado en la boca y siempre corriendo. Y el címbalo sonando arriba en la torre de la catedral, veíamos la estatua y era de piedra blanca, pero había que seguir corriendo con la boina en la mano y los zapatos desatados.

***

Había otros cierros en la casa además del de la sala, pero allí sentada en el escabel podía ver en la calle a los chicos que le gustaban, sin que ellos la vieran. Y luego arrasar las hojas del árbol entre los dedos, tirar de las ramas de la acacia. Dentro había cortinas de malla amarillas, con pájaros negros, que habían estado antes en la otra casa. Estaba la sillería dorada y dentro el oratorio con la lamparilla.

***

No tiene pies y corre, no tiene dedos y llevan anillos, o qué cosa es que cuanto más grande menos se ve. Ella los acertaba enseguida, y yo me quedaba tonta de ver lo lista que ella era.

***

El acuario estaba en el paseo de la farola, frente al puerto. Había pececillos de colores, y le impresionaban las lampreas, y las langostas con sus antenas temblorosas.

***

Habían acudido todas las niñas a la iglesia cuando aquel carmelita llegó de la ciudad para imponer los escapularios. Las niñas llevaban velo a la cabeza sujetos con alfiler de cabeza gorda, y se habían puesto chaquetas para no entrar en la iglesia enseñando los brazos. Las mayorcitas llevaban medias y las más pequeñas calcetines, para no ofender a nuestro Señor y profanar su casa. El fraile era un hombre pálido y pequeño, tenía una carita de cera, y el pelo en un rulo como San Antonio. Estuvo hablando con una voz muy suave y os dijo que fuerais muy buenas y amantes de la Virgen. Luego, una por una, o fue imponiendo el escapulario, un trocito de tela marrón que os llevaría al paraíso.

***

Era una niña rara, parecía diferente a las otras, todas familias conocidas y bien consideradas, y además mayor que nosotras y tenía amistades distintas, parecía estar de vuelta de muchas cosas. Supimos que su madre se había suicidado y le hablamos de ello, y nos dijo que se había matado poniéndose al tren.

***

Estoy tan acostumbrada a perder que ganar me ofende.

***

Tenía un bolso pequeño y cuadrado, debía tenerlo guardado desde hacía mucho tiempo porque se había pasado de moda, pero la piel era de cocodrilo bueno, y aunque el broche estaba deslucido además, su madre lo seguía guardando. La piel era brillante,

formando unos cuadros muy graciosos, unos más grandes y otros más chicos.

***

Nunca supe comer aquellos bichos, había que romper ese pellejo duro que acababa en unas uñas raras, y siempre un chorro de líquido alcanzaba la chaqueta más cercana. Por mucho que tratara de separa aquella uña con cuidado y tirar, de algún sitio nacía el chorro de agua amarillenta que iba parar la chaqueta del vecino.

***

Discos de viejos tangos que compró mi madre, tangos de Gardel mezclados con canciones hawaianas, discos de flamenco, y zarzuelas de Conchita Supervía.

***

Tuve que ponerme sostén porque los pechos se descolgaban y me dolían, sobre todo cuando saltaba, jugando en la Alameda.

***

Me estuvo supurando la barriga durante un año, era un agujerito que supuraba todo el tiempo, y por eso llevaba una gasa con esparadrapo y la cambiaba cada día, hasta que salió aquel nudo gordo pegado en la gasa. Luego, el agujero se cerró.

***

Rodé las escaleras de piedra, tuvieron que ponerme la inyección del tétanos porque aquello estaba lleno de cagajones, me la pusieron en la barriga con una aguja muy larga y gruesa.

***

En semana Santa solía llover, así que te podías fastidia un abrigo o un traje de chaqueta que acaba de estrenar. Siempre llovía el viernes, y la procesión de las Angustias se mojaba. Por la mañana, en cambio, había algunos espacios de sol.

***

Miraba las hojas gráciles de las acacias, unidas delicadamente por un rabito, las acariciaba suavemente primero y luego las agarraba fuerte, tirando del rabo fino, y entre sus dedos quedaban las hojas arrancadas y muertas.

***

El pequeño había mirado y exclamó: "¡Mamá, están las tripas tiradas por la carretera!". Se habían detenido grupos de personas a ambos lados, en las cunetas. El bulto de un cuerpo yacía debajo de una manta parda. Un auto pasó sin detenerse, la mamá ordenó a los niños que no miraran, pero el pequeño ya había mirado y exclamó: "¡Mamá, están las tripas tiradas por la carretera!".

***

Había cerrado los ojos, y sin llegar a dormirme del todo el zumbido del motor le servía de arrullo reconfortante. Confiaba en la pericia el conductor. De pronto el topetazo, abrió los ojos y miró en derredor, y no vio nada. Los faros se habían apagado y sintió que llegaba la muerte, y elevó su alma en una oración automática y postrera.

***

Era tu amigo, por eso cada vez que me hablaban de él (porque yo no he vuelto a verlo desde entonces) su nombre me trae algo de ti, y mi corazón sangra de nuevo. Siempre me pregunto por qué habiendo pasado tantos años. Aunque los años hayan, en cierto modo, restañado la herida.

***

Le estaban naciendo pelillos, primero unas hebrillas pálidas en el sobaco, luego fueron creciendo, pero seguían siendo raquíticas y pálidas.

***

Todo lo más, mordisquear un colín para matar el hambre.

***

Era la colcha nupcial de una soltera. En los bordados blancos sobre el nansú se habían quedado sus sueños enredados.

***

Todos los años había claveles sobre las mesas, a lo largo del claustro. Por un día, los tableros de mármol se habían cubierto con manteles blancos. Aún no había nadie, y sin embargo se respiraba un aire de fiesta. Era quizá el aroma de los claveles esparcidos en las mesas. Más tarde todo se llenaría de risas, a lo largo del claustro.

***

Lo había visto en algún lugar, el grabado con una muchacha con los brazos en alto, y de los brazos nacían las pequeña ramas, y de los dedos hojas. Había un muchacho muy guapo que trataba de abrazarla, sin lograrlo, porque ella se había convertido en un árbol de laurel.

***

Tenía colores desvaídos, los ojos de un azul muy pálido, y el pelo de un rubio muy pálido. La cara era blanquecina también.

***

Le gustaban las novelas policíacas, sobre todo las de Agatha Christie. De jovencita intervino en un concurso, el radioenigma policiaco. Allí ganó de recompensa dos entradas para el cine. Luego, mucho más tarde, se encontró escribiendo una memorias que no interesaban a nadie.

***

Me decían que era un espino majoleto, no tenía nada de raro porque al parecer también la abuela había sido siempre así.

***

Entre todo lo que hubiera podido elegir prefería una varita mágica. Una fina varilla, con una estrella de papel en la punta, que fuera la llave todos los deseos. Después, la vida me ha dotado de una varita mágica.

***

El instituto, donde vivió su padre del chico, era una enorme construcción de ladrillo rojo, rodeada un extenso jardín. Quizá en algún tiempo estuvo cuidado, pero últimamente sus macizos no ostentaban más que matojos y algunos arbustos raquíticos. Al parecer, en tiempos hubo rosas y hermosos árboles con fruto. En la planta de abajo estaban las oficinas y algunas aulas, más arriba los laboratorios y más aulas, estudios de pintura y dibujo, y en el segundo piso la vivienda del director y de los bedeles. Los claustros eran grandes y destartalados, con zócalos de arpillera que el conoció arrancados en parte, cayendo en jirones. A lo largo del claustro había bancos de madera.

***

Me dio un pequeño trozo de madera dura y brillante, de color rojizo, y me dijo que era del arco de su violín. Yo lo llevaba a todas partes pegada al cuerpo y me acostaba con ella, y por la mañana la tenía incrustada en el trasero o en los pies de la cama, o se me había clavado en la mejilla dejando una señal.

***

Luego fue el sombrero de fieltro azul marino del colegio, era de mala calidad y pronto se llenaba de agujeros. Llevaban la cabeza baja y las manos en los bolsillos, y el sombrero encasquetado hasta las orejas.

***

Hacían juego el collar y los pendientes de marquesitas. Tenían forma de pequeños medallones y eran seguramente de plata, cuajados de aquellas piedredecillas que tenían un fulgor grisáceo.

***

La recitaba los versos del rey aquel que tenía un quiosco de malaquita, y un gran manto de tisú.

***

Le sonaba la palabra adúltero, sin que supiera muy bien lo que quería decir, pero siempre con algo de malo y vergonzoso. Por eso le hacía raro encontrar una palabra parecida en los prospectos de las medicinas. ¿Qué tenía que ver aquella cosa mala con la dosis de las pastillas?

***

Tengo que adelgazar, se dijo, mirando en el espejo su cuerpo desnudo, el vientre caído, y la carnosa espalda. Tengo que adelgazar aunque me muera. Tenía en el cogote una protuberancia redonda. No valía esconder el vientre, porque entonces sobresalía la pechera. Se estuvo más de un mes sin comer, y los montones de grasa se derretían como manteca al sol.

***

El público había invadido la calzada y estaban los coches de la policía. Sonaban las sirenas, y las ambulancias recogían a los donantes de sangre. Trató de colarse en una ambulancia, pero había colas de gente esperando. Por fin un coche de la policía,

sin ningún distintivo, la incluyó junto con una pareja de novios. Cruzaron la ciudad con alaridos de sirena, mientras todos cedían el paso. De pronto se le ocurrió la idea de la hepatitis. No faltaba más que eso. Desde ese momento, todo fue pensar en cómo escabullirse. El coche se detuvo en el hospital. Allí se apeó la pareja, y ella detrás. Estuvo husmeando en el jardín, como distraída, y salió a la calle, por donde había venido. Cuando estuvo fuera, respiró.

***

Dejó en casa a su marido y a sus hijos, y se dirigió a la casa de campo, a presenciar lo que sería la primera fiesta oficial del PC. Era un día de calor, y tuvo que caminar bastante. Había gentes con pañuelos y banderas rojas, todos caminando la misma dirección. Llevaba una mezcla de temor y de remordimiento. Entraban gentes sencillas, familias con niños pequeños, llevando pañuelos rojos y pancartas, y todos parecían muy contentos. Mostraban un orgullo no contenido y un tanto agresivo. Se quedó a la puerta, mirando, como hacían otros. Luego se cansó de mirar. Al volver se cruzó chicos y chicas con pañuelos, y obreros con brazaletes rojos. Eran muy distintos de aquellos que llevaban brazaletes con la bandera de España, y que marchaban a manifestarse en la plaza de oriente.

***

Alguien entró en el vestidor del club. Se ha salido de monja, dijo. Se ha marchado a Marruecos a vivir con sus padres. Entonces otra dijo: A lo mejor se casa con un moro. Al poco tiempo todo el mundo decía que ella se había salido de monja para casarse con un moro.

***

Fue a saltar desde el poyete de la cocina, con tan mala suerte que cayó sobre el rabo largo de madera del cogedor. El mango le desgarró las entrañas y le rompió la virginidad. El médico le dio un certificado, para que el día de mañana no hubiera lugar a confusiones.

***

Le castañeteaban los dientes oyendo los tiros. Salieron a la puerta de la casa, daba diente con diente, quería sujetarlos pero no podía.

***

Saltaban las rejas del cementerio, corrían entre las tumbas descuidadas sobre las matas que crecían entre las losas, y recorrían los nichos del fondo uno a uno, leyendo nombres, mirando la foto del muerto, algunas casi blancas por el sol. Había pequeños floreros que habían tenido agua, pero que ya no la tenían. Y había siemprevivas medio muertas.

***

Tanto la emocionaba la canción, que se le llenaban los ojos de agua cuando la oía.

***

Se le habían llenado las medias de cascarrias, gotas de un barro oscuro que se pegaba a las piernas. Las medias horribles de hilo, con ligas redondas que se

resbalaban y había que subirse en medio de la calle con disimulo, para luego seguir corriendo.

***

Las alumnas charlan primero y ríen, tratan de acomodarse en aquellas sillas pintadas de rosa o azul pálido, demasiado pequeñas porque son del jardín de infancia y ellas son mayores. Tratan de adaptarse a las mesas pero no pueden, porque son tan bajitas como unas mesas de enanos. Suena un acorde y el loro da un respingo en la varilla encerada de su jaula. Vibran los cristales que dan al jardín de la portería, y todas miran a la monja pequeña que se ha sentado ante el piano, y que tiene arrugas y una gran nariz, y una verruga en la nariz. Y todas la corean:

La casa del señor cura nunca la vi como ahora, ventana sobre ventana y el corredor a la moda.

O lo de los pastores que se van a Extremadura, o lo de la Clara que con agua de rosas se lava la cara.

***

Quiso verle la pilila a su primo, y él era tan pequeño que se dejó convencer.

***

Siempre extrañado de los pequeños bultos que le salían en los pies, en cada cicatriz de cada herida emergía un montecito de carne rosada. Y extrañada también de los pelillos que le estaban naciendo los sobacos y en el pubis, los de los sobacos endebles y quebradizos como se hubieran estado enfermos, con bolitas blancas que se agarraban como liendres, pero que no eran liendres sino hongos, como dijo el médico.

***

Se metía la mano en ese sitio y le gustaba tenerla allí, tan calentita, se hacía un ovillo en la cama y empezaba a pensar en cosas, y pronto le latía el corazón. Se imaginaba siempre cosas y el tiempo pasaba, y se encontraba a gusto y sin ganas de moverse, con la mano tan calentita metida allí. Cuando la sacaba tenía un olorcillo que le gustaba. Lo respiraba fuerte, antes de que se terminara.

***

El albornoz colgaba de la puerta del cuarto de baño, con un color dudoso y un olor más dudoso aún. Se paseaba por la casa con él, y se le abría el escote hasta el ombligo. Tenía la cara grasienta y las manos con grasa de la cara, y todos los pomos de la casa estaban grasientos. En el lavabo había siempre unos pelos gruesos y negros. Y el lavabo no tragaba nunca, quizá por culpa de los pelos, o de la grasa de la cara. Había que usar continuamente la ventosa para desatrancar el lavabo.

***

Apuntaba su diario en una agenda, y la olvidaba por todas partes. Así era seguro que todo el mundo estaba al tanto de lo que pensaba y lo que hacía. Luego se le olvidó coger la pluma y escribir, y eso por mucho tiempo.

***

Sabía que estaba elegante con aquel jersey de oro que se le pegaba al cuerpo. Aquello estaba lleno de mesas, y todo el mundo muy atento. Había señoras muy enjoyadas, solas en su mesa. Ella cantó línea por dos veces, sin tener que hacerlo, y todos la miraron de reojo.

***

Ponían un bañito de zinc dentro del agua de la tina. La tina era grande, de hierro, y tenía clavos remachados. No puede explicarse cómo aquello no se volcaba y se ahogaban. Quizá sea que lo haya soñado.

***

Lo suyo era corregir clichés, y había que sentarse allí a las ocho de la mañana y menos mal que podía encender la estufa porque hacía frío en aquel casulario. Daba el interruptor de la bombilla azul, y empezaba a cotejar los clichés de cera que no se leían, con las fichas manuscritas que se leían peor. Así una hora y otra hora, siempre cotejando y temiendo que se escapara alguna falta, y había días en las que cundía y podía hojear algún libro al final. Otros empezaba a dolerle la cabeza, pensaba que tenía que haber cambiado los cristales de las gafas, pero no había tiempo para nada.

***

Había oído que las plantas se ahilaban cuando no les daba la luz. Los tallos crecían sin ensanchar, y se volvían de un verde casi blanco. Por eso en el norte del mundo los hombres serán largos y descoloridos, pensó. Estarán ahilados por la falta de sol.

***

El viento levantaba las faldas cuando pasábamos por el puente nuevo. El aire era finísimo allí, pasaba encañonado entre los enormes muros pétreos, batiendo contra el puente, ululando en sus ojos, y batiéndolo todo a su paso. Así que las faldas se alzaban, se despeinaban los cabellos, era tanta la fuerza del viento que nos hubiera podido arrastrar como en un cuento, y hubiéramos podido volar como hojas desprendidas de los árboles.

***

Deliré toda la noche, mamá no se movió de la cabecera de mi cama y conté lo de las cartas, conté que María me las guardaba en su maleta y le dije a voces a María que las guardara bien, no fuera a encontrarlas mi madre.

***

Desde entonces había que catalogar, el libro no sería nunca más el arca del tesoro sin un número dado de páginas y hojas de unos ciertos centímetros.

***

Lo veía salir con mi prima, era tan alto. Llevaba una máquina de retratar en bandolera, como los turistas ingleses. Y como entonces jugábamos a novios, yo los imaginaba a ellos haciendo cochinadas, a lo mejor no estaba muy descaminada entonces.

***

El carmesí era un color de cuento, o de canción folklórica, nunca lo había visto en la realidad: manto carmesí del Rey, bordado de armiño, mejillas carmesí de la princesa.

***

Sí que me acuerdo. Tú eras el caporal y yo el yegüero, o al contrario. Latía el corazón, las miradas brillaban, paseabas arriba y abajo la Alameda. En aquella función, el diablo buscaba meter cizaña en algún lugar de la tierra. Era una pieza moralizante, como todas las de la época, al estilo de un anacrónico auto sacramental.

***

El centro de la mantilla era de raso natural en un color rojo vivo, y tenía además una red de madroños negros de seda. Se sujetaba la red en la peineta, y las pequeñas bolas negras y sedosas caían sobre la frente y los hombros, y se prendían en el escote del vestido con un par de claveles.

***

Las mujeres con la malla dorada, los hombres la llevaban negra y muy ceñida cuando saltaban como pájaros, y todos mirábamos hacia arriba con la boca abierta, conteniendo la respiración.

***

Nos gustaba a todas por vivir, tenía una cara guapísima y no digamos el perfil, los ojos rasgados y oscuros, el cuerpo de un atleta griego. Tenía los dientes iguales y blancos, y hasta las manos eran bonitas, fuertes y morenas, y con las uñas alargadas. Tenía unas piernas de estatua, con un vello dorado.

***

No conocíamos el sexo, sentíamos una atracción instintiva por la belleza: unos bonitos ojos claros, un pelo trigueño, o una piel atezada. No los conocíamos sino de vista, paseábamos arriba y abajo para encontrarlos, por si acaso ellos volvían la cabeza al pasar. Llevaban todavía pantalón corto, y andaban en pandillas. No supimos lo que hablaban entre ellos, a veces nos llegaba un indicio por medio del hermano de una amiga.

***

Como salidos de una lejana edad, los capirotes oscuros y tétricos, con dos agujeros redondos por donde asomaba el brillo de unos ojos febriles. Los penitentes parecían seres de otro mundo, que hubieran salido de sus tumbas. Sólo conservaban ahora la febril inquietud de unos ojos brillantes como ascuas.

***

Se llevaba a clase una labor, mientras el catedrático de física o el de matemáticas escribía números y signos en el gran encerado. Se escondía detrás del vecino de alante, enganchaba un hilo con la punta de la aguja y tiraba, con cuidado de que no se rompiera. Cuando había sacado cuatro hilos a un centímetro del borde del cuadrado de batista, entonces enhebraba la aguja con un cabo de perlé. Con el perlé bastillaba el tejido. ¡Cuántos pañuelos bordó! Luego, entre clase y clase, bajaba a los sótanos y jugaba al ping-pong, en que había llegado a ser una auténtica figura local.

***

Él es el novio de mi amiga. Las dos tenemos trece años, y él tiene quince. Me parece que él se interesa por mí. Él da clases de violín, y dicen que está de vuelta de todo. Nuestras amigas estaban amoscadas, y nos han separado a cada una a un lado de la calle. Entonces él se ha venido donde estaba yo.

***

Se había quedado descolorido, tenía las pastas negras y los cantos de papel biblia estaban despintados. El rojo se había corrido hasta las letras. Lo había olvidado en la higuera del jardín, luego llovió y ahora lo encontraba hinchado, rizándose, y el misal que ya era grueso de por sí abultaba doble que en un principio. También las estampas se quedaron alabeadas.

***

Volvía al colegio cuando el címbalo llamaba los canónigos a coro. Eran las tres y cuarto de la tarde, y las calles se habían reblandecido por el calor. El sol hacía que se corriera el asfalto bajo la pisada.

***

No nos gustaban los zapatos que vendían, los encargábamos a la medida, blancos y con trabillas y una correilla azul marino, y parecían los zapatos de la Betty Wood.

***

No llegué a conocer el hambre en el año del hambre, siempre había algún plátano y un bloque de pan de higos para la merienda, y batatas cocidas con tomate para comer.

***

De cuando en cuando hacer un alto, controlarse para no engordar demasiado. Acudir al médico, y perder siete kilos en poco más de dos meses. Siempre andar cuidando las comidas.

***

Me miró, y yo sonreí. Luego, la puerta de la iglesia, se me quedó mirando. ¿Será posible que no me conociera? Yo no me puse nerviosa, porque sabía que estaba bien con mi traje amarillo. A lo mejor también por la medicina que estaba tomando. Ni siquiera lo miré de reojo.

***

Se había dado cuenta del zumbar de los aeroplanos por encima del parque, y que nadie no lo notaba fuera, en la ciudad.

***

El Amín era un hombre muy grueso, con sus manos grandes alcanzaba el montón de pasta cocida y me alargaba un bocado. Luego cogía la carne con la mano y con la pasta hacía una bola, y me la daba a comer. Yo era la única mujer allí, la esposa y las mujeres de la casa estaban ausentes. Rodeábamos una mesa baja, donde se había instalado una gran bandeja de plata con el cus-cus.

***

Un grupo de mujeres y niños enlutados ocupaban unos bancos. Enmedio había una mujer joven, rubia, algo desvaída, quizá por la falta de maquillaje. Parecía con ganas de reír, como si la situación la resultara forzada o ridícula. A su lado había una jovencita, espigada y rubia, con el cabello largo. Por el parecido, podía ser su hija. Pronto todos estaban fuera de la iglesia.

***

Son rasgos que ha podido sorprender en su hijo, tantos años después. En aquel entonces era una niña, y él uno de los pocos muchachos con los que tenía alguna ligera relación. Visitaba su casa, para hablar de política con su tío.

***

Le pidió un autógrafo y él se lo dio. Más tarde supo que se había casado y se había marchado al extranjero. Leyó algún libro suyo, en que repetía de forma obsesiva la tragedia de su vida, la explosión que le hizo perder la vista para siempre.

***

Luego se fue. Su recuerdo perduró algún tiempo, pero luego nuevos amigos irrumpieron con fuerza en su vida.

***

Ya va siendo la hora. Entra por última vez en el agua que parece caldo. Bracea una distancia y vuelve, se encaja el albornoz marrón que está también empapado en aceite de almendras. Se calza unos zapatos de lona y bordea las rocas, junto a las tiendas de campaña que cobijan a mujeres gordas y a sus maridos, y a sus niños. Junto al merendero hay una ducha, y cajones apilados, y sombrillas en fila y colchonetas, que casi nadie ocupa ahora, que ya el sol se ha metido por el acantilado.

***

Ya no estaba entonces, ya se había ido, un accidente decía la familia, después de haber recibido los santos sacramentos y la bendición de su santidad. Así que no llegó a saber lo del abrigo.

***

Y una blusa blanca, y algunas chaquetas azul marino.

***

Las chicas del preventorio estaban haciendo el servicio social. Se les notaba porque todas llevaban la falda de percal a rayas rojas y blancas.

***

Lo tiñó de azul marino para disimular las manchas, pero al teñirlo se quedó tan pequeño que las mangas le quedaban por los codos.

***

Se colocaba en la última fila, sacaba un cuadrito de batista blanca y se dedicaba a sacar hilos. Mientras, el profesor dibujaba en el encerado signos incomprensibles.

***

El profesor de física era otra cosa. Tenía unos modales suaves, y dejaba el paso a las alumnas en las puertas. Hacía experimentos con un trozo de hielo, colgando una pesa de un fino cordón. El cordón iba cortando el hielo, que de nuevo se soldaba encima. Aquello demostraba que el hielo puede fundirse por la presión. Ella tomaba apuntes con su letra redondilla y apretada, copiaba los dibujos del encerado y se interesaba por las explicaciones.

***

Se llamaba Christiane, y era francesa. Al parecer era hija de un noble, y había además dos hermanas negras, muy altas y flacas y con el pelo crespo. Se habían educado en Francia porque su padre era cacique de una tribu. Alguien tenía que viajar con ellas, y la escogieron. Visitaron varias ciudades y estuvieron en la capital, en un hotel de fachada estrecha y alta.

***

Tenía un vestido de hilo rosa, con el escote cuadrado y bordadas en los bolsillos unas flores a punto de cruz. Eran de colores, muy bonitas y vistosas. Ahora se ha quedado pequeño, y ha pasado a mi hermana que es más chica que yo.

***

Envidiaba a las niñas del colegio que tenían un hermoso cabello y podían hacerse trenzas con él. El suyo era fino y escaso, y sólo cuando se lavaba la cabeza le duraba dos días un poco más abultado y brillante.

***

Era una piel tan suave, nunca se hubiera gastado tanto dinero en un abrigo, entre otras cosas porque no lo tenía. Estuvo en la peletería un sábado por la mañana, y allí le tomaron medidas. El visón era oscuro, casi negro. No lo deseaba en un principio pero ahora la envolvía como una caricia, y era tan suave y tan cálido que no hubiera podido prescindir de él.

***

Mamá ha aprovechado la capa de papá y me la ha arreglado para el colegio. Es de paño azul marino, y ha habido que quitarle las vueltas de terciopelo que he guardado en el baúl. Con las vueltas quiero hacerme un chaleco, sin mangas y ceñido, con un corchete en la cintura.

***

Hicieron una blusa con la tira bordada que les dio la abuela. Era de nansú transparente. Aprovecharon el bordado para el escote y el delantero, y la espalda la sacaron lista. Lo malo era que se transparentaba demasiado. Si se miraba en el espejo se veía en el pecho como dos botones oscuros. Por eso le hicieron un viso, con seda natural, pero a pesar de todo se seguían viendo los dos pequeños redondeles en el pecho.

***

Tengo una falda de flores azules, y un corpiño azul con cordones de seda blanca.

Parece un traje de pastora y lo llevo con una blusa de organdí, moteada de blanco y rizada en el cuello. Creo que estoy muy bonita con él.

***

Aprendió la taquigrafía, y le costó mucho trabajo hacerlo. Había que aprenderse aquellos signos y traducir las palabras en ellos, y no podías decir se terminó cuando acababa la clase, porque en el cine y en el sueño y en la calle y cuando jugaba al parchís con los amigos (y había estupendos jugadores de parchís, que usaban jugada demoníacas que conseguían acorralarlo), su cerebro seguía traduciendo. Como si alguien hubiera dado cuerda a un mecanismo que llevara dentro, y los letreros que leía, y todos los recuerdos, los traducía en signos taquigráficos.

***

No era alto, pero muy guapo de cara. Su padre tenía una tienda, y él le ayudaba algunas veces. Tenía el pelo muy bonito, y una sonrisa muy alegre.

***

Viajaba en autobús por la noche, recorría los laberintos del Metro, donde preguntaba a cada paso para no extraviarse.

***

Se daba cuenta de que no sabía nada, pero se tranquilizaba porque no era más que una pesadilla y había pasado el examen final. No obstante, volvía al colegio una y otra vez. Y nunca sabía nada, ni entendía nada, y sufría a pesar de no tenerse que volver a examinar.

***

Le dijo que soñaba que estaba metida en la cama con su novio, y que todo el mundo los veía. Otras veces estaba metida en la cama con su hermana, como si fueran hombre y mujer.

***

Iba acercándose el día temido, se reunió con sus compañeros en una calle muy ancha, en una plaza muy extensa. Después de andar un trecho llegó al edificio de suntuosas escaleras. Las estatuas daban paso a vestíbulos de mármol, y al fondo una sala que le pareció tan grande como una catedral. Había una cúpula muy alta, y abajo muchas mesas, cada cual con su luz correspondiente. Sacaron los temas, y hubo que escribir durante varias horas. Luego volvieron a las grandes escaleras y salieron a la calle. Pasaron los días, y aguardaban los resultados. Por fin salieron las listas, y él estaba en ellas. Pero aquello no volvió a suceder.

***

Acabas de darte barniz en las uñas, por hacer algo. Es la tercera capa de barniz que te das, anoche te diste dos, quizá demasiado seguidas, porque no se secaron bien. Y para colmo te quedaste dormida y las rozaste contra las sábanas.

***

Pero había que ayunar, porque se tenían ya veintiún años, y no se atiborrábamos

al mediodía para no pasar hambre por la noche. Había una comezón que no era hambre, sino la imposibilidad de comer, el terror de considerar que no comerías nada en todo el día, hasta la colación. Nunca supimos si lo lícito era el vaso de leche, el vaso de leche y un bizcocho, o si también un huevo frito, todo según la amplitud de conciencia de cada uno.

***

Cada vez que pasaba su lado, me miraba con hambre y me llamaba aborto del paraíso. Era moreno, con un gitano, y estaba siempre parado en la esquina. Tenía los ojos negros y profundos, y hablaba en voz baja y un poco ronca, llamándome aborto del paraíso. Aquello me sonaba a burrada, pero tampoco lo entendía. Yo pasaba muy derecha y sin mirar.

***

Sabían que estaba llegando, y era por los badenes. El coche subía y bajaba como la ola o la montaña rusa, y cuando estabas arriba podías ver la capital y cuando estabas abajo no veía nada. Subías, notabas un cosquilleo en el estómago y estabas abajo, y así una y vez y otra, hasta que las casas de la ciudad estaban al alcance de la mano.

***

Me aconsejarte que no contestara cuando ella me escribió, y nunca te lo podré agradecer bastante. Me dijiste: "Sé que te va a escribir, pero yo te pido que no le contestes". No sabes el gran favor que me hiciste: me ayudaste a conservar mi dignidad para toda la vida. Por eso, hoy soy lo que soy. Y para mí que soy mucho.

***

Luego alfabetizar, ordenar por materias, manejando las pequeñas cartulinas, durante horas, y añorar una libertad e inactividad de que no disponía.

***

¿Echas de menos a los hijos? ¿Echas de menos un amor, un amigo, te sientes solo? Yo a veces me acuerdo de ti pero no puedo, o no quiero, hacer nada por ti. Nos separa tu orgullo (y el mío también), y estamos tan lejanos como dos seres que habitaran distintas galaxias.

***

Tenía las rodillas llenas de mataduras, se caía siempre y es porque no paraba quieta. Siempre corriendo por el paseo central de la Alameda, con piso de cemento, o por los laterales de arenilla. Subían al quiosco de la música y saltaban desde allí, subían a los bancos y saltaban a los poyetes, y sólo por milagro, encaramadas en el murete del estanque, no iban a hacer compañía a los peces gordos y colorados.

***

Buscaba primero la rima y luego rellenaba los huecos, que era más difícil.

***

A los once años no había adelantado mucho, todo hay que decirlo. Coleccionaba cromos, tenía un montón de alfileres de colores y jugaba a las tabas como una

especialista. También jugaba a civiles y ladrones, y era bastante bruta. Todas temían mis embestidas ciegas.

***

Había comido una tortilla francesa. Le había hecho efecto el Agarol. Cenó leche, algunos bollos y un poco de fruta. Luego había obrado abundantemente otra vez. No había ido a la piscina, porque hacía frío. No ha hecho gimnasia, porque no la echaba de menos. No advierte efectos nocivos en la pastilla, y en verdad le quita las ganas de comer. Ha terminado el frasco de Agarol. Tomar a diario vitaminas, Citrovit, Fosgluten, y hierro.

***

Le dolía un poco la cabeza. ¿El trabajo?

***

Estaba disgustada. Se había pesado, y había ganado peso. Se encontraba hinchada, y nada bien. Se había puesto morada de patatas fritas. La solución tenía que ser drástica.

***

Ha ido a la piscina. Dos huevos cocidos y una pera. De noche, un vaso de leche con un bollo. Se le ha pegado el sol. Pastilla, sin notar grandemente ninguna sensación especial. Se encuentra mejor, más optimista.

***

Se iba a coger una linda cogorza si seguía bebiendo tragos de la garrafa.

***

Después de tantos años, las imágenes se le convierten en una suerte de nebulosa. Hacían una función de teatro...

***

Ella ha tenido que morir envenenada por algún accidente estúpido, cómico y risible.

***

Seguramente he sido lo que más quisiste en el mundo. Pensabas quizá que yo me había convertido en algo tuyo, por el hecho de haberme apadrinado. Mis éxitos te enorgullecían. Tan solo, me amenazabas con hacer desaparecer todo lo que iba dejando en desorden.

***

En un tiempo habían pensado en una historia de drogas que se guardaban en grandes caracolas rosadas. Había caracolas de adorno en algún lugar de la casa, y por dentro tenían los tonos del amanecer.

***

Imaginaba pañuelos blancos y fragantes y una moza muy guapa que los lavaban

el río. Era cuando cantaban Arroyo claró fuente serená, quién te lavó el pañuelo, saber quisierá. Y también cantaban lo del cantarillo, no le digas a la gente lo de aquella tarde caminito de la fuente. Y no debía ser nada bueno lo que sabía el cantarillo.

***

Le dolían las rodillas en la iglesia y tenía miedo de que le salieran beatas.

***

Estaba horrenda, creo yo, con el casquete marrón en forma de solideo, tenía un rabo gordo y tieso en la mitad y era horrible, lo reconozco.

***

Las bolitas eran pequeñas y estrelladas, las había color rosa y otras blancas, que eran mejores porque no tenían anilina. Te llenabas la boca con ellas, y podías chuparlas hasta que el azúcar se deshacía, o también mascarlas, y te encontrabas con que el corazón de cada una era un granito de anís.

***

Asadura dura que me robarte de mi sepultura, la luz apagada y acurrucadas unas contra otras, la muerta subía por las escaleras y decía no me voy, que debajo de tu cama estoy. Ay madre quién será, cállate hija que ya se irá. Temblaban todas como tontas, no veían nada pero temblaban, y cuando encendían las luces les caían los chorros de sudor.

***

Un poco más arriba de la cintura tenía una mancha grande de color marrón, que se había ido aclarando con el tiempo, pero seguía teniendo pelos largos, suaves y finos.

***

Todas rodean a la monja en el recreo, todas quieren hablar francés al mismo tiempo para ganarse bonos, la monja sostiene en la mano el talonario con los bonos de color de rosa, o amarillo, o azul. Unos son más valiosos que otros, y todas saltan y corren alrededor, y todas quieren hablar francés al mismo tiempo, mientras recorren el jardín.

***

El biombo con caballos y escenas de caza era tan bonito. Le hubiera gustado quedárselo si no hubiera costado tanto dinero.

***

Cruza los palillos sobre una almohadilla redonda, sujeta los nudos con alfileres hasta formar un encaje muy bonito. Los palillos chocan con un ruido muy fino y gracioso. Los aparta en grupos, y lo hace tan deprisa que no se le ven los dedos.

***

Aquel nombre le parecía natural, tanto como Carmen o María. Sólo después empezó a percatarse de lo raro que era, y de que no era tan bonito como los demás.

***

Siempre se ha mordido las uñas, como yo, y tiene unas porras gruesas en los extremos de los dedos. Nunca he visto dedos más porrudos. Mamá me dice que a mí se me pondrán como a ella. Pero es muy buena y cariñosa, y yo lo paso bien con ella. Siempre me habla de chicos y de novios, y a mí me gusta.

***

Mi tía me ha regalado una colcha de Italia, muy bonita. Es de seda natural con pavos reales, bordados en sedas de colores. O no son pavos sino faisanes, pero tienen unas con las preciosas. La tela del fondo es gruesa y blanca. Ella me guarda la colcha, para dármela cuando me case. Lo malo es que de tanto estar guardada la tela vaya a abrirse, y se desbaraten los faisanes.

***

Me han hecho regalos. Una pulsera redonda de marfil, que tiene elefantitos tallados, y me han regalado un reloj de pulsera, pero lo he perdido enseguida. Es el primer reloj que he tenido. Mi tía dice que estoy tan loca como ella, y que por eso me hará su heredera universal.

***

En casa disculpan las cosas que ella dice, porque tuvo meningitis de pequeña. De aquella meningitis se le torcieron los ojos.

***

Ahora me han impuesto el escapulario de la Virgen del Carmen, en la iglesia de la Merced. Ha sido un fraile jovencito vestido de marrón. Es una cosa buena, porque si lo llevas y te mueres en sábado vas derecha al cielo, y si no te mueres en sábado vas de todas formas al sábado siguiente. Es una cosa buena. Por eso hemos ido todas las niñas a la iglesia de la Merced, y el fraile vestido de marrón nos ha impuesto el escapulario. En verano pasamos mucho calor en misa, porque hay que ponerse la chaqueta.

***

En un momento, la situación llegó a inquietar a la familia. Llevaban años de relaciones, tenía veintiocho y no hablaba de matrimonio. Y en cuanto a su vida profesional, no llevaba visos de resolverse. Lo que podía haber sido un buen final se convirtió en algo espinoso parecido al desastre.

***

Iban a los conciertos como todos sus conocidos, gente de parecida condición social y cultural. No les entusiasmaba la música, pero era la costumbre y se adaptaban.

***

El acomodador nos conocía, y nos daba pastillas de regaliz. Finalmente tuvimos que dejar de ir a los conciertos.

***

Me hacen fotos, y yo tengo fotos en su finca, y en la bajada y en el sillón del Moro, y en muchos sitios más. También tengo fotos al borde del Tajo, apoyada en la barandilla

alta. Estoy flaca, y me peinan con un lazo grande.

***

Me lo han regalado por mi primera comunión y es un libro chiquito y muy grueso, tiene las pastas negras y los cantos colorados. Se llama el Kempis, hay que abrirlo y leer una línea sólo, y aquello te dice lo que tienes que hacer.

***

Pintaron las paredes del cuarto de azul pálido, pero como era una pintura mala se destiñó enseguida y asomaban los parches que habían puesto para tapar el tubo Bergman.

***

Chupamos el papel hasta que deja de ser blanco, lo raspamos con la yema del dedo y lo posamos en una hoja, seguimos frotando con el dibujo para abajo hasta que salían fideíllos sucios de papel. Luego, poco a poco, asomaba por un extremo la calcomanía, y seguíamos chupando hasta que se quedaba pegada a la hoja.

***

Llevaba los libros y la merienda en el cabás de lata pintado de colores, que tenía el ratón Mickey y Blancanieves con los enanos. El asa era roja, y también los cierres de los lados.

***

Era sentarse en la butaca y empezaba el picor, la sala estaba a oscuras y la gente carraspeaba, abajo lucía el escenario con los profesores en chaqué, las damas un poquito maduras vistiendo blusas de seda blanca y faldas negras hasta los pies. Estaba empezando el picor y empezaba el concierto, debía ser algo psicológico. Y estaba aquel gran silencio alrededor.

***

Los congregantes llevaban al cuello cintas de color celeste, los zapatos brillantes y el pelo corto y bien peinado. Algunos usaban cilicios para domeñar las inclinaciones de la carne. Se reunían el viejo edificio, a jugar al billar y a hablar con el cura, y todos tenían en los ojos como un aleteo de jaculatorias.

***

No recuerdo, figúrate, si tú cogías mis manos. Pero el último día estuvimos un rato en la esquina de la calle, con las manos juntas como despedida. Estuvimos así tiempo y tiempo, sin podernos desprender el uno del otro, pero aún entonces no fui capaz de decirte que te quería.

***

No recuerdo el día que te conocí. Ni recuerdo si te conocía de algún año anterior, o si fue a aquél en que cumplía trece años.

***

Nuestros amigos comentaban lo nuestro, y hacían alusiones que nosotros

desmentíamos.

***

Yo no era guapa, nunca lo he sido.

***

Luego se fue. Se escribieron a escondidas. Recibías mis cartas en casa de la cocinera, que te las llevaba diario. Tú también contestabas casi a diario. La doncella guardaba en su armario tus cartas. Y también la foto donde estabas tan guapo como un arcángel.

***

Te pregunté si me querías, y me dijiste que sí, luego ya éramos novios. Pero no podías decir "te quiero", las palabras se te helaban en la garganta antes de salir

***

En la feria te vestiste de gitana. Te prestaron un traje muy bonito con lunares de muchos colores. Yo te llevé a la grupa del caballo. Yo te miraba el cuello moreno, la espalda, y me agarraba de tu cintura. Me gustaba mirarte, los ojos castaños y rientes, con largas pestañas. Tenías una bonita frente, y cuando te reías se marcaban hoyuelos en tus mejillas. De noche en la caseta, la fuerza de los sentimientos te rebosaba por las mejillas, y te ardía la cara. Estabas bonita, todos lo dijeron. Bailamos toda la noche.

***

Le pareció muy guapo y le gustó desde el principio. No era muy alto, y tenía el pelo castaño y rizoso. Acompañaba a una niña de cara redonda y pelo corto, y todos decían que eran novios.

***

Tenías un vestido blanco de hilo con bordados en los bolsillos y un cinturón ancho, de muchos colores. Acababas de estrenar las primeras medidas de seda. Por ti dejé a la amiguita del pelo rizado. Él pasaba el verano en una finca, y venía a diario en bicicleta. Le traía rosas de la finca, menudas y de muy buen olor. Las traía en la boca, para que con la humedad de la saliva no se amustiaran. En la Alameda le decía que la quería, en voz baja y al oído. También asomado al tajo, y en el paseo de los ingleses. Te acompañaba en el paseo, y evitábamos pasar junto a la casa de la abuela. A mí me gustabas mucho, y entonces no me parecías bajo.

***

El pueblo no estaba lejos. Era un pueblo corriente, como todos los de Castilla. Tenía una sala de baile con una pianola, y una tienda donde vendían de todo. Algunos días, vendían el pescado que llegaba en el tren.

***

El cura le preguntaba cosas, si había tenido tocamientos consigo misma o con otros. Sabía o se imaginaba lo que eran tocamientos con otros, pero no consigo misma. Aquel cura le resultaba muy raro, y no le gustaba el tono de su voz.

***

Al otro lado de mi ventana estaba el tejado de los gatos, más arriba el balcón iluminado donde por la noche discutían por un trozo de tortilla de patatas, y en noches de primavera yo dejaba la ventana abierta.

***

Tan curiosos los confesionarios góticos, con aquellas molduras. Eran altos, llenos de jeribeques, y rematados de torrecillas. El asiento del cura crujía a cualquier movimiento. Los reclinatorios eran de terciopelo rojo, bajo las puertecillas con celosía.

***

Subían todas aquellas escaleras estrechas, con los recibos de acción católica. Llamaban a las puertas y salía a abrir una mujer en bata y zapatillas, había olor a guisos y a dormitorio cerrado, extendían el recibo y las mandaban pasar. A cambio de una moneda entregaban el recibo, cortado por la línea de puntos. Acudían siempre de dos en dos.

***

Siempre fue hábil con las manos, desde que en la escuela la maestra le enseñó a dibujar un tresillo completo, con solapas que podían doblarse y pegarse con engrudo de harina y agua. Antes habían dibujado la tapicería de flores y la habían coloreado. También les enseñó a hacer molinillos que daban vueltas con el aire.

***

Las bombitas se tiraban al suelo con fuerza y estallaban. Iban envueltas en papel y tenían dentro un polvo gris.

***

Me parecía entender que todos los opositores estaban guillados, tanto estudiar y tantas pastillas, empezaba a caérseles el pelo y tenían que ponerse gafas y andaban trastabillando, se volvían tan tímidos que no osaban acercarse a una chica.

***

Lo nuestro era oler a su máquina, su madre siempre había padecido de aquello y la hija también. Era inevitable, en cuanto usaban una prenda dos veces ya tenían corros en los sobacos.

***

Cortaba todos aquellos camisones, combinaciones y bragas, y sostenes también, con patrones que había recortado antes en papel de periódico. Iba desplegando la pieza de opal salmón o lila o verde manzana, unos colores un poco raros pero es que entonces no se encontraba tela en ningún sitio, había que conformarse con lo que había.

***

Se echaba perborato en el cepillo de dientes, se remojaba debajo del grifo y eran unos polvos frescos y fragantes, que quitaban el mal aliento y combatían la caries.

***

Estaba metida en la cama con anginas, y hacía tanto frío que el aire formaba una nube sobre su cabeza.

***

Él llamaba a nuestra familia la del "autobombo". Yo me imaginaba al abuelo y a todos los tíos con un bombo colgado del cuello, como en la procesión.

***

Andaba azacanada, de acá para allá, sin peinarse, cuando lo más importante en una casa, según decía la asistenta gallega que lo rompía todo, era que la mujer estuviera peinada y las camas hechas.

***

Todos los meses tenía anginas. Coincidían con la menstruación. Cada vez que venía mi primo a la casa me encontraba acostada, en mi cuarto, siempre con anginas.

***

Como el abuelo estaría trabajando en el despacho yo le metía al piano la sordina, y no es que yo supiera tocar el piano, pero me gustaba pulsar aquella nota fina que hacía vibrar la copa dorada, con la tapadera de penacho.

***

Me encapriché con la sortija porque tenía unas luces tan bonitas debajo de la lámpara, era tan profundo su azul que parecía el fondo del mar. Al mirarlo veía mundos maravillosos, por eso me encapriché con la sortija, y tanto me emperré con ella que consintieron en que me la quedara.

***

Tenía el pelo lacio y lo peinaba muy tirante. Llevaba los vestidos muy cortos, y en una foto tenía un bolsito muy cursi, que era rojo y tenía adornos morunos.

***

El abrigo se estaba poniendo viejo y era feo. Tenía un cuello demasiado grande y sin gracia, y un color parduzco. Como se había roto el brazo lo llevaba en cabestrillo, y la manga del abrigo colgaba. Había que mantener alzado el cuello, pero resbalaba y caía sobre los hombros, en una especie de capelina sin gracia.

***

Fue tomando la sauna cuando acudió a su mente la frase: "A veces, todavía acudes a mis sueños..."

***

Los coloretes compactos venían en una cajita redonda y negra. Desenroscabas la tapadera, y te encontrabas con una brocha y un papelito de seda, y debajo los coloretes.

***

Las chicas llevaban falda-pantalón para montar en bicicleta.

***

Miro el verdó sobre la mesilla, sobre el mármol de vetas rojas, la jarra de cuello largo y estrecho ribeteado de oro, y el vaso a juego que cubría el cuello de la jarra. En otras mesillas había también un verdó semejante a éste.

***

Había comprado luego una falda larga de terciopelo, muy suave y cálido, y una blusa a juego. Pero tampoco tuvo ocasión de usar la falda ni la blusa, ni el jersey todo de oro que se pegaba al cuerpo y otro marrón con medallones brillantes, estaba todo allí en el cajón forrado con papel de lunares aguardando el momento en que hubiera necesidad de usarlo.

***

Compró organdí rosa que le favorecía, una tela casi transparente, y la guardó como un tesoro. Compró unas lentejuelas plateadas y las guardó para el vestido, y ella misma se cortó el vestido con falda larga y un cuerpo ceñido, salpicado de lentejuelas. Los tirantes eran estrechos, con hilos de lentejuelas plateadas. Con lo que sobró cortó una amplia foulard.

***

Nunca llegué a usar el vestido, no tenía ocasión de lucirlo y lo metí en el fondo del baúl, junto con las madejas de colores y las agujas de pasta. Cuando un día fui a ponerme el vestido, sólo para verme reflejada en el espejo del salón, vi que se había llenado de pequeñas grietas. Se abría el foulard plagado de lentejuelas, se abría el cuerpo ceñido, y la falda rosa que llevaba un viso para que no se traslucieran las piernas.

***

NIÑA POBRE

La vacunaron muy pequeña, y la vacuna le hizo Verdugones en los brazos, que no se le borraron nunca.

***

Tenía el labio de arriba partido y alguien dijo que era un labio leporino. Tenía los ojos tristes, era una niña fea y cuando sonría era peor, mostraba los dientes y la encía entre los bordes del labio leporino.

***

La madre del niño era una mujer gruesa con barriga, y el padre un molinero como suelen ser los molineros, siempre lleno de polvo blanco. Él era hijo único y tenía los ojos torcidos y las piernas más torcidas que los ojos. Pero trepaba por el moral como nadie, porque las curvas de sus piernas se adaptaban a los nudos del árbol. Sus brazos flacos se aferraban a las ramas, y subía como un reptil hasta lo más alto, y las ramas ni se estremecían siquiera con el poco peso del niño.

***

Pasaba el invierno con los dedos hinchados y rojos, llenos de sabañones, eran dedos informes incapaces de agarrar nada, apenas podían sujetar la pluma. A veces se le reventaban y se llenaban de un agua amarillenta, que se secaba formando postilla.

***

Mariquilla barrebarre, madre, no quiero barrer. Tengo las braguitas rotas y el culito se me ve.

***

Notaba un pequeño abultamiento allí, en la pequeña herida del pie, un trocito de carne rosada como medio garbanzo, la sobaba y la resobaba, aquella cosa intrusa que aparecía, aquella carnadura informe que seguía a la aparición de una herida cualquiera.

***

Enfrente de su casa había solares donde vivían gitanos y gente sin vivienda. Muchos enfermaban de tifus, y morían. Iban con un carro a recogerlos, y los llevaba metidos en cajas de pino sin pintar. A uno lo habían metido en una caja demasiado pequeña y no podían encajar la tapa. A cada paso al carro saltaba, y asomaban los pies de aquel hombre.

***

Contaba hilos y consultaba el cuadernillo, desenhebraba la aguja cuando se había equivocado. El hilo iba perdiendo el prístino color, y tomaba un tono ambiguo más parecido al gris.

***

Atamos un saquito de tierra con una cuerda larga y fina, hemos cortado tiras en papeles de muchos colores y los atamos a la bolsa, y entonces con la cuerda le damos vueltas y vueltas por encima de la cabeza, cada vez más deprisa. El papel se enrosca y cruje, luego soltamos el hilo, aquello sale disparado hacia arriba como un cometa de verdad. Se encaja en un tejado, o en la rama de algún árbol, y las tirillas de colores se quedan allí, bailando por el viento.

***

El refugio era un túnel en la montaña, y el túnel iba a dar a su patio. Estaba practicado en un muro de piedra y cemento, y estaba muy oscuro. Había cajones apilados, ellos jugaban en el patio y se metían por el agujero, pisando el suelo húmedo y oscuro, como manchado de carbón. Los cajones de madera estaban húmedos, y oscuros también. Notaban un olor muy raro. Tenían miedo de las ratas, y es claro que tenía que haberlas. Nunca supieron si el túnel llegaba a alguna parte, o si salía por el lado opuesto de la montaña. O si moría en el centro de ella, porque nadie se aventuró a llegar al final.

***

Muchas veces la encontraba lavando, retorcía la ropa con las manos, la aclaraba en la bañera donde caía un chorro de agua helada que pasaba las manos, con llagas en la yema de los dedos y en la palma. Las llagas eran profundas y sangraban, y era tan fuerte el dolor que llegaba a sumir el cuerpo en una especie de insensibilidad.

***

Los niños encontraron una bola muy brillante en la arena, uno de los niños la cogió en la mano para jugar con ella, cuando explotó y del niño sólo quedaron los trozos por la arena. Abajo, en el Tajo de la Soga.

***

Me han dicho que ha muerto Camilo. Me acuerdo de él, un muchachito desnutrido con las piernas retorcidas, con los ojos redondos como los de un gato, que veían en la oscuridad. Ha muerto, y sus ojos seguirán abiertos y verdes.

***

El tren pasaba entre chabolas, las aguas acariciaban la arena sucia donde los chiquillos correteaban desnudos. Tenían los cuerpos del color del bronce, y los pequeños sexos brincaban con sus brincos. Se oían voces destempladas en las viviendas, el agua tenía fulgores rosados, por encima de los tejados de hojalata se alzaban columnas finas de humo. Varios marengos liaban sus cigarros cerca de un montón de aparejos.

***

Mira quién es, si es el Quique. La hermana del Quique, hijoputa. Demasiao.

***

No bajé al camarote, ni siquiera sé si teníamos derecho a ocupar algún camarote, el viaje era tan corto. Por eso sacábamos billetes de tercera, viajábamos en aquella cubierta vacilante, llena de gente con ropa de verano que se agitaba al viento, con unos bancos de tablas de madera donde podía tumbarte intentando dormir, tratando de ahogar las náuseas y el mareo, después de haber tragado las pastillitas amarillas que tenían un sabor tan amargo.

***

Llevaban el alijo metido en las enaguas y hasta en los calzones. Cogían los trenes en La Línea, infladas de bolsa de café con una obesidad hecha de saquillos de azúcar.

***

Se metía el café las enaguas, y los chorizos y el azúcar, y todo lo que podía. Vivía en una casita cercana y tenía un sobrino muy listo. Además tenía un gato negro, que hacía juego con ella. El marido de la sobrina estaba en la cárcel, y su sobrina vivía allí, siempre con un niño pequeño colgado de la teta.

***

La gente se rascaba el envés de las manos, llegaban hacerse sangre a fuerza de rascar. Los niños se chupaban, para aliviarse el picor de la sarna.

***

Los colchones de borra están duros y pesan como tierra. Por la noche los bultos se me clavan en el cuerpo.

***

En cambio aquí los colchones estaban embastados, la lana se desplazaba difícilmente de un lugar a otro, facilitando la maniobra de remover. Tenían ojetes metálicos en la tela de rayas, y unas cintas pasaban de lado a lado, atadas con nudos o con pequeños lazos.

***

Toda la lana del colchón se desplazaba a un lado y a otro, o se hacía una montaña. Por eso era tan difícil, después de moverlos, lograr que la lana volviera a su sitio.

***

Las liendres brillaban como puntos de plata. Las aplastabas con las uñas y reventaban con un chasquido menudo.

***

Las sábanas heladas, por la rendija del balcón se colaba un soplo de hielo y afuera, sobre el jardín y los tejados, silbaba el aire. Yo estaba quieta encogida entre las mantas oyendo los ruidos de siempre. Un suspiro, el crujido de un somier o una respiración agitada, una queja o una interjección, y el chistar autoritario de la vigilante.

***

Parecían gentes de barrios bajos, cubiertos con pasamontañas de lana.

***

Las pelábamos con las manos, hacía tanto frío que los dedos se quedaban tiesos. Tenía la piel rojiza porque eran naranjas injertas. Echábamos las mondas a trozos en la papelera. Los gajos también estaban entreverados de un rojo sangriento, y tan fríos que se pasaban los dientes. El panecillo estaba un poco revenido, y no quedaba muy bien con la naranja, así que guardábamos el riche en el bolsillo del delantal para comerlo en clase. Cuando acababa el recreo llegaba la monja vieja tocando una campana casi tan grande como ella. En la fila dábamos pellizcos al riche y empezábamos a comerlo, mientras subíamos las escaleras.

***

Con un pantalón largo de felpa se había hecho un esquijama cuando los primeros esquijamas eran demasiado caros, y se tenía que levantar a medianoche para dar la teta la niña, y se quedaba helada, y había que encender la estufa eléctrica y se quedaba dormida en el sillón, con la niña colgada de la teta.

***

Había dejado en casa a sus hijos pequeños, y aguantaba las ganas de llorar. Entró en aquella casa que conocía de otras veces, de cuando el párroco antiguo. La madre del de ahora le abro la puerta, y la hizo pasar. Él la recibió sonriendo, con aquella expresión que daba paz a todo el mundo. Le contó lo que pasaba, que él no le daba dinero y lo pasaba mal, que cada año venía un nuevo hijo, y siempre sin dinero, y él gastando sin ton ni son. Ten paciencia, le dijo él, cada uno tiene su cruz.

***

Su propia hermana lo decía, él los quería mucho, pero podía haber atendido a las necesidades de la casa, y lo hubiera demostrado mejor. Ella aguardaba viendo la tele, pero la tele se acababa y tenía que seguir aguardando, espiando cualquier ruido en la escalera, en el ascensor que no sonaba casi nunca a esas horas, sólo cuando subía él. Porque en la casa eran gente de orden y se retiraban pronto. Empezaba a ponerse nerviosa, a temblar y trataba de leer una revista, y se le caía de las manos. Y daba vueltas arreglando cosas, pero las cosas ya estaban arregladas y entonces no tenía qué hacer. Ya de madrugada cogía el teléfono para llamar a su madre, y ella trataba de tranquilizarla. No seas tonta, sabes qué estará haciendo algo por los niños y por Ter. Acuéstate con el mayor cito, y estáte tranquila.

***

No sabía lo que era un bidé, porque nunca lo había tenido en su casa. Nos burlábamos de ella, y decíamos: "no sabe lo que es un bidé". Su hermana pequeña tampoco lo sabía.

***

PUTA

Es lo único que he heredado de mi padre, los lunares, porque no creo que mi madre los tenga. Yo estoy llena de lunares por todas partes: en la cara sobre todo, en los brazos y en las piernas y hasta en los dedos de los pies.

***

Cuando hay que borrar alguna cosa en tinta mi tía tiene un líquido que la borra. Es una cajita de cartón con dos frascos pequeños, uno con un líquido rojo y otro como agua. Pero nunca lo hace delante de mí, sino que se encierra en el dormitorio de la ventanita. ¿Por qué se esconde? Ella está embarazada y va a tener un niño, y yo pienso si no lo hará con la orina de embarazada. Así que por eso se encierra, coge la orina y la da con un pincelito y con eso se borra la tinta. Luego sale sonriente y me dice: ya está. Y yo me quedo intrigada, mirando el papel húmedo donde yo había escrito con la Kaweco negra que me echaron los reyes, y que no he perdido todavía, aunque no creo que tarde mucho.

***

El baúl panzudo estaba recubierto de hojalata de todos los colores. La tapa no encajaba bien, porque de tantas idas y venidas se le habían aflojado las bisagras, y también las chapas de metal, por lo que había que tener cuidado de no llevarse un dedo con ellas.

***

No parecía un cementerio, sino más bien un jardín. Había flores y cruces muy bonitas, y allí iba todo el que quería comprar flores y plantas de adorno, de modo que había que subir escalerillas y cuestas ajardinadas, entre lápidas de mármol y macizos floridos, y por todos lados nombres extranjeros. Vendían macetas allí, y enterraban a los protestantes. Por eso lo llamaban el cementerio Inglés.

***

Era una muchacha guapa, aunque tenía un poco de bigote y un poco de bocio, pero tenía los ojos y la sonrisa muy bonitos. Tenía las piernas torcidas, pero a pesar de todo los amigos de su tío decían que era una real hembra. Era un poco tonta.

***

Juana, la cocinera, era maliciosa. Era más flaca que Herminia, aunque mucho más lista. Guisaba muy bien el conejo con tomate.

***

Siempre le pareció un sueño, ir a vivir a la capital. Imaginaba el barrio de pequeñas villas que había conocido, y se veía en una de ellas, pequeña y acogedora. Muchas noches, antes de dormirse, soñaba despierta con la capital. Le parecía que tenía que ser como el cielo para ella.

***

Los cocos habían nacido seguramente las lentejas, y vivían en ellas. A simple vista no se veían, había que aplastar la lenteja con la cuchara y entonces salía, cocido, por el agujero. Había grandes cantidades de cocos en un solo plato de lentejas, y si no querías comértelos había que dejar los cadáveres a un lado. A la mitad te cansabas de aplastar las lentejas, y las comías con el coco dentro y sin masticarlas por si acaso.

***

El curita alto, delgado y joven, se atragantaba cuando la veía venir. Se ponía rojo, sin saber dónde esconder las manos.

***

Tomó sus manos, las tomó y las besó una y otra vez, por favor, le decía, créeme. Yo haré penitencia por ti. Yo me daré azotes por ti, haré a sangrar mi espalda por ti. Y le besaba las manos, la palma y el envés de las manos. Por favor, no desesperes.

***

Sentía los pechos turgentes, hinchados, rojos y ardiendo, y empezaba subirle la fiebre.

***

Un día vino a verla y a contarle la historia de su amiga, que había abortado y estaba en un hospital, y tenía dos hijos y un marido enfermo. En cuanto saliera del hospital iba a entrar en la cárcel, y quién se ocuparía de los niños entonces. Le dijo que no se preocupara, que lo hablaría con su tío que era el juez. Pero su tío montó en cólera. Llamó a la mujer desvergonzada y asesina.

***

Había varias camas en el piso alto y las juntábamos en las tardes de verano, sin orden ni concierto, todas en el centro del cuarto y dormíamos la siesta, sin sábanas sobre los colchones. Si dormir la siesta se le puede llamar a revolcarse muertas de risa, contar chistes y saltar sobre los colchones. El techo era bajo y abuhardillado por algunas partes, y no había puerta sino huecos de los tabiques. No recuerdo haberme nunca reído tanto como entonces, las tardes del verano durmiendo la siesta en el piso de arriba.

***

Discutían muchas veces si él llegaba tarde, y también por otras muchas cosas. Pero casi siempre el motivo era el mismo: la falta de dinero. Aquella vez sería como las otras. Además, estaba su terrible deseo. Cuando no podía satisfacerlo se ponía como loco, se le subía la sangre a la cabeza y por poco no se le salía por los ojos. Ella estaba cansada hoy, no había salido en todo el día. Pensó que sería como siempre, pero fue peor.

***

No se dio cuenta cómo cayó. Luego lo culpaba a él, porque la empujó brutalmente. El caso es que resbaló y dio con los dientes en el suelo. Los dientes saltaron, destrozados, tronchados en su raíz. El niño lloraba en su cuna, y ella lloraba también, mirándose en el espejo, por su juventud perdida. Cuando él la vio, sacó un gran cuchillo de monte y se lo dio para que lo matara. Estás loco, le dijo. Él vociferaba y el niño lloraba, y ella lloraba también. Él salió de casa dando un gran portazo.

***

El hombre estaba en cuclillas, con expresión de fiera acorralada. Otros sujetaban a su adversario, que forcejeaba. Todo el mundo miraba hacia allí. El hombre era cetrino, con aspecto de gitano, con el pelo negro y rizado.

***

Me decías que tenía siempre el culo frío, y es porque lo tenía frío siempre, picudo y frío.

***

Sería por la cicatriz que te hiciste cuando te caíste sentada en el brasero, la que no querías enseñarme nunca, y aunque estuvieras dormida te revolvías en las sábanas.

***

Casi llegaron a la casa al mismo tiempo. La gata era pequeña, la trajo Victoria la de la tía María, y dijo que se llamaba Gondolina. Ella llegó del pueblo con su risa y las mejillas coloradas. El domingo salía con las otras chicas y chicos, iban al bar y luego le contaba que no apreciaba nada de lo que allí había, porque no estaba a deseo de nada. En casa hacían todo el tiempo budines y toda clase de platos de cocina.

***

Aquella gata, infeliz e indocumentada, cayó en manos del gato de la portera. Era un gato negro y feroz, que se parecía en los ojos a su ama, que los tenía de loca. El gato sojuzgó a la Gondolina. Se la llevó al patio, debajo de la galería, y no la dejaba subir si no era para robarse la comida que luego se comía él. Era un gato chulo. La gata empezó a adelgazar, y él estaba cada vez más gordo y lustroso, y la portera tan contenta porque su gato-hijo era ya un hombre y tenía una concubina.

***

La gata empezó a adelgazar y a hacerse más huraña cada vez, apenas aparecía por la casa y cuando lo hacía tenía los pelos erizados. El pelo se le caía a corros y era una visión.

***

Cojo una horquilla y me entretengo en rascarme la oreja, y lo que más me gusta es que sale medio cegada por una pasta amarilla. Para que se llene más me rasco la otra y saco la horquilla con cuidado para que no se pierda nada. Es un bocado amargo que me gusta paladear.

***

Algo no marchaba bien. No recordaba la fecha exacta de la última regla, pero la próxima se demoraba. Se oyen tantas cosas sobre la edad terrible, y había cumplido cuarenta y cinco años. Últimamente había tenido la regla dos veces en un mes. Le duele la cabeza, lo achaca al estreñimiento o a algún defecto de la vista. Todo, antes de aceptar que llega la hora mala.

***

Y decía la Berta que no se entendía con su marido, y decía que por las noches... (contado en tercera persona, por otra persona que relata lo de una persona ajena.) O: Decía la Juana que decía la Berta que...

***

La Dorita venía de cuando en cuando a llevarse a la niña de paseo. La Dorita era muy guapa y el niño la miraba todo el tiempo, con sus grandes ojos abiertos. La señora Lucía era una mujer cordial. Su yerno tenía un bar, y ella le preparaba a diario los mejillones. Era una buena mujer, aunque no se esmerara demasiado con el polvo.

***

Pasaba la aduana con las piezas de seda enrolladas al cuerpo, o con un abrigo de astracán en pleno agosto, pasaba barras de labios en el fondo de la maleta, y todo por complacer a las amigas.

***

Le cambiaba el pelo de color, podía ser de un caoba rojizo, antes había sido negro azulado y podía convertirse en rubio cuando menos lo pensaras. Siempre había pelos en el lavabo, bien gruesos y negros, bien de un rojo caoba, y hasta podrían convertirse en rubios.

***

Para entonces ya estaba casada y era una señora respetable, ya había tenido un hijo muerto y otro que le vivía, y tenía unos suegros con finca, y criada, y una casa donde recibir a sus invitados.

***

Era un kimono negro, de seda, con unas amplias mangas que dejaban desnudo el antebrazo, con grandes rosas bordadas, rodeadas de capullos y rosas más pequeñas. La más grande de ellas estaba situada atrás, sobre el mismo trasero. Tenía hojitas verdes, y vástagos de cordoncillo.

***

Enfrente estaban construyendo un edificio de muchos pisos. Estaba sola la armazón, y una escalera de cemento, volada y sin barandilla, que subía hasta la azotea. Ciertamente, quien subía por allí no sufría de vértigo.

***

Me hallaba a mis anchas entre las candilejas, frente a las bombillas, teniendo delante algo oscuro donde apenas podía distinguir nada más que unas cabezas en primera fila, deslumbrada como estaba por la luz y el calor de los focos, escondidos tras

la hoja de lata, y debajo de una tira larga de tela verde.

***

Aquel abrigo tenía el color de una noche sin luna, su piel era brillante y suave. Se ceñía su cuerpo como una caricia, viva y zigzagueante. Rozaba su cuello y su mejilla, y la hacía sentirse dentro de un mundo muelle y encantador.

***

He oído cosas muy serias de ti, y me resisto a creerlas. Con ese gracioso rostro sin maquillar, no puedo creer que te hayas enamorado de ella, que os tengáis algo distinto a una pura amistad, me dijeron cosas de ti y de la otra y aquello me enfadó, salí en tu defensa porque estaba furiosa, y luego a solas consideré la posibilidad. Hice un esfuerzo de imaginación, y ni aún así puedo figurármelo. Aléjate de ella, cuida por lo menos de tu reputación.

***

Fue como si el mundo se viniera abajo, ellos ni se atrevían a mirarlo. Lloraba en la escalera, sin querer subir. Vamos a llamar a su casa, dijo ella, diremos que llegará tarde porque vamos a llevarlo al cine.

***

PUEBLO-ABUELA

Sujeta a los barrotes miraba el barranco, las casas blancas bordeando el tajo, y los muros enormes tallados por la naturaleza. Volaban los grajos con secos graznidos. El cielo estaba azul, en las minúsculas ventanas podías distinguir a una especie de pulga tendiendo algo que podía ser ropa, y se veían los geranios como puntos coloreados.

***

Las casas quedaban retiradas del río. La explanada estaba llena de frutales, que no llegaban nunca a madurar porque arrancábamos las frutas verdes.

***

El abuelo Manuel tomaba coñac por las mañanas para matar el gusanillo. Claro, él era un hombre basto y no un señorito. Él se había criado en la sierra y había acarreado tocino en un borrico, así que no era nada raro que quisiera matar el gusanillo cada mañana con una copa de coñac.

***

Me gusta mucho el alambique, porque desde allí hay una vista muy bonita, y sobre todo porque hay unos pavos reales que anda muy solemnes, dándose mucha importancia, y arrastrando sus colas tornasoladas. De cuando en cuando se detienen sobre el pretil, y como si se desperezaran extienden aquella orgía de color que son sus colas. Luego huyen, cuando nosotros hacemos ruido. Las rosas de pitiminí son muy pequeñas, con pétalos y sépalos diminutos. Huele muy bien, y a mí sobre todo me gusta su nombre, que suena a una cosa muy pequeña.

***

Habían sembrado los bancales de cacahuetes, porque era lo único que se daba allí. A veces se daban los tomates, enredándose en unas cañitas finas. Y había higueras con higos muy dulces, y los higos se tendían al sol cuando estaban maduros. Cuando se secaban lo bastante, había que meterlos apretados en seretes. De allí salían secos y chuchurridos, con la forma del cestillo de esparto.

***

En los comedores hay ahora unas sillas altas barnizadas, tapizadas en terciopelo de fibra. Han puesto terrazo en los suelos, para ocultar las losetas coloradas que pintaban en tiempos con almagra, y en otras partes han quitado las losetas, y las han sustituido por cerámica. Te enseñan el cuarto de baño nuevo, que ocupa el sitio del pequeño corral. Todos tienen su cuarto de baño, y el de algunos es de azulejos negros, y grifos dorados.

***

Las piedras del arroyo se transparentaban, era un agua tan limpia. Ponían el retel con el cebo en el fondo y se iban. Al cabo de un rato volvían, y sacaban el retel con los cangrejos dentro, pateando.

***

Fueron a visitar a otros parientes en un pueblo vecino, con casas bonitas y señoriales. Le mostraron la de sus antepasados. Luego le dieron a comer de un queso grande y sabroso. Todos vivían allí de la labranza, y los más ricos tenían más pares de mulas. Todos eran ahorrativos, y las mujeres zurcían los trapos de limpiar el polvo.

***

Y las mujeres eran todas tan parecidas. Iban envueltas en unas telas negras, y parecían todas viejas, porque además llevaban aquellos mantos a la cabeza, y con ellos se tapaban la cara, y dejaban asomar sólo los ojos, y sobre el manto llevaban un rodete de trapos, y encima del rodete de trapo llevaban el cántaro erguido, bamboleándose a cada paso, y siempre sin caer, como si formara una misma cosa con el cuerpo envuelto en trapos negros.

***

La escuela quedaba a la izquierda, según subías, antes de llegar al pueblo. Eran pabellones alegres con tejas coloradas, y unas ventanas grandes. No recuerda haber aprendido nada allí, si no era los mueblecitos recortados en papel, coloreados y encolados luego. Los habíamos iluminado con lápices de color, porque entonces no existían las témperas ni los rotuladores. Sólo había unas ceras muy malas, que venían en cajas de seis. También los lápices venían en cajas y asomaban por un hueco redondo, debajo del letrero "Creta polycolor".

***

Comemos carne de chivo porque no hay corderos aquí, y hay que guisarla con mucho adobo para que no sepa a bravío. Asa la pierna con especias, con clavo y nuez moscada, y luego está sabrosa y se desprende del hueso.

***

La maestra era fea, y hasta un poco jorobada. Pero los ojos no se apartaban de ella. Extendía los pequeños brazos, se erguía sobre las puntas de los pies.

***

Cogió un pedrusco y se sentó en el escalón. Llevaba la falda recogida con un puñado de almendrucos dentro. Estiró la falda y los almendrucos se esparcieron, luego lo fue golpeando uno a uno y partiendo la corteza verde claro, y luego la cáscara sin madurar todavía, y sacaba el almendruco y le despegaba la piel y estaba muy tierno, y tenía muy buen sabor.

***

Cogen los trozos de cal y los meten en un cubo, echan agua encima y empiezan a hervir, echan humo y burbujas. Al final el cubo está tan caliente como si lo hubieran puesto al fuego. Cuando han apagado la cal cogen las cañas con las brochas, las meten

en el cubo y repintan las paredes, la cal está tan espesa de tantos años de pintar y pintar que las esquinas están redondas. Las ventanas pequeñas empiezan a cegarse, y terminarán por cegarse del todo si siguen pintando.

***

Atravesaban los campos de trigo pisando entre los surcos punteados de amapolas. Le pinchaban las hierbas secas en las piernas. El trigo era tan alto que casi lo cubría, y él cogía las amapolas con cuidado de que no se rompieran. Los tallos eran verdes y peludos. También había pequeñas flores amarillas, y margaritas muy pequeñas con el corazón amarillo y los pétalos blancos. Flores con un morado muy suave. Al final, de las amapolas sólo quedaba el rabo y una bola dura, que se rompía con las uñas y tenía dentro las semillas oscuras.

***

Giran los cangilones lentamente, acarreando el agua que se derrama, el animal da vueltas con los ojos tapados y el tiempo parece detenerse. Los álamos bisbisean, a la orilla del río y entre los juncos. Cerca juegan los niños de los hortelanos. Tiran cantos al río y tienen las mejillas coloradas, como los melocotones del huerto. Una perra amarilla olisquea el camino, sale corriendo y vuelve atrás. Mira a la noria y persigue a los niños, por encima del puentecillo de tablas.

***

Conservar el asombro, usar una mirada prístina, hacia la pequeña flor rosada o las plumas de los pavos reales, como extraños apéndices donde se mezclaban el oro y las tintas violáceas del anochecer. Las bestias pateaban a las moscas verdes y tornasoladas. Agitaban las crines y volteaban las cabezas, y entonces correr por la calle empinada, pavimentada de piedras redondas. Acudir a la fuente a beber y que el agua fría te salpicara los brazos y las piernas, y se colara por el descote hasta la cintura.

***

Quedaba el panecito cuando la malva se caía. Era carnoso y de buen sabor. Algunos eran grandes, pero estaban duros y nos gustaban menos.

***

En el silencio de la tarde, cuando el pueblo dormía la siesta y el asfalto se derretía bajo el sol, cuando ni un alma pisaba las calles donde el calor achicharraba, de algún sitio surgía un relincho vibrante que cortaba el aire. Un relincho prolongado y doliente como una queja.

***

Grandes lajas de piedra formaban rampas, en el centro del pueblo. Estaban brillantes, por el resbalar de los chiquillos desde tiempo inmemorial. Mi madre se había desgastado el culo en la piedra, y la suya, y la madre de su madre, y seguramente la antepasada mora, y antes la hija de los iberos, y la de las tribus autónomas.

***

Los grajos lanzaban gritos desde las hendeduras. El eco devolvía el grito, en las quebradas del Tajo, y el vuelo oscuro salvaba el abismo. Trazaba un repentino quiebro,

y volvía a su nido bajo el puente.

***

Saca la pata galana, levanta la pata galana. Esto era así.

***

Humeaban los cajones recientes en invierno, en el centro de la calle. Eran residuos de vida enmedio del ambiente helado. Se habían detenido las caballerías un momento, dejando el montón humeante, y luego habían seguido. Y no había moscas siquiera, porque se debían haber muerto de frío. Aquello humeaba un rato y luego se apagaba, quedaban los racimos de estiércol, preñados de cajetillas.

***

Dejaban el balde debajo del grifo, que goteaba en el pequeño cobertizo, bajo la escalera. Por la noche helaba, y yo me encontraba con el cubo helado, y una larga estalactita que bajaba de la boca del grifo.

***

Subía a la alberca cuando ni siquiera había jardín, sino unos bancales sembrados de cacahuetes o de tomates. Había tomado el sendero junto al arroyo y, saltando de piedra en piedra, había llegado a la alberca que ni siquiera contenía agua, porque estaba derruida. Se sentaba en el muro y miraba abajo, a los bancales ásperos y a las matas de cañas, entre la desolación de los palmitos.

***

Allí, aljofifar era fregar el suelo con el trapo. Había tantas cosas distintas. Pintaban de almagre los zócalos, y los escalones de entrada tenían el mismo color rojo oscuro, que contrastaba con el blanco de la cal.

***

Pelábamos el grano de las espigas. Eran muy gruesos, y nos entreteníamos con eso. Pero había que tener cuidado con las raspas, no se fueran por el respiradero.

***

La dalia es hermosa, cantaban las aves. Las había de todos los colores en las macetas, grandes y pequeñas, de un tono liso o en graduaciones de color.

***

De siempre allá abajo los dos picos, en las estribaciones de la Sierra, tan iguales y grises. Al otro lado del trigo y más acá de las cordilleras azuladas, violetas y grises. Eran como dos pechos puntiagudos y el pueblito estaba detrás, en su ladera. Quería imaginar desde arriba el camino estrecho, por donde vino a caballo con su tío. Había muchos caminos como líneas abajo, y aquel vadeaba el río y luego lo cruzaba. Los cascos resbalaban en las piedras redondas. Trataba de otear desde la altura el camino de herradura, que acababa en el Hacho.

***

Luego se quitaron la sotana, llevaban el pelo planchado y oliendo a colonia, y hasta

se tomaban una copa con las chicas.

***

La mellada hizo unas gachas para todas las muchachas, nos decíamos cuando a alguna se le había caído un diente. A veces había que estarlo removiendo, el diente pendía de un hilo y se le daban vueltas, hasta que terminaba por caerse. Si no cedía le atábamos una hebra larga y tirábamos. Lo metíamos bajo la almohada, por si acaso llegaba ratón por la noche y nos dejaba una moneda.

***

En la procesión nos peleábamos por llevar el estandarte. Tenía una barra de bronce y una tela de raso, bordada con corazones que despedían llamas. También había azucenas de oro, y a los lados llevaba cordones terminados en borlas. A falta de otra cosa, sosteníamos las borlas del estandarte.

***

Encima de la basura habían dejado una pella de pipas de melón, pero antes habíamos recogido algunas y las habíamos puesto a secar en un plato, Herminia y yo. Allí estaba el resto, encima de toda la basura, con unos flecos de un amarillo claro, entre cáscaras verdes y mondas de patatas, que despedían un olor ácido y nauseabundo. Llegaba el chiquillo de las basuras, saludaba con timidez y entraba en el lavadero a recoger el cubo. A su paso, las cortinillas de mimbre se agitaban con menudos chasquidos.

***

Miraba desde arriba el pedrizal, desde las cumbres abiertas a los vientos y a los soles, y abajo se extendía el abismo hasta alcanzar el valle. No podía abarcar de una vez todo el horizonte, ni las cordilleras azules, ni el riachuelo zigzagueante abajo, con sus márgenes verdes.

***

Cogíamos matojos de flores menudas y amarillas, y otros de flores moradas. (describir las flores silvestres que tengo en el libro).

***

El chorro de agua era claro y muy frío, surgía entre las zarzas y las azaleas, lo habían encauzado en un tubo y caía en el arroyo, bajo los arbustos y sobre las márgenes en penumbra. El arroyo era limpio y transparente, y se veía el fondo de piedrecillas, y cada grano de arena. Algunas piedras estaban cubiertas de verdín. Dentro se escondían los cangrejos, confundiéndose con la arenilla del fondo. Era allí donde poníamos los reteles, unos aros con una fina red, y dentro cebo para los cangrejos.

***

Mariquilla, tu rodete un cura se lo comió creyendo que era un rosquete. Así te decía la abuela.

***

Llevaban el cántaro apoyado en un rodete de telas sobre la cabeza. De modo que el cántaro parecía formar un todo con el cuerpo, con la figura negra que subía la cuesta empinada, sobre las piedras redondas, contoneándose apenas, erguida bajo el peso del cántaro con el perfil de una diosa de Egipto.

***

Se ha arregazaban las amplias faldas negras de percal, se las echaban a la cabeza...

***

En un rincón estaba el almocafre, un hornillo de patas hecho de hierro, los carbones relucían dentro con un tono blanco de tan rojo, y encima había una olla humeante.

***

A la cencerrada acudía medio pueblo, todos lo chiquillos estaban allí. De madrugada golpeaban cacerolas y sartenes, y tocaban el almirez. Otros llevaban cencerros, todos tocaban y alborotaban al mismo tiempo, delante de los escalones de la iglesia. Estaban frente al ayuntamiento y los mirábamos desde la ventana, porque no nos dejaban salir. Era algo extraño y misterioso. Luego supe que cuando pasaba aquello, era que alguna mocita se había marchado con el novio.

***

Hacíamos el engrudo con agua y harina, la mezclábamos bien para que no tuviera grumos, la amasábamos con los dedos y luego con los dedos untábamos el cromo por detrás, y lo apretábamos contra el álbum. A veces, algunos grumos quedaban en relieve.

***

Le había caído encima el café y le escaldó la cara, el pecho y las piernas, pero mira por cuanto fue la única que se salvó de la catástrofe. Todos murieron en la riada, menos ella. Todos estaban en el comedor menos ella, la casa reventó justo debajo y los arrastró a todos, cuando llegaron a la calle el agua los había desnudado y nadaban en cueros entre muebles, ropas y cerdos que chillaban, antes de terminar ahogándose.

***

Pedíamos al monago los recortes de oblea, los guardaba en una caja y eran los sobrantes de las hostias. Estaban en negativo los pequeños redondeles y eran como biscuit crujiente que se deshacía en la saliva.

***

Cuando los mozos hacían lagarejos tomaban un racimo de las uvas más oscuras, y lo mezclaban con la tierra. Agarraban entre varios a una moza, y le frotaban aquello en el culo.

***

De noche en la plaza se encendían los cohetes. Tío los había mandado traer de la capital, eran manojos de cañas muy finas y atados unos paquetes con una mecha.

Un hombre prendía la mecha, sujetaba apenas la caña que se escapaba de entre los dedos, subiendo como un rayo y estallando arriba en una lluvia de colores. Al día siguiente, los niños encontrábamos aquellas cañas finas esparcidas en la plaza y en todo el pueblo.

***

Todos tenían apodos en el pueblo: el Culo-oscuro, la Culo-rata, y todos por el estilo.

***

En las procesiones del pueblo llevamos un estandarte muy bonito. Es de raso blanco y tiene pintada una Virgen, y unas azucenas por el otro lado. Tiene flecos de oro, y a los lados caen dos cordones con borlas. Una niña lleva el estandarte, y las otras se pelean por llevar las borlas.

***

La Virgen era pequeña, tenía un manto blanco y una corona de oro con piedras. También el niño tenía una corona igual, pero más pequeña. La Virgen, el día de la fiesta, llevaba una alfombra de amapolas hechas con papel de seda rojo. Tu abuela había hecho aquellas flores, y tú la habías ayudado.

***

Parecía crecer y crecer, y su voz tenía modulaciones de órgano. Y contaba historias y las niñas la miraban todo el tiempo, con los ojos alucinados.

***

Eran chiquitas y tenían un sabor dulce y perfumado. Podían comerse varias de una vez, y no tenían pipas. Se llamaban acerolas, eran coloraditas y lindas, como de cera roja con ribetes amarillos.

***

Ondulaciones suaves, tonos cálidos primero y luego, en lontananza, más fríos cada vez. Tonos azulados, violeta, rosados como el arrebol, y arriba un azul más terso que el del aguamarina.

***

Habían asfaltado las calles hasta lo más alto, de modo que ya no era preciso andar por encima de piedras. Ahora casi se resbalaba más. Las invitaron a gaseosa en varios sitios. En el estanco había varias mujeres de edad vestidas de negro, y otra algo más joven con el pelo teñido de rubio. Las gaseosas apetecían, porque estaban frescas y hacía demasiado calor.

***

La vereda partía del pueblo, subía zigzagueando hacia la cima entre masas de roca blanqueadas, giraba una y otra vez hasta encontrar el camino de herradura. Subíamos por allí hasta la ermita, y en primavera el campo se llenaba de amapolas.

***

El zaguán en penumbra, fuera el sol derretía las piedras, las bestias cansinas resbalaban en el picadero, y dentro el frescor del patio, y el agua de la fuente con su sonido cristalino.

***

TIENE QUE HABER UNA CONVERSACIÓN EN QUE UNA O VARIAS SEÑORAS DEL PUEBLO DIGAN QUE AL CURA LO HAN MATADO (O SEA IDO) POR ROJO.

***

Criábamos gusanos de seda. Eras una experta, y los tuyos se hacían más gordos, y los capullos eran más grandes y amarillos. Además, te nacían algunos capullos blancos. Cortabas por la mitad los gusanos, para ver lo que tenían dentro.

***

Las bellotas tenían dura la cáscara marrón, había que despegar luego el pellejito en la carne rugosa porque estaba áspero. Guardábamos las cápsulas y las encajábamos en los dedos, a modo de pequeños dedales, uno en cada dedo. Se les daba de comida a los cerdos, y las vendían en los puestos.

***

Eran dulces las algarrobas, se habían desprendido del árbol y estaban esparcidas en la tierra del camino. Las vainas oscuras y tiernas guardaban las pipas con las que hacían los rosarios. Antes de madurar habían sido ásperas, de tal forma que acorchaban la lengua y las paredes de la boca. Las vendían las mujeres en los puestos, junto con las bellotas y otras cosas.

***

Adornamos con flores tu cayado de pastora; eran flores de tela muy bonitas, de colores muy vivos, y las compramos en la florista que vivía por debajo de casa del abuelo. Había allí margaritas, blancas y amarillas, amapolas rojas y campanillas azules.

***

Las veía saltar en los caminos de Castilla, tenían el vientre blanco y las alas negras y un pico largo, avanzaban a pequeños saltos las urracas. Alguien dijo que también se llamaban maricas, o picazas. También decían que robaban las cosas brillantes y las guardaban en su nido.

***

Recuerdo unas viñas no lejos del Molino, había que tomar la carretera hacia Quintana del Puente y estaban a la izquierda, en la carretera de asfalto flanqueada de gruesos árboles, en los que habían trazado una ancha banda de cal.

***

Hacíamos farolillos de papel con calados caprichosos, dejábamos un agujero para la vela y así no se manchaba la falda del vestido, aunque lo más seguro era que la de atrás te manchara la falda, con su vela, y con algo de suerte también te prendiera la mantilla, y a poco más salieras ardiendo.

***

En pleno invierno la cellisca azotaba las desnudas laderas. El cielo estaba gris, golpes de viento hacían resonar el pantano como un órgano.

***

Dejabas caer las gotas en la mano, gotas ardientes que se enfriaban y se quedaban duras. Redondas y blancas, las despegabas con la uña y estaban prendidas de los de vellos, tirabas y dolía un poco y se desprendía la gota, redonda y blanca.

***

Bajo el sol achicharrante un caballo cansino, los cascos resonando en el silencio de la calle, las maderas cerradas, piedras centelleantes, y un asno pequeño vivamente enjaezado con un serrano encima, la cabeza doblada sobre el pecho y las piernas colgando, como trapos, los pies calzados de alpargatas casi tocando el suelo.

***

Había fotografías en las paredes, retratos heredados de los padres, en un color sepia que el tiempo había descolorido. Había fotos de boda y del servicio militar, y de primeras comuniones, y viejos que habían ido al pueblo grande a retratarse, porque aquí ni siquiera había fotógrafo.

***

Usaban como adorno las plumas de los pavos reales. Estaban en un búcaro de cristal adornando la entrada, o en el centro de la mesa con tapete alargado que llamaban camino de mesa. Todas las mesas tenían su tapete, y las sillas el asiento de aneas. En los aparadores había juegos de China de colores pálidos, fileteados de oro.

***

Blanqueaban las casas en la calle del Cauce, veías todo el tiempo las mujeres con sus vestidos negros, con pañuelos negros a la cabeza, las mejillas curtidas llena de goterones de cal, gotas en el percal de los vestidos, y en los pañuelos de la cabeza. En las fachadas, las aristas se habían redondeado a fuerza de capas de cal.

***

Los muros, antes encalados, estaban ahora empapelados con colores chillones. En cada casa había un tresillo y un mueble-bar con la televisión, una mesita baja y alargada con un cristal encima, y ya no estaban los carteros bordados en sedas de colores chillones en la pared, ni las fotos de los militares, ni de los viejos, ni de los niños. Ahora había cuadros grandes, reproducciones malas con marcos dorados.

***

El taller, y hasta la callejuela estrecha, se llenaba de virutas rizadas y blancas. Algunas eran anchas, desprendían un olor agradable a madera fresca y estaban sobre un lecho de serrín, que se metía por las narices cuando pasábamos por la calleja, yendo desde la plaza del casino a la plaza de toros. Había que tener cuidado y rodear, para no tropezar con tablones apilados sobre la acera mínima.

***

Sonaban los cencerros en el silencio de la tarde, su tintineo saltaba entre las

greñas. Arriba asomaba una cabra o se ocultaba luego, el sol se había ido y quedaba una especie de bruma, las piedras veteaban de blanco, y un airecillo fresco se colaba en la blusa, y despeinaba ligeramente el cabello.

***

Encalaban las paredes con brochas atadas en una caña larga. Echaban los trozos de cal viva en un cubo y encima agua, y aquello hervía. Cuando se apagaba la cal se mezclaba azulete, y así las paredes parecían más blancas.

***

Cuando éramos pequeñas, había compañías modestas que daban funciones de teatro los cebaderos. Se colocaban sillas, y se montaba un pequeño escenario.

***

El báculo de San José era una vara dorada y hueca, y arriba habían metido unas azucenas blancas de trapo. San José parecía una buena persona, un hombre algo viejo, en lugar de parecer un muchacho, como luego nos dijeron que fue.

***

Había que tirar del cordón de la campanilla, y un sonido como de cristal rompía el silencio. Quedaba vibrando en los cristales, había que aguardar un minuto y oías las pisadas sobre el suelo de mármol blanco.

***

Las campánulas remontaban la tapia, caían hacia adelante como un manto verde y azul, se extendían alargando los vástagos, junto a los granados de frutos ácidos que nadie comía, porque había que haberlos injertado. Por encima del grifo que goteaba, junto a los tiestos de claveles y de geranios.

***

Había un taco de asperón en el fregadero, cogía un poco con el estropajo y frotaba la sartén, la aclaraba luego muchas veces hasta que estaba como un espejo.

***

Se arrastraba dando culadas, y fue así como un día se clavó una astilla de la tarima de madera.

***

Me dan avenates y tan pronto estoy triste como contenta, siempre me ha pasado así, pero la abuela me comprende y por eso la quiero, lástima que tenga que ir al colegio. Aprender tantas cosas como enseñan en el colegio, y que me lleven de aquí.

***

Compraban las bulas en la sacristía de la iglesia, una vez cada año. Algunas eran de peseta, como la de Jesusa y la mía, porque ninguna teníamos ingresos. Les daban un papel con el precio de cada bula, y lo guardaban en un cajón hasta el año siguiente. Entonces sabías que estaba dispensada de muchos ayunos y abstinencias, alguien me dijo que era un privilegio para España, o algo así, desde que luchamos con los moros.

Era la bula de la Santa Cruzada.

***

Oía caer el agua en el aljibe, bajo el suelo del patio. Soñaba a veces con el aljibe, con que lo tenía bajo los pies, que la loseta del aljibe se quedaba abierta y había un hueco negro abajo. Y que en el fondo negro y brillante se reflejaba un trocito de cielo, y que luego temblaba y se borraba. Nadie hubiera dicho que hubiera un pozo allí, debajo de la fuente de los peces, que tenía una rana en cada esquina soltando un chorrito por la boca y enmedio un surtidor. Nadie hubiera dicho que debajo de las losas de mármol, que fregaban una y otra vez con vinagre para que brillaran, hubiera un hueco negro y profundo que se llamaba aljibe.

***

El Tato y la Lala murieron con unas horas de diferencia. La enferma crónica era ella, en realidad, y cuando él enfermó de colitis ella no se enteró. Y cuando él murió, a ella no se lo dijeron. No necesitaron decírselo, ella lo supo enseguida. En cuanto no lo vio a su lado.

***

Decían de él que tenía un carácter muy fuerte, y de ella que era una santa. Tuvieron dos hijos una hija, pero uno de los varones murió joven. La hija vivió noventa años, cada vez más pequeña, al final subiendo con trabajo las escaleras de casa de su único hermano, abrumada bajo la curva de su espalda.

***

El otro varón se casó joven. A su padre no le gustaban ni su novia, ni el hecho de que escribiera versos. El matrimonio lo pasó mal en los primeros tiempos de su boda, pero luego él consiguió la cátedra y empezó a publicar sus libros. Mientras, llegaban los hijos hasta un número de diez. El corazón de ella no era fuerte, y cuando murió tenía poco más de cuarenta años. Siempre había varias amas en la casa criando a los hijos, y llegaron a juntarse tres al mismo tiempo. Se las cuidaba a cuerpo de rey, y los niños querían a la suya como a una segunda madre.

***

Cuando la madre murió, el mayor de los hijos tenía veinte años, y la más pequeña dos o tres. El mayor era de carácter colérico. Sus hermanos lo temían más que lo querían. Vestía con elegancia y frecuentaba lugares distinguidos de la ciudad. Hacía la carrera de abogado, mientras que sus hermanos estudiaban medicina. Uno de ellos era desharrapado, visitaban las tascas y sus amigos eran gente sencilla. Obreros, o hijos de obrero.

***

La mayor de las hembras hizo estudios de francés, y pronto quedó incorporada a la academia como profesora. Tuvo un novio, de quien estaba muy enamorada. Pero el novio murió, como era común entonces, de tuberculosis. Ella no volvió a querer a nadie.

***

Cuando vino la guerra él estaba enfermo y lo internaron en el hospital. Él tenía un

primo que era médico, y le tenía envidia por cosas de las tierras. Lo mandó buscar, lo sacaron de la cama y se lo llevaron a la sierra. Bueno, esto se ha sabido hace poco, porque al principio no se supo nada, más que lo había sacado de la cama y se lo habían llevado, porque así lo contaron los que estaban con él. Luego, uno del pueblo que se había escondido vio cómo lo quemaban en el campo, sin matarlo siquiera primero. Sólo encontraron sus cenizas, y dentro los gemelos que llevaba en la camisa aquel día. Llevaron las cenizas a enterrar.

***

Yo creía que a la abuela se le había puesto el pelo blanco de la pena, porque tenía mucha pena. Pero dice mi padre que lo tenía teñido hasta entonces, y se lo dejó de teñir. Pero la abuela no es rencorosa, y no ha querido denunciar al culpable. Es buena, y todos la llaman doña Victoria.

***

La abuela me mima, porque soy su nieta mayor, y dicen que la preferida. Estoy deseando siempre que me den las vacaciones para venirme con ella, y mi madre también está deseando que me las den para mandarme con ella. Y ella de que yo venga, y me manda hacer vestidos porque dice que estoy desnuda, y además dice que estoy falta de padre, y que por qué la manía de mi padre de no querer que me hagan agujeros en las orejas.

***

Afortunadamente, después que su primer hijo nació muerto no volvió a tener contratiempos en los partos. Al mayor lo crió al pecho durante el primer año de su vida, y no tuvo más enfermedades que las corrientes en los niños. El segundo fue más difícil: de pequeño padeció una cierta intolerancia por los alimentos. Pero a los tres años la contrariedad había desaparecido, y desde entonces la salud del muchacho mejoró.

***

En cuarto al tercero, siempre fue un niño feo pero muy fuerte. Aún así, resultaba una heroicidad conseguir que se tragara la papilla de frutas. Después, llegó a desear alguna vez que comiera algo menos. Era un chiquillo atlético, huesudo, con una gran dureza física, y extrovertido. No le preocupaba su porvenir. En cuanto a la pequeña, padeció una extraña enfermedad a la que sobrevivió de milagro. Fueron unos días angustiosos.

***

La mayor era una niña robusta, de buen carácter, y casi nunca estuvo enferma, como se ha dicho.

***

También tiene la abuela una caja llena de carretes con hilos de colores. Son carretes de madera, con un agujero enmedio, y los dos extremos tienen dos etiquetas redonditas donde dice Fabra y Coats. Los hilos son muy finos, y los hay de todo los colores, casi todos muy suaves. Están desde siempre ahí, metidos en su caja dentro un armario del comedor de arriba. No se usan nunca, pero la abuela los guarda y dice que cuando se muera sacarán esto, y se lo darán a las monjitas.

***

Sobre la mesa del comedor de arriba hay un tapete alargado, de malla negra y bordado con lanas de colores. Tiene también flecos de colores, hechos con lanas. Encima hay un frutero de metal, con un plato encima de cristal tallado.

***

La mesa tiene cuatro cajones, dos a cada lado, que no se usan pero que se abren y se cierran con mucha suavidad. A mí me gusta registrarlos, aunque siempre encuentro las mismas cosas: un paquete lleno de confetti, redondelitos en colores pálidos. Antes los echaban a la calle en carnaval, pero ahora el carnaval está prohibido, los papelillos están prohibidos, y yo los miro como una cosa prohibida.

***

Las tijeritas de la abuela son pequeñas y están articuladas. Muchas veces las lleva en el bolsillo. Se doblan por la mitad, y así las puntas quedan resguardadas y no pueden clavarse. Parecen hechas a mano, son bastas pero cortan muy bien.

***

La máquina de coser de la abuela no tiene pie, hay que darle a la rueda con una manivela. Hace un ruido muy suave al coser. La canilla no es redonda como las de ahora, sino de una forma parecida a una bala, y tiene una parte dorada donde se engancha el hilo. Yo he aprendido a coser en la máquina de la abuela.

***

El patio era como tantos otros de por allí. Tenía un zócalo alto de azulejos sevillanos, estaba encalado por arriba y siempre muy blanco. Los suelos eran de mármol blanco, lo mismo que los del corredor y el zaguán. Enmedio había una fuente, con un surtidor enmedio y cuatro ranas en las cuatro esquinas. Había un grifo debajo de la fuente, debajo de un cuadrado de mármol sujeto con un clavo grande, y dentro estaban los grifos del surtidor y de las ranas. En el patio había macetas de geranios y fucsias, y un macetón metido en una caldera de cobre con asas, y en el macetón una palmera fénix. En los poyetes de las ventanas había cactus de todas clases, macetas vidriadas y pequeñas. Era muy fácil descuidarse y pincharse con los cactus.

***

La parte alta del armario tenía cristales, y los habían dado pintura blanca por dentro. Allí estaba la vajilla buena de Limoges, y también la otra sevillana en blanco y negro, y los juegos de café antiguos, y la cristalería con las iniciales esmeriladas. Abajo el armario tenía puertas de madera, con cajas de membrillo vacías, herramientas y otras muchas cosas. El armario tenía cajones pintados de blanco, y la cocinera guardaba su velo doblado pinchado con un alfiler, los pañuelos que olían a perfume y un libro de misa con estampas de primera comunión. Guardaba también su dinero, que le pedía prestado a menudo.

***

Da vueltas y vueltas a la cuchara de palo, moviendo el azúcar y el agua. Sentía los lengüetazos del fuego en la muñeca, mientras el líquido hervía con burbujas doradas. Cuando notaba una cierta resistencia en las vueltas tomaba el almíbar con la cuchara

y lo hacía caer, en un hilo transparente.

***

Ella dice que el corazón de la manzana se llama carozo. Yo digo que eso será en Galicia, pero no aquí. Yo limpio la manzana con la manga, luego me la empiezo a comer rodeando el corazón y las pepitas, y acabo comiéndome las pepitas y el corazón, y hasta el rabillo de la manzana.

***

Su madre cocía unas margaritas amarillas que se llamaban camomila. Luego le aclaraba el pelo con el agua, y el pelo se ponía más claro y más brillante.

***

Ahora veo que estás ahí, a la vuelta de cualquier esquina, paliando una injusticia o aliviando un dolor, que no te has ido ni me has dejado y que sigues indefinidamente, sin poder desprenderte de esta obligación que te has impuesto, que te cargaste un día sin saber que no tan fácilmente podrías deshacerte de ella.

***

Nunca pensé que un ataúd pudiera ser tan estrecho. Es que además de estrecho es incómodo. Siempre fuiste muy comodona.

***

Llevaban velos alargados y estrechos, de tul negro con remate de encaje, y había otros pequeños y redondos que apenas alcanzaban para cubrir la cabeza. Sujetaban el velo con un alfiler de cabeza gorda, que luego dejaban pinchado en el velo. Si olvidaban el velo tenían que quedarse atrás, medio escondidas, para no ser motivo de escándalo.

***

Rociaba con agua la ropa demasiado seca y hacía un envuelto apretado con ella, la ponía un lado, y luego con la plancha caliente la secaba del todo, y quedaba planchada y tiesa que daba gusto verla.

***

Se sentaba en la umbría, los membrillos estaban verdes todavía y la hiedra reptaba, arrancando el yeso con sus uñas. El pilar de riego goteaba y las rosas estaban marchitas, los pétalos caídos entre los macizos, despidiendo un aroma espeso.

***

Las ventanas que daban al patio tenían en el alféizar macetas pequeñas y vidriadas, con plantas de cactos. Había que tener cuidado y no posar la mano allí, porque hasta una corriente de aire podía clavarte las espinas invisibles.

***

El viejo candil estaba colgado en la pared en casa de la abuela, aunque ya no se usaba nunca. Pero a ella le gustaba tenerlo. Era puntiagudo, como la lámpara de Aladino. Brillaba en la pared del comedor, tenía una mecha en la punta que ya no se

usaba, y una panza donde metían el aceite. Pero ahora estaba seco, y servía de adorno en el comedor.

***

Detrás de las cancelas de hierro negro estaba los patios en penumbra con esparragueras y aspidistras, con aromas de sopa y sombra de palmera. Los suelos eran de mármol blanco y los zócalos de color. Se oía entrechocar la loza en la cocina. Un rayo de sol, entrando por la montera, iluminaba los bronces y los cobres rojizos.

***

La abuela tiene guardados unos trajes antiguos. Hay uno como de baile, de seda rosa, y tiene cosidas unas barritas de cristal transparente que parecen de hielo o de escarcha. Son muy bonitas y brillan mucho. Una amiga de la tía quería llevarse el vestido para quitarle las barritas, porque dice que otra vez se llevan mucho. Hay otro de terciopelo marrón, labrado, muy suave y fino. El labrado forma dibujos. Tiene nesgas y mucho vuelo por abajo. Tiene un olor especial, como a naftalina y un poquito a sudado.

***

El gramófono pequeño le ha tocado a la tía en una rifa. Tiene una caja pequeña, de madera clara y barnizada. Tiene una manivela muy pequeña, que queda encajada dentro cuando no se usa. Los discos son casi tan chicos como una galleta María.

***

La abuela viste de negro desde que se murió el abuelo.

***

Atesoraba pequeños recuerdos, a veces no lograba distinguir lo que eran recuerdos de lo que no lo eran. Por eso, no sabía si recordaba o inventaba a un niño de bonitos ojos y pelo rizado, que le formaba bucles en torno a la cabeza. Lo veía manejar un triciclo, le parecía recordar que no tenía madre y que vivía con su padre. Así, con una mezcla de invenciones y de recuerdos, cristalizó en su mente aquel primer amor. Incluso le dio un nombre, no sé si recordado o inventado, y hasta le puso dos apellidos, quizá porque en su confusión no quería dejar ni un cabo suelto acerca de su realidad.

***

Quitaban la piel verde y rugosa de la calabaza y aparecía la carne, fofa y anaranjada, con pipas largas y blancas. La troceaban, para echarla en el cocido. Luego los trozos se ponían muy blandos, se ahilaban mezclándose con la sopa y los garbanzos. A mí me daban asco, trataba de retirar la carne anaranjada de la calabaza, pero siempre quedaba algo entreverado entre los garbanzos y la sopa.

***

Además el cocido andaluz era caldoso, se servía todo mezclado, la verdura con la carne y la legumbre, y no se apartaban más que la carne y el embutido, y eso no siempre. Por contra, el cocido castellano era seco, los garbanzos los escurrían y los servían con tomate frito. Era mucho más agradables y sabrosos.

***

Vieron también a una mujer alta y blanca que se parecía a Victoria. No era extraño, porque las dos habían sido primas segundas. Era asombroso el parecido. El pelo, la frente, la tez. Ésta era un poco más guapa y tenía los ojos más bonitos, unos ojos marrones y grandes. Pero el cuerpo era el de Victoria, y el pelo también.

***

La placa era de hierro y estaba pintada de un negro brillante, y encima del negro habían pintado pájaros de colores. Estaba siempre puesta porque la chimenea no se usaba nunca, o al menos no había visto que se usara. Porque la abuela acostumbraba a sentarse en una mesa con faldillas, en un extremo de la cocina, con un brasero de picón de orujo que hacía nacer cabrillas en sus piernas. Eran cabrillas anaranjadas sobre la piel muy blanca.

***

Han estado mucho tiempo sin saber qué era del abuelo Manuel. Luego han sabido que lo había matado, y cómo, y es cuando mi madre se ha puesto de luto. Luego ha estado mucho tiempo de luto.

***

La abuela se corta los callos de los pies con una cuchilla de afeitar. A veces se pasa y se hace sangre. En la despensa junto a la cocina están los racimos de uvas, convirtiéndose en racimos de pasas.

***

Daba una firma al brasero de cuando en cuando, para que no se apagara y conservar el calor. Con la badila formaba un montículo con las cenizas, por encima del carbón.

***

Se oían pasos en el claustro y un timbre, se veía por las ventanas el pequeño jardín, que daba la casa del cura, y tú te habías transfigurado, tus manos no eran sarmentosas sino las de una hábil concertista, y en tu nariz no parecía que hubiera verruga. Y aunque la hubiera era imperceptible, porque la tapaba la inspiración. Y tu boca arrugada se estiraba en una sonrisa, mientras yo pasaba las hojas, cada vez más segura.

***

La abuela tenía baúles con vestidos antiguos de terciopelo y cuentas de cristal. Allí estaban las cartas de Ramón, el antiguo novio de mi tía. Había una fotografía dedicada de un hombre con bigote, que ella miraba con nostalgia.

***

La despensa tenía baldas de madera, era muy grande y estaba junto a la cocina. La abuela tapaba las baldas con tiras de papel pintado que vendían en las tiendas, con cuadros azules y blancos o con dibujos de colores. En una tinaja panzuda guardaban las aceitunas, y las sacaban con un cazo de porcelana con agujeros. El caldo se escurría y las aceitunas se quedaban. Antes de meterlas allí las habían machacado,

tenían una raja por donde asomaba el hueso. Dentro del líquido oscuro había ramas de laurel. Las ponían a diario en la comida, junto con los rábanos y el salchichón.

***

El cuarto de baño tenía una banqueta, donde se sentaba la abuela a que le arreglara el pelo la peinadora.

***

La abuela enhebraba la aguja con perlé de Fabra y Coats, hacía un nudito en el hilo enrollándolo en un dedo, y le enseñaba el punto de cruz en el trozo de panamá. Le enseñaba letras y grecas con flores, que venían en el cuadernillo apaisado.

***

Había sillones de mimbre y mecedoras de madera, con los asientos de rejilla. A veces se rompían los asientos y la abuela los mandaba reponer, y quedaban como nuevos. Al final ella decía que se había puesto muy caro renovar los asientos. Se sentaba allí algunos ratos y se quedaba quieta, si leer ni mirar a ningún lado, como si pensara. Era muy cordial y cariñosa, aunque no le gustaban las alharacas.

***

La azotea de la abuela tenía barandilla de hierro sobre el patio. Si el toldo azul y blanco estaba descorrido, podía verse la fuente desde allí, las mecedoras y las macetas.

***

La escalera tenía azulejos sevillanos también, y una balaustrada de madera clara y brillante. Había pinturas en los techos y un farol de hierro, colgado de una cadena. Aprovechando el hueco de la escalera estaba la alacena, con techo abuhardillado, donde la abuela guardaba embutidos y las guindas en aguardiente. Las tenía metidas en unos grandes frascos. Me gustaban mucho las guindas, y ella las sacaba con una cuchara y volvía a guardar el frasco. La alacena tenía una puerta pequeña con una mirilla como las de los confesionarios.

***

En el corredor había un perchero, donde colgaban los sombreros y los paraguas. Había maceteros de hierro con las patas muy altas. La puerta del zaguán era de cristal esmerilado, por la noche se veía la luz de la calle reflejada en el granulado del cristal. También veían a la criada que hablaba con el novio fuera. Luego ella le decía que la había visto besarse con su novio.

***

Tenía mucha revistas de labores, se llamaban Mani di Fata y estaban escritas en italiano. Eran apaisadas y venían dobladas por la mitad. Eran bordados para hacer a máquina, y por eso tenía la abuela tantos carretes de hilo.

***

Cuando ella murió, el tío abrió la caja de caudales y sacó unos pendientes. Le dio tanta pena que se levantó de la mesa y se subió para llorar a solas.

***

Había un lavabo en el dormitorio de la abuela, un mueble de madera con espejo alargado y un mármol. En el mármol había un agujero donde encajaba la palangana. Era una palangana bonita, con flores y paisajes, y unas señoras montando en un columpio. El jarro de agua hacía juego con la palangana. Se metía en una puertecita del mueble y además cabían otras cosas, como cajas de zapatos. Pero el lavabo antiguo no se usaba nunca, porque tenían el cuarto de baño.

***

Ella decía que los huevos batidos se volvían oscuros cuando se les había echado la sal. Además le gustaba batirlos bien, para que no se quedaran mocosos.

***

Parecía mentira que aquella mujer sumida y diminuta fuera la madre de Dorita. Parecía una anciana. Ponía la tabla de planchar, iba espurreando la ropa y poniéndola a un lado, y se pasaba la tarde planchando, mientras charlaba sin parar.

***

Desaparecieron varios dormitorios, quizá para evitar que se ocuparan. Pero la gente llegaba lo mismo, y ahora había que acomodarla en colchones sobre las alfombras, o en sofás, o incluso entre los sillones y las sillas. Todos los días llegaba a la casa un nuevo objeto: un jarrón de porcelana o nuevos platos de pared, o el reloj que parecía una caja de muertos, y que tenía un cristal que subía y bajaba como una guillotina.

***

Hacía una trenza con las hebras de colores, amarillas verdes azules y de color rosa. Había un rosa más pálido y otro más fuerte, y un rojo encendido. Cuando ya estaba hecha la trenza podía sujetar un extremo con la mano izquierda, y tirar con la derecha de un hilo de color, sin que la trenza se deshiciera. De esa forma se podía conservar en orden el costurero. Tenía un dedal de plata con una franja de esmalte, y en el esmalte unas flores diminutas.

***

Ponían la ropa en un barreño de zinc, cuidadosamente superpuesta, y la cubrían con un paño blanco. Rociaban el paño con cenizas y echaban encima el agua ardiente. Era la colada, que desinfectaba y blanqueaban la ropa.

***

Doblaba el trozo de papel sobre sí mismo, una y otra vez, para hacer un alfiletero. Luego colocaba los alfileres de un azul porcelana, y los había rojos y menudos, y otros verdes, de cabeza gruesa. Los había de perla, de los que usan en las bodas. Jugaban al montón, tiraban una piedra contra la arena que ocultaba los alfileres. Las más hábiles desenterraban los de las otras, y los añadían a su colección.

***

Era una viejita angelical, atada de siempre a su silla había sido el paño de lágrimas de todo el mundo. Tenía el carácter pacífico y unas manos de oro. Hacía pañitos de crochet y colchas de crochet, y se levantaba con trabajo apoyada en su bastón. Cuando

posaba el pie en el suelo su rostro se crispaba de dolor. Pero era un momento, luego volvía la sonrisa. Le gustaba jugar a las cartas y hacer trampas descaradas, no para engañar a nadie sino para hacer reír. Y la sonrisa no la abandonaba nunca.

***

Por la noche nos lleva a despedirnos de las viejas. Las viejas están en un cuadro en la escalera, van por un sendero de nieve, envueltas en sus mantones. En el cielo hay un anochecer de invierno, los árboles están pelados y en la ventana de una casa han encendido una luz. Las viejas tienen la cara casi tan blanca como la misma nieve, y los ojos negros como carbones.

***

Los cierros tenían visillos blancos y almidonados. Allí al lado la abuela tenía el costurero y la caja de los hilos, y ella cromos recortados en colores brillantes y barritas de regaliz. Se encerraba en el hueco del cierro, sobre la acera, la gente pasaba a su altura sin verla, aunque ella los veía muy bien, y de esa forma no pertenecía a la calle ni tampoco a la casa, porque había cerrado las maderas. Allí podía leer tranquila los cuentos de Marujita, y las historias del Flecha Guerrero. Y el libro tan bonito que su madre le leyó cuando pequeña, de una niña repipi que se llamaba Alicia, y que ahora podía leer ella misma, aunque fuera despacio.

***

Fue aquella aparición, aquella mujer alta y blanca y de buen porte, con unas crenchas blancas sobre la frente, dejando entrever la piel rosada de la cabeza, de una cabeza tan digna como la de ella, erguida sobre un cuello blanco como la nieve. Unos pechos firmes pese a la vejez, sobre un talle de matrona antiguo. Y las manos de marfil cruzadas en posición de absoluta calma, y entonces revivió otros ojos, otro pelo y otro cuerpo semejante, también erguido y señorial.

***

Abrimos la caja de bombones con todo cuidado, la caja tan bonita que ella nos mandó con tanto cariño, y fue abrir la tapa y salieron volando mariposas por la habitación. Eran pequeñas y juguetonas, muy suaves y huidizas, y mamá casi se muere del asco, porque además había capullos en los bombones, entre hilos de telaraña como de seda.

***

Siempre se lo decía: se podría tan gorda como la madre abadesa, la que tiene el culo como una artesa.

***

Habrá que echarle una firma al brasero. El ambiente era frío y las casas no reunían condiciones. Había que quitar la alambrera y coger la badila, que había resbalado y estaba bajo la camilla. Se levantaban las faldillas y subía la bofetada de calor. Se reunían las brasas en el centro, nada de desperdigarlas o el brasero se apagaría.

***

Con el dinero que me da la abuela compro sobrecitos de canela en rama. Vienen

en un papelillo doblado. La muerdo y la chupo, hasta que pierde el sabor y la escupo entonces. El sabor me dura un buen rato en la boca.

***

Hay que sujetar el cañamazo a la tela para guiarse con los hilos y hacer la crucetilla. Hay que contar los hilos con el cuadernito apaisado con dibujos de colorines. Tiene mariposas y flores, luego la tela se pone blanda por el sudor, y hay que chupar el hilo porque se escapa de la aguja. Al final el hilo no es verde ni azul, no tiene color hasta que al final no se lave el mantel y salgan los colores.

***

Tiene un bolsillo en el vestido de seda negra, y es ahí donde escarba cuando viene un pobre a pedir, o cuando ha sonado el pregón de los barquillos de canela y yo me voy a la calle. Me he limpiado los zapatos con búfalo blanco, me he duchado y me he cambiado de vestido. Ella mete dos dedos en el bolsillo pequeño, saca unas monedas y me las da.

***

Le empezaban a salir cabrillas en las piernas como a la abuela. Eran del brasero, y le entró miedo de que las piernas se le pusieran como a la abuela, llenas de ramalazos color naranja que no se le quitaban nunca ya.

***

La abuela se dejó de teñir las canas cuando mataron al abuelo. Yo creí siempre, porque mi madre se lo creía, que ella había encanecido en tan poco tiempo. Pero luego vino mi padre con sus precisiones científicas, diciendo que aquello era clínicamente imposible. La solución era más fácil: la abuela había dejado de teñirse el pelo.

***

Por eso avanza en su carrera de pintora, sin nada a qué asirse fuera de ella. Con un marido abúlico y sin ambiciones, porque ni siquiera las que tenía las desarrollaba por pereza. Vivir consigo misma y con sus recuerdos. Pinta sin trabajo, como si el pincel lo hiciera solo, llena lienzos y al mismo tiempo va quedando vacía de amargura.

***

Así que se dedicó a bordar pañuelos y a rumiar su neurosis, bordó docena de pañuelos y jugó al ping-pong en los sótanos de la universidad. Hasta que un día decidió abandonar todo aquello y dedicarse a la fructífera actividad del paseo. Entreverada con la confección de sábanas y servilletas para la fecha problemática de su boda.

***

Los cuatro brillantes parecían trozos de hielo sobre la aguja de oro. Iban montados al aire sobre platino. Mientras hablaban miraba aquellas piedras, y el rumor de lo que decían se apagaba en la contemplación de aquellos cuatro botones de fuego.

***

Eran cortinas de malla amarillo-mostaza, con pájaros recortados en negro.

***

Procuraba cuidar su alimentación, darle la comidas adecuadas.

***

En los techos del comedor de la abuela hay pinturas muy bonitas. Antes no las había, pero las hicieron los pintores cuando la abuela fue a vivir ahí. Hay guirnaldas y un cuadro en cada esquina, con perdices o con flores, o con racimos de uvas moradas.

***

Se mojaban las telas primero para quitarles el apresto, y para que no encogieran al lavarlas. El agua quedaba pegajosa de goma.

***

El más pequeño nació endeble. La veta debía estar un tanto agotada. Era un niño precioso, de ojos claros, pero enseguida empezó a torcerlos. Apenas pudo criarlo, porque no le quedaba leche.

***

Llegábamos a la sacristía, y allí una monja contestaba desde el otro lado del torno. El tono giraba, y aparecía el frasco grande de cristal, lleno de cabello de ángel.

***

Le colgaba del cuello una trompetilla de madera clara, cuando queríamos decirle algo se ponía la trompetilla en la oreja y se agachaba, para que le habláramos.

***

Poco a poco se fue reduciendo la familia.

***

Además de ella había otras sirvientas en la casa, después que los hijos crecieron, y se despidió a las amas. Estaba la señora Amalia, una viejita de pelo blanco, cortado como un paje, a quien él conoció cuando ya vivía con las monjas de la beneficencia. Era muy parlanchina, y le contaba que había acompañado a sus tías, cuando iban al teatro. Se ponían muy elegantes, y tenían reservada una platea en el local más lujoso de la ciudad. Al final, la señora Amalia no tenía nada de decorativo.

***

Andaba zarceando por todos lados, abría los cajones donde siempre veía las mismas cosas, revolvía las revistas de labores, subía al trastero y abría las cortinillas de cretona del armario, y allí estaban los trajes de seda y de terciopelo labrado.

***

La abuela lo amenazaba con zurrarlo, pero él hacía novillos una y otra vez y en lugar de asistir a clase en los salesianos se bajaba al río, al sitio que llamaban la Presa, y allí se bañaba en pleno invierno con los otros chicos.

***

La tía Arsenia; la tía Flor, Lucila.

***

Ya nunca volverá a pensar: estoy vacío, porque el Señor es misericordioso y hace fructificar el vientre estéril de la anciana, y florecer la mente de los que le sirven, en la más provecta ancianidad... El Señor es mi pastor, nada me falta. Él me apacienta entre lirios.

***

Así que, cuando ella murió, se hizo cargo de la cocina y de otros muchos menesteres. Todos los hijos la consideraron desde entonces como una segunda madre. Las hijas se fueron casando y también los varones.

***

Se han empeñado en que deje de morderme las uñas, y han comprado un líquido amargo que se llama acíbar, y me lo untan en los dedos. Pero la abuela ha cogido el jarro de porcelana que está un poco desportillado, ha echado agua en el lavabo que desagua en un cubo, y me ha lavado las manos. Me ha quitado esa cosa amarga, ella sí que es como es debido.

***

Las lámparas de pie estaban recogidas, envueltas en plásticos transparentes para que no entrara el polvo dentro. Habían cubierto los asientos de las sillas, y la mesa con su paño de galones de oro. Los marcos de los cuadros lucían con un resplandor dorado. Había allí un molino con una bestia atada, y el molinero caminaba hacia el río, un río misterioso y lleno de sombras. Allí, los árboles descolgaban sus ramas desmayadas. El cielo era difuso, con nubes grises y doradas.

***

Arrimaba la silla, y encajaba un plato hondo entre las piernas, cogía el chícharo y reventaba la vaina y caían las bolitas verdes en el plato, como una cascada, con un menudo golpeteo. Pero una vez sí y otra también los guisantes no acababan pelados en el plato sino en la boca, tan dulces y tiernos eran. El cubo de la basura puesto a un lado recogía las cáscaras inútiles. Al final quedaban mermados, y había pocos más que para hacer una tortilla.

***

El cabello de ángel lo sacaban de la cidra, una calabaza pequeña, y lo metían en frascos de cristal. No le gustaba el cabello de ángel, aunque su aspecto era tan bonito. Como el pelo de un hada, brillante y de color miel. Con eso rellenaban los pasteles, y su hermana se lo comía a cucharadas.

***

Cocían las manzanas en almíbar, o cocían los tomates. Hervían las perolas, y había que meter aquello en botes y botellas. Pero a veces a medianoche empezaba como un tiroteo, saltaban con tanta fuerza los tapones que llegaban al techo, y al mismo tiempo saltaba el tomate por la fermentación. Se ponían los techos perdidos de tomate. La mermelada de manzanas criaba una costra de moho.

***

Había una criada grande y gallega, con un lenguaje difícil de entender. Según su

amiga estaba divorciada, y tenía varias hijas divorciadas también.

***

Los cojines de la sala están pintados en seda, con pinturas que brillan como el metal. Tienen dibujos chinos y borlas de madera, forradas con hilos de oro.

***

La abuela dice lechuga y puñamera.

***

Husmeaba en la despensa y había papelillos, hilillos rojos de azafrán y bolitas negras de pimienta, o pequeñas cortezas de canela en rama.

***

Las marquesitas estaban engastadas en los medallones de plata, y tenían casi su mismo color. Formaban arabescos, pequeños rosetones de partículas brillantes, sin gran valor pero muy decorativos.

***

Allí estaban los materiales para las flores de trapo. Había pétalos de rosa y azucenas, unos muy suaves y otros duros. Había rabos de alambre, con un papel de seda verde enroscado, y había hojas de tela, y pistilos alargados, y rabitos finos de cera que remataban en una bola amarilla, la abuela los usaba para hacer las flores que luego mandaba la Virgen.

***

Buscaron la zaragatona por todos lados, nadie conocía aquello pese a que ella daba toda clase de explicaciones, eran una bolitas oscuras que había que cocer y servían de fijador para el pelo. También servían de laxante. Por fin un herbolario dio con un puñado de aquellas semillas, en el fondo de un frasco floreado, como los de las boticas antiguas.

***

El armario largo del dormitorio de la abuela tenía muchas puertas con cristales pintados en blanco. Era tan grande que nos metíamos dentro, y recorríamos la habitación de punta a punta. Había ropa dentro.

***

Ponían el quinqué en el antepecho de la ventana. Era de hojalata verde y humeaba, por encima del tubo del cristal se alzaba una fina columna de humo, y la luz de la llama temblaba en la página de la novela. Al rato cerraban los ojos, los apretaban con los dedos, los abrían y cerraban varias veces hasta que dejaban de doler.

***

Son las doce y han sonado las campanadas de la iglesia, las de la sala y las del comedor. Sueltan las labores y cruzan las manos, porque es la hora del ángelus.

***

Era una miel blanca y endurecida, con grumos de azúcar, que se quedaba adherida a la orza de barro. Ponía un poco en el plato hondo y la mezclaba con el agua, hasta que se deshacían los grumos. Era el hidromiel, mi padre y todos sus hermanos y hermanas habían hecho lo mismo que yo hacía ahora. Luego la tomaba a sorbetones con una cuchara.

***

Vendían los polvos sueltos en la droguería, y lo dejaban todo como si hubiera sido de oro. Se mezclaban con goma para que no se despegaran después.

***

Había heredado de su madre y ella de la suya, aquella gargantilla de perlas desiguales y pequeñas y las llamaba aljófar. Se lo contaba con una voz muy dulce, y una mirada muy dulce también. Y era importante, porque su madre se había muerto, y tenía unas manos tan bonitas y pálidas, y la cara muy pálida, con la nariz un poco grande.

***

Le gustaba la ropa tan blanca como los ampos de la nieve. Por eso, cuando la niña volvía del colegio, ponía el grito en el cielo y preparaba la colada, hasta que aquella ropa gris tomaba el blanco de toda la ropa de la casa.

***

Siempre hay un frasco de brillantina en la repisa del lavabo de las criadas, la usan para marcarse las ondas y llevar el pelo brillante, y ponen perdidas las almohadas. Es un frasco pequeño con etiqueta, con la boca estrecha y un tapón que se cierra a rosca.

***

Arrancaba tiras en el bacalao salado y seco, y le gustaba masticarlas. De ese modo se comía bacalaos enteros, curados y con toda la sal.

***

Volcaba en el bol un café negro y humeante, cogía un trozo de pan y lo migaba dentro, lentamente, como quien lleva a cabo un rito. Luego lo sacaba y se lo comía con una cuchara grande.

***

Le han traído unos moros unas babuchas bordadas en plata, y anda con ellas en chancletas todo el día. Tienen la suela de una piel muy fina, y suenan chac-chac.

***

El asilo de los viejos en una casa grande al borde del Tajo, hecha de ladrillos y con varias torres. Allí quería pasar la abuela los años de su vejez.

***

Zurcía con primor, cogía la tela del revés y pasaba la aguja con puntadas diminutas. Volvía a pasar y repasar hasta que se tapaba el agujero, siempre por el

revés.

***

El tocino añejo está lleno de sal, tiene una costra con algunos pelos y está entreverado de jamón. En el cocido coge un color de miel, y da muy buen sabor.

***

Servían platos de cascajo en Navidad, nueces y avellanas y almendras partidas, pero con sus cáscaras.

***

Las mujeres permanecían inmóviles en la cama, había que guardar la cuarentena. No era extraño que la embolia acabara con ellas. Días y días sangrando, con un larguísimo periodo que parecía no fuera a terminarse nunca.

***

Hay que sacar la bula, porque llega la Cuaresma. Hay que cubrir los santos con paños morados, pronto serán los ejercicios espirituales.

***

Durante más de doce años se dedicó a la recría.

***

También me gusta mirar al picadero por la ventana, aunque apenas si puedo ver nada detrás.

***

En el patio hay un macetón grande con una palmera. Está metida en una caldera de cobre, abollada por los golpes, rematada por un aro oscuro. La caldera tiene tres asas.

***

Para merendar compramos bizcotelas. Son pasteles bañados con una crema amarilla como de yema. También compramos caramelos de menta para la abuela.

***

La abuela llevaba un aderezo de piedras negras, que se llamaban azabache, y que no era más que trocitos de carbón endurecido. Fue después de que perdiera el brillante de la sortija, gordo como un garbanzo gordo, después de que levantaran todas las cañerías de la casa sin encontrarlo.

***

Ordenaba los alfileres por colores, colorados con colorados y una fila de añil, luego marrones y los amarillos, unos transparentes y otros traslúcidos, o como de ágata. Incluso los había de cabeza de perla, como los que se usan en las bodas.

***

Asoleaban la ropa en la azotea, la extendían en los baldosines chorreando y

cuando se secaba la rociaban con agua jabonosa. Luego se endurecía, tomando la forma de las losas. La enjuagaban con el agua clara y abundante, y cuando soltaba el jabón se volvía a tender, pero no sobre las baldosas. La prendían en los alambres que cruzaban la azotea de parte a parte, y la sujetaban con pinzas de madera.

***

Las berenjenas tenían un rabito verde y áspero, mi madre las cortaba en rajas finas y la rebozaba para freírlas. Eran brillantes, de color morado.

***

Tenía las piernas delgadas y llenas de cabrillas. Gracias a las medias, no se le veían las pantorrillas cruzadas de ramalazos de un color naranja. A fuerza de tiempo ya no se borraban nunca, ni siquiera en verano.

***

Al abuelo casi no lo he conocido, recuerdo haberlo visto sólo una vez, aunque es seguro que he tenido que verlo muchas más. El abuelo había sido muy pobre, y por fin se había hecho muy rico, o bastante, trabajando mucho. No dejaba que sus hijos hablaran en la mesa sin pedir permiso, y tenían que besarlo por la mañana y por la noche, y también cada vez que lo encontraban por la calle, y eso que como el pueblo era pequeño se encontraban a cada paso.

***

Lo del abuelo Manuel ha sido una cosa muy triste. Había sido alcalde cuando el rey, y había tenido el retrato del Rey en su despacho.

***

Me gustaba la canción que cantaban mis tíos cuando llegaban de la guerra, que decía: "Que te tumbo niña que te tumbo, que te tumbo que te tumbaré". La abuela les regaña porque cantan eso delante de mí, y yo no hago más que pensar por qué les regañará por eso. Tampoco les deja cantar delante de mí lo de la *Lechera*. No comprendo ninguna de estas cosas.

***

La Jesu servía el chocolate en la jícara y el chocolate chorreaba, luego se quedaba seco y dulce, el molinillo de madera se quedaba dentro y se secaba, yo lo rebañaba con el dedo, chupaba la pasta oscura que se quedaba pegada en el dedo, rebañaba la chocolatera hasta dejarla pelada de limpia.

***

De pronto empezaba aquel tufo y era que el carbón no se quemaba bien, y había que abrir las ventanas, no fuéramos asfixiarnos con el gas. Con la badila se le daba una firma al brasero, y se apilaba el picón.

***

Abuela barruntaba la lluvia, conocía los cambios de tiempo, miraba el cielo azul por encima del patio y decía: "No va a tardar en llover".

***

No vayas a perderme las gafas, me dijo la abuela; yo me puse las gafas de sol, porque tenía los ojos colorados de la conjuntivitis. Eran grandes y con los cristales ahumados, y salí a la calle con ellas. Cuando volví, había perdido las gafas.

***

Había agremanes anchos y estrechos, de seda verde o gruesos y algodonosos, bien colocados en los estantes. Había borlas de un rosa salmón, y remates para las cortinas, y un hombre solícito tratando de complacer a todo el mundo, que se habría pasado la vida entre borlas y agremanes.

***

Daba un corte a las castañas y las metía en el horno. Pronto empezaban a explotar como balines.

***

La piel de los membrillos era suave y estaba cubierta de pelusilla, que salía al frotarla con los dedos. Los trozos de carne amarilla hervían en el agua con el azúcar, hasta quedarse blandos. Se guardaban en la despensa hasta que se enfriaban, o en la fresquera con una tela metálica sobre el jardín.

***

Envolvía la pastilla de azulete en un trapo pequeño y la ataba, luego la agitaba la abuela y la pastilla se derretía, derramando sangre azul. El agua se hacía de un azul cada vez más intenso.

***

Al morir la madre se hizo cargo de la casa una hija de catorce años, ya que la mayor era poco dispuesta para las tareas domésticas. Ésta, según parece, no era aficionada a los estudios y desde aquel momento los dejó. Se dedicó a atender a su padre y a sus hermanos, alguna muy pequeña. También la vieja criada fue sostén de aquella familia de huérfanos. Era hija de una cocinera de hotel. Su madre había sido aficionada a la bebida, y ella llevaba camino de serlo. Pero la difunta se había hecho cargo de ella, la llevó a su casa y trató de liberarla de las malas influencias. Aún así, la chica tuvo escaramuzas con la bebida.

***

Apañar, vocablo entrañable con resonancias de niñez. No se decía arreglar sino apañar, la abuela lo decía. Hay que apañar tal cosa o tal otra, está rota y hay que apañarla. Apañar un buen postre, un conejo con tomate, o la casa para que vengan a pasar el verano. Palabra con sabor inédito, como un revulsivo semejante a la consabida magdalena mojada en el té.

***

Tú me ayudas, y yo agradezco tu bondadosa providencia.

***

Llevaba una túnica blanca de gasa ceñida al cuerpo, llevaba un velo de lo mismo

por la cabeza, y una trenza gorda hecha también con la misma tela que le costó a mi madre un ojo de la cara. "No volverás a hacer funciones en el colegio", me dijo, "mientras yo tenga que costear el disfraz".

***

A la pequeña la peinaba con tupé, le empapaba el pelo con limón y entonces el pelo se oscurecía y quedaba duro, pero antes de endurecerse mi madre lo había moldeado en graciosos rizos alrededor de la cabeza.

***

Brasero de picón o cisco de orujo, se apiñaban en torno a la camilla porque la casa era demasiado grande, estaba abierta a todos los vientos por el patio, el tiempo era frío y los vientos ululaban entre las quebradas del Tajo.

***

Bandejas de plata en el comedor, con asas cinceladas, y casi todas tenían sus iniciales junto con las de la abuela. Había juegos de plata de café, y un tibor de cristal floreado con una tapadera plateada.

***

Quién lo hubiera dicho, el aceite de ricino con un color como de fresa, y luego aquel sabor tan asqueroso que daba náuseas.

***

Tenía una sombrerera de cartón, una caja cilíndrica y chata de un color claro, estaba forrada en papel de colorines y le colgaban unas cintas de seda. Nunca guardaba sombreros allí, y sí otras muchas cosas. En todos los viajes nos acompañaba la sombrerera.

***

En cambio ella nos proveía de sombreros, compraba los de moda y no los desechaba nunca, sino que guardaba sombreros en el altillo del armario y los tenía de todas clases. Los había pequeños, de terciopelo granate o negro, y de topé con pequeñas plumas, otros de fieltro como casquetes, otros grandes, de gasa, y había para el gusto de todas, cada una escogía suyo para las bodas, y nadie compraba sombreros sino ella.

***

Aunque tenía un aspecto antiguo, la radio tenía un sonido muy bonito. El abuelo se sentaba muy cerca, para escuchar las noticias, y también el ciego Felipe se sentaba cerca cuando iba a casa por la tarde para escuchar un poquito la radio, inclinaba la cabeza con aquellos ojos blancos y los labios abiertos en una sonrisa, golpeaba el suelo con el bastón llevando al compás, se levantaba luego y salía tanteando. Bajaba uno a uno los escalones hasta el descansillo, y yo lo miraba desde el ventanuco.

***

Sumerge el hisopo en el acetre, se vuelve con él la mano y lanza el agua bendita en gotas menudas sobre los bancos encerados y solitarios. En el último banco suspira

una vieja, y el suspiro se queda prendido en las paredes de cal.

***

Azuleaba la ropa tendida en los alambres, se agitaba suavemente al aire serrano, y quedaba traspillada por el sol.

***

En la caldera sacaba las escorias, una masa llena de poros y agujeros. Eran las montañas del nacimiento, de un negro gris como lava de volcán.

***

Con la botella iba alisando la masa de las empanadillas. La extendía sobre el mármol de la mesa, y cuando estaba fina la cortaba en redondeles con un vaso. Doblaba la masa sobre el relleno, remataba aquella media luna con los dientes del tenedor. Al entrar en el aceite ardiente de la sartén, se inflaban como buñuelos.

***

La abuela me llamaba espino majoleto, porque no me dejaba besar. No sé por qué se extrañaba, porque a ella le sucedía lo que a mí.

***

Cada familia tenía uno o varios mendigos, que acudían un día fijo cada semana, y llamaban a la puerta a primera hora de la tarde y la criada les abría sabiendo ya que era el mendigo, él traía una fiambrera y una bolsa de tela y la criada le llenaba la bolsa de pan duro, y la fiambrera con las sobras de la comida.

***

Las macetas de esparraguera pendían de cadenilla doradas. Los tiestos eran vidriados, de color verde, y las plantas se derramaban como nubecillas. Estaban salpicadas de unas bolitas de color verde claro.

***

Abuela me daba estampas de San Antonio con el niño en brazos, o de San Juan Bosco, o de la Milagrosa, con rayos que le salían de las manos. Comprábamos láminas de estampas, con toda clase de santos y santas. Las recortábamos con tijeras, y la guardábamos en una caja.

***

Separaban uno a uno los mechones de pelo hasta la raíz, y miraban con cuidado. Enseguida los descubrían, oscuros y movedizos. Había que tener maña para atraparlos. Los echaban en la palangana con agua, y allí pataleaban. Las liendres eran diminutas y brillaban como perlas. Eran los huevos de los piojos y estaban agarradas al pelo, de forma que la única manera de sacarlas era arrastrándolas hasta la punta.

***

Abuela tenía terror al espiritismo, uno de sus hijos lo practicaba. Decían que llamaba a su mujer muerta, y hablaba con ella. "No llevéis a la niña a esas películas, que luego pasa lo que pasa". Nunca supe en realidad sí el tío hablaba o no con su mujer.

Guardaba sus joyas en un cajón de la mesa, y yo lo sorprendía mirándolas.

***

Abuela mandaba traer aguardiente, lo echaba en un frasco grande de cristal y metía las guindas por la boca ancha. Al principio estaban coloradas, pero luego se oscurecían y engordaban. Cuando estaban borrachas las sacaba con una cuchara de palo, crujían al morderlas y se reventaban en la boca.

***

Todos sus zapatos tomaban una forma personal. Todos acababan teniendo la misma, y no porque se torcieran los tacones, que también se torcían, sino porque la piel se estiraba del lado del juanete. Así, aunque viera los zapatos vacíos, era como si estuviera viendo sus pies.

***

Metía la ropa en un baúl, y lo rociaba con bolas de alcanfor. Eran bolitas blancas que brillaban a la luz, parecían de azúcar y daban ganas de comérselas. Si no fuera porque abuela decía que tenían veneno, las niñas podía morirse sólo con comerse una bolita de aquéllas. Al principio eran como canicas gordas, pero se deshacían, y al final del verano eran como cabezas de alfiler.

***

Se sentaba en la despensa grande junto a la cocina, en una silla baja. La despensa tenía vigas en el techo, y de allí colgaban los racimos de uvas pasas. Cogía una cuchilla y, con atención cuidadosa, se rebanaba los callos de los pies.

***

Eran llaves grandes y pesadas, como si aún no se hubiera inventado el llavín. La del portal era la mayor de todas, también lo era la de la portería, y la del chamizo donde se guardaban el carbón y las bicicletas. La del desván era alargada y más fina. Había que darle dos vueltas, la cerradura chirriaba y se abría una puerta estrecha y alta, dando paso a las escaleras empinadas y oscuras. Había que subir con cuidado para no tropezar con una de las botellas vacías que alguien había colocado a los lados, y hacerlas caer rodando los escalones de vieja madera.

***

Había un altillo junto al corredor del piso de arriba, a un lado estaban los dormitorios de mis primos que me parecían unos cuartos tan grandes, y a la izquierda la puerta del altillo estaba siempre cerrada. Cuando mi tía abría la puerta entrábamos en un cuarto largo y estrecho, de techo abuhardillado. Había allí una cómoda de grandes cajones, tía nos enseñaba las tacitas de porcelana como dedales, del juego de café. Tenían su diminuto azucarero, y su jarrita, todo sobre una bandeja de porcelana tan grande como una galleta María. Las ventanas daban al jardín donde estaba la palmera, y el pozo con la bomba, y la celestina que trepaba por el muro y se quedaba pegada a las manos, y unas macetas de fucsias, y unas grandes hortensias.

***

Era un olor a almizcle, aunque no sé por qué digo esto porque en realidad nunca

ha sabido cómo olía el almizcle.

***

Eras tú quien asaba el lechazo en todas las solemnidades. Lo servías crujiente, con una salsa dorada que sabía un poco a vinagre, y no estaba crudo ni demasiado hecho, en un punto que dominabas como nadie.

***

A mí me huele a diablo. Como si el diablo apareciera y desapareciera, dejando un olor a almizcle. Por no sé si el olor es a azufre. Sí, debe ser a azufre.

***

Los dulces boniatos asados que chorreaban almíbar, la piel se despegaba sola y quedaba la carne rosada o amarilla, tan dulce y tierna que se deshacía en la boca. Mamá juntaba aquella carne con azúcar molida, y hacía unas croquetas alargadas que envolvía en azúcar. Luego las colocaba en ringleras en una fuente.

***

En cambio allí todas las casas eran antiguas, tenían portales oscuros, escaleras estrechas y en el portón un arco de medio punto, algunas incluso patios con columnas y grandes losas en el suelo, y hasta un pozo en el centro con un brocal de piedra. Las maderas eran oscuras, y había alacenas y maderas nobles. Todo aquello lo derribaron.

***

Quiero recordar sus manos, no puedo recordar sus manos pero sé que eran cuadradas y muy blancas, y que en el dedo anular lucía una sortija con una piedra centelleante.

***

Largos rezos del rosario, lo de menos era el rosario en sí que guiaba a mi tía vestida de negro, contestábamos como sonámbulas y luego estaban las letanías, y después la salve, y el padrenuestro por los difuntos y otro por las intenciones de nuestro santo padre y así hasta quince padrenuestros, con avemaría y gloria. Se nos abría la boca y ahogábamos los bostezos, pero todavía quedaban las jaculatorias.

***

Ristras de ajos con sus pajas trenzadas, los gruesos dientes panzudos sobresaliendo de la trenza, colgando junto a los atados de guindillas coloradas, o pimientos chirles.

***

El tapete era de paño oscuro y tenía dibujos de cadeneta, la cadeneta era de seda de colores, y si empezaba a desprenderse y tirabas del cabo se deshacía toda, te llevabas las flores y las hojas, y no quedaba más que un pequeño rastro más oscuro en la tela.

***

La tinaja de las aceitunas tenía una tapa de madera, dentro estaban las aceitunas

aliñadas con laurel y con otras hierbas, las había machacado primero y algunas enseñaban el hueso, luego se habían esponjado y oscurecido metidas en aquel líquido de salmuera.

***

Me ponía delante un bol de café negro, y una fuente con tejeringos. La abuela me daba el aceite de ricino mezclado en una taza grande con el café negro, y desde entonces aborrecí el café.

***

Y en la fuente las tajadas de sandía, tan jugosas y coloradas, con unas pipas gordas y negras que me gustaba masticar, la abuela me regañaba siempre por lo de la apendicitis.

***

La botella de sifón gruesa y grande con una manija, el líquido burbujeaba hendido por la varilla de cristal, y si apretabas de cualquier manera la manija podías ponerte perdido de sifón. Cuando se terminaba el líquido mandaban a Rosario al bar, y se lo cambiaban por uno lleno. Había botellas verdosas, y otras eran blancas o de un azul muy claro.

***

Siempre ponía rabanitos para comer con la sopa. Los servía en un entremesero, estaban pelados y abiertos en cuatro, unos eran dulces y otros picaban mucho.

***

Una torta de chicharrones grande, redonda, y la abuela me daba un trozo para merendarla con el café. Tenía pedazos como de carne frita, muy sabrosos.

***

Rosario cogía el soplillo de esparto, era redondo y plano y con un mango de madera, lo meneaba delante de la cocina y el fuego se avivaba, yo miraba, y a través de la ventanilla del fondo salía una cascada de brasas incandescentes.

***

La colcha era de seda rosa, se había lavado muchas veces y la seda se abría. Los años que yo estuve viendo aquella colcha, un poco escasa para la cama de hierro niquelado.

***

Tus croquetas tenían por fuera una cascarilla churruscada, y la pasta se derramaba de tierna al partirlas con el tenedor. Solía comer una o dos, la saboreaba despacio y yo aguardaba, sabiendo que podría comer todas las que quedaban en la fuentecilla.

***

Para pelar los pichones había que escaldarlos primero. Y en las brasas de la cocina, una vez desplumados, había que chamuscar los cañones de las alas y de las

colas.

***

Luego, ella dijo que podían picarse los dientes con los caramelos, lo había leído en algún lado, pero yo no me resignaba y pensaba que lo decía por ahorrárselos.

***

Metía la escobilla en la cáustica, y el líquido amarillo corría luego por los canales de cemento, entre pellas de grasa.

***

La chaira colgaba de una alcayata sobre el fogón. De cuando en cuando la cocinera alcanzaba el hierro y frotaba los cuchillos, que despedían chispas con el roce.

***

Se lava la cara con una manopla de felpa. Siempre está la manopla colgada junto al lavabo.

***

Cerraba la puerta y entraba en la cocina, salía llevando en la mano una bolsa con mendrugos y una fiambrera con sobras de comida. Que Dios se lo pague, decía el mendigo. A veces también le daba unas monedas, y el mendigo lo agradecía dándose golpes en el pecho.

***

Yo no sé cómo se las arreglaba para que la miel, de suyo fluida, tomara aquella consistencia correosa y se endureciera, una vez que la había vertido formando barritas encima del mármol blanco de la mesa. Quizás alguna vieja del pueblo conozca el secreto. O alguna hija de una vieja, y podría enseñarme el secreto de las barritas correosas que se llamaban arropías.

***

Guardaba las partituras ordenadas en el musiquero negro con puertas sencillas, las buscábamos allí cuando íbamos a hacer una función que podía ser una zarzuela antigua, y había que trabajar entonces de lo lindo.

***

Mechaba la carne con una aguja de hacer punto, metía tirillas de tocino y la adobaba y la asaba despacio, luego la servía cortada en lonchas finas con aquella salsa deliciosa que le salía tan bien.

***

Olía a naftalina, las bolas empequeñecidas rodaban hasta el fondo del arcón, después del verano aireaban la ropa, pero ni aún así se veía libre del olor.

***

Había cuatro mecedoras, una en cada ángulo del patio. Los pequeños nos las disputábamos, y nos mecíamos tan fuerte que el asiento se desplazaba, a pique de

acabar con las macetas de fucsias.

***

La lombarda de Nochebuena tenía un sabor dulzón y suave, y un color que tiraba a morado. Le echabas un chorro de vinagre y entonces era de color de rosa, poco a poco, según iba cayendo el chorro de vinagre.

***

Bailaba el linóleo del pasillo con sendas bayetas bajo los pies, repetía el vaivén, o golpeaba el suelo rítmicamente con el talón, iba y venía navegando sobre las balletas, los brazos agitándose a los lados, mientras la cera se abrillantaba entre las balletas y el linóleo.

***

En el toallero, junto a las toallas de felpa, había otras de hilo con encajes y con las iniciales bordadas. Las bordó mi madre de pequeña, cuando estaba interna en el colegio con las monjas.

***

La Jesu guisaba los corderos y me guardaba las tabas. También se las pedía al carnicero. Cuando había reunido un buen número las cocía, junto con un lazo de terciopelo. Según fuera el color de la cinta, así las tabas eran rojas o verdes, amarillas o azules. Las frotabas con un paño de lana y brillaban, y aquel color no se les iba nunca.

***

No se encontraba pan entonces, la abuela tenía que amasarlo los jueves en la despensa grande junto a la cocina, donde estaba el tinajón de las aceitunas. Mezclaba el agua con la harina y un poco de levadura, trabajaba la masa haciendo girar los puños, la golpeaba y amasaba de nuevo, luego daba forma los panes retorciéndolos y aplastándolos contra la tabla, formaba cestillos alrededor de los huevos y lo mandaba todo al horno para que lo cocieran.

***

La abuela cosía sentada en una pequeña silla de aneas, desde donde miraba el paseo de la calle, a través de los cristales del cierro. El asiento era liso por arriba, pero por debajo se veían los nudos y las trabazones.

***

Cada vez veía menos, sus ojos se estaban nublando con las cataratas, andaba a tientas por la casa, y apenas si podía salir a la calle. Luego quedó completamente ciega y tuvieron que operarla. Según oí decir que dijo, luego veía tan bien como no había visto en su vida. Ahora le parecía que todo se le venía encima.

***

La finca aquella se llamaba el Baldío, yo no la conocí, pero sé que era una finca grande con cerdos y cabras, árboles frutales y alcornoques. De cuando en cuando los colonos visitaban a la abuela, y ella los invitaba a café, en tazones de porcelana blanca.

***

Una vez en el cementerio me gustaba ver la extensión de cruces blancas, y menos las de hierro con volutas, que muchas veces estaban pintadas y se habían llenado de orín. Pero me gustaban los templetes de formas caprichosas, con nombres conocidos del pueblo. En los muros había huecos de nichos, casi todos con flores marchitas. Algunos tenían fotos descoloridas por el sol.

***

Tenía un barómetro muy bonito, de porcelana ribeteada de oro. Tenía figuras de damas en colores pálidos, y guirnaldas de rosas. En el centro había algo parecido a un reloj, que señalaba muchas cosas que yo no entendía. Estaba colgado en la pared, por encima de las vitrinas de abanicos y dedales esmaltados, pequeños estuches de marfil calado con adornos de ágata, joyeros de fina porcelana y ribetes de oro. Había una mesa con tapas de cristal y piedras preciosas sin engastar, amarillas y gruesas, o rojas, o moradas.

***

Había allí sillas torneadas, talladas con guirnaldas caprichosas y tapizadas en seda. La seda había empezado a abrirse. Había pebeteros, candiles viejos de hierro como pájaros, miniaturas y animalillos de cristal traslúcido. La tía zascandileaba todo el tiempo entre tanta maravilla, el pelo sujeto a la cabeza con horquillas y un delantal de cocina planchado y limpio. Al cerrar el cajón del aparador, tintineaban las lágrimas de cristal de un aplique isabelino. Encima del trinchero había bandejas de plata.

***

Hablaban de mi bisabuelo, de su mal genio y de su rectitud, y de que era muy buen médico. También hablaban de su esposa, una mujer muy dulce y santa. Los dos murieron casi al mismo tiempo, extraña compenetración.

***

Y no siempre te siento con tanta viveza, quizá no sea bueno que contemple cara a cara el misterio demasiado a menudo. Quizá la luz me pudiera cegar. Por eso parece que te vas aunque estás ahí, yo lo sé, te haces a un lado para dejar que la vida transcurra y yo con ella, porque mis ojos son débiles y pudieran dañarse.

***

La abuela no era amiga de fotografías, por eso no teníamos ninguna. Era alta y blanca, bien plantada, con unos pómulos un poco salientes.

***

Abuelo es catedrático, me decían. Yo no sabía lo que era un catedrático, pero debía ser algo muy serio. Por eso mi abuelo me pareció muy serio, aunque luego me percaté de que también podía ser cariñoso si se lo proponía.

***

La caja lacada era negra y brillante, y tenía una escena de chinos, los chinos tenían las pequeñas caras de hueso o marfil, y había nácar en sus kimonos, y también puntitos dorados.

***

La coqueta era horrenda, tenía un espejo redondo y a los lados cajoncillos de mayor a menor, formando escalones. Dentro estaban los libros de misa y los velos doblados, prendidos con alfiler de perla. Había estampas religiosas y guantes de piel, y un cepillo de limpiar la ropa, en una puertecilla abajo las zapatillas de paño de papá, con grandes lengüetas de cuadros grises. Sobre la coqueta estaba el espejo de plata que le regalaron a mi madre cuando niña, por haber bailado la Tarántula encima de una mesa.

***

Muchas veces tenías visita, eran caballeros canosos que se sentaban frente a ti en el patio, cerca de la ventana de la cocina. Te consultaban sobre asuntos de negocios o sobre los animales, y a mí me parecía natural, como si todas las abuelas del mundo acostumbraran a hablar con sus visitas de subidas y bajadas de bolsa.

***

Tenías el pelo tan blanco y casi siempre sonreías, y no me acordaba siquiera de que tus dientes blancos e iguales no era ya los tuyos, que no podían ser los tuyos sino unos postizos, porque nunca te veía sin ellos, y eso que dormía en una cama al lado de la tuya.

***

Era bajita y tenía la nariz larga, pelos en la barbilla y verrugas en la nariz, pero cuando ponía los dedos sobre el teclado del piano aquellos ojos surcados de arrugas se iluminaban por una luz súbita, y entonces toda ella parecía transformarse.

***

En la vitrina de cristal había diminutas zapatillas de seda bordada, abanicos de plumas o de lentejuelas, y joyeros de China en forma ovalada. También había un dedal de plata y esmalte, entre otras cosas muy bonitas y brillantes todas.

***

Los días soleados de octubre se llamaban el veranillo de San Martín. Se vivía una tardía primavera, las hojas empezaban a dorarse y temblaban al sol, los viejos se sentaban en los bancos del museo, con sus fachadas y sus boinas, las madres hacían punto con una bolsa en las rodillas, mirando alrededor de cuando en cuando. A veces soltaban la labor en el banco, salían corriendo y cogían por el sobaco el pequeño que estaba jugando en el barro, le daban un azote en el culo y volvían con el tricot.

***

La abuela hacía una tarta para el vicario, era aquel señor con sotana que venía a casa alguna vez y se sentaba en el patio, solíamos mandarle una tarta por su cumpleaños y también al notario, al abogado notario, según rezaba en la placa de su puerta, un señor bajito y un poco calvo que vivía en la plaza, en una casa con un portón brillante como si hubiera sido de madera muy nueva, y unos aldabones de bronce también muy brillantes.

***

Miraba detrás de los visillos de la ventana, se sentaba dentro en el poyete de la

ventana, en el despachito, levantaba un poquito el visillo y podía ver la plaza de toros con los puestos de chucherías delante, a la gente ir y venir y también las carteleras del cine. A un lado, casi tapándole la vista, un destartalado autobús pintado de amarillo que hacía el recorrido a Málaga y a los pueblos vecinos. Veía las recuas de mulas saliendo por la puerta del picadero, por debajo del arco de piedra.

***

La tía quería verme aseada; me perseguía por los pasillos para meterme en la bañera, y yo me escondía bajo la camilla, con el tufo de lanas quemadas, o debajo de la cama, donde ni siquiera había una pelusa. Ella decía que una niña tenía que tener bien limpios los dientes y las manos, tenía que dejar bien puesta la ropa en una silla, y no sé cuantas cosas más. Una niña no podía amarranarse nunca, según ella.

***

Eran pastillas redondas, envueltas en papel de plata. Sabían a chocolate y la abuela las tomaba en cantidad. Se llamaban de Laxen Busto. Un día se dio cuenta de que se le estaban poniendo los dedos amarillos, y tuvo que dejarlas de tomar.

***

Sacaban el cabello de ángel de la cidra, una calabaza pequeña. Lo hacían las monjas de clausura y lo metían en un gran frasco de cristal. Eran hilos dorados y dulces, con un sabor muy especial que no me gustaba. A ti, en cambio, te gustaba mucho.

***

NIÑA ANTIGUA

Mi hermana es tan buena que pueden dejarla en la azotea, horas y horas bajo la lluvia, metida en el cochecito, y lo único que hará será chuparse el agua que le caiga encima. Claro que eso no pasó más de una vez, y fue que se olvidaron. Tiene el pelo rubio y finito, ojos negros y unas facciones muy bonitas. Es buena, pero muy cabezota. Ella se parece a mi padre y yo a mi madre. A ella la visten de rosa y a mí de azul celeste, como si yo fuera un niño. Será porque soy la mayor. Mi madre le enrosca el pelo en unos bigudíes que hace con una horquilla de moño y una goma, que corta de una cámara vieja de bicicleta. Cuando ya ha enrollado el pelo sujeta la goma entre las dos patitas de la horquilla, quiere hacerle tirabuzones, pero ella tiene el pelo tan fino que le dura muy poco el rizado de los bigudíes. A mí me peina con raya al lado, con unas trencitas dobladas en forma de castañas.

***

Tiene una capita de piel blanca con un botón gordo, como una bola de la misma piel. Se ata con un lazo encima del botón. La usa casi siempre mi hermana, y está muy bonita con ella. Tenemos cochecitos de madera para llevar a los muñecos. El de mi hermana es rosa y el mío azul. También tenemos un cisne que nos han echado los Reyes. Es como una bicicleta sin pedales, que anda echando la cabeza del cisne para alante y para atrás. Hacemos funciones de teatro en el patinillo de la casa. La casa tiene muchos patinillos, son unos patios pequeños, interiores, a donde dan las habitaciones. La casa es oscura, porque es un entresuelo, y hay que tener las luces encendidas todo el tiempo. En los patinillos ponemos colgaduras y unos flecos de seda que han traído las niñas de los porteros. La mayor se llama Lolita y la más pequeña Margarita, y es regordeta. Lo malo que tienen los patios es que están siempre llenos de suciedad, porque desde arriba tiran de todo. Hay cáscaras de plátanos, y bolas de pelos que tira la gente que se está peinando arriba. Pero las colgaduras y los flecos de seda hacen muy bonito. Lo pasamos muy bien haciendo funciones.

***

Eras muy alta y tenías el pelo oscuro y los ojos verdes. Nunca he sabido por qué, pero lo cierto es que me querías de veras. Subía a tu casa y era una casa triste aquélla, y tu madre era también una mujer alta y tenía el pelo casi blanco. Se peinaba con una trenza alrededor de la cabeza y su sonrisa era una sonrisa triste, porque perdió a su marido tan joven. Había estado muy enamorada, tanto que alguien la oyó decir que hubiera preferido perder antes a todos sus hijos. La casa era grande y antigua, y teníais amistades semejantes a vosotros, entre las que me sentía desplazada.

***

Porque entonces se almidonaban los vestidos, se almidonaban las enaguas y la las tiras bordadas, no con el almidonado de los cuellos. Se subía a casa de la planchadora, muchos peldaños hasta la buhardilla por escaleras estrechas y crujientes. La mujer plancha, bajo una luz potente, plancha cuellos todo el tiempo y los deja duros y brillantes como si hubieran sido de cartón. Pero el planchado de casa era distinto.

***

Había abanicos metidos en estuches, y brillaban a través del cristal, cuando la tía enciende la luz. Tienen varillas de nácar con calados, o de carey, y también de plumas. Unos son grandes, y otros tan pequeñas que apenas puede manejarse. Tienen pinturas en las telas, una señoras con faldas pomposas y peluca dentro de medallones dorados. Y jardines, y caballeros con casacas de seda. Algunos son de encaje, y otros tienen lentejuelas. Los hay blancos y de colores suaves, otros son negros, como de viuda. A mí me gustan todos, los miro tiempo y tiempo y me gusta tocar las varillas, y las borlas de seda.

***

El coche estaba lleno de bocinas que daban vueltas como culebras, plateadas y brillantes. El coche era rojo, lleno de pequeños espejos, y de faros pequeños y grandes sobre pedúnculos, como los ojos saltones de los sapos. Llevaba la capota bajada, las ruedas estaban llenas de cromados también. Había una figura alada sobre el radiador, y había insignias en las portezuelas, y tanto dentro como fuera el coche se había ido llenando de cosas inútiles y vistosas, hasta el punto de llamar la atención de todos a su paso. La bocina más grande y retorcida tenía un sonido grave y cascado, como la voz de un viejo bronquítico.

***

Pinocho tenía una larga nariz de madera y una casaca con vuelos, un lazo al cuello y un gorro puntiagudo, y estaba además el malo que se llamaba Chapete y tenía forma de huevo. Los cuentos eran grandes, con pocas hojas y con grabados a todo color. Pinocho libertaba princesas, viajaba en un cesto a la luna, mientras los globos de colores hacían que el cesto se elevara. A mitad de camino los globos se habían dividido en dos partes, y el cesto ni subía ni bajaba.

***

Porque el membrillo no venía en cajas de hojalata sino en plástico, y la miel era líquida y sin grumos de azúcar, y en cuanto al azúcar no había vuelto a verla de pilón, y tampoco el azúcar moreno que se movía como un cuenco de gusanos. Sólo en la fábrica de azúcar que visitó con sus compañeros, que olía a remolachas tostadas, donde los grifos daban alcohol y les dieron azúcar moreno. Luego la refinaban y quedaba en terrones enormes. Les dieron permiso para coger un terrón cada uno y llevárselo a casa, algunos llevaban los bolsillos llenos de terrones, los bolsillos y las carteras.

***

La coqueta del cuarto de mis padres tenía un espejo redondo y biselado, y a los lados unos escalones que eran los cajoncitos. A juego con el armario, su madera era brillante y hacía unas ondas muy bonitas. El armario tenía un secreter, donde mamá

guardaba las estampas de las monjas, pintadas en papel de pergamino. También hacía jugo con la cama, y con una banqueta que pesaba mucho, y con unos sillones con tapicería de dibujos geométricos. Los brazos de los sillones parecían toboganes y podíamos resbalarnos por ellos, aunque poco, porque además eran muy suaves. La puerta del armario chirriaba al abrirse.

***

Tenía miedo cuando andaba a oscuras por el pasillo, y también tenía miedo de la guerra. De que tiraran una bomba en casa y nos quedáramos sin muebles y sin nada. Y todo era posible, porque los mayores hablaban de la guerra como de la cosa más natural. Había una guerra en Alemania y había soldados alemanes entre nosotros, y teníamos un amigo soldado que se llamaba Johnny. Mi tía decía que era muy guapo. A él creo que también le gustaba mi tía, y el novio de mi tía debía estar celoso de él.

***

Había que tener cuidado con la pizarra, pequeña y negra, porque si se caía podía hacerse pedazos. Era una lámina de pizarra, con un marco de madera, pero el marco se despegaba pronto, y había que encajarlo todo el tiempo. El marco tenía un agujero para pasar un cordón y colgar la pizarra. Los pizarrines de manteca eran blandos y grises, y las barritas de pizarra chirriaban en cambio cuando se escribía con ellas.

***

Un recuerdo tuyo me desazona: te presentabas a un concurso de piano en el conservatorio, y otros chicos y chicas se presentaban también. Te recuerdo sentado ante el piano, estudiando la pieza que horas más tarde tendrías que repentizar. Ganaste el premio, claro está, y para celebrarlo me invitaste a un gran cucurucho de helado. Recuerdo el hecho como una de las cosas más injustas que he visto nunca, y desde entonces pienso que en cualquier concurso, que en cualquier competición, alguien está estudiando ya la pieza que tendrá que repentizar.

***

Tenía un perfumador de seda rosa, como de caramelo, con una perilla de goma con flecos rosa de seda. Tiene un espejo ovalado de plata, con las iniciales grabadas, que le regaló el ingeniero suizo que hacía el pantano en Montejaque. Él la vio bailar, no tendría más de cuatro años, y bailaba lo de la Tarántula. También cantaba aquello que le había enseñado Paca cuando Paca era joven y no sorda, un cuplé que decía yo tengo un jardincito, quién me lo regará. Aquel ingeniero le regaló el espejo ovalado con las iniciales, y la mujer del ingeniero estuvo a punto de quedarse con el mantón de Manila que mi abuela le ofreció. Es que los extranjeros no son tan hipócritas como los de aquí.

***

También tiene una borla de polvos, de plumas de cine que se te meten por la nariz y te hacen estornudar. O se quedan prendidas en las cejas como telarañas.

***

Le hacía muy raro que su abuelo fuera el dueño de todo aquello. Estaba acostumbrada a la Alameda con el guarda, que no dejaba tocar nada. Había allí colmenas, y todo los años sacaban la miel. Era una miel endurecida y blanca, al

masticarla se notaban los terrones de azúcar. La cocinera guisaba los pichones con una salsa de chocolate. Los había cogido de un palomar grande y redondo, que había enmedio de los campos de trigo. Trillaban en la era, y había unos montones de paja tan altos como montañas. Para pescar cangrejos dejaban en el fondo del arroyo los reteles redondos, parecidos a un cazamariposas.

***

Mi madre hubiera querido estudiar música, tocar el piano. Pero la abuela es enemiga de la música. Así que mi madre se quedó con las ganas. Por eso ahora quiere que yo aprenda y me manda a casa de doña Andrea. Doña Andrea vive en el primer piso de una casa antigua, está vestida de oscuro, es menuda y tiene una hermana que no se parece nada a ella. En su casa hay pañitos en los brazos de los sillones y sobre el piano, y flores de trapo. Yo no estudio mucho, y a veces voy sin haberme leído la lección. Al final del método hay unas lecciones escritas a mano, que me parecen más difíciles todavía y son para repentizar. Y lo peor de todo es la teoría que hay que saberse de memoria. Menos mal que es un libro pequeño y con pocas hojas. Todo esto es horrible y me da pesadillas.

***

Nunca le tocó la calderilla. Cuando quería dinero se lo pedía, ella metía dos dedos en el bolsillito del vestido, le daba las monedas que gastaba luego en polos de menta. Los vendían en un quiosco junto a las puertas de la Alameda, y los tíos decían que los hacían con agua sucia. Compraba altramuces a la vieja que se sentaba en el escalón, y que tenía los dientes tan largos que le asomaban con la boca cerrada.

***

Compraban llaves muy pequeñas de hierro negro, que servían para abrir los plumieres y los estuches de aseo. Compraban bombitas que tiraban en la acera.

***

Había dos grandes armarios, al principio y al final del pasillo. Eran enormes y antiguos. Su tía tenía mucho vestidos y abrigos, y sobre todo muchas joyas. Pero según decían sus hermanas tenía mal gusto para vestir. Podía ponerse un valioso abrigo de pieles con zapatos bajos y medias de hilo, y también ponerse muchas joyas y pulseras de oro gruesas y pesadas con un vestido de percal. Había discusiones por eso. Ella tenía muchos sombreros, se los prestaba las mujeres de la familia para las bodas. También les prestaba las joyas.

***

Los días de fiesta se ponen colgaduras en las ventanas. Son unas tiras largas y anchas de tela de tres colores: rojo y amarillo, y rojo otra vez. Es obligatorio poner colgaduras en los balcones, y hay que sacarlas del cajón donde están dobladas oliendo a naftalina. Tienen unas cintas cosidas, para que puedan atarse a los hierros del balcón. Algunas tienen el sagrado corazón en el centro, con un dedo se señala el corazón que llamea. Es parecido a los detentes, aunque el detente es un trapo pequeño y colorado, y tiene un imperdible cosido por detrás.

***

La monjita dice: "Sagrado corazón de Jesús en voz confío, tened misericordia de mí, salvad a España". Y es que España debe estar a punto de perderse. Hay un patio grande en el centro del colegio, y está a dos niveles separados con una tela metálica. Fuera está el monte, y es un monte muy bonito. Se sube por una carretera en espiral, donde de vez en cuando hay una cruz para que podamos reza el vía crucis. Arriba del todo hay una cruz negra y grande. Durante el recreo nos subimos a lo alto de los terraplenes, y nos dejamos resbalar con el culo en el suelo. Es lo más divertido. A mí me da miedo en algunos sitios, porque están demasiado altos. A lo mejor cuando sea mayor ya no me parecerán tan altos, pero ahora me lo parecen.

***

Han racionado la leche condensada para los pequeños y guardan los botes en la alacena. Yo les he dicho a todos que no me gusta la leche condensada, que me da asco. Mamá dice que alguien se bebe la leche chupando por uno de los dos agujeros, pero que yo no he sido porque no me gusta la leche condensada. Mi hermana la pequeña es tan gorda que todos la miran por la calle, cuando la niñera la lleva en el cochecito. Es verdad que llama la atención. Estaba en el colegio cuando me dijeron que mi hermana había nacido, entró la hermanita de la portería y se lo dijo a la profesora, y la profesora me llamó y me lo dijo a mí.

***

La boda de los dos fue sonada. Los casó un cardenal, como rezan los periódicos de la época. El padre de la novia repartió raciones de comida entre los pobres, como rezan también los periódicos. Pero si los padres gozaban de una situación acomodada, no así el nuevo matrimonio. Todo lo supo por boca de él mismo. Más tarde él obtuvo la cátedra de instituto, y la situación empezó a cambiar: vendía sus libros de texto, y la familia empezaba a vivir con desahogo. No podía ser tachado de espléndido ni derrochador, y aún así no escatimaba para los gastos normales. Otra cosa eran los superfluos, y él no era amigo de dar mucho dinero a sus hijos.

***

Su abuela paterna se llamaba Victorina. El padre había sido seminarista, como el bisabuelo Antonio, y ambos se conocieron en el seminario. Luego llegó a ser presidente de la diputación. Ocupaban una casa frente a la catedral, y cerca de la iglesia de las Angustias. Era una iglesia románica muy hermosa, con un claustro y una torre característica, que había sido protegida siglos después de su erección por medio de un tejado en pirámide, cuadrangular y pronunciado.

***

Estábamos llegando a la capital, en el automóvil renqueante, y lo sabíamos porque había que remontar unos badenes. Había una alegría especial porque estábamos cerca, pronto veríamos a lo lejos la masa alargada que formaban los edificios, el horizonte límpido todavía y exento de contaminación. Sentías el estómago al bajar, remontabas una nueva cuesta y la bajabas, y el estómago otra vez. Detrás de cada nueva cuesta esperabas avistar la capital, que al final te cogía de improviso. Y cuando al fin aparecía, era una exclamación general. Luego aquello se iba ampliando, detrás de un edificio había otro y otro, y al fin la ciudad nos engullía en sus fauces.

***

Había una capilla junto a las celdas de los pianos, junto a la escalerilla que bajaba a la iglesia. Las ventanas tamizaban una luz muy suave y todo era muy suave allí, los metales y los dorados, y aquellas maderas lisas de los bancos, y los manteles almidonados sobre el altar, y el brillo de la lamparilla siempre encendida. Allí podían entrar a rezar las hijas de María, ello no lo era.

***

La chimenea del comedor era de mármol blanco, y no sé si por ser de mármol o porque nunca se encendía me daba sensación de frío. El hogar estaba tapado siempre con una chapa de hierro negro. Encima había un espejo de marco dorado, inclinado reflejando la mesa, el abuelo de espaldas con su boina ladeada, el mantel blanco con rayas de colores y yo enfrente, de cuando en cuando alargando el cuello y mirándome en el espejo. Veía reflejada la lámpara de bronce con cinco brazos, las tulipas de cristal esmerilado con un poco de talla.

***

Pasaba a diario ante el casino, corriendo casi siempre porque me cerraban las puertas del colegio. Tendría que entrar por la portería y recibiría un castigo, si es que me dejaban entrar. Tendría que ir al colegio el domingo por la mañana, o salir más tarde un día de diario. Por eso apenas si miraba hacia allá, lo justo para levantar una mano saludando, por si acaso. Seguramente allí, detrás de los grandes cristales, estaban ellos sentados en sillones de terciopelo. Estarían el anciano profesor de árabe, el médico y otros a quienes yo no localizaba bien, sabía que hablarían de mí en ese momento y procuraba componer un poco la figura. El abuelo les diría que había dibujado algo muy bonito, o que había hecho alguna poesía.

***

El dulce de membrillo venía en cajas de hoja de lata con banderas multicolores, con insignias que recordaba de siempre, medias lunas o estrellas, o un globo terráqueo sobre fondo verde, y debajo de las banderas los nombres de los países. Nombres como Bolivia, Ecuador, México y Perú, que leía despacio, porque apenas sabía leer.

***

En el abanico de papel habían pintado redondeles pequeños formando círculos, y un número en cada redondel. Había que cerrar los ojos y recorrer el círculo con un dedo, y hacerlo detenerse en uno. A cada número correspondía una palabra: desengaño, suerte, desgracia, amor. Era el abanico de la fortuna y lo compraban en la feria. También habían comprado la alcancía de barro, en forma de botijo, con una hendedura arriba, y ninguna abertura más. Si querían recobrar el dinero tenían que hacer pedazos la alcancía de barro.

***

El edredón de damasco de oro estaba relleno de plumas, y un cordón grueso lo ribeteaba. En cambio la colcha era de seda de colores fuertes: rojo, amarillo, azul y verde, y tenía unos chinos que pegaban con martillos en un yunque, y los chinos se repetían en las esquinas y en el centro de la colcha. En invierno estaba fría, y un estremecimiento le recorría el cuerpo cuando la rozaba sin darse cuenta.

***

El bargueño donde su madre guarda las notas de los colegios, las estampas de primera comunión y los cuadernos con las redacciones.

***

Hay un lago muy grande y tranquilo y delante una mujer muy guapa con un manto azul pálido y un niño los brazos. También hay que darles las buenas noches, porque son María y su hijo Jesús. Debajo hay una pila de agua bendita, colgada de la pared sobre la mesilla. Aunque es bonita y de cristal verde, nunca la ha visto con agua.

***

Tomaba en las manitas aquellas tazas de color naranja con dragones enroscados, con trazos y puntos de oro, las levantaba en alto un momento y luego las dejaba caer. La taza se hacía añicos en los baldosines con un ruido delicioso. Cuando hubo terminado con las tazas se encargó de los platos, y luego de la cafetera, la lechera pequeña y el azucarero, tan lindo.

***

Pensaba que si caía una bomba se hundirían los techos y los suelos, y nosotros que vivíamos tan alto tendríamos que caer abajo. Además, mi padre acababa de comprar el gabinete con sillones tapizados en verde, y con un bar que se abría y se encendían las luces. Y se reflejaban los espejos, con tantas copas brillantes y tantas botellas, y era una lástima que cayera una bomba y se perdiera todo aquello.

***

Luego, cuando terminó la guerra y los alemanes perdieron, los metieron en un campo de concentración. Uno de ello le escribió a su padre, pero su padre no quiso contestarle, porque era comprometido entonces. A lo mejor se murió. Era un muchacho fuerte y rubio, no sé si mi tía lo habrá recordado alguna vez.

***

Un día se nos cayó una almohada y un coche que iba detrás la alcanzó. Otras veces viajamos con las tripas del coche atadas con una cuerda. Mi madre lleva mucho miedo, y siempre le llama la atención: "Un coche viene, no vayas tan deprisa".

***

Me ponía las zapatillas nada más llegar a casa, tenía que quitarme el uniforme azul marino y el camisolín de piqué blanco que se ataba a la cintura, me quedaba con la camiseta de manga larga que mi tío llamaba la elástica. Mi bata azul marino estaba quemada por el ruedo, de tantas veces como se metía en el brasero. Si no me mudaba de ropa, entonces mi tía no me daba caramelos refrescantes por la noche.

***

La madre de mi amiga pega las fotos en cuadernos de hojas negras. La sujetaba con unos picos de papel, negros y grises, donde encajaba la punta de la fotografía. Luego, con tinta blanca, iba escribiendo alrededor: nombres, fechas y otras cosas.

***

Revolvían las maletas y el baúl y sacaban el disfraz de ángel, o el de demonio, o

el de flor. Trataba de encajarse el de demonio, con el rabo largo y las mangas acuchilladas en negro y rojo, pero veía que se había quedado pequeño.

***

Le gustaba encerrarse en su cuarto, como siempre había hecho, sacarles los hilos a las telas con mucha paciencia, hilo tras hilo, hasta que quedaban aquellas franjas deshiladas formando cuadritos. Con la aguja y el hilo de color las rellenaba, con filtirés como tela de araña. Metía y sacaba la aguja sujetando el lienzo con el bastidor, allí sola en su cuarto, mientras daba vueltas y vueltas a la cabeza.

***

Los caquis eran blandos y un poco babosos. Era muy dulces si estaban muy maduros, pero si no dejaban la boca con una aspereza que duraba mucho tiempo.

***

Mi hermana tiene un año. Tiene un abrigo de paño con un lazo, y en la tela hay unos agujeritos de adorno, como si lo hubieran picado las polillas.

***

El genuino Darlins viene en bolsas de papel celofán, es un caramelo masticable que se pone blando como el chicle, y luego se deshace en la boca dejando sabor a naranja, menta o limón.

***

Una greca de escayola bordeaba la habitación en el techo. Estaba cuajada de flores y frutas. Del centro pendía una lámpara de colores suaves.

***

Te encajabas primero el camisolín de piqué blanco, que se ataba con cintas, y encima meterse el uniforme, luego abrocharse el cinturón con hebilla de la misma tela, coger el abrigo, beberse de un trago la leche que preparó Jesusa, y salir a toda prisa para no llegar tarde al colegio.

***

Era tan pequeña que los recuerdos de entonces se deshacían en una niebla lechosa, donde se debaten el sueño y la fantasía. Había la escalerilla y había arriba una casa pequeña, o era sólo la fachada de una casa pequeña, te sentabas a la puerta de la casa y resbalabas en el tobogán. Había muñecos en los pilares, pintados con colores brillantes. Pipo llevaba una espada de madera, y a la cabeza un gorro de papel. Pipa estaba al lado, era una perrrita de largas orejas. Todo en lo profundo de sus sueños infantiles.

***

En el oratorio hay manteles de encaje encima del altar. Y flores de trapo, y una lamparilla con una mariposa. La mariposa está hecha con un trocito de mecha, parecido una cerilla, pinchado en una cartulina redonda. La ponen encima de la capa de aceite, prenden la mecha y arde durante mucho tiempo. Cuando ya se quema la mecha, sacan esa mariposa y meten otra.

***

El sábado recogía la ropa sucia, la metía en una bolsa blanca y me la llevaba a casa a lavar. Después de unos días estaba todo igual, la Jesu me abría la puerta y él me recibía en el despacho, había dejado la bolsa en el burro de la entrada y lo besaba, él me preguntaba por las notas. Le contestaba que tenía que hacer un trabajo, y él rebuscaba en sus amarillentos volúmenes. A poco llegaba a mi cuarto, con un libro en la mano, y me decía: creo que tengo lo que necesitas.

***

Muchas casas estaban alicatadas en azulejos sevillanos de colores chillones. Muchos patios tenían jazmines y los corredores percheros con asas de bronce, las escaleras pasamanos de maderas brillantes, y había corredores en el piso de arriba, macetas de pilistras en el patio, otras de esparraguera colgando de las cadenillas, y el Cristo del Gran Poder bajo un tejadillo de tejas vidriadas amarillas y azules.

***

Mi madre estaba antes interna en el colegio de las monjas. No le gustaba estudiar, y era su hermana pequeña la que la obligaba todo el tiempo. Sí le gustaba jugar al tenis, y tiene una foto jugando y con la boca abierta. Tiene unas estampas muy bonitas que le regalaron las monjas, las tiene guardadas en el secreter de su armario, y lo que más me gusta es que me las enseñe. Son unas estampas de pergamino, y tienen pegado un cuadrito de papel con la Virgen. En la parte lisa del pergamino tienen pintadas con acuarelas unas flores preciosas, casi siempre azucenas. Tienen cosas escritas en la parte de abajo con una letra muy bonita y cuidada, letra de monja. Y una firma: sor María de la Fe, son María de la Paz.

***

La lámpara del comedor tiene abalorios de cristal de colores, ensartados en hilos. Si arranco el primer abalorio caen todos los demás, y son muy bonitos. Forman dibujos muy bonitos, rombos y otras cosas.

***

Tenían bolsas azules con un número, donde guardaban las servilletas. El comedor era grande con mesas de mármol, en cada mesa se sentaban seis alumnos. Había siempre un olorcillo a sopa por allí. Le gustaban los garbanzos que le servían, y se comía todos los de la mesa. También le gustaban los macarrones. La carne picada no estaba nada fresca. Seguramente era de caballo, porque tenía un color rosado y estaba dulce. La daba asco el chocolate frío con grumos de harina, y que sabía más a harina que a chocolate. Solían ponerlo por las noches. Otras veces les daban un budín hecho con especias.

***

Tenemos dos pepones guardados en la alacena. Son dos muñecos grandes, de cartón piedra, y casi iguales, aunque nosotras los distinguimos. Uno es de mi hermana y otro mío. No tienen ojos de cristal, sino pintados con pintura brillante. Los pelos son marrones y también están pintados, formando bultos en la cabeza. Son bonitos, aunque tienen la cabeza demasiado grande, y siempre están guardados en la alacena, cuando no estamos jugando con ellos. Tengo también una jirafa rellena de serrín, con pintas

negras en el cuerpo, y una cocina de madera con una cortina de lunares.

***

Yo estuve viendo cómo lo pintaba. Me quedaba asombrada de que el hombre pudiera hacer aquello, con bloques de hielo y un cielo azul sin nubes, y unos lagos azules, y enmedio aquel oso polar.

***

La cuna de mi hermana es de madera pintada de rosa, y en la cabecera y en los pies tiene unos pájaros de colores. Tiene barandillas con barrotes de madera. El somier es duro, de tablas.

***

Mis bragas son de tela blanca y están atadas con cintas, de modo que cuando más descuidada estoy se desata la lazada y tengo que sujetarme las bragas para que no se caigan. A veces no llegan a desatarse, pero el nudo está flojo y amenazan con caerse lo mismo.

***

Botellas de gaseosa con una bola de cristal encajada en el cuello, y un estrangulamiento sujeta la bola. Los mayores meten el dedo y empujan, y se cuela la bola, y la gaseosa se sale por el cuello de la botella. La gaseosa sabe a agua con azúcar, y está siempre caliente, a no ser que la metas junto al trozo de hielo. El líquido es de un color naranja o amarillo, o transparente y con burbujas.

***

La nevera es pequeña, como una mesa de noche, y tiene un departamento de cinc donde se mete el hielo, y una serpentina donde pasa el agua del depósito. Así podemos tener el agua fresca todo el tiempo. La tapa se levanta, para que pueda meterse la barra de hielo. Tiene una puertecilla delantera para meter los alimentos. Estuvo pintada de blanco, luego de azul y luego un hombre estuvo pintando en la puerta un oso blanco sobre un paisaje de nieve.

***

Tiene el primer reloj que yo he visto que marque las horas, minutos y segundos, y además el día del mes y de la semana. Él tiene un reloj así, cuando no lo tiene nadie más. También suele tener coche siempre, aunque sea muy viejo. Tenemos uno con ahitepudras, y cuando viajamos yo voy detrás.

***

Cuando han entrado los nacionales nos asomábamos a los balcones y yo gritaba UHP, con el puño levantado. Luego los nacionales han puesto el cuartel abajo, y nos regalan las novelas que tienen en un montón.

***

Había retretes grandes y destartalados en el patio de recreo. Las puertas no llegaban hasta abajo, y a través de la parte baja veías las canillas con calcetines que iban y venían o se quedaban quietas ante la taza. Piernas flacas como palillos, o

pantorrillas gordas y macizas.

***

De pequeñas, habíamos dejado caer la campanilla muchas veces. El mango se partía por su base, que eran los diminutos zapatos de tacón de un caballero. De tanto llevarlo a soldar desaparecieron los tacones, y luego los zapatos. Ahora, el caballero se sustentaba sobre sus tobillos.

***

Encima de un mueble había un tintero de plata, con un soporte para la pluma, y una campanilla. El mango era un hombrecillo con un sombrero cónico.

***

Sé que en un lugar, no muy lejos, hay una guerra. Yo no he visto las explosiones de la guerra. Veía unos hombres subir y bajar las escaleras, y eran los rojos. Nos escondíamos en la despensa, pero la tía Carola se hizo su amiga. Luego supimos que la gente denunciaba a la gente, y había quien tenía personas escondidas para que no los mataran.

***

Cuando salía estaba convencida de que sus hijos habían visto aquello, dudaba entre ponerse seria o callarse prudentemente.

***

Quedaban pocas joyas en el maletín, porque se dieron cuando la guerra. Quedaba el sello de su padre con las iniciales, y la pulsera de pedida de mamá, la pulsera que no usaba ahora porque el broche estaba roto, y tenía miedo de que le cambiaran los brillantes. Y unos pendientes de perlas de dudoso gusto, una sortija de un gusto más dudoso todavía, con un rubí cuadrado dentro de un engarce netamente cubista.

***

Pasaba el niño de los barquillos de canela con su pregón. Luego ella paseaba con los chicos a escondidas, para que la abuela no la viera.

***

Le gustaba mirar los mapas de las puertecillas que tenían angelotes pintados en las esquinas, y las costas en rayadillo azul, Mar di India y Terra Australis Incognita y Oceanus Aethiopicus, Tropicus Capricorni y Oceanus Chinensis, y alrededor figuras de la época, tipos étnicos rotulados: Germani, Angli, Belgae, Guineenses.

***

Es una citarina, eso se llama citarina, recuérdalo bien. Es como un arpa pequeña de madera, con unas cuerdas en disminución. Tiene un sonido muy bonito, y trae unos papeles en colores para poder tocar el frère Jacques y muchas cosas más. Se llama citarina. Está también la jirafa de trapo, con ese cuello largo y al final la pequeña cabeza, blanca con manchas negras, con sus patas finas rellenas de serrín.

***

Le gustaban las chirimoyas que había que cortar por la mitad con un cuchillo, y comerlas con cucharilla. Cuando eran buenas tenían mucha carne y pocas pipas. Las pipas eran negras y brillantes, tan duras como las cuentas de un rosario. La carne era dulcísima, pero si la apuraba demasiado y raspaba la piel, entonces era áspera y amarga.

***

En la iglesia grande había humo de incienso y muchas velas encendidas. Una música muy hermosa salía de no se sabe dónde, el obispo se había subido en el estrado.

***

Lo que más le gustaban eran las coronas, debían ser de oro macizo y tenían unas piedras grandes de colores que el hombre llamó cabujones. Las había rojas y azules y sobre todo verdes, y debían ser rubíes y esmeraldas. Tenían cruces colgadas, y ella pensaba cómo con tanto colgante se habrían podido poner las coronas.

***

Se acercó a la cuna donde dormía el niño rubio como un angelote. Vio en la almohada un bicho amarillo con pinzas y empezó a gritar, el bicho se acercaba y ella seguía gritando. Hasta que vino alguien y sacó el niño de la cuna, cogieron el alacrán con las tenazas y lo quemaron en el brasero.

***

El bemol era como una be pequeña, y al entonar la nota había que quedarse corto, como si la nota no se atreviera a subir, como si se quedara con un pie alzado, y sin posarlo en el escalón. Luego, el becuadro hacía que la nota pudiera posar el pie arriba sin ningún reparo.

***

En la tahona hay un patio con columnas, y allí vive Rosita.

***

He perdido el catón, y he estado varios días buscándolo. Me han castigado por perder el catón.

***

El juego de tazas era de un rosa tornasolado, con todo los reflejos del iris.

***

Las cadenetas de colores se entrecruzaban, las había de un verde brillante o amarillo oro. Las había azul pálido y otras eran rojas, se ensanchaban formando pétalos acorazonados, hojas de formas caprichosas, y giraban en los pimpollos.

***

Tenían rejas las ventanas y dentro de las rejas celosías, era imposible ver nada dentro y adivinaba perfumes a cera y a rosas marchitas, y también olores a refajos de monja.

***

Les compraban unos zapatos de charol blanco que tenían una trabilla y a un lado un botón. Los lazos del pelo eran de seda, se resbalaban y se desataban fácilmente. Comían a diario un gran plato de legumbre y después croquetas, o carne guisada, o cualquier cosa corriente, porque nadie tenía tendencia a engordar.

***

Llevábamos faltriquera de tela negra, atada a la cintura con cintas. La falda tenía una abertura por donde metíamos la mano, y alcanzábamos en aquel reducto caliente los lapiceros y libros, y hasta un atado con la merienda.

***

No me gusta el color que llevan los soldados y que se llama caqui. Más bien me parece color caca.

***

Quizá fuera de armiño la capita blanca con el grueso botón, aunque más probable de piel de conejo. Pero era suave y blanca, como las que bordean las capas de los reyes.

***

Me ha regalado una peineta de carey, es marrón oscuro con algunas manchas más claras. Sirve para pincharla en el pelo y sujetarla con horquillas, poner la mantilla encima, y luego adornarla con claveles.

***

Alguien le dijo que eran pieles de corderos nonatos, y le explicó lo que eran. Y que habían sacado a los pequeños corderos del vientre de sus madres, y que para hacerlo las habían matado primero. Por eso el precio de las pieles era alto, y pensaba cómo las señoras podrían abrigarse con ellas sin estremecerse.

***

Vaciábamos los melones pequeños con cuidado, les quitábamos la carne y las pipas con una cuchara, y luego con una navaja recortábamos dibujos en la cáscara vacía. Metíamos papeles de colores, y una vela dentro, y quedaban los farolillos tan bonitos para adornar el patio cuando hacíamos funciones.

***

La limosnera colgaba de la cintura con cintas de seda. Era de organdí, como el vestido de comunión, y dentro guardaba los recordatorios satinados, los guantes blancos y el misal, y el rosario lo llevaba en las manos. El librillo tenía las pastas de nácar, y se cerraba con un broche dorado.

***

Los confites venían dentro de botellas de cristal muy fino. Te dejaban la boca pastosa, como de yeso, y te pintaban la lengua con los colores de la anilina.

***

Metía sus cosas en los cajoncitos de madera oscura del bargueño. Tenía una tapa abatible que servía de mesa, lisa por la parte de dentro y con cabezas talladas por fuera.

***

Llevaban uniforme con capelina, y un cuello blanco y duro, almidonado, sujeto con una polea.

***

Nos ataban al cuello un babero de felpa con un letrero que decía: "come y calla".

***

No eran nardos sino narcisos, aunque tampoco estoy segura. Sé que despedían un olor bueno y penetrante, que las flores blancas tenían unos pétalos blancos y duros, y que antes de abrirse del todo eran de un color rosado encendido.

***

El armario chinero estaba lleno de lindas tazas de porcelana con asas frágiles y doradas, estampadas en colores pálidos con ramos y guirnaldas de florecillas, algunas tenían en su frente un escudo y dentro unas letras doradas y muy relucientes que decían: "amistad, amor".

***

Popeye y Pilón pescaban sirenas. Popeye pescó una sirena muy bonita, con un hermoso pelo rubio, pero era muy caprichosa y sólo sabía pedir: Sortijas, collares y pulseras. Así que Popeye volvió a tirarla al mar, y pescó otra sirena fea y delgaducha. Ésta, en cambio, no le pedía nada y le hacía reír.

***

Solaron la casa, hubo que escoger los dibujos en unos cuadernos alargados de muestras, y alrededor del cuarto ponían una greca, apropiada para cada dibujo.

***

No conocí las cataplasmas de mostaza, eran al parecer algo que te ponían en la espalda para curar el catarro. Tampoco conocí las sanguijuelas, que te ponían para lo mismo.

***

Todo los años rifaban cosas, había que comprar papeletas y sorteaban lo que habíamos llevado nosotras mismas. También vendían estampas de pergamino con flores a la acuarela, y las cobraban bien.

***

De pequeñas nos ponían un refajo pespunteado encima de la camisa. Tenía tirantes, y se ataba al cuerpo con unas cintas.

***

Las princesas de los cuentos de hadas tenían los ojos glaucos. Debía ser el color del mar en un día tranquilo, o quizá más transparente.

***

La tía Juanita me pedía siempre las placas veladas de las radiografías. Nos las devolvía en forma de escapularios con cordones de seda. Decoraba con florecillas pequeñas cajas cosidas con hilos de seda, y las rellenaba con unas almohadillas muy suaves de satén.

***

Había que aprenderse los concilios, desde el primero de Nicea pasando por Corinto y Éfeso, hasta terminar en el Vaticano. No podía aprenderme las cosas de memoria. En clase de historia apuntaba las fechas con tinta en la palma de la mano, y las miraba con disimulo.

***

Él no la conoció, sólo aquel retrato sobre el piano, en el salón de tonos azules. Estaba nimbada de una cierta irrealidad. Decían que había sido santa, y otros que un tanto neurótica. Era religiosa y caritativa. Sirvió a satisfacción a su marido, y le dio hijos numerosos, pese a su precaria salud.

***

Sagrado corazón de Jesús en voz confío, tened misericordia de mí, salvad a España. Eso decíamos una y otra vez, en las filas y en la capilla, para ganar indulgencias para los difuntos y que salieran antes del purgatorio.

***

El regaliz se llamaba Zara, unas barras negras y gruesas y también más finas. Las daban las monjas en el colegio como premio, las metíamos en un frasco con agua y se reblandecían, se disolvían, el agua tomaba un color marrón oscuro y luego casi negro, era un jarabe dulzón que chupábamos en el frasco.

***

Miraba tiempo y tiempo el cirio de pascua junto al altar. Pensaba cuánta cera se había gastado allí. Había gruesas bolas pinchadas en la cera, y eran bolas de incienso. Las velas que llevaron las alumnas eran finas, y ahora adornaban el monumento. Por encima asomaban las hojas amarillas de las palmeras, que habían llevado en procesión. Formaban un palio de oro, y una cascada de rayos dorados. Se oía el crujir de los bancos y el arrastrar de las pisadas, la puerta de la calle estaba abierta a todo el mundo.

***

Salían al recreo embadurnadas de ceniza, algunas en la frente y otras en las solapas del abrigo. Tenían un aire penitencial que no casaba bien con el alboroto de recreo.

***

Era el colegio más famoso, porque lo había fundado una reina. Allí acudían las hijas de las familias bien, la del primero, el segundo, y el tercer piso de su casa.

***

Eran unas enaguas tan bonitas, llevaban tira bordada recogida a un lado con un

lazo, y la abuela las almidonaba para que estuvieran bien tiesas.

***

Los pasos resonaban en el estrado de madera, con un ruido hueco. Arriba estaba la profesora, sentada en su silla ante la mesa. Pero había sitio de sobra para sentar en el borde a las menos aplicadas, o a las que alborotaban. Si no era monja se le veían las piernas bajo la mesa, y si lo era se veían los hábitos, y colgando a un lado el rosario de gruesas cuentas de madera.

***

No recuerdo cómo era la planta de la albahaca, y quizá no supe nunca. Quizá la criaba la abuela la terrazacita. Sé que había una begonia y una fucsia, había geranios de distintos colores, y clavellinas. Pero no recuerdo la albahaca. La había en el cuento. Los dos hermanos mataron al novio de su hermana y enterraron la cabeza en la huerta. Entonces ella la desenterró, y la guardaba en una maceta de albahaca que tenía en la ventana.

***

Sonaba la alborada gallega y salían aquellas dos hermanas que la bailaban siempre, con las faldas coloradas y una franjas negras, y los corpiños de terciopelo negro. Llevaban blusas blancas, y pañuelos atados a la cabeza. Al saltar en la tarima lo llenaban todo de polvo. Luego bajaban el telón chirriando, cambiaban el decorado de columnas por unas tarlatanas con árboles. A todo esto había que seguir la función, y nadie encontraba a la siguiente, que estaría charlando arriba, en el dormitorio.

***

Ya la habían vestido con la zamarra, porque iba a ser la Navidad y era la función del colegio. Por eso habían desenterrado las túnicas de los profetas y de los ángeles, las zamarras de los pastores, y por eso había tanto alboroto en el colegio, y la monja vieja aporreando los villancicos al piano.

***

Viajaban de noche dentro del ahitepudras, y perdieron la almohadilla. Recuerda la noche sobre su cabeza y el runrún del motor, los padres iban dentro con su hermana pequeña y ella atrás con la muchacha. Se habían quedado dormidas, y la almohadilla cayó a la carretera.

***

Le daba pena de Aladino cuando se quedaba encerrado en la gruta, y su malvado tío fuera. Luego los genios trabajaban de noche, mientras él y la princesa dormían. Levantaban un palacio de lapislázuli, con pasamanos de oro macizo.

***

Al lado estaba el órgano silencioso, con los tubos retorcidos. Sobre los bancos había algunos libros, forrados en papel azul: eran los libros de cánticos. Alguien los repartía durante la reserva, las alumnas miraban el tablero donde por medio de unos grandes números en cartulina se indicaban las páginas, buscaban la correspondiente en el libro y la marcaban con una cinta de seda.

***

Alguien dijo que mi bisabuela descendía de la pata izquierda de doña Urraca, y yo me desvelaba tratando de adivinar lo que quería decía aquello. Doña Urraca no parecía tener muy buena prensa, y yo me dedicaba a imaginar cosas raras de ella.

***

El seminarista daba clase de latín a los primos. Era un muchacho tímido, con el pelo rapado, vestía una ropa tazada y pasaba el verano en casa de la tía, y el invierno en el seminario. Me daba vergüenza hablar con él, y apenas si lo hacía.

***

Nos rodeaba el runrún de las palomas en aquel parque que no recuerdo, y si recuerdo quizá las palomas ahora y las arcadas de rosas, las fuentes y los templetes, los estanques y los azulejos, es que mucho más tarde vi las postales que guardaba mi padre, pegadas unas a otras en forma de acordeón, y que seguirán allí guardadas junto con las fotos de familia y los clichés enrollados, dentro de una caja de dulce de membrillo.

***

Arquetas que imitaban las del Cid, llenas de caramelos y dulces en todas las confiterías.

***

Amanecía envuelta en un polvo de estrellas, entre guirnaldas de amatistas y rubíes.

***

Llevaba al recreo una soga gruesa, era la envidia de todas porque siempre tenía de todo, tenía soga y también un balón y todo lo que estaba de moda por entonces, por eso siempre se hacía la mandona. Se me enredaban los pies en la cuerda y todas me gritaban. Cuando saltaba dubles, la soga me pegaba en la cara. Cuando jugábamos al marro bruto, el balón se me escapaba de las manos después de haberme tronchado los dedos. Me gustaba más pasear, mirar hacia el jardín de las monjas y ver cómo la superiora caminaba despacio, y alrededor las otras, y algunas andaban de espaldas delante de ella.

***

En cada pupitre había un agujero redondo, y allí encajaba el tintero. Era un tintero de porcelana blanca, pero luego vinieron las estilográficas. Nos las echaban los Reyes y duraban tan poco, pero los tinteros se quedaron vacíos. Luego se fueron rompiendo uno a uno y no quedaban más que los agujeros redondos.

***

En la película había un arcón lleno de rubíes y esmeraldas, y de piedras de todo los colores como cristales centelleantes, Sabú metía la mano dentro y sacaba el enorme rubí color de vino, y yo me quedaba entonces sin respiración, sin poder apartar los ojos del brillo de la piedra.

***

Tampoco había forma de aprenderse las bienaventuranzas, ni de aprender de memoria las fechas de las batallas, que iban entre paréntesis. Para recordarlas echaba mano de trucos, y luego me olvidaba de los trucos, y estaba perdida.

***

El confesor era un fraile dominico, andaba muy derecho y era muy alto, tenía una cara bondadosa, y manejaba muy bien los blancos pliegues de su hábito.

***

A veces el brasero olía mal y las brasas echaban humo, y era porque algún gato se había descuidado en el carbón. Rebuscaban con la badila, y luego perfumaban el cuarto con alhucemas. Era un incienso de andar por casa parecido a los granos de anís, y al quemarlo despedía un humo perfumado.

***

Las puertas eran gruesas, de cuarterones. Tenían muchas manos de pintura de un marrón oscuro, y aldabillas de hierro negro. Habían adquirido, junto al grosor de la madera, el de las capas de pintura que redondeaban las aristas.

***

Me gustaron siempre los ojos azulados, aquellos casi transparentes, como el cristal, y más aún si tenían motitas doradas o de un tono azul más oscuro. Hubiera sido el sueño de mi vida, haber nacido con los ojos azules.

***

Y las gargantillas de coral, trocitos rojos como pequeña ramas cortadas y duras, unidas en un hilo grueso y blanco. Otros eran rosados, veteados de blanco.

***

Buscábamos cada día el capicúa, mirábamos el billetito que casi se deshacía con el sudor de los dedos, y nos parecía una gran suerte que el número se leyera lo mismo de atrás a adelante que de adelante a atrás. Lo guardábamos entre las hojas del misal, como quien guarda el pétalo de una rosa marchita.

***

Eran alegres los días de corrida, entonces retiraban los cartelones con fotografías de películas, se formaban colas ante las taquillas y se abrían de par en par las grandes puertas, el pueblo cobraba un aire de fiesta, veías mucha gente desconocida por las calles, que habían llegado desde los pueblos de los contornos, y hasta de la misma capital.

***

Solíamos usar zapatos de charol, charol blanco en verano y negro en el invierno, no recuerdo ningún otro color. Eran lisos, con trabilla que abrochaba un lado, y un botoncito esférico, sujeto con un alambre remachado. La trabilla tenía un ojal. Siempre llevábamos de niñas aquellos zapatos, y a veces se ponían blandos de orines. Se ponían al sol a secar, pero seguían oliendo a orines hasta que se tiraban por viejos. El

charol tenía a veces reflejos nacarados, y era muy suave y frío.

***

El armario chinero estaba lleno de lindas tazas de porcelana.

***

Aunque el tranvía de iba lleno, aquel hombre se pegaba a mí. Sentí una cosa dura contra el cuerpo, a la altura de su bolsillo. Se lo conté a mi amiga, y a ella le había pasado igual. Se lo contó a su hermano, y se burló. Sois unas inocentes, dijo.

***

Los tranvías eran amarillos y tenía jardinera, y el cobrador nos daba a cambio de unas pocas monedas un papelito de un color pálido.

***

Se lo echaron los reyes, era un álbum de fotos en cuero con letras de plata. Tenía hojas gris oscuro, casi negras. Las cantoneras eran transparentes, no como las que usaban en tiempos: se habían convertido en unos ángulos de celofán. Tenías que meter con cuidado la foto para no romper la cantonera, y escribías con una tinta blanca sobre la cartulina gris o negra.

***

No me gustaba el migajón del pan aunque fuera tan blanco y tierno, sino aquella costra áspera que llamábamos risa y que estaba entre las dos cortezas redondas. Todos pedíamos un trozo de risa para la comida.

***

Era tan graciosa aquella coronilla redonda que llevaban los curas, como una diminuta plaza de toros entre los pelos. De frente no te apercibías de ella, pero era de ver cuando se daban la vuelta y echaban a andar. Era de veras graciosa, pero desconozco su utilidad.

***

Había que hacer el acto de contrición, era preciso para el perdón de los pecados. Claro que el de atrición también valía, con tal de decir los pecados al confesor, pero todas sabíamos que no era bonito tener pena por causa del castigo. Había que tenerla en cambio por haber ofendido a Dios, porque era tan bueno y era nuestro padre.

***

Era corriente la tuberculosis, y conocía a muchos que la tenían. Los más jóvenes caían como moscas.

***

Bolsas de confetti, paquetes cilíndricos en un papel rosado de mala calidad, llenos de papelillos de colores pálidos. Paquetes que alguien utilizó en otra época, cuando se permitía el carnaval. Pero ahora lo habían prohibido, estaban ocultos en un cajón de la gran mesa de comedor de la abuela como un residuo de pecado, o de algo vergonzoso que había que ocultar.

***

Eran muy rojas las brasas del fogón, la cocina tenía baldosas rojas y una ventanita cuadrada, como un horno pequeño, por donde sacaban las cenizas con una paleta. El hueco quedaba a la altura de mis ojos. Procuraba no acercarme mucho para no quemarme, y me gustaba ver cómo la cocinera cogía el soplillo, ajustaba en la mano el asa de madera y lo agitaba, y entonces las brasas de dentro se volvían de un rojo blanco y estallaban en puntos brillantes, crepitando, lanzando cascadas incandescentes fuera de la ventanilla, puntos de fuego que se apagaban no más haber salido, y que cubrían el suelo con un polvillo de ceniza.

***

Se trataba del Santo Sudario, o al menos eso decían allí. Yo no lo vi nunca, pero era bonita la feria que se organizaba junto al campo grande, había cortezas de tocino retorcidas, y piringüingüis, caracolillos negros que sacabas con un alfiler. También había aceitunas gordas y llenas de polvo, y unos cacharros de colores, hechos de barro y pintados en colores vivos con pinturas malas. No había colegio hasta el miércoles. El lunes y martes de pascua, si hacía buen tiempo, llevábamos la ropa que estrenábamos el domingo de Ramos.

***

Íbamos a misa de doce los domingos, y pasábamos mucho calor. Nos habían puesto calcetines blancos y una chaqueta blanca encima del vestido. Ya habían encendido las velas y humeaban, y los bancos estaban llenos de viejas. Llevábamos el velo puesto, y se resbalaba todo el tiempo. Eso pasaba si te habías olvidado en casa el alfiler de cabeza gorda.

***

La flores se quedaban mustias en el altarcito, los pensamientos morados y amarillos que habíamos metido en agua en el frasco de la brillantina, y las estampas se alabeaban por el sol, prendidas con chinchetas en el poyete de la ventana.

***

En el vestíbulo del colegio había un viejo arcón con asiento abatible y respaldo. Dentro se guardaban los objetos perdidos: bufandas y boinas, guantes desparejados, algunos libros sin marcar y las cosas más peregrinas.

***

La celda tenía balcón al jardín, era un piso alto y se veían abajo las rosas como puntos multicolores, en las noches de invierno el aire se colaba por las maderas porque el balcón no cerraba bien, se notaba el frío de la noche en el cuello, quería tapar con la bata las rendijas del balcón. De mañana, el agua del lavabo estaba helada.

***

Felicidad, Perpetua, Águeda, Lucía, Anastasia y todos los Santos, las oraciones que sabíamos de memoria, los renglones del viejo misal con cantos dorados y pastas de piel, y en dos columnas la misa en castellano y en latín.

***

El pepón tenía una cabeza grande, y el pelo pintado, los ojos eran también pintados en el cartón. Era tan grande que podía vestirse con la ropa de un niño, y estaba guardado en la alacena, había otro igual y uno era el mío y otro el suyo, el de mi hermana. Parecían iguales, pero nosotras los distinguíamos.

***

Con el trébole trébole trébole, con el trébole y el toronjil, tejeremos una corona cuando llegue el rocío de abril.

***

El velón tenía cinco brazos, y unas cadenitas que pendían de arriba. Le habían quitado las mechas y le habían instalado bombillas puntiagudas y torneadas, en forma de velas.

***

Habíamos escrito en media hoja las peticiones y las ofrendas, durante el ofertorio nos acercábamos al altar y las quemábamos en un pequeño brasero.

***

No había lavabos, ni agua corriente en las casas entonces, usaban palanganeros de hierro o madera, pintados de blanco. De unas asas colgaban las toallas. Junto al palanganero estaba el jarro de porcelana, casi siempre desportillado.

***

La abuela me compró un libro de urbanidad para que aprendiera a comportarme. En la página de la derecha había viñetas con una niña rubia y con trenzas que besaba sus padres, tenía la habitación muy arreglada, ayudaba a cruzar a los ciegos y a los ancianitos, estudiaba sin alzar la cabeza, y otras muchas cosas. La niña de la izquierda era morena y tenía un pelo corto, parecido al mío, se pegaba con las compañeras y rompía las cosas, sacaba la lengua los mayores, y con una escopeta mataba la imagen del tiempo, un viejo encorvado encima de un pedestal. A mí me gustaba la segunda, aunque todo le saliera mal.

***

Siempre nos intrigó saber con qué ropa se acostaban las monjas. Alguien dijo que lo hacían con una túnica, y una toca sin almidonar.

***

La monja dijo que mi voz era buena. Luego cambié de colegio varias veces, y siempre canté.

***

A la noche todas estábamos descompuestas, se formaban colas a la puerta de todos los retretes y había accidentes inevitables. Me despertó un retortijón que no me dejó llegar más allá de los pies de la cama. Me había negado a comer las albóndigas de la víspera, porque además de estar hechas con carne de caballo, lo que no tenía mayor importancia, olía mal y tenía los colores del iris.

***

También masticábamos en el molino, y junto al río, el yeso cristalizado en flecha.

***

Llegaban de contrabando muchas cosas de Gibraltar: había mujeres que te las llevaban a casa si las pedías. Las llevaban escondidas en bolsas y faltriqueras, e incluso ocultas entre los pechos. Había mermeladas espesas, nescafé y bombones ingleses que formaban tabletas y estaban rellenos de crema. Había tubos de metal con caramelos refrescantes, de distintos sabores, en forma de pastillas.

***

Las langostas aguardaban entonces, atadas sobre la mesa de la cocina, y había en la lumbre unas cazuelas humeantes. Cuando el agua empezaba a hervir la Jesusa cogía las langostas y las zambullía en el agua. El bicho se estremecía y agitaba las antenas, y luego se quedaba quieto, cambiando instantáneamente de color.

***

Qué lindo sonido el del xilofón, las dos tablillas sosteniendo unas láminas metálicas paralelas, cada vez más estrechas. Lo malo es que la bolita de madera del palillo siempre se perdía.

***

Subías al pequeño tren renqueante que salía del puerto, junto al agua aceitosa y los barcos atados, la locomotora jadeaba y ya estabas bordeando la playa con chiquillos desnudos, mujeres desgreñadas y tejados de latas, la chimenea vomitaba un humo espeso y negro y al rato estabas lleno de carbonilla, tratabas de sacudirla y para qué, toda la ropa se llenaba de pequeños chafarrinones negros.

***

Había celosías en aquellas ventanas. No sé qué mundos imaginaba dentro, porque eran personas que llevaban allí tantos años sin asomarse nunca.

***

Había una consola delicada y bonita, con unas patas muy finas y curvadas. Terminaban en garras parecidas a las de las águilas. Tenía en el centro un pequeño cajón donde guardábamos nuestros secretos. La tapadera era de caoba muy brillante.

***

Mira por cuanto no conocí los céntimos, y me hubiera gustado conocerlos. En tiempos de mi madre los usaban para comprar caramelos.

***

Llevaba anchas cenefas en punto castellano, cenefas a punto de cruz o filtiré, juegos de cama y servilletas y manteles con flores, y grecas y cenefas en marrón.

***

Sólo faltaba un cenador, como en la casa de Zorrilla, un cenador con columnas y rosales que treparan, pero no había cenador allí, aunque estoy segura de haber soñado

que lo había.

***

Era corriente que una chica empezara a adelgazar y se pusiera pálida, la mandaban entonces a un lugar alto y seco para que hiciera reposo y se curara. Solía ponerse gorda como un trullo. A otros les hacían la plastia, o les metían aire en la pleura con una aguja grande. Aún así muchos se morían jóvenes, dejando un hueco con olores a nardo y a claveles.

***

Un KALEIDOSCOPIO (del griego kalós bella, éidos imagen, scopéo observar) es un tubo que contiene tres espejos, que forman un prisma triangular con su parte reflectante hacia el interior, al extremo de los cuales se encuentran dos láminas traslúcidas entre las cuales hay varios objetos de color y forma diferente, cuyas imágenes se ven multiplicadas al ir girando el tubo. Dichos espejos pueden estar dispuestos a distintos angulos. A 45º de cada uno se generan ocho imágenes duplicadas. A 60º se observan seis duplicados y a 90º cuatro.

***

KNOSSOS